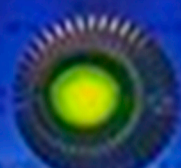


JAMES P. HOGAN

VOYAGE FROM YESTERYEAR



VIDEO FEED



FUNCTION



SELECT

SECTOR ALERT

BAT MOD SYSTEMS
AUTO INIT SUCCESS
TARGET CONTROL
MAN SYST FLOW MODE
MIN DEV NA 8088

06:22



BATTLE MODULE STATUS

LAUNCH SEQUENCE 8088

CONV SEQUENCE 8088

57798-0

BAEN

\$6.99 U.S.

Annotation

La Tierra parece condenada a la destrucción total por una feroz guerra mundial devastadora y, para lograr la continuidad de la especie, se coloniza el sistema de Alpha Centauri con niños terrestres.

Pero no todos mueren en las guerras de la Vieja Tierra. Décadas más tarde, una nave generacional terrestre, con nuevos colonos protegidos por el ejército, se dirige al planeta Quirón, en Alpha Centauri, para reafirmar el dominio terrestre y el control de la Tierra sobre la orgullosa colonia. Lástima que la nueva sociedad creada en Quirón no ve las cosas de la misma manera. Orgullosos de su nueva forma de vivir no tendrán otro remedio que enfrentarse a sus padres...

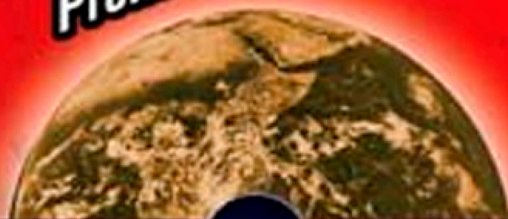
Un inevitable choque de culturas, con armas superpoderosas y con el intento de cada cultura de convertir a la otra al «modo correcto» de vivir. Aventura, tecnología y reflexión social en un ejemplo claro del significado socio-político del Premio Prometheus de la Libertarian Futurist Society obtenido por **Viaje desde el ayer**.

VIAJE DESDE EL AYER

El enfrentamiento del individualismo ácrata y el autoritarismo capitalista.

JAMES P. HOGAN

Premio Prometheus



ómicron

James P. Hogan

VIAJE DESDE EL AYER

(Voyage from Yesterday, 1982)

*A ALEXANDER JAMES...
que fue concebido al mismo tiempo que este libro.
La naturaleza fue más rápida en la entrega.*

Prólogo

—... Señoras y señores, nuestro invitado de honor esta noche... Henry B. Congreve. —El maestro de ceremonias completó su presentación y se apartó a un lado para permitir a la achaparrada figura de pelo blanco ataviada de corbata y esmoquin ocupar el estrado. Los trescientos asistentes reunidos en el complejo Hilton, sito en el extrarradio occidental de Washington D. C., arrancaron en un aplauso entusiasta. Las luces de la sala se atenuaron, difuminando a la audiencia en pecheras blancas, gargantas y dedos resplandecientes y rostros como máscaras. Un par de focos se centraron sobre el orador mientras esperaba a que cesaran los aplausos. Entre las sombras, junto a él, el presentador volvió a su asiento.

Tras sesenta y ocho años de pelearse con la vida, la forma de bulldog de Congreve todavía se erguía recta; sus hombros emergían, anchos y cuadrados, bajo una cabeza con el pelo muy corto. Las líneas de su rostro bastamente cincelado seguían siendo firmes y sólidas, y sus ojos relumbraban con buen humor mientras inspeccionaba la sala. A muchos de los presentes les parecía extraño que un hombre tan vital, alguien que todavía tenía tanto en su interior, estuviera a punto de dar su discurso de jubilación.

Pocos entre los astronautas, científicos, ingenieros y ejecutivos de la Organización Norteamericana para el Desarrollo Espacial podían recordar la ONDE sin Congreve como su presidente. Para todos ellos, las cosas ya no volverían a ser como antes.

—Gracias, Matt. —La voz de Congreve retumbó con un áspero tono de barítono en los altavoces de la sala. Miró a un lado y a otro para abarcar a toda la audiencia.

—La verdad... bueno, la verdad es que casi no llego. —

Hizo una pausa y los últimos murmullos de conversación se apagaron—. Hay un cartel en el pasillo de fuera que dice que la exhibición de fósiles es en la doce cero tres en el piso de arriba. —La Sociedad Arqueológica Americana celebraba su convención anual en el complejo Hilton esa semana. Congreve se encogió de hombros—. Supuse que era allí donde me esperaban. Afortunadamente, me tropecé con Matt por el camino y me condujo hasta aquí. —Una oleada de risas recorrió la oscuridad, puntuada por algunos gritos de protesta procedentes de algunas mesas. Esperó a que se hiciera el silencio, y luego continuó en un tono menos frívolo —: Lo primero que tengo que hacer es dar las gracias a todos los aquí presentes, y a toda la gente de la ONDE que no podrán estar con nosotros esta noche, por invitarme. También, por supuesto, debo expresar mi más sincero agradecimiento por este acto, y mi aún más sincero agradecimiento por los sentimientos que representa. Gracias... a todos, gracias. —Mientras hablaba, hizo un gesto hacia la réplica en plata y bronce de cuarenta y cinco centímetros de largo de la sonda estelar SE3, por ahora no tripulada y sin testar, montada sobre una base de teca que estaba al lado de Congreve en la mesa.

Su voz se volvió más seria según continuaba.

—No quiero perderme en un montón de anécdotas y recuerdos personales. Ese tipo de cosas son habituales en ocasiones como ésta, pero serían algo banal y no quiero que mi último discurso como presidente de la ONDE esté marcado por la banalidad. Los tiempos que corren no nos permiten ese lujo. En vez de eso, quiero hablar de asuntos de importancia global, y que afectan a toda persona viva sobre este planeta, y también a las generaciones por nacer... suponiendo que haya generaciones futuras. —Hizo otra pausa—. Quiero hablar sobre la supervivencia. Sobre la supervivencia de la especie humana.

Aunque la sala ya estaba en silencio, éste pareció intensificarse ante esas palabras. Aquí y allá, entre la

audiencia, hubo rostros que se volvieron para mirarse con curiosidad. Estaba claro que esto no sería simplemente otro discurso de jubilación. Congreve prosiguió.

—Ya hemos llegado una vez al borde de una tercera guerra mundial, y seguimos colgados precariamente, a punto de caernos por el precipicio. Hoy, en 2045, hace ya veintitrés años desde que las fuerzas soviéticas y estadounidenses se enfrentaron en Baluchistán con armas nucleares tácticas, y aunque la rápida expansión de una economía basada en la fusión al menos promete resolver los problemas energéticos que condujeron a ese enfrentamiento, las envidias, desconfianzas y suspicacias que nos llevaron hasta la guerra en ese entonces y que infestan la historia de nuestra especie durante toda su historia son tan evidentes como siempre.

»Hoy por hoy, el sustento que nuestras industrias exigen no es el petróleo, sino los minerales. De aquí a cincuenta años nuestra comprensión de los procesos de fusión controlada probablemente también habrá eliminado la escasez al respecto, pero mientras tanto, la falta de miras de los políticos está recreando el clima de tensión y rivalidad que existía en torno al problema del petróleo a finales del siglo pasado. Obviamente, la importancia de Sudáfrica en este contexto está moldeando las estrategias de poder actuales, y el punto probable de otra colisión Este-Oeste será otra vez la región fronteriza entre Pakistán e Irán. Nuestros estrategias piensan que los soviéticos intentarán apropiarse de esta zona para obtener acceso al océano Índico en preparación al apoyo a una supuesta guerra de liberación negra contra el Sur.

Congreve se detuvo, recorrió con la mirada toda la sala de lado a lado, y alzó las manos con gesto de resignación.

—Parece que, como individuos, lo único que podemos hacer es ser observadores impotentes y contemplar los acontecimientos que nos arrastran colectivamente. La situación se complica aún más por la aparición y rápido desarrollo económico y militar de la Esfera de Co-Prosperidad

Sino-Japonesa, que amenaza con enfrentar a Moscú con un bloque de poder inexpugnable si decide alinearse con nosotros y los europeos. Más de un analista del Kremlin debe ver como la jugada menos arriesgada una resolución definitiva contra Occidente, antes de que tal alianza haya tenido tiempo de consolidarse. En otras palabras, no sería una exageración decir que el futuro de la raza humana jamás ha estado más en peligro que en este momento.

Congreve se apartó del estrado empujándose con los brazos apoyados sobre éste. Cuando volvió a hablar, su tono era algo más ligero.

—En el área que concierne a todos los aquí presentes en nuestras vidas diarias, el ritmo acelerado del programa espacial ha producido mucha excitación en las últimas dos décadas. Algunos logros inspiradores han ayudado a contrarrestar en parte las noticias menos alentadoras procedentes de otros sectores: hemos establecido bases permanentes en la Luna y en Marte; estamos construyendo colonias en el espacio; una misión tripulada ha alcanzado las lunas de Júpiter; y hay robots explorando los confines más remotos del sistema solar. Pero —extendió las manos como para demostrar con gestos un profundo suspiro— todas esas operaciones han sido nacionales, no internacionales. Pese a las esperanzas y las palabras de años pasados, la militarización ha seguido a la exploración pisándole los talones, y llegamos a la conclusión ineludible de que si ocurre una guerra pronto se extenderá fuera de los confines de la superficie de la Tierra y pondrá en peligro a nuestra especie en todas partes. Debemos afrontar el hecho de que el peligro que nos amenaza en años venideros es así de preocupante.

Se giró durante un momento para contemplar el modelo de la SE3 sobre la mesa situada a su lado y luego lo señaló.

—Dentro de cinco años, esa sonda automática abandonará el Sol y partirá a visitar las estrellas cercanas en busca de mundos habitables... lejos de la Tierra y también alejados de todos los problemas, presiones y peligros. Al

final, si todo sale bien, llegará a ese lugar aislado por distancias inimaginables de todos los problemas que amenazan con convertir los conflictos en una parte inseparable e imposible de eliminar de la atormentada historia de la humanidad en este planeta. —La expresión de Congreve asumió un aspecto abstraído mientras contemplaba la réplica, como si en su mente ya estuviera volando con la sonda alejándose de todo—. Será un lugar nuevo —dijo con un tono distante—. Un mundo nuevo, virgen y vivo, sin las heridas producidas por el hombre en su lucha por alzarse por encima de las bestias, un lugar que representará lo que quizá sea la única oportunidad de nuestra raza de preservar una parte de sí que pueda sobrevivir, y si es necesario, comenzar de nuevo, pero esta vez con las lecciones del pasado para guiarla.

Una corriente de murmullos se extendió rápidamente por la sala. Congreve asintió con un gesto de cabeza, indicando que había anticipado las objeciones que se le presentarían. Alzó una mano para pedir atención y el ruido desapareció gradualmente.

—No, no estoy diciendo que la SE3 pueda modificarse para pasar de ser una sonda robótica a transportar una tripulación humana. Habría que rediseñar demasiadas cosas desde el principio en esta etapa, y esa tarea llevaría décadas. Y sin embargo, no hay nada comparable a la SE3 que esté en una etapa tan avanzada de diseño en la actualidad, por no mencionar que esté siendo construido. Es una oportunidad única y no podemos permitirnos dejarla pasar en absoluto. Pero al mismo tiempo tampoco podemos permitirnos el retraso que sería necesario para aprovecharnos de esa oportunidad. ¿Hay una solución a este dilema? —Miró a su alrededor como invitando a la audiencia a responder a sus preguntas, pero no obtuvo ninguna respuesta.

—Llevamos estudiando este problema desde hace ya algún tiempo, y creemos que hay una solución. No es factible enviar un contingente de humanos adultos, ni como

tripulación en activo ni en algún estado de suspensión vital, con la nave; está en una etapa demasiado avanzada de construcción para cambiar los parámetros fundamentales de su diseño. Pero la pregunta es: ¿por qué tenemos que enviar humanos *adultos*? —Abrió los brazos en un gesto de llamamiento al público—. Después de todo, el objetivo es simplemente establecer una extensión de nuestra especie allí donde esté a salvo de cualquier calamidad que nos pueda acaecer aquí, y tal lugar sólo se encontrará al final del viaje. Ni el viaje ni la fase de exploración preliminar requieren la presencia de personas, ya que las máquinas son perfectamente capaces de llevar a cabo todo lo relacionado con esas operaciones. La gente será relevante únicamente cuando esas fases se hayan completado con éxito. Por tanto, podemos evitar todas las dificultades inherentes a la idea de enviar a personas si descartamos todas las nociones convencionales del viaje interestelar y adoptamos un enfoque totalmente nuevo: ¡hacemos que la nave cree a las personas una vez que haya llegado!

Congreve hizo otra pausa, pero esta vez ni un susurro perturbó el silencio de la sala.

Los gestos de Congreve se hicieron más animados y persuasivos y su tono más cálido según hablaba.

—Los avances en ingeniería genética y embriología hacen posible almacenar información genética humana en los ordenadores de la nave. A cambio de una pequeña penalización en las limitaciones de espacio y peso de la nave, el inventario de ésta puede ampliarse para incluir todo lo necesario para crear y sacar adelante una primera generación de quizá varios centenares de embriones humanos una vez que se haya encontrado un mundo que pase los requerimientos preliminares de las pruebas atmosféricas y de superficie. Podrían ser criados y atendidos por robots especializados que tendrían a su disposición todo el conocimiento e historia de nuestra cultura que se pueda programar en los ordenadores de la nave. Todos los recursos

necesarios para crear y sostener una sociedad avanzada procederían del propio planeta. Así, mientras la primera generación pasa su infancia en órbita, otras máquinas podrían establecer instalaciones de procesamiento de metales y materiales, plantas de manufactura, sistemas de transporte y bases adecuadas para ser habitadas. Al cabo de unas pocas generaciones se podría contar con una colonia floreciente, y a pesar de lo que suceda aquí, la raza humana habría sobrevivido. El atractivo de este enfoque radica en que si nos comprometemos con ello ahora, los cambios necesarios podrían incorporarse al calendario de trabajo para la SE3, y el lanzamiento seguiría teniendo lugar dentro de cinco años como está planeado.

Para entonces la vida volvía lentamente a su audiencia. Aunque muchos de ellos seguían demasiado estupefactos por su propuesta para reaccionar de manera visible, había cabezas que asentían, y los murmullos que recorrían la sala parecían positivos. Congreve asintió y sonrió débilmente, como si saboreara el haber dejado lo mejor para el final.

—Lo segundo que quiero anunciar esta noche es que tal compromiso ya se ha realizado. Como mencioné hace un momento, este tema ha sido objeto de estudio desde hace ya un tiempo considerable. Ahora puedo informarles de que, hace tres días, el presidente de los Estados Unidos y el presidente de la esfera de Co-Prosperidad Sino-Japonesa han firmado un acuerdo para que el proyecto que acabo de describir brevemente se lleve a cabo bajo un esfuerzo común, de manera inmediata. Las actividades de las diferentes instituciones de investigación nacionales y privadas que se involucrarán en la empresa se coordinarán con los de la Organización Norteamericana para el Desarrollo Espacial y con los de nuestros socios chinos y japoneses bajo el nombre de proyecto Refugio Estelar.

El rostro de Congreve se partió en una amplia sonrisa.

—Mi tercer anuncio es que esta noche no señala mi retirada de la actividad profesional, después de todo. He

aceptado una invitación del presidente para hacerme cargo de la dirección del proyecto Refugio Estelar por parte de los Estados Unidos como nación con mayor participación, y si abandono mi puesto en la ONDE es sólo para poder dedicar toda mi atención por completo a mis nuevas responsabilidades. Para aquellos que creen que en el pasado les he exigido demasiado, tengo que darles mis más insinceras disculpas y decirles que estaré por aquí todavía por algún tiempo, y que antes de que termine este proyecto las exigencias serán aún mayores.

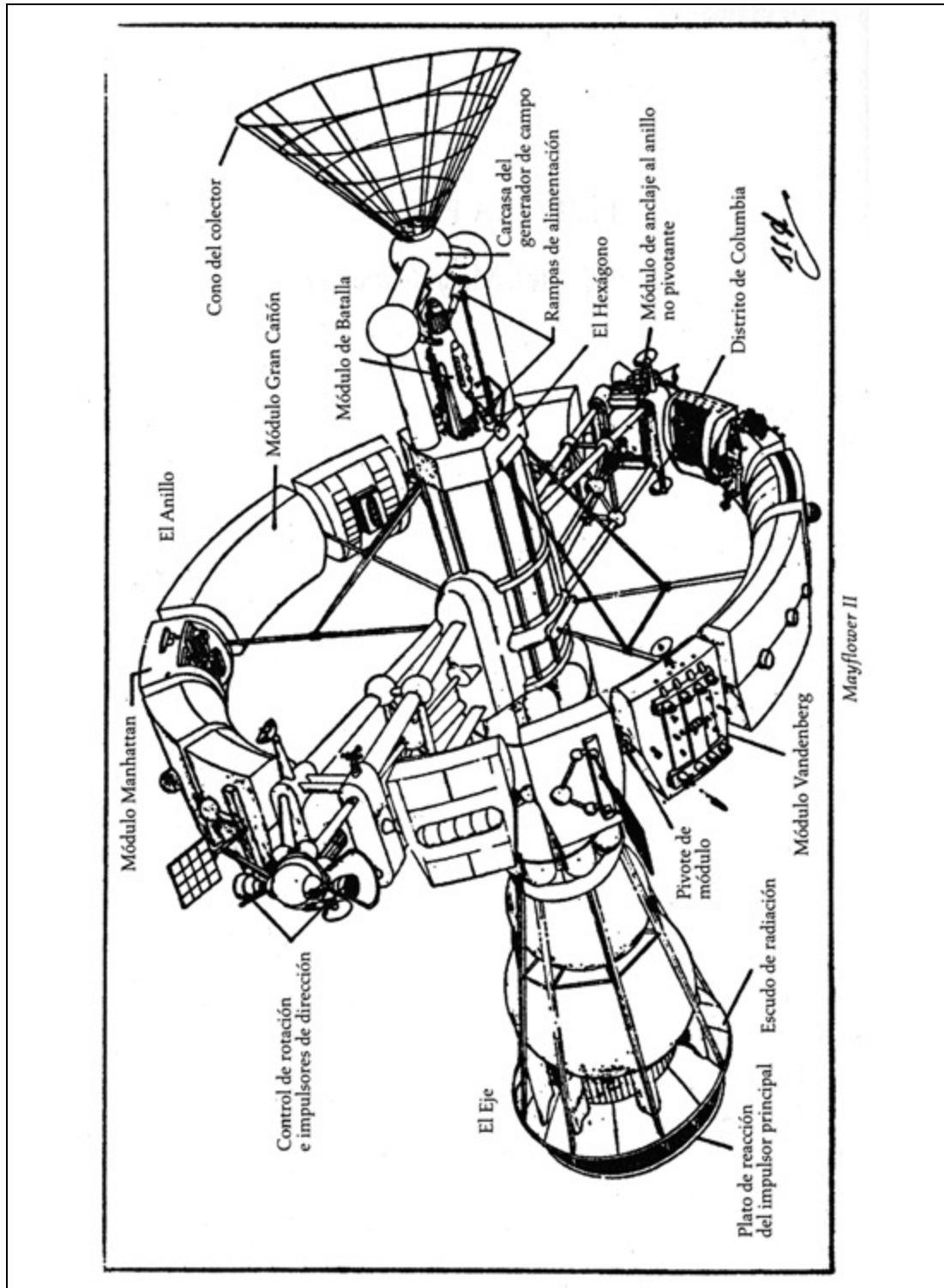
Varias personas al fondo de la sala se levantaron y empezaron a aplaudir. El aplauso se extendió y se convirtió en una abrumadora ovación. Congreve sonrió sin recato para aceptar el entusiasmo del público, se quedó quieto durante unos momentos mientras continuaban los aplausos y luego volvió a aferrarse a los lados del estrado.

—Tuvimos nuestra primera reunión formal con los chinos ayer, y ya hemos tomado nuestra primera decisión oficial. —Miró a la réplica de sonda estelar robótica—. La SE3 ahora tiene un nombre. La hemos bautizado con el de una diosa de la mitología china que hemos adoptado como patrona de esta misión: *Kuan-yin*, la que trae niños. Esperemos que cuide bien de sus niños en los años venideros.

Primera parte

El viaje del *Mayflower II*

[La *Mayflower II*]



Capítulo uno

A sesenta metros por debajo de la cima de la colina, la tercera sección de la compañía D había emplazado su puesto de combate en una depresión rodeada de zonas interconectadas de maleza y matorrales. Un rincón en una pared baja de piedra la cubría por dos lados, una gran roca hacía de parapeto en el tercero; y un escudo térmico tendido por encima ocultaba el calor corporal de sus ocupantes a los siempre alerta sensores de los satélites de vigilancia hostiles.

La escena en el exterior era engañosamente tranquila mientras Colman levantaba uno de los faldones de la cubierta para echar un vistazo al exterior manteniendo la cabeza bien apartada del borde. La ladera que se extendía por debajo del puesto descendía en una gran pendiente, el paisaje se volvía indistinto rápidamente a la débil luz de las estrellas, antes de desaparecer completamente en la oscuridad informe del barranco que había más abajo. No había luna, y el cielo estaba claro como el cristal. Colman dedicó su atención al terreno más cercano y examinó metódicamente el área en el que los veinticinco hombres de su sección habían estado ocultos e inmóviles durante las últimas tres horas. Si habían excavado sus trincheras y fosos de artillería de la forma en la que les había enseñado, y hecho un uso apropiado de las rocas y la vegetación, tendrían una buena oportunidad de evitar ser detectados. Para confundir aún más las tácticas del enemigo, la compañía D había desplegado señuelos térmicos ochocientos metros antes y más cerca de la cima, allí donde, según todos los principios aceptados, hubiera sido más razonable que se hubiera apostado la sección. Programados para activarse y desactivarse en secuencias aleatorias para simular movimiento, los señuelos habían atraído fuego esporádico durante gran parte de la noche mientras el pelotón había escapado, lo que parecía decir algo a favor

acerca de «el libro» tal y como lo había reescrito el sargento de primera Colman.

—Hay dos formas de hacer las cosas —le había dicho a los reclutas—. La del ejército y la mala. No hay ninguna otra manera. Así que cuando digo que hagáis algo a la manera del ejército, ¿qué es lo que quiero decir?

—Que lo hagamos a su manera, sargento.

—Muy bien.

Un punto de luz anaranjada brilló con intensidad durante un segundo a treinta metros de distancia, donde Stanislau y Carson cubrían el camino que ascendía del barranco con el láser de un submegajulio. Giró la cabeza ligeramente para susurrarle a Driscoll:

—El PCL está mostrando un cigarrillo. Dile que lo apague.

Driscoll dio unos golpecitos con el dedo en el panel de la unidad de comunicación y desde una cuna enterrada en la tierra, las vibraciones ultrasónicas se extendieron por el suelo, transmitiendo el indicativo del puesto del cañón láser.

—PCL a la escucha —respondió una voz ahogada desde la unidad de comunicaciones.

Driscoll habló al micrófono que sobresalía de su casco.

—Rojo Tres, comprobación de rutina. —Eso dejaría un registro inocuo en el sistema de registros de comunicaciones. En la oscuridad, Driscoll presionó una tecla para desactivar momentáneamente el sistema de grabación—. Estáis mostrando una luz, imbéciles. Apagadla o cubridla. —Su dedo dejó de apretar la tecla—. Informe de estado, PCL.

—Preparados y a la espera —replicó la voz en tono neutro—. Nada que informar en el exterior. —El punto de luz desapareció repentinamente.

—Sigán a la espera. Corto.

—Colman gruñó para sus adentros, hizo un barrido final de su entorno, y luego volvió a dejar caer el faldón en su sitio y se volvió hacia el interior. Detrás de Driscoll, Maddock examinaba el fondo del barranco a través del intensificador de imagen, mientras en las sombras que lo rodeaban la

expresión de concentración del cabo Swyley estaba cincelada por el resplandor apagado procedente de la pantalla que tenía enfrente.

La imagen que tan absorto le tenía era transmitida por un robot aéreo de reconocimiento de infantería de cuarenta y cinco centímetros de largo que habían conseguido dejar a casi trescientos metros por encima del fondo del barranco, y casi justo encima de las posiciones avanzadas del enemigo y que era complementado con datos adicionales recogidos por los satélites y otras fuentes ELINT, las redes de inteligencia electrónica de recopilación de información. La imagen mostraba el bunker de mando objetivo al fondo del barranco, los emplazamientos conocidos de armas enemigas, deducidos por el seguimiento por radar de trayectorias de proyectiles, y las ubicaciones de los puestos de observación y mando obtenidas por análisis y triangulación de la dispersión de los láseres de control. En la imagen las aguas frías del arroyo y sus tributarios destacaban como líneas negras que se bifurcaban como ramas de árbol; las peñas y rocas tenían tonos de azul; la vegetación viva variaba desde tonos de un marrón óxido en las colinas a un rojo profundo allí donde se apiñaban en las laderas más bajas del barranco; y las cicatrices de proyectiles y bombas brillaban con tonos que iban del naranja apagado al amarillo dependiendo de cuán reciente fuera la explosión.

Pero en lo que el cabo Swyley se concentraba con tanta intensidad era en las diminutas motas de un rojo más brillante que podían o no ser posiciones defensivas deficientemente camufladas, y los fragmentos finos como cabellos que podían ser las huellas térmicas de recientes movimientos de vehículos.

Nadie estaba seguro de cómo Swyley hacía lo que hacía, y tan bien; y el que menos, el propio Swyley. Fuera cual fuera la razón, la habilidad de Swyley para encontrar detalles importantes en medio de un caos de información de fondo y para distinguir entre información válida y señuelos de

manera consistente tenía una merecida fama... y era inexplicable. Pero como el propio Swyley no entendía cómo lo hacía, era incapaz de explicarlo a los programadores de sistema, que esperaban duplicar sus hazañas con sus programas de análisis de imagen. Entonces fue cuando los «-istas» y «-ologistas» empezaron su interminable serie de pruebas sin resultados concretos. Al final, Swyley llegó a inventarse explicaciones plausibles para beneficio de los especialistas, pero esas explicaciones quedaron invalidadas cuando los programas escritos de acuerdo con sus especificaciones no funcionaron. Y entonces Swyley empezó a afirmar que su misterioso don lo había abandonado por completo.

El comandante Thorpe, oficial de Inteligencia Electrónica en el cuartel general de la brigada, había leído en algún lado que las espinacas y el pescado eran remedios seguros para el deterioro de la vista, así que puso al cabo Swyley a una dieta intensiva. Pero Swyley odiaba el pescado y las espinacas incluso más de lo que odiaba someterse a pruebas, y a la semana estaba aquejado de una aguda ceguera al color que demostró negándose a ver nada en absoluto incluso en las más sencillas de las simulaciones de entrenamiento.

Después de eso, Swyley fue declarado «inadaptado» y transferido a la compañía D, que era donde acababan todos los descontentos y los que no encajaban en ningún lado. Y ahora sus poderes regresaban mágicamente cuando no había ningún oficial cercano, excepto el capitán Sirocco, que dirigía la compañía D y no le importaba cómo obtuviera Swyley sus respuestas siempre que fueran las correctas. Y a Sirocco no le importaba que Swyley fuera un inadaptado, ya que se suponía que todos los demás de la compañía también lo eran, de todas formas.

Probablemente eso significaba que no había forma fácil de salir de la compañía D, por no decir del servicio, reflexionó Colman mientras observaba la oscuridad esperando a que Swyley diera su veredicto. Y eso hacía muy improbable el

que Colman consiguiera esa transferencia a Ingeniería que había pedido.

Le parecía evidente que nadie en su sano juicio querría que lo mataran, o que personas a las que desconocía lo enviaran a lugares de los que jamás había oído hablar para matar a otras personas a las que jamás había visto. Por tanto, nadie en su sano juicio querría estar en el ejército. Peor aún, como el ejército estaba lleno de gente a la cual se había juzgado como aceptablemente cuerda y normal, a partir de ahí la conclusión era que las ideas del ejército acerca de lo que era cuerdo y normal eran muy extrañas. Ahora bien, ser transferido a algo como Ingeniería parecía a primera vista algo perfectamente natural, razonable, constructivo y deseable. Y eso parecía suficiente para que el ejército encontrara la petición irrazonable y a él mismo inapropiado.

Por otro lado, una parte importante de la evaluación consistía en el examen psiquiátrico y la recomendación, y en el transcurso de las varias sesiones que había tenido con Pendrey, el psiquiatra agregado a la brigada, Colman había empezado a albergar la sospecha cada vez mayor de que Pendrey estaba loco. Se preguntaba si un psiquiatra loco trabajando con un conjunto de premisas desquiciadas quizá podría llegar a conclusiones cuerdas de la misma manera que dos inversores lógicos en serie no alteraban la verdad de una proposición; pero también había que considerar que si Pendrey estaba cuerdo según los estándares del ejército, la analogía no funcionaría.

Sirocco había respaldado la petición, cierto, pero Colman no estaba seguro de que sirviera de mucho, dado que Sirocco estaba al mando de la compañía D, y todo lo que dijera probablemente sería invertido a lo largo de la cadena como cuestión de principio. Quizá tendría que haber convencido a Sirocco de no respaldar la petición. Por otro lado, si cualquier recomendación de Sirocco era invertida desde el principio, y si Pendrey estaba loco pero era normal según los estándares

del ejército, y si las premisas con las que trabajaba Pendrey también eran una locura, entonces quizá la decisión final a lo mejor favorecía a Colman después de todo. ¿O no? Su enésimo intento por pensar según la tortuosa lógica de la situación fue interrumpido por Swley que retrocedía y apartaba la cara de la pantalla.

—Tienen concentradas casi todas sus fuerzas en los flancos a ambos lados del barranco —anunció Swley—. Hay algunas unidades en movimiento en la ladera opuesta, pero no llegarán a sus posiciones hasta dentro de otros treinta minutos. —El resplandor de la pantalla resaltó la expresión de desconcierto en su rostro. Se encogió de hombros—: Ahora mismo están completamente al descubierto, justo debajo de nosotros.

—¿Y no tienen nada ahí? —Colman señaló, tocando la pantalla con un dedo para indicar el lugar donde el extremo de una senda emergía de un pequeño bosquecillo al borde de una planicie cubierta de hierba a un centenar de metros del búnker enemigo. La pantalla mostró un leve patrón de manchones a ambos lados del camino justo donde se esperarían formaciones defensivas.

Swley negó con la cabeza.

—Son señuelos. Como he dicho, han movido a casi todo el mundo a los flancos. —Señaló con el dedo sobre la pantalla—. Aquí, aquí y aquí.

—Rodeando por detrás a la compañía B y subiendo por la cota cuatro-nueve-tres —sugirió Colman mientras estudiaba la imagen.

—Puede —concedió Swley sin comprometerse.

—Parece completamente muerto ahí abajo —intervino Maddock sin apartar los ojos del intensificador de imagen.

—¿Qué dicen los sismógrafos y los husmeadores sobre los señuelos de Swley? —preguntó Colman volviendo la cabeza hacia Driscoll.

Driscoll tradujo la pregunta a instrucciones para los ordenadores y echó un vistazo a los resúmenes de

información que aparecieron en una de las pantallas de la unidad de comunicación.

—Registro sísmico insignificante por encima del umbral a setecientos metros. La tasa a favor del viento es menor de cinco puntos a una altitud de cuatrocientos. Corroboración negativa del sistema acústico... mucho ruido de fondo. —Los ordenadores eran incapaces de correlacionar patrones de vibración con actividad humana en la información procedente de los sistemas sensores esparcidos por el barranco mediante «abejas» pilotadas por control remoto volando a baja altitud que atravesaban la noche constantemente; los sensores químicos ubicados a sotavento de los posibles señuelos detectaban pocas de las moléculas odoríferas características de los cuerpos humanos; los micrófonos no revelaban nada que se ajustara a patrones de sonido coherentes, pero sin duda eso se debía al ruido blanco generado por la cercanía del arroyo. Aunque la evidencia era parcial y en su mayor parte sólo indicaba la ausencia de otras evidencias, en conjunto apoyaba la afirmación de Swyley de que el camino principal hacia el objetivo estaba, cosa increíble, virtualmente indefenso en esos momentos.

Colman frunció el ceño mientras su mente revisaba a toda máquina la relevancia de los datos. Ninguna fuerza atacante en su sano juicio pensaría en tomar un objetivo como ése mediante un asalto frontal directo en el centro: la parte más baja de la senda estaba bien resguardada por laderas más elevadas y no habría forma de retirarse si el asalto se atascaba. Eso era lo que el comandante enemigo pensaría que cualquier otro pensaría. Así que ¿por qué destinar un montón de hombres a guardar un punto que de todas formas nadie atacaría? Según el libro, la forma correcta de atacar el búnker sería por encima y a lo largo del arroyo o cruzando el arroyo por abajo y bajando por la pendiente al otro lado. Así que el otro bando estaba concentrándose por encima de las rutas de asalto obvias y se disponía a emboscar a cualquier atacante que intentara esas rutas. Pero

mientras tanto estaban al descubierto en el centro.

—Alerta a todos los líderes de sección en la cuadrícula —le dijo Colman a Driscoll—. Y ábreme un canal con Azul Uno.

La voz de Sirocco llegó a través de la unidad de comunicación unos instantes después, y Colman resumió la situación. La audacia de la idea le pareció atractiva a Sirocco inmediatamente.

—Tendremos que arreglárnoslas nosotros solitos. No hay tiempo para hacer intervenir a la brigada, pero podríamos determinar las posiciones de los tipos del otro lado mientras avanzas e ir soltando una descarga de artillería frente a vosotros para eliminar obstáculos. —Se refería a las baterías robóticas de la compañía, emplazadas en la retaguardia, por debajo de la cima de la colina—. Significaría avanzar sin fuego de contrabatería, cuando irrumpas. ¿Qué opinas?

—Si vamos rápido, podemos hacerlo sin supresión de contrabatería —respondió Colman.

—Sin supresión de CB no habrá tiempo de mover a ninguno de los demás pelotones para que te respalden. Estaréis solos —dijo Sirocco.

—Podemos usar las baterías robóticas para crear una pantalla de cobertura cercana desde los flancos. Si nos da una capa de ocultación en el espectro visible y en el infrarrojo a cuatrocientos metros, lo podemos hacer.

Sirocco titubeó durante una fracción de segundo.

—Vale —dijo al fin—. Hagámoslo.

Diez minutos después, Sirocco había trazado apresuradamente un alambicado plan de fuego junto a su segundo al mando y retransmitió los detalles a las secciones primera, segunda y cuarta. Colman informó a la tercera sección mediante los líderes de pelotón y luego aseguró y comprobó su equipo; descargó, recargó y recomprobó su arma de asalto M32 y comprobó e inventarió su munición.

Tan pronto como la primera salva de bombas de humo explotó a cuatrocientos metros de altura para ocultar el área a los sistemas de vigilancia hostiles, la tercera sección se

lanzó senda abajo hacia la vegetación más densa que había al fondo. Instantes después, los proyectiles de anulación óptica empezaron a explotar justo bajo la cortina de humo y escupieron nubes de polvo de aluminio para interferir los láseres de comunicación y control enemigos. Por delante de las tropas, una descarga concentrada de artillería y haces de alta energía disparados desde las secciones de los flancos seguía el curso del sendero para eliminar del camino las minas y otros sistemas antipersonales. Por detrás de la cortina de fuego, la tercera sección avanzaba con relevo de pelotones para poder tener fuego de tierra de apoyo para completar la labor de la artillería. No hubo oposición alguna. La artillería defensora abrió fuego desde la retaguardia a los diez segundos de la capa de humo inicial, pero el enemigo disparaba a ciegas y con poco efecto.

En trece minutos, la batalla había terminado. Colman estaba en la orilla de grava del arroyo observando cómo un asombrado comandante era conducido al exterior del búnker, seguido de su anonadada plana mayor, que se unió a la hilera de defensores desarmados que eran escoltados bajo la mirada vigilante y jactanciosa de los guardias de la tercera sección. El objetivo principal había sido la toma de prisioneros y la obtención de inteligencia, y la cosecha había sido óptima: dos capitanes además del comandante, un teniente y dos alféreces, un sargento mayor, dos sargentos y una docena de tropas. Además, se habían apoderado de los indicativos y mapas intactos, junto con valioso equipo de comunicaciones y control de armamento. «No ha sido una mala faena», pensó Colman con satisfacción.

Los ordenadores habían declarado que dos hombres de la tercera sección habían muerto y otros cinco estaban heridos de gravedad suficiente para quedar incapacitados. Colman estaba pensando para sus adentros lo agradable que sería que todas las guerras pudieran librarse así, cuando unas luces que brillaban en lo alto transformaron la escena instantáneamente en un pleno día artificial. Entrecerró los

ojos contra el súbito resplandor durante unos segundos, empujó el casco hacia atrás y miró a su alrededor. Los muertos y los heridos graves que habían sido alcanzados en lo alto de las laderas bajaban por el sendero formando un grupito, mientras que por encima de ellos y a los lados las otras tres secciones de la compañía D emergían de sus coberturas. Había más actividad aparente más adelante en ambas direcciones del barranco mientras otras unidades defensoras y atacantes salían al descubierto. Transportes de tropas y personal, y otros vehículos voladores zumbaban desde detrás de las lomas más distantes allí donde terminaba el cielo. Colman no se había percatado plenamente de la cantidad de tropas que habían participado en el ejercicio. Una sensación desagradable empezó a filtrarse en su mente: acababa de terminar prematuramente con el complicado jueguito que la gente de estrategia y rendimiento llevaba planeando desde hacía mucho, y probablemente no estarían muy contentos. Puede que incluso decidieran que no lo querían en el ejército, pensó con estoicismo.

Uno de los transportes se acercó al búnker con un gemido de motores que crecía en volumen, luego se quedó sostenido en el aire durante un segundo antes de descender suavemente. La puerta trasera se abrió para revelar la figura esbelta y morena del capitán Sirocco con casco y atavío de combate, todavía con el chaleco antimetralla puesto. Saltó ágilmente mientras el transporte seguía suspendido a un metro sobre el suelo, y avanzó hacia Colman a grandes pasos. Detrás de su amplio bigote negro, las amistosas líneas de su cara revelaban tan poco como siempre, pero sus ojos centellaban.

—Bien hecho, Steve —dijo sin preámbulos mientras se giraba para examinar, con las manos en las caderas, los ceños indignados de los oficiales «enemigos» capturados que estaban al lado del búnker con gesto hosco—. Sin embargo, no creo que hayamos ganado puntos con nuestros superiores.

Colman gruñó. No esperaba otra cosa. Sirocco enarcó las cejas e inclinó la cabeza en un ademán que podía haber significado cualquier cosa.

—Asalto frontal contra una posición fuertemente defendida, flancos expuestos, ningún medio de retirada, fuego de supresión en tierra inadecuado y nada de cobertura contrabatería —recitó de manera casual pero al mismo tiempo imperturbable.

—¿Y qué hay de dejar la barbilla al descubierto? —preguntó Colman—. ¿No hay nada en el reglamento en contra de eso?

—Depende de quién seas. Para la compañía D todas las cosas son relativas.

—¿Has pensado en hacerte un forro nuevo para el fondillo de tus calzones con parte de ese chaleco antimetralla? Probablemente lo vas a necesitar.

—Ah, ¿a quién le importa una mierda? —Sirocco alzó la vista—. De todas formas, dentro de poco lo averiguaremos.

Colman siguió la dirección de la mirada del otro. Un transporte acorazado VIP con la insignia del general en el morro descendía hacia ellos. Colman cambió de hombro su M32 y se enderezó para observar.

—Atentos —le dijo al resto de la tercera sección, que estaban fumando, hablando y reunidos en grupitos a lo largo del arroyo y junto al búnker. Los cigarrillos fueron aplastados bajo las pesadas suelas de las botas de combate, la charla cesó y el grupo se ordenó en filas más ordenadas.

—¿En qué basó su análisis de la situación, sargento? —preguntó Sirocco hablando con voz aguda e imitando los tonos formales del coronel Wesserman, que era el ayudante del general Portney. Inyectó una nota de suspicacia y acusación en su voz—. ¿Fue la contribución del cabo Swyley decisiva para la formulación de su evaluación táctica? —Esa pregunta aparecería tarde o temprano; las rutinas de análisis de imagen en la brigada no habrían aportado nada para justificar el ataque.

—No, señor —replicó Colman secamente manteniendo la vista fija al frente—. El cabo Swyley operaba en la unidad de comunicaciones. No se le habría destinado al análisis ELINT. Está ciego al color.

—Entonces, ¿cómo justifica sus extraordinarias conclusiones?

—Supongo que tuvimos suerte, señor.

Sirocco suspiró.

—Supongo que tendré que poner por escrito que autoricé el asalto por mi propia iniciativa y sin ninguna información que lo respaldara. —Inclinó la cabeza hacia Colman—. ¿Sabes de alguien por aquí que pueda coserme unos buenos calzones?

Delante de ellos, la puerta del transporte VIP se abrió para exponer a la vista la rotunda forma del coronel Wesserman. Su cara normalmente rojiza tenía un color aún más rojo y hacia el cuello el tono viraba a un púrpura profundo. Parecía que se ahogaba con furia reprimida.

—Creo que no tiene nariz para el dulce olor de la victoria —murmuró Colman mientras ambos observaban al coronel.

Sirocco se retorció pensativamente uno de los lados de su bigote durante un segundo o dos.

—La victoria es como un pedo —dijo—. Sólo le huele bien al que se lo tira.

Capítulo dos

Un cambio repentino en los colores y el formato de una de las pantallas dispuestas a su alrededor en la sala de monitores del subcentro de control de impulsores captó la atención de Bernard Fallows y expulsó de su mente cualquier otro pensamiento. La pantalla era una de varias asociadas con el grupo número 5 del sistema de conducción de combustible y estaba relacionada con unas baterías de enormes bombas alimentadas por hidrógeno situadas en la sección de cola del vehículo, a ocho kilómetros de donde Fallows estaba sentado.

—¿Qué está ocurriendo en Cinco-E, Horace? —preguntó a la sala vacía.

—Proyección de tendencia de bajo nivel —replicó el ordenador ejecutivo del subcentro a través de una rejilla situada a un lado de la consola de Fallows—. Parece que el compresor cinco-sub-tres va a volver a calentarse de nuevo. Correlación integral sesenta y siete, comprobación de función positiva, índice de expansión ocho-cero.

—¿Lectura del índice seis?

—Insignificante.

Fallows absorbió el resto de la información a través de la pantalla. Los cambios que el ordenador había detectado eran minúsculos, los indicios de una tendencia que, si continuaba al ritmo actual, no se acercaría a ningún valor problemático hasta dentro de un mes o más. Sólo faltaban tres meses para llegar a Quirón y no había motivo de alarma, ya que el resto del grupo de bombeo tenía suficiente margen de diseño para compensar la diferencia incluso sin los sistemas auxiliares. Pero aun así, no le cabía duda de que Merrick insistiría en desmontar el sistema primario de arriba abajo para volver a recablear, recomprobar el alineamiento y recalibrar los rotores. Ya habían pasado por esa rutina dos veces durante

los tres meses que el impulsor principal había estado en funcionamiento. Eso significaba otra semana de trabajo casi en gravedad cero e ir trastabillando por ahí dentro de trajes de protección para trabajo pesado por el lado malo del escudo antirradiación de popa.

—Hija de puta —murmuró Fallows con amargura.

—Ya que la bomba no es un sistema orgánico, supongo que la expresión es un improprio —dijo Horace con aparentes ganas de conversación.

—Por favor, cállate. —El ordenador regresó obedientemente a sus meditaciones.

Fallows se reclinó hacia atrás en su asiento y miró a su alrededor comprobando el resto de la sala de monitores. Todo parecía ir perfectamente en los puestos de los tripulantes más allá de la mampara de cristal situada detrás de su consola, y las demás pantallas confirmaban que todo iba como se suponía que debía ir. El tanque de reserva del motor vernier número 2 había sido recargado tras una ligera corrección de curso anterior y mostraba el mensaje de estado «Preparado» de nuevo. Todos los sistemas de combustible, refrigerante, energía primaria y auxiliar, hidráulicos, conducción de gases, lubricante, soporte vital e instrumentación de la sección de impulsores estaban funcionando dentro de los márgenes. Lejos de allí y cerca de la cola, los bancos de gigantescos reactores de fusión engullían treinta y cinco millones de toneladas de hidrógeno atrapadas por el campo magnético del recolector durante el viaje de veinte años de duración y convirtiendo en energía más de dos toneladas de su masa por segundo para producir el impresionante estallido de dos kilómetros y medio de diámetro de radiación y productos de reacción que seguiría quemando durante seis meses para reducir la velocidad de crucero del *Mayflower II* con sus 140 millones de toneladas de masa.

La nave había dejado la Tierra sólo con el combustible suficiente a bordo para acelerarla a la velocidad de crucero y

había seguido un rumbo a través de las concentraciones más densas de hidrógeno para recolectar el necesario para disminuir su velocidad.

Fallows echó un vistazo al reloj situado en el centro de la consola. Quedaba menos de una hora para el turno de Walters. Entonces tendría dos días libres antes de volver al trabajo. Cerró los ojos durante un instante y saboreó la idea.

¡Sólo quedaban tres meses para llegar! Sus hijos a menudo le habían preguntado cómo era posible que un hombre joven y en la flor de la vida como él le diera la espalda a todo lo que le era familiar y cambiara veinte años de su vida por un viaje en un solo sentido a Alfa Centauri. Tenían buenas razones para preguntárselo, porque sus futuros habían quedado seriamente afectados por esa decisión. La mayoría de los treinta mil ocupantes del *Mayflower II* estaban acostumbrados a que se les hiciera esa misma pregunta. Fallows normalmente respondía que se había desilusionado ante el espectáculo de un mundo que se rearmaba a toda máquina y alcanzaba las mismas cotas de locura que habían precedido a la devastación de gran parte de Norteamérica y Europa, y el fin del Imperio soviético en el breve holocausto de 2051, y que había dejado todo eso atrás para buscar un nuevo comienzo en otro lugar. Era una de sus respuestas estándar, dada en gran medida para reafirmarse en su decisión. Pero cuando estaba a solas, Fallows sabía que en realidad no se la creía. Intentaba fingir que no recordaba la verdadera razón.

Había nacido casi al final de los Años de Escasez que siguieron a la guerra, así que no recordaba gran cosa de ese período, pero su padre le había contado cosas sobre la época en que cincuenta millones de personas vivían en la miseria de los arrabales alrededor de los esqueletos ennegrecidos y retorcidos de sus ciudades y se apiñaban en filas en la nieve para conseguir su ración de sopa y pan de las cocinas de campaña del Gobierno; sobre su madre que trabajaba quince horas al día cortando chapas para casas prefabricadas para

poner en la mesa dos miserables comidas al día de caldo de carne y arroz procedentes de los barcos chinos de comida y para comprar un par de zapatos de cartón por persona cada seis meses; sobre su hermano mayor que había muerto en los enfrentamientos con las hordas de saqueadores que vinieron del Caribe y el sur.

Los años que Fallows recordaba habían venido después, cuando los esbeltos dedos de nuevas ciudades resplandecientes empezaban a alzarse hacia el cielo una vez más de entre los desiertos de escombros, y cuando las plantas de acero y aluminio ya habían empezado a zumbar y resonar mientras al otro lado del mundo China e India-Japón luchaban por el control del poderío industrial y comercial del Este. Esos habían sido años de inquietudes, vibrantes e inspiradores. Fallows recordaba los desfiles del Cuatro de Julio bajo la luz de los focos en Washington, el colorido y esplendor de las bandas de música reunidas, las columnas de soldados al paso con uniformes resplandecientes y banderas al viento, los himnos y canciones de marcha que manaban de las gargantas de las decenas de miles reunidos en Capitol Square, donde una vez se alzaron edificios famosos. Recordaba la vez que fue al baile del instituto en su uniforme nuevo de las Juventudes del Nuevo Orden Americano y fingió altaneramente no percatarse de las miradas de admiración que lo seguían allí a donde iba. Cómo había fanfarroneado ante sus envidiosos amigos tras aquel primer fin de semana de maniobras militares con el ejército en el desierto de Nuevo México... el júbilo cuando América restableció una base permanente tripulada en la Luna.

Junto con la mayoría de su generación, había sido impulsado por el fuego de la visión del Nuevo Orden Americano que contribuían a forjar a partir de las cenizas y las ruinas de la vieja América. Más fuerte incluso que la anterior, más pura moral y espiritualmente, y confiada por el conocimiento de su misión encomendada por Dios, se alzaría de nuevo como un santuario inexpugnable para preservar el

legado de la cultura occidental de la influencia corrosiva de la decadencia pagana y la impudicia que inundaban el otro lado del globo. Así decía el credo. Y cuando al fin el Este se desmembrara por su propia corrupción interna, cuando la ilusión de unidad que los árabes intentaban imponer en Asia Central quedara expuesta al fin como la mentira que era, y cuando la militancia africana expirara en una orgía de luchas internas, el Nuevo Orden Americano reabsorbería a esa Europa que temporalmente se había apartado de América, y prevalecería. Esa había sido la tarea encomendada.

Cuando el *Mayflower II* había empezado a crecer y tomar forma en la órbita lunar año a año, se convirtió en el símbolo tangible de esa tarea.

Aunque sólo tenía ocho años en 2070, podía recordar claramente la excitación causada por la noticia de que había llegado una señal procedente de una nave espacial llamada *Kuan-yin* que había sido lanzada en 2050, justo antes del comienzo de la guerra. La señal anunciaba que la *Kuan-yin* había encontrado un planeta apropiado en órbita de Alfa Centauri y había empezado su experimento. El planeta fue bautizado Quirón, por uno de los centauros de la mitología; otros tres planetas importantes habían sido descubiertos por la *Kuan-yin* en el sistema de Alfa Centauri y recibieron los nombres de Folo, Neso y Euritión.

Pasaron diez años mientras Norteamérica y Europa completaban su recuperación y los grandes poderes asiáticos dirimían sus rivalidades. Al final de ese período Nueva América se extendía desde Alaska hasta Panamá, la Gran Europa había incorporado a Rusia, Estonia, Letonia y Ucrania como naciones separadas, y China había llegado a dominar la Federación del Este Asiático que se extendía desde Pakistán al estrecho de Bering. Las tres potencias habían emprendido programas para su reexpansión en el espacio más o menos al mismo tiempo, y ya que cada una de ellas reclamaba intereses legítimos en la colonia de Quirón y desconfiaba de las otras dos, cada una se había embarcado por separado en

la construcción de una nave estelar con el propósito de llegar la primera para proteger a los suyos de la injerencia de los demás.

Con una causa, una cruzada, un desafío y un propósito; construir un imperio más allá de la Tierra y un mundo que conquistar; había pocos de la edad de Fallows que no recordaran el entusiasmo febril de aquellos tiempos. Y con el *Mayflower II* creciendo en el cielo lunar como un símbolo de todo eso, el sueño de volar en la nave y formar parte de la cruzada para asegurar Quirón contra los infieles se convirtió en la máxima ambición de muchos. Las lecciones de disciplina y autosacrificio que habían aprendido durante los Años de Escasez sirvieron para llevar a término la construcción del *Mayflower II* dos años antes que su rival más próximo. Y llegó el día en que Bernard Fallows, a la edad de veintiocho años, le dio un viril apretón de manos a su padre y un beso de despedida a su llorosa madre antes de ser transportado desde una base de lanzaderas en Arizona para unirse al transporte lunar que lo llevaría hasta la primera etapa de su cruzada para llevar el Nuevo Orden Americano a las estrellas.

Ya no pensaba en las cosas de la misma manera; sus sueños de convertirse en un gran líder y en lograr grandes hazañas al llevar la palabra a Quirón se habían marchitado con el paso de los años. Y en su lugar... ¿qué? Ahora que la nave casi había llegado, descubría que no tenía una idea clara de lo que quería hacer... nada aparte de seguir viviendo el tipo de vida a la que se había acomodado desde hacía mucho como su rutina, pero en un entorno diferente.

La visión de Cliff Walters dirigiéndose hacia la sala de monitores al otro lado de la mampara de cristal interrumpió sus pensamientos. Un momento después, la puerta que había a un lado se abrió con un gemido bajo y Walters entró. Fallows giró su silla para quedar frente a él y alzó la vista, sorprendido.

—Hola. Llegas temprano. Aún faltan cuarenta minutos.

Walters se quitó la chaqueta y la colgó en el armario situado al lado de la puerta tras sacar un libro del bolsillo interior. Fallows frunció el ceño pero no hizo comentario alguno.

—Entro con adelanto —replicó Walters—. Merrick quiere hablar contigo un minuto antes de que termines tu turno. Me dijo que te pasaras por el ECD. Puedes ir ahora y así podrás verlo en tiempo de trabajo. —Se acercó a la consola e hizo un gesto con la cabeza hacia el sistema de pantallas—: ¿Qué tal va todo? ¿Han ocurrido muchas cosas apasionantes y memorables?

—Pues me alegra comunicarte que el principal de la cinco-sub-tres está empezando a ponerse tonto de nuevo. Los indicios son leves, pero las lecturas son positivas. Pusimos en combustión el vernier 2 a las diecisiete cero cero durante un segundo quince y todo fue bien. La combustión principal se porta bien y corrige la orientación según lo programado —dijo encogiéndose de hombros—. Eso es todo, más o menos.

Walters gruñó, examinó rápidamente las pantallas e hizo aparecer el registro de las últimas cuatro horas en una pantalla vacía.

—Parece que vamos a tener que desmontar hasta el último tornillo de esa puñetera bomba otra vez —murmuró sin volver la cabeza.

—Eso parece —concedió Fallows con un suspiro.

—No merece la pena ir haciendo apaños. A tres meses de la llegada, lo mejor sería poner en marcha el sistema auxiliar y al carajo con todo. Arreglarlo después de que lleguemos, cuando el impulsor principal ya no esté funcionando. ¿Por qué perder kilos sudando dentro de los trajes de trabajo?

—Díselo a Merrick —dijo Fallows esforzándose por no mostrar la desaprobación que sentía. Hablar de esa forma revelaba una actitud muy chapucera hacia la ingeniería. Aunque sólo les quedaran tres semanas para llegar, no tendrían excusa para no arreglar una pieza de equipo que

había que arreglar de todas formas. Puede que el riesgo de un fallo catastrófico fuera infinitesimal, pero estaba presente. La buena praxis consistía en reducir las posibilidades a cero. Se consideraba a sí mismo un ingeniero competente, y eso implicaba ser meticuloso. Walters tenía la costumbre de ser dejado con algunas cosas; cosas pequeñas, de acuerdo, pero la dejadez seguía siendo dejadez. El que ambos tuvieran el mismo rango era algo que irritaba a Fallows.

—Registro de cambio de turno, Horace —dijo a la rejilla de la consola—. El oficial Fallows deja el puesto. Lo reemplaza el oficial Walters.

—Registrado —replicó Horace.

Fallows se levantó y se hizo a un lado mientras Walters se acomodaba en el asiento del supervisor.

—Libras cuarenta y ocho horas, ¿no? —preguntó Walters.

—Ajá.

—¿Algún plan?

—La verdad es que no. Jay juega en uno de esos equipos de la liga mañana, así que probablemente iré a ver el partido. Puede que incluso me llegue hasta Manhattan; hace tiempo que no voy por allí.

—Llévate a los chavales a dar un paseo por el módulo Gran Cañón —sugirió Walters—. Lo están reesculpiendo de nuevo, montones de árboles y piedras, con agua en abundancia. Quedará bonito.

Fallows pareció sorprendido.

—Creía que estaría cerrado durante otro par de días más. ¿No están haciendo ejercicios militares allí o algo así?

—Han terminado antes de lo previsto. De todas formas, Bud me dijo que mañana volverá a estar abierto. Compruébalo e inténtalo.

—Puede que lo haga —dijo Fallows asintiendo lentamente—. Sí... me vendría bien una excursión como ésa durante un par de horas. Gracias por la información.

—De nada. Cuídate.

Fallows salió de la sala de monitores, cruzó el piso del

subcentro de control de impulsores y salió por una puerta doble deslizante a un pasillo brillantemente iluminado. Un ascensor lo llevó a otro pasillo situado a dos niveles por encima, y minutos más tarde entraba en un despacho que se abría a uno de los lados de la cubierta principal de Ingeniería. En el interior le esperaba Leighton Merrick, el subdirector adjunto de Ingeniería, que contemplaba algo en una de las pantallas de referencia insertadas en el panel que ocupaba la esquina izquierda del escritorio al que estaba sentado.

A Fallows, Merrick siempre le había parecido alguien diseñado siguiendo las líneas de una catedral gótica. Su constitución larga y estrecha le daba la misma impresión de austera perpendicularidad que las esbeltas columnas de piedra gris; sus hombros en ángulo descendente, las líneas de sus rasgos faciales, las cejas diagonales y las entradas de su pelo que en el medio formaban un ángulo para acentuar su cabeza puntiaguda, todo ello formaba una composición de arcos que se alzaban píamente hacia los cielos alejándose del universo mundano de los asuntos de los mortales. Y como un frontispicio de piedra que vigilara desde lo alto mediante ventanas inexpresivas lo que acaecía en el santuario interior, su rostro parecía formar parte de un cascarón interpuesto para mantener a los demás a una distancia respetuosa de aquel que moraba en su interior. A veces Fallows se preguntaba si había realmente alguien en el interior o si con el paso de los años el cascarón había asumido una existencia autónoma y continuaba funcionando mientras la persona del interior se había marchitado y muerto sin que nadie se diera cuenta.

Pese a haber trabajado con él durante varios años, Fallows jamás había logrado dominar el arte de sentirse cómodo en presencia de Merrick. No eran de esperar demostraciones de indebida familiaridad entre personal de rango cuatro y los del rango seis, naturalmente, pero incluso teniendo eso en cuenta Fallows siempre se sentía extremadamente incómodo a los pocos segundos de entrar

en una habitación en la que estuviera Merrick, especialmente cuando no había nadie más presente. Esta vez no dejaría que le ocurriera, había decidido por enésima vez cuando estaba en el pasillo. Esta vez sería racional acerca de lo irracional que era todo el asunto y se negaría a dejarse intimidar por su propia imaginación. Merrick no lo había marcado especialmente como objeto de su desdén. Se comportaba así con todo el mundo. No significaba nada.

Merrick le hizo un gesto en silencio en dirección a la silla que había frente al escritorio y siguió contemplando las pantallas sin alzar la mirada. Fallows se sentó. Después de diez segundos, empezó a sentirse incómodo. ¿Qué había hecho mal en los últimos días? ¿Se había olvidado de algo? ¿O no había presentado un informe sobre algo? ¿O lo había presentado pero se le había quedado algo fuera? Finalmente, nervioso, Fallows consiguió tartamudear:

—Eh... usted quería verme, señor.

El subdirector adjunto de Ingeniería al fin se echó hacia atrás en su asiento y descendió de las grandes alturas etéreas del pensamiento.

—Ah, sí, Fallows. —Hizo un gesto hacia la pantalla que había estado estudiando—. ¿Qué sabe acerca de ese hombre, Colman, que ha estado intentando salirse del ejército y pasarse a Ingeniería? El supervisor ha recibido una copia de la solicitud de transferencia y me la ha pasado a mí para que la comente. Parece que este Colman ha dado su nombre como referencia. ¿Qué opina de él? —La barbilla inclinada y las estrechas cejas góticas preguntaban en silencio por qué cualquier oficial de ingeniería de rango cuatro que se respetara a sí mismo se involucraría con un sargento de infantería.

Le llevó a Fallows unos momentos darse cuenta de lo que había ocurrido. Entonces gimió para sus adentros cuando recordó las circunstancias.

—Yo, eh... Era el instructor de mi hijo cuando hacía su curso de cadete —tartamudeó Fallows en respuesta a la

mirada interrogadora de Merrick—. Lo conocí en el desfile de final de curso... hablé con él un poco. Parecía que tenía grandes ambiciones de intentar entrar en la Escuela de Ingeniería, y probablemente le dije que lo intentara de todas formas, o algo por el estilo. Supongo que se habrá acordado de mi nombre.

—Mmmm. Así que en realidad no sabe nada de su experiencia o aptitudes. Sólo se trata de alguien a quien conoció de casualidad y que vio demasiado en algo que dijo usted. ¿Es eso?

Fallows no podía tragarse las palabras que le imputaban. En realidad había invitado a Colman varias veces a su casa para hablar de ingeniería. Colman tenía unas ideas fascinantes, frunció el ceño y sacudió la cabeza antes de que pudiera detenerse.

—Bueno, parecía tener una comprensión sorprendente de una amplia base de fundamentos. Estuvo con el Cuerpo de Ingenieros del Ejército hasta hace un año, así que tiene mucha experiencia práctica. Y ha estudiado con afán desde que partimos de la Tierra. Tengo... tenía la impresión de que quizá mereciera alguna consideración. Pero por supuesto, eso es sólo una opinión.

—¿Considerarlo para qué? ¿No estará diciendo que tiene madera de oficial ingeniero?

—¡Por supuesto que no! Pero quizá para uno de los grados técnicos... grado Dos o Tres, quizá. O quizá mediante los cursos de acceso para otras licenciaturas.

—Mmmm. —Merrick hizo un gesto desdeñoso con la mano hacia la pantalla—. No tiene los estudios necesarios. Tendría que pasar al menos un año entero con chavales a los que doblaría en edad. No somos una unidad de reinserción social, como ya sabe.

—Ha hecho por su cuenta y con éxito las diplomaturas de Ingeniería de la Uno a la Cinco —señaló Fallows. Discutirle algo a Merrick le hacía sentirse nervioso, pero no tenía muchas más opciones—. Creí que posiblemente podría

conseguir un título Dos mediante el cursillo de actualización...

Merrick le dedicó una mirada suspicaz desde el otro lado del escritorio. Evidentemente, no estaba obteniendo las respuestas que esperaba.

—Su hoja de servicio en el ejército no es exactamente la mejor que se pudiera desear, como ya sabe. Sargento de primera en veintidós años, y ha estado subiendo y bajando en el escalafón desde que despegó de Luna. Sólo se alistó para escapar a dos años de entrenamiento correctivo, y estaba metido en problemas gordos mucho antes de eso.

—Bueno, ¡la verdad es que no puedo afirmar que estuviera al corriente de todos los aspectos, señor.

—Pues ahora lo está. —Merrick extendió un dedo arqueado frente a su cara—. ¿Diría usted que la delincuencia y las tendencias criminales reflejan, o no, la imagen que debemos mantener para el Servicio?

Frente a una cuestión sesgada de esa manera, Fallows sólo podía contestar de una manera.

—Bueno... no, supongo que no.

—¡Ajá! —Merrick parecía más satisfecho—. En todo caso, yo no querría ver mi nombre asociado a algo así en los expedientes. —Su declaración decía a las claras que Fallows no tendría grandes expectativas de futuro si permitía que su nombre apareciera de esa manera en los registros. Merrick arrugó la cara como si estuviera paladeando algo amargo—. Basura de bajo rango que intenta trepar por encima de sus mejores. Tenemos que mantenerlos en su sitio, Fallows. Eso es lo que fue mal en el Viejo Orden. Les permitía subir demasiado, y se hicieron con todo. ¿Y qué ocurrió? Que arrastraron la civilización por los suelos. ¿Quiere que ocurra eso de nuevo?

—No, por supuesto que no —dijo Fallows no muy contento.

—En otras palabras. Una respuesta positiva a esta petición no puede considerarse apropiada a los intereses del

Servicio o del Estado, ¿no es así? —concluyó Merrick.

Fallows fue incapaz de desenmarañar la lógica necesaria para rebatir el argumento. En vez de eso, sacudió la cabeza.

—Eso parece, visto así.

Merrick asintió gravemente.

—Un oficial que incita a un acto contrario a los intereses del Servicio está siendo desleal, y un ciudadano que actúa contra los intereses del Estado podría considerarse subversivo. ¿No está de acuerdo?

—Bueno, eso es cierto, pero...

—¿Así que quiere que figure en su expediente como proponente de un acto desleal y subversivo? —le desafió Merrick.

—Desde luego que no. Pero... —Fallows titubeó mientras intentaba retroceder hasta donde había perdido el hilo.

—Gracias —dijo Merrick aprovechando la oportunidad para terminar—. Estoy de acuerdo con usted y respaldo su evaluación. Muy bien, Fallows. Disfrute de su permiso. —Merrick se giró y empezó a tamborilear algo en el panel táctil situado debajo de las pantallas.

Fallows se quedó de pie un momento, incómodamente, y empezó a dirigirse a la puerta. Cuando estaba a medio camino, se detuvo, vacilante, y se giró otra vez.

—Señor, sólo hay una cosa que me gustaría...

—Eso es todo, Fallows —murmuró Merrick sin alzar la vista—. Puede retirarse.

Fallows seguía rumiando el asunto quince minutos después a bordo de la cápsula de tránsito que lo conducía en dirección a casa alrededor del Anillo de nueve kilómetros y medio de diámetro del *Mayflower II*. Merrick tenía razón, decidió. Se había comportado como un idiota. No le debía nada a un tipo como Colman para tener que pasar por el escrutinio de Merrick o ver cómo se cuestionaba su integridad personal. No le debía nada a esa gente para ayudarles a arreglar el desastre en que habían convertido sus vidas.

Cliff Walters jamás se habría visto involucrado en una

situación tan estúpida como ésa. ¿Que Walter a veces hacía la vista gorda con cositas que de todas formas no tenían importancia? Pues Walters era mucho más inteligente que él en las cosas que sí que la tenían. Vaya con Fallows, el chaval listillo que salió de Arizona para salvar al universo pero que ni siquiera había aprendido a limpiarse la nariz. Cliff Walters se había ganado todas y cada una de sus promociones, concedió Fallows como parte de su penitencia autoimpuesta; y Fallows se había ganado cada día que le esperaba en el futuro de ser una nulidad en Quirón. Quizá algún día aprendería a escuchar a Jean.

Capítulo tres

Mayflower II tenía la forma general de una rueda montada cerca del extremo más fino de un eje en forma de cono, que era conocido como el Eje y se extendía casi diez kilómetros desde la base del embudo del colector magnético en su morro hasta el enorme plato de reacción parabólico que formaba su cola.

La rueda, o Anillo, sobrepasaba los veintiocho kilómetros de circunferencia y estaba dividida en dieciséis módulos estructurales unidos por pivotes rotatorios. Dos de esos módulos constituían los anclajes principales del Anillo al Eje y eran fijos; los otros dieciséis módulos podían pivotar alrededor de sus soportes intermodulares para modificar el ángulo de los suelos de los niveles respecto al Eje. Este diseño de geometría variable permitía combinar el componente radial de fuerza debida a la rotación con el componente axial producido por el impulso, de tal forma que era capaz de producir un nivel normal de gravedad simulada alrededor del Anillo en todo momento, ya estuviera la nave bajo aceleración o navegando en caída libre como había hecho durante la mayor parte del viaje.

Los módulos del Anillo contenían todos los tipos de instalaciones habitables, recreativas, industriales y agrícolas desarrolladas durante la creación de colonias espaciales, y para cuando la nave se acercaba a Alfa Centauri, alojaba a unas treinta mil personas. El retraso de las comunicaciones de ida y vuelta entre la nave y la Tierra se había incrementado a nueve años, y la comunidad de la nave era autónoma en todos sus aspectos: una sociedad autogobernada y autosuficiente. Tenía su propio ejército, y ya que los planificadores de la misión se habían visto obligados a tener en cuenta toda circunstancia y escenario concebibles, los militares habían venido preparados para

cualquier cosa; no habría envío de refuerzos si se encontraban con problemas.

La parte del *Mayflower II* dedicada al armamento era el módulo de Batalla de kilómetro y medio aferrado al morro del Eje pero capaz de separarse para operar de forma independiente como nave de guerra si hacía falta, y estaba equipado con la potencia de fuego suficiente para haber aniquilado fácilmente a cualquiera de los bandos de la segunda guerra mundial. Podía lanzar misiles buscadores de largo alcance capaces de perseguir a su objetivo hasta ochenta mil kilómetros de distancia; desplegar satélites para bombardeo de superficie mediante bombas con adquisición de objetivo independiente o armas de haces de partículas; era capaz de enviar a las atmósferas planetarias sondas de gran altitud o sensores submarinos, aeronaves de ataque a tierra o misiles de bajísima altitud de crucero sobre el terreno y de desplegar sus tropas en tierra. Entre otras cosas, llevaba un montón de explosivos nucleares.

Los militares mantenían una instalación para reprocesado de ojivas y fábrica de repuestos que, como precaución ante los accidentes y para ahorrar algo de peso, los diseñadores habían emplazado muy atrás en la cola del Eje, detrás del enorme escudo de radiación que protegía al resto de la nave del estallido del impulsor principal. Oficialmente era conocida como producción y almacén de ojivas, y de forma no oficial como la fábrica de bombas. Nadie trabajaba allí. Las máquinas se encargaban de las operaciones de rutina, y los ingenieros sólo visitaban el lugar de vez en cuando para hacer inspecciones o para llevar a cabo reparaciones fuera de lo corriente. Sin embargo, era una instalación militar que contenía municiones, y según el reglamento, eso significaba que tenía que ser custodiada. El hecho de que ya fuera virtualmente una fortaleza y que estuviera protegida electrónicamente contra cualquier entrada no autorizada de cualquier cosa mayor que una mosca no suponía ninguna diferencia; el reglamento decía que las instalaciones que

contenían municiones tenían que ser guardadas por *guardias*. Y custodiar esa instalación, en opinión de Colman, tenía que ser el trabajo más mierdoso y cutre que había en el ejército.

Pensó en ello mientras Sirocco y él, enterrados en el interior de sus trajes de protección, estaban sentados detrás de una ventana de la sala de guardia cercana a la puerta blindada de la instalación, vigilando pasillos por los que no había venido nadie en veinte años a menos que tuviera que hacerlo. Detrás de ellos el soldado de primera Driscoll estaba encajado en una silla, mirando una película en una de las pantallas de comunicaciones con el audio desviado a la radio de su traje. Driscoll debería estar patrullando en el exterior, pero ese ritual era abandonado cuando Sirocco estaba a cargo del retén de guardia de la fábrica de bombas. Hacía un año más o menos, alguien de la compañía D se había aprovechado del hecho de que todo el mundo se parece dentro de uno de los trajes de protección para pasar un vídeo de algún obediente centinela de años atrás por el circuito cerrado de televisión, que los oficiales superiores usaban para espiar a los guardias de vez en cuando. Desde entonces nadie patrulla en la unidad. Las cámaras sólo se emplean ahora para avisar con antelación de inspecciones sobre el terreno imprevistas.

—Nunca se sabe. Puede que las cosas mejoren después de que lleguemos a Quirón —dijo Sirocco. La petición de transferencia de Colman había sido rechazada por Ingeniería—. Con la explosión demográfica, habrá todo tipo de posibilidades. Eso es lo que consigues.

—¿Qué es lo que consigo?

—Por ser un buen soldado y un mal ciudadano.

—¿Que no me guste matar a gente me convierte en un buen soldado?

—Pues sí. —Sirocco levantó una mano embutida en su guantelete como si la respuesta fuera obvia—: Los tipos a los que no les gusta pero tienen que hacerlo se enfadan muchísimo. No pueden emprenderla con la gente que les

obliga a hacerlo, así que en vez de eso la toman con el enemigo. Eso es lo que les hace buenos. Pero los tipos a los que les gusta se arriesgan demasiado y consiguen que les peguen un tiro. Lo que hace que no sean tan buenos. Es lógico.

—Lógica militar —murmuró Colman.

—Nunca he dicho que tuviera que tener sentido. — Sirocco alzó los codos a la altura de los hombros, se estiró durante unos segundos y suspiró. Tras un breve silencio, le dedicó una mirada de soslayo a Colman.

—Bueno... ¿Cuáles son las últimas novedades sobre esa monada de la brigada?

—Olvídalo.

—¿No está interesada?

—Es tonta.

—Qué lástima. ¿Y eso?

—Astrología y fuerzas cósmicas. Quería saber bajo qué signo había nacido. Y yo le dije que bajo uno que ponía PARITORIO. —Colman hizo una mueca agria—. Coño, ¿por qué tengo que seguirle la corriente a la gente todo el tiempo?

Sirocco arrugó los labios, mostrando un vislumbre de su bigote.

—A mí no me engañas, Steve. Estás dejando tus opciones abiertas hasta que hayas comprobado tus oportunidades en Quirón. Vamos, admítelo... estás impaciente por que te suelten en medio de todas esas mujeres quironesas. —Los primeros quironeses generados por máquinas fueron los diez mil individuos creados durante los diez años siguientes a la llegada de la *Kuan-yin*, el más viejo de los cuales estaría ahora en la segunda mitad de los cuarenta. Según las instrucciones codificadas en los ordenadores-padres, la primera generación habría comenzado un experimento limitado de reproducción al llegar a los veinte años, y lo mismo con la segunda generación, para llevar la población planeada a los doce mil individuos. Pero los quironeses parecían tener sus propias ideas al

respecto, porque la población ya estaba en los cien mil y seguía aumentando espectacularmente: ya iban por la cuarta generación. Las posibles implicaciones eran intrigantes.

—No estoy tan desesperado —insistió Colman, no por vez primera—. A lo mejor es como creen algunos tipos, y a lo mejor no. De todas formas, no puede quedar nadie de nuestra edad que no sea ya bisabuela. Mira las estadísticas.

—¿Y quién ha dicho algo sobre nuestra edad? ¿Te has imaginado cuántas muchachitas jóvenes debe haber correteando allá abajo? —Sirocco soltó una risilla lasciva por el intercomunicador—. Apuesto a que Swyley tendrá una recuperación milagrosa desde este momento hasta que entremos en órbita. —Con ceguera al color o no, el cabo Swyley había visto acercarse la situación actual con la antelación suficiente para presentarse en la enfermería con dolores estomacales veinticuatro horas antes de que a la compañía D le fuera asignada dos semanas de guardia de la fábrica de bombas. Estaba «enfermo» porque lo había comunicado durante su tiempo fuera de servicio; quejarse de dolores estomacales mientras se estaba de servicio era contemplado por el ejército como un intento de escaqueo.

Les llegó una llamada de la brigada, y Sirocco la pasó al canal de audio para recibirla. Colman se reclinó y miró a su alrededor. Las alarmas indicadoras en la consola situada frente a él no informaban de nada. Nadie se arrastraba por debajo del piso, abriéndose camino entre el blindaje externo y el interno de las estructuras, cortando un agujero en las paredes de los compartimentos de los impulsores, reptando hacia abajo desde el nivel superior, o trepando furtivamente por el exterior. Nadie, por lo que parecía, estaba interesado en las ojivas termonucleares hoy en día. Se levantó y se puso detrás de la silla.

—Necesito estirar un poco las piernas —dijo cuando Sirocco levantó la mirada detrás de su visor—. Es hora de hacer una ronda, de todas formas. —Sirocco asintió y continuó hablando en el interior de su casco. Colman se puso

su M32 al hombro y salió de la sala de guardia.

Tomó una puerta lateral en el pasillo por el que jamás venía nadie y empezó a seguir una galería entre la pared exterior de la fábrica e hileras de conducciones, cables y conductos al otro lado, moviéndose al quince por ciento de la gravedad normal, a zancadas, con un ritmo suave que hacía tiempo que se había convertido en instintivo. Aunque una transferencia a la compañía D equivalía prácticamente a ser degradado, Colman se sentía aliviado al trabajar con alguien como Sirocco. Sirocco era el primer oficial al mando que había conocido que se contentaba con aceptar a la gente tal y como era, sin sentir la obligación de moldearlos en otra cosa. No se pasaba todo el tiempo metiendo las narices e interfiriendo. Siempre que las cosas que quería que se hicieran se hicieran al fin, no le preocupaba especialmente el cómo, y dejaba que las personas se ocuparan de ello a su manera. Era refrescante ser tratado como alguien competente por una vez, ser respetado como alguien poseedor de un cerebro y capaz de usarlo. La mayoría de los demás hombres de la unidad se sentían de la misma manera. Por lo general, no eran precisamente del tipo de gente dispuesta a expresar esos sentimientos a la primera ocasión... pero se notaba.

No es que eso favoreciera mucho el tipo de obediencia que el ejército buscaba en sus soldados, pero la mayor parte del tiempo Sirocco tenía sus propias ideas acerca de qué había que hacerse, que a menudo diferían considerablemente de las del ejército. Los buenos oficiales se preocupaban por sus carreras y por sus ascensos, pero Sirocco parecía incapaz de tomarse el ejército en serio. Una industria de cientos de miles de millones de dólares montada con el propósito de matar gente era un asunto serio, desde luego, pero Colman estaba completamente convencido de que Sirocco, en su interior, jamás había hecho la conexión. Era un juego del que disfrutaba jugando. Y como Sirocco se negaba a preocuparse acerca de los otros y tomarse su juego en serio, le habían

dado la compañía D, cosa que al final le había parecido bien y todo.

Colman había llegado al lugar donde una pasarela elevada se unía a la galería desde una puerta que atravesaba un mamparo hasta uno de los compartimentos que albergaban los compresores, donde el tritio creado en los reactores de popa era concentrado para enriquecer el plasma del impulsor principal antes de ser lanzado al espacio. Con poco más que el sonido continuado de un trueno distante penetrando el aislamiento del casco de Colman, era difícil imaginarse la escala del gargantuesco poder que era liberado al otro lado del plato de reacción, no muy lejos de donde se encontraba él. Pero podía *sentir* antes que oír el insistente latido rugiente a través de las suelas de sus botas sobre el suelo de malla metálica y en la palma de la mano cuando la apoyaba sobre la barandilla desde la que se divisaban los nichos de maquinaria por debajo de la pasarela. Como siempre, algo se agitó en su interior cuando las terminaciones nerviosas de su cuerpo sintieron la energía que le rodeaba; energía pura y salvaje que era domada, controlada y domesticada para que obedeciera a la presión de un dedo sobre un botón. Recorrió con la mirada las hileras de barras colectoras superconductoras cuyo núcleo era mantenido a sólo unas cuantas decenas de grados por encima del cero absoluto a pocos metros de núcleos de plasma a millones de grados, la cubierta del acelerador por encima de su cabeza, donde pedazos de átomos recorrían a casi la velocidad de la luz sendas controladas hasta la millonésima de centímetro, a los haces de cables de datos que se extendían a lo lejos para enviar detalles de todo lo que ocurría de microsegundo en microsegundo a los siempre alertas ordenadores de control, y Colman tuvo que recordarse a sí mismo que todo esto había sido construido por hombres. Porque a veces le parecía como si fuera un mundo concebido y creado por máquinas para las máquinas, un reino en el que el ser humano ya no tenía lugar ni le

pertenecía.

Pero Colman sentía que pertenecía a este lugar, entre las máquinas. Las comprendía y hablaba su idioma, y ellas el suyo. Ahora mismo le hablaban mediante las vibraciones que recorrían su traje. El lenguaje de las máquinas era simple y directo. Carecía de lógica inversa o de dobles sentidos. Las máquinas jamás decían una cosa cuando querían decir otra, daban menos de lo que habían prometido dar o exigían más de lo que habían pedido. No mentían, ni engañaban ni robaban, sino que eran francas con aquellos que lo eran con ellas. Como Sirocco, lo aceptaban como era y no fingían ser otra cosa más que lo que eran. No esperaban que cambiara para ellas, ni ellas se ofrecían a cambiar para él. Las máquinas no tenían nociones de superioridad o inferioridad y sus diferencias no las perturbaban: eran mejores en ciertas cosas y peores en otras. Podían entenderlo y aceptarlo. Y entonces, se preguntaba Colman, ¿por qué las personas no pueden hacerlo?

La puerta del mamparo situado al otro lado de la pasarela estaba abierta, y había algunas herramientas en el suelo frente a una caja de interruptores próxima a la puerta. Colman atravesó la puerta hacia el compartimento de compresores y fue a dar a una plataforma elevada protegida por una barandilla en medio de un pozo de maquinaria que se extendía por encima de su cabeza y hacia abajo. Dividido en niveles por vigas y barras de metal, cada nivel alojaba una de las grandes bombas de combustible y su equipo secundario. En el nivel que había por debajo, un grupo de ingenieros y mecánicos trabajaba en una de las bombas. Habían retirado una de las cubiertas traseras y desmantelado los soportes, y estaban sujetando eslingas de la grúa de carga para retirar el rotor. Colman se apoyó en la barandilla para observar durante unos instantes, asintiendo con aprobación silenciosa al ver las eslingas y los amarres tensarse en los ángulos correctos, los alzaprimas encajados en el rotor para evitar extremidades atrapadas, las partes

desmontadas dispuestas ordenadamente y bien lejos de la zona de trabajo, y las superficies de soporte expuestas protegidas por material acolchado ante el posible daño producido por las herramientas de trabajo. Le gustaba ver trabajar a los profesionales.

Llevaba observando unos cinco minutos cuando otra puerta situada más adelante en la plataforma se abrió, y apareció una figura embutida en el mismo tipo de traje que llevaban los ingenieros de abajo. La figura se acercó a la escalerilla cerca de donde estaba Colman y se giró para descender por ella, deteniéndose durante un segundo para mirar a Colman con curiosidad. La placa del bolsillo de la pechera decía B. FALLOWS. Colman alzó una mano en señal de reconocimiento y cambió la radio a la frecuencia local.

—Eh, Bernard, soy yo, Steve Colman. No sé si ya lo sabrás, pero la petición fue rechazada. Gracias por intentarlo, de todas formas.

Los rasgos del rostro que se hallaba detrás del visor no eran amistosos.

—Es *señor* Fallows para usted, sargento. —La voz era gélida—. Lo siento pero tengo trabajo que hacer, y supongo que usted también. Sugiero que ambos nos dediquemos a nuestras respectivas ocupaciones. —Y con eso se aferró al pasamanos de la escalerilla, retrocedió un paso hacia atrás saliéndose de la plataforma, se deslizó suavemente hacia abajo y se giró para reunirse con los demás.

Colman observó durante unos instantes más, luego se dio la vuelta lentamente y empezó a dirigirse hacia la puerta del mamparo. No se sentía especialmente resentido, ni particularmente sorprendido. Ya lo había visto demasiadas veces con anterioridad. Fallows no era un mal tipo; alguien había caído sobre él, eso era todo.

—Puede que entienda cómo funcionan las máquinas —susurró Colman casi en voz alta para sí mientras regresaba a la galería exterior de la fábrica de bombas—. Pero no comprende cómo piensan.

Capítulo cuatro

La película que se mostraba en la pantalla de la pared de la unidad residencial de rango medio alto de los Fallows era acerca de la guerra de 2042, y Jay Fallows estaba exultante de alegría porque ya se acababa. Los americanos eran altos, musculosos, esbeltos y de ojos acerados, tenían el pelo ondulado y llevaban uniformes con chaqueta y corbata, lo que era civilizado. Los soviéticos tenían mandíbulas pesadas, miradas huidizas y carecían de escrúpulos, llevaban el pelo rapado y chaquetones militares abrochados hasta el cuello, lo que significaba que querían conquistar el mundo. Los americanos tenían una tecnología superior porque su afeitado era más apurado.

—El gigante no ha muerto —declaraba el héroe alto, musculoso y de ojos acerados a su leal ayudante de pelo ondulado mientras estaban delante de un VTOL^[1] de las fuerzas aéreas en una cima en San Gabriel Hills sobre la cuenca de cenizas de Los Ángeles—. Debe dormir por un tiempo para restañar sus heridas ahora que el trabajo está hecho. Pero volverá a levantarse, endurecido y templado en la forja. Todo esto no habrá sido en vano. —Las figuras en la montaña se encogieron mientras la vista se ampliaba para incluir el sol poniente que vería otro amanecer, y la música creció hasta una entusiasta conclusión de instrumentos de metal y tambores respaldados por lo que parecía un coro celestial.

Jay Fallows creyó durante un momento que iba a vomitar e intentó expulsar de su cabeza la banda sonora mientras mordisqueaba los restos de su comida. Había un libro de astronomía abierto en la mesa frente a él. Detrás de él, su madre y su hermana de doce años, Marie, digerían el mensaje con silenciosa reverencia. La página que miraba mostraba las constelaciones septentrionales según se veían

desde la Tierra. Tenían casi el mismo aspecto que desde el *Mayflower II*, exceptuando que, en el libro, a Casiopea le faltaba una estrella: el Sol. En la página de al lado, la Cruz del Sur incluía Alfa Centauri como uno de sus puntos, mientras que desde la nave la estrella se había separado y crecido hasta tener las dimensiones de un brillante orbe que destacaba sobre el fondo estelar. Y la vista desde la Tierra no mostraba para nada a Próxima Centauri: una débil enana roja de menos de una diezmilésima de la luminosidad del Sol, e invisible sin un telescopio, pero que ahora estaba lo suficientemente cerca para ser percibida desde el *Mayflower II*. Siempre de manera imperceptible de un día a otro, y también de un mes a otro, los cambios en las estrellas transcurrían incluso más lentos ahora que el impulsor principal estaba en funcionamiento constante para aminorar la velocidad con que la nave había recorrido cuatro años luz de espacio.

La mayoría de los adultos que conocía, o al menos los que tenían más de veinticinco años, de todas formas, parecían sentir la obligación de mostrar simpatía por la gente como él que jamás había experimentado la vida en la Tierra. Por lo que había visto, no estaba seguro de haberse perdido gran cosa. La vida en el *Mayflower II* era cómoda y segura, repleta de cosas interesantes que hacer, y más adelante aguardaba el desafío y la aventura de un mundo nuevo y desconocido. Desde luego, eso era algo que nadie en la Tierra tenía como expectativa.

En el curso de ciencia política en la escuela, la misión principal del *Mayflower II* le había sido descrita como una «liberación preventiva», lo que significaba que como los asiáticos y los europeos eran como eran, se apoderarían de Quirón y lo corromperían si tenían la oportunidad, y el *Mayflower II* por tanto tenía dos años para enseñar a los quironeses a protegerse a sí mismos. Había otras razones más abstractas por las que era tan importante educar e instruir a los quironeses y que Jay no entendía del todo, pero

que aceptaba como parte de los muchos misterios que sin duda se revelarían a su debido tiempo como parte del complicado proceso de crecer.

Fueran cuales fuesen las respuestas, no alcanzaba a comprender qué tendría todo eso que ver con hacer modelos de locomotoras de vapor y el solemne discurso de su padre acerca de que no sería buena idea que continuara su amistad con Steve Colman. Pero no tenía sentido armar jaleo al respecto, así que había mentido sobre sus intenciones sin sentirse culpable, porque la gente que le decía que no fuera mentiroso no le había dado más opción. Bueno, técnicamente sí se la habían dado, pero eso no contaba porque formaba parte de las cosas que no comprendía... o que había olvidado. Pero Steve lo comprendería.

—Me alegro de no haber vivido *entonces* —dijo Marie a sus espaldas—. No puedo imaginarme ciudades enteras ardiendo. Debió de haber sido *horrible*.

—Lo fue —dijo Jean—. Es una lección que todos tenemos que recordar. Ocurrió porque la gente olvidó que todos tenemos nuestro lugar adecuado en el orden de las cosas y las funciones adecuadas que realizar. Permitieron a demasiada gente incompetente e indigna alcanzar puestos que no se merecían.

—*Paga tu deuda/reclama lo que se te debe/que cada uno esté orgulloso de lo suyo* —recitó Marie.

—Muy bien —dijo su madre.

«Mocosa impertinente», pensó Jay para sus adentros y pasó la página. La siguiente sección del libro empezaba con un diagrama del sistema Centauro que enfatizaba sus dos principales componentes binarios en su órbita mutua de ocho años, y contenía recuadros con sus acompañantes planetarios según las descripciones originales de los instrumentos de la *Kuan-yin* y corroborados más tarde por los quironeses. Por debajo del diagrama principal había imágenes del espectro de tipo G2v, parecido al del Sol, de la primaria con numerosas líneas metálicas; la otra estrella más

fría, la secundaria de tipo K1-naranja con el extremo azul de su continuo debilitado y en el que comenzaban a aparecer bandas de absorción de radicales moleculares; y la M5e roja-anaranjada de Próxima Centauri con altísima absorción en el violeta y bandas prominentes de CO, CH y TiO.

—¿No habrá guerra en Quirón, verdad, mamá? —preguntó Marie.

—Por supuesto que no, cariño. Es sólo que los quironeses no han prestado tanta atención como debían a las cosas que los ordenadores intentaron enseñarles. Siempre han tenido máquinas para que les proporcionaran todo lo que querían, y creen que la vida es un enorme patio de recreo. Pero no es culpa suya, porque en realidad no son personas como nosotros. —Esa convicción estaba bastante arraigada a bordo del *Mayflower II* aunque el propio obispo llevara consigo una encíclica de la Tierra decretando que los quironeses tenían alma. Jean se dio cuenta de que se la podía malinterpretar y añadió apresuradamente—: Bueno, son personas, por supuesto. Pero no son *exactamente* como tú porque nacieron sin padres ni madres. No debes odiarles, ni nada por el estilo. Sólo recuerda que eres un poquito mejor que ellos porque fuiste más afortunada, y sabes cosas que ellos jamás tuvieron la oportunidad de aprender. Y aunque tengamos que mostrarnos un poco firmes con ellos, al final será por su propio bien.

—¿Quieres decir para cuando lleguen los chinos y los europeos?

—Exactamente. Debemos enseñarles a los quironeses cómo ser fuertes de la misma manera que nosotros hemos aprendido a serlo, y si lo hacemos, no habrá ninguna guerra.

Jay decidió que ya tenía suficiente, se excusó con un murmullo y se llevó el libro a la sala de estar. Su padre estaba espatarrado sobre un sillón, hablando de política con Jerry Pernak, un amigo físico que había venido de visita hacía una hora más o menos. La política era otro misterio que Jay suponía que algún día se le desvelaría.

Para preservar las características esenciales del sistema americano, la vida a bordo del *Mayflower II* estaba organizada bajo una administración civil a la que estaban subordinados tanto el mando militar como la organización de la tripulación de estilo militar. El principal cuerpo legislativo de esta administración era la Junta Directiva Suprema, presidida por un director de la Misión, que era elegido para el puesto cada tres años y era responsable de nombrar a los diez miembros de la Junta Directiva. El mandato del actual director de la Misión, Garfield Wellesley, acabaría con el término del viaje, cuando se celebraran elecciones para designar a los miembros de un gobierno más apropiado para un entorno planetario.

—Howard Kalens, sin ninguna duda —decía Bernard Fallows—. Si sólo tenemos dos años para poner el planeta en orden, ése es el tipo de hombre que necesitamos. Tiene convicciones firmes, y no tiene miedo de expresarlas sin edulcorarlas para las encuestas de opinión. Y la política le viene de familia. No se puede convertir a un cualquiera en gobernador planetario, ya sabes.

Pernak no parecía entusiasmado en aceptar la invitación implícita a mostrarse de acuerdo que había detrás de ese comentario. Empezó a dar una respuesta evasiva, se detuvo y alzó la mirada cuando entró Jay.

—Hola, Jay. ¿Qué tal la película?

—Bah, no la estaba viendo. —Jay hizo un gesto vago con el libro en la mano y lo devolvió a su estantería—. Lo de siempre.

—¿De qué hablaban las muchachas ahí dentro? —preguntó Bernard.

—No estoy seguro. Supongo que no les estaba prestando mucha atención.

—Ya ves... tan jovencito y ya está practicando para cuando esté casado —le dijo Bernard a Pernak con una sonrisa. Pernak sonrió momentáneamente. Bernard miró a su hijo.

—Bueno, todavía es temprano. ¿Ya sabes qué es lo que quieres hacer esta tarde?

—Bueno, pensé que podía acercarme a Jersey y dedicarle un par de horas a la locomotora.

—Muy bien. —Bernard asintió pero siguió mirando a Jay a los ojos durante una fracción de segundo más de lo necesario, y en su voz había algo más de seriedad de la que supuestamente merecía el tono de la charla.

—¿Qué tal vas con eso? —preguntó Pernak.

—Muy bien. Ya he comprobado la caldera y la he instalado, y los acoplamientos de los ejes están listos para instalar. Ahora mismo estoy intentado meter bien las válvulas guía en los pistones de alta presión. Es difícil.

—¿Has avanzado mucho? —preguntó Pernak.

—Tuve que tirar un juego entero —suspiró Jay—. Tengo que empezar desde el principio. Por eso quiero comenzar hoy.

—¿Y cuándo me la vas a enseñar?

—Cuando tú quieras —dijo Jay con un encogimiento de hombros.

—¿Vas a ir a Jersey ahora mismo?

—Iba a hacerlo. Pero no tiene que ser ahora mismo.

Pernak miró a Bernard y apoyó las manos en los brazos del sillón como preparándose para levantarse.

—Bueno, tengo que ir a Princeton esta tarde, y Jersey me queda de camino si tomo la vuelta más corta. Jay y yo podemos compartir el transporte.

Bernard se levantó.

—Por supuesto que sí... no dejes que te entretenga si tienes cosas que hacer. Gracias por devolverme el cúter. —Giró la cabeza en dirección al comedor y dijo en voz alta para que se le oyera—: Eh, ¿venís a decirle adiós a Jerry? Se marcha. —Pernak y Jay esperaron junto a la puerta a que aparecieran Jean y Marie.

—¿Ya te vas? —le preguntó Jean a Pernak.

—Las cosas no se hacen solas. Me detendré un momento

en Jersey con Jay para ver cómo va su locomotora.

—¡Oh, esa locomotora! —Jean miró a Jay—. ¿Vas a volver a ponerte a trabajar en ella?

—Durante algunas horas, como mucho.

—Bueno, espero que esta vez no te estés hasta medianoche, ¿vale? —Y dirigiéndose a Pernak—: Cuídate, Jerry. Gracias por la visita. Dale recuerdos a Eve y recuérdale que ya es hora de que hagamos una cena todos juntos. Dijo que me llamaría después de misa el próximo domingo, pero no he oído nada de ella.

—Se lo recordaré —prometió Pernak—. ¿Ya estás listo, Jay? Vámonos.

Pernak tenía el pelo negro como el carbón y lo llevaba corto, era de constitución sólida y tenía unos rasgos elásticos que siempre habían fascinado a Jay por la aparentemente interminable variedad de expresiones que eran capaces de producir. Había dado muchas charlas sobre física en la escuela de Jay y era popular tanto por lo entretenido de sus charlas como por su conocimiento de la materia, que siempre lograba mostrar de manera atractiva mediante asombrosos vislumbres del interior de agujeros negros, extraordinarios relatos sobre los primeros instantes del universo, y especulaciones fantásticas sobre la vida en espaciotiempos distorsionados con geometrías inusuales. En una ocasión les había mostrado diagramas de Feynman, que representaban a las partículas como «líneas de universo» que atravesaban un dominio bidimensional, en el cual un eje representa el espacio y el otro el tiempo. Matemática y teóricamente, una partícula que avanza en el tiempo es indistinguible de su antipartícula que retrocede en el tiempo, y Pernak les había ofrecido la sobrecogedora conjetura de que puede que hubiera un único electrón en todo el universo... que se repetía una y otra vez en todos lados yendo hacia delante en el tiempo como electrón y retrocediendo como positrón. Al menos, había señalado Pernak, eso explicaría por qué todos tenían la misma carga y la misma masa, lo que indicaría por

qué a nadie se le había ocurrido una explicación mejor.

Pernak tenía una zancada sorprendentemente larga para su altura, y Jay tuvo que apresurarse para mantenerse a su lado mientras recorrían un par de manzanas de edificios a través de las densamente atestadas pero ingeniosamente enclaustradas terrazas de las unidades residenciales de Maryland. No pasó mucho tiempo antes de que Pernak empezara a hablar de cambios de estado en las leyes de la física y su manifestación en el proceso de la evolución. Una de las cosas más refrescantes de Pernak, según había descubierto Jay, era que se atenía a su tema y no lo lastraba con moralinas ni consejos adultos no solicitados. No había decidido todavía si Pernak era secretamente un escéptico sobre esas cosas o simplemente creía en ocuparse de sus propios asuntos, pero no había encontrado manera de plantearle la pregunta.

Entraron en la parada de cápsulas y salieron a una plataforma donde había otras cuatro o cinco personas más que esperaban, un par de ellas eran vecinos, y saludaron con un ademán de la cabeza a Jay cuando lo vieron. La siguiente cápsula circumanular llegaría en algo más de un minuto, y se detuvieron en frente de un póster electoral que mostraba la figura aristocrática y austera de Howard Kalens que contemplaba protectoramente desde arriba el planeta Quirón como una benigna aunque distante divinidad cósmica. La leyenda decía simplemente: PAZ Y UNIDAD.

—Piensa en ello como los cambios de estado que describen las transiciones entre sólidos, líquidos y gases —dijo Pernak—. Las leyes para gases sólo son válidas en un determinado rango. Si intentas extrapolarlas demasiado lejos, empiezas a obtener resultados ridículos, como que el volumen se reduce a cero o cosas así. En realidad eso no ocurre porque el gas se vuelve líquido antes de llegar a ese punto, y aparece un comportamiento cualitativamente diferente que se rige por unas reglas propias y nuevas.

—¿Estás diciendo que la evolución es el resultado de una

serie de transiciones de ese tipo?

—Sí, Jay. La evolución es un proceso continuo en el que sistemas más ordenados y complejos emergen a partir de otros más simples en una serie de etapas consecutivas. Primero hubo una evolución física, luego atómica, luego química, luego biológica, luego animal, luego humana y hoy en día tenemos la evolución de las sociedades humanas. —El rostro de Pernak se arrugó para adoptar una expresión diferente según cada clase que mencionaba—. En cada etapa aparecen nuevas relaciones y propiedades que sólo pueden expresarse en el contexto de ese nivel superior. No pueden expresarse en términos de procesos que funcionan a niveles inferiores.

Jay pensó en ello durante unos instantes y asintió lentamente.

—Creo que ya lo pillo. Lo que dices es que la forma en que las personas actúan y sienten no puede describirse en función de las sustancias químicas que las componen. Una molécula de ADN es mucho más que un montón de cargas desorganizadas y enlaces de valencia. La forma en que se organiza produce sus propias leyes.

—Exactamente, Jay. Lo que tienes es una jerarquía ascendente de niveles de complejidad cada vez mayores. En cada nivel emergen nuevas relaciones y significados que son funciones del propio nivel y que no existen en los niveles inferiores. Por ejemplo, hay veintiséis letras en el alfabeto inglés. Una sola letra no lleva mucha información, pero cuando produces cadenas de letras para crear palabras, el número de cosas que puedes describir puede llenar un diccionario. Cuando ensamblas las palabras en frases, las frases en párrafos y así sucesivamente, la variedad es virtualmente infinita, y puedes comunicar cualquier significado que se te ocurra. Y sin embargo, todos los libros escritos en inglés usan solamente esas veintiséis letras.

La cápsula llegó, y Jay se quedó callado mientras digería lo que Pernak acababa de decirle. Cuando entraron, Jay

introdujo un código en el panel situado al lado de la puerta para especificar su destino en el módulo Jersey, y cuando se sentaron en un par de asientos desocupados frente a frente, la cápsula empezó a moverse. Tras un corto tramo de aceleración hasta conseguir velocidad, entró en un tubo de salida de Maryland y por uno de los armazones esféricos intermodulares que contenían los mecanismos de pivote y rodamiento para ajustar la orientación del módulo según el estado del movimiento de la nave. Durante un breve instante se encontraron mirando a la inmensidad del Eje a través de un caparazón exterior transparente, aparentemente sostenido por una red de mástiles y barras de acople a cinco kilómetros por encima de sus cabezas, y la vastedad del espacio que se extendía a ambos lados. Entonces entraron en el módulo Kansas donde el escenario cambió por completo: pastos cerrados para animales, nivel tras nivel de unidades agrícolas, piscifactorías y tanques hidropónicos.

—Vale, siguiendo la evolución de la complejidad retrocedes hasta el *Big Bang* —dijo Jay al fin—. Y de ahí, ¿adónde?

—En la teoría clásica, de ahí no se va a ningún lado. Pero estoy bastante seguro de que cuando tus teorías empiezan a darte singularidades, infinitos y resultados que no tienen sentido, es que estás intentando imponer tus leyes más allá de un cambio de estado en una región donde ya no son válidas. Creo que es a eso a lo que nos enfrentamos.

—¿Y a dónde te vas entonces? —insistió Jay.

—No puedes ir a ninguna parte con las leyes de la física que tenemos, que es simplemente otra forma de sacar conclusiones que ya sabíamos de antemano. Pero creo que es un error creer que no había nada de nada, hablando de manera informal, antes de eso... si «antes» significa ahí algo parecido a lo que normalmente significa para nosotros. —Pernak se inclinó hacia delante y se humedeció los labios—. Te voy a dar una analogía aproximada. Imaginemos una llama. Inventemos una raza de personas que viven en su

interior y pueden describir los procesos que ocurren a su alrededor en términos de la física ígnea que han descubierto, ¿vale? —Jay frunció el ceño pero asintió—. Supongamos que pueden rastrear la historia de su mundo hasta el instante en que la llama prendió por primera vez como una chispa en la cabeza de una cerilla o lo que fuera. Para ellos, ése sería el origen de su universo, ¿no es así?

—Ah, vale —dijo Jay—. *Sus* leyes no podrían decirles nada acerca del universo frío antes de ese instante. La física ígnea sólo cobró existencia cuando lo hizo la llama.

—Un cambio de estado, evolucionando hacia nuevas leyes —confirmó Pernak asintiendo.

—¿Y lo que tú dices es que el *Big Bang* fue algo así?

—Digo que es muy parecido. Lo que dispara un cambio de estado es una concentración de energía, la *densidad de energía*, como la punta de una cerilla. Por tanto el *Big Bang* y todo lo que tuvo lugar después podría ser el resultado de una concentración de energía que sucedió, por cualquier razón, en un régimen gobernado por leyes cualitativamente diferentes que apenas empezamos a sospechar. Y por eso mi línea de trabajo se ocupa de cosas así.

Otro destello de estrellas, y estaban en Idaho, uno de los módulos fijos que se aferraban a los brazos de soporte del Eje. El interior era una confusión de espacios cerrados y abiertos, de paredes de metal y enrejados, tanques, tuberías, túneles y maquinaria. Se pararon brevemente para recibir más pasajeros, posiblemente recién llegados del Eje mediante las lanzaderas radiales. Entonces la cápsula se puso otra vez en movimiento.

—Las posibilidades que se abrirían ante nosotros serían inimaginables —continuó Pernak—. Supongamos, por ejemplo, que llegamos a comprender esas leyes y creamos nuestras propias concentraciones a escala miniaturizada para inyectar energía desde... llamémoslo un hiperreino... a nuestro propio universo; es decir, crear pequeños *Big Bangs*, miniagujeros blancos. Piensa en cómo sería eso como fuente

de energía. Haría que la fusión pareciera un petardo. — Pernak hizo un gesto con las manos para abarcar todo lo que les rodeaba—. Y ahora escucha esto, Jay. Puede que resulte que vivimos justo en medio de una especie de hiperfuente que inyecta energía a nuestro universo y una especie de hipersumidero que la extrae a su vez; como los agujeros negros, quizá. Si es así, entonces el universo puede que no sea un sistema termodinámicamente cerrado en absoluto, en cuyo caso las profecías catastrofistas que dicen que todo se enfriará algún día puede que sólo sean tonterías porque la segunda ley de la termodinámica sólo se aplica a sistemas cerrados. En otras palabras, puede que descubramos que somos gente ígnea que vivimos en una fábrica de cerillas.

Para entonces la cápsula ya había entrado en el módulo Jersey y empezó a decelerar según se acercaba al destino que Jay había seleccionado. Los talleres de maquinaria y otras instalaciones disponibles para uso público estaban ubicados en la parte más cercana de las áreas principales de producción y manufactura, y Jay condujo a Pernak pasando por oficinas administrativas y galerías que atravesaban entornos ruidosos que olían a aceite y a metal caliente hasta llegar a un par de grandes puertas dobles de acero. Una puerta lateral más pequeña los llevó ante un mostrador de recepción rematado por una partición de cristal detrás de la cual el recepcionista y el guarda jugaban al cribbage sobre un destartalado escritorio de metal. El recepcionista se levantó y se acercó arrastrando los pies al mostrador cuando aparecieron Jay y Pernak, y Jay presentó un pase de la escuela que le concedía libre uso de las instalaciones. El recepcionista insertó el pase en una terminal y regresó con una ficha que le permitiría a Jay coger herramientas del almacén que había dentro.

—Hay algo para ti —dijo el recepcionista justo cuando Jay se disponía a marcharse. Metió la mano bajo el mostrador y sacó una pequeña caja de cartón con el nombre de Jay garabateado en el exterior.

Sorprendido, Jay rompió la cinta que sellaba la caja y la abrió para revelar una capa de acolchado de espuma y una hoja de papel de libreta doblada. Debajo del acolchado, cómodamente anidados en agujeros en la espuma bajo una cubierta de papel encerado, había un conjunto completo de componentes para las válvulas guía de los cilindros de alta presión, terminados, pulidos y resplandecientes. La nota decía:

Jay,

Creí que necesitarías que te echaran una mano con eso, así que los hice la noche pasada. Si mi intuición es correcta, las cosas se te habrán puesto un poco duras en casa. No tiene sentido enojar a la gente a la que no quieres hacerles daño. Fíate de mí, en el fondo no es mal tipo.

STEVE

Jay parpadeó y alzó la vista para descubrir a Pernak que lo observaba con curiosidad. Durante un instante se sintió culpable, y no le salieron las palabras para la explicación que parecía necesaria.

—Bernard me lo contó —dijo Pernak antes de que Jay pudiera decir nada—. Supongo que está bajo mucha presión ahora mismo, así que no te lo tomes a mal. —Contempló la caja en manos de Jay—. Y no he visto nada... nada de nada. Vamos, Jay, vayamos a ver esa locomotora tuya.

Capítulo cinco

Quirón tenía casi catorce mil quinientos kilómetros de diámetro, pero su núcleo de hierro-níquel era algo menor que el de la Tierra, lo que proporcionaba una fuerza de gravedad comparable en la superficie. Rotaba en un día de treinta y una horas sobre un eje más inclinado sobre su plano orbital que el de la Tierra, que en conjunción con su órbita más elíptica (consecuencia de las perturbaciones inducidas por la cercanía de Beta Centauri) producían temperaturas más extremas a lo largo de sus latitudes y estaciones muy variables. Acompañado de dos pequeñas lunas marcadas de cráteres, Rómulo y Remo, Quirón completaba una órbita alrededor de Alfa Centauri cada 419,66 días.

Aproximadamente un 35 por ciento de la superficie de Quirón era tierra firme, y la mayoría estaba distribuida en tres masas continentales principales. El mayor de esos continentes era Terranova, un vasto conglomerado de todo tipo concebible de regiones geográficas que tenía en general una orientación este-oeste. Terranova dominaba el hemisferio sur y se extendía desde más allá del polo hasta cruzar el ecuador en su extremo más septentrional. Selene, con sus líneas de costa abruptas y numerosas islas, estaba conectado a la parte occidental de Terranova mediante un istmo que se estrechaba hasta formar un cuello angosto por debajo del ecuador. Artemia yacía más al este, separado por océanos.

Aunque Terranova parecía sólido y contiguo a primera vista, estaba casi bisecado por un mar interior que se extendía en punta hacia el sur llamado mar Mediquironio, que se abría al océano gracias a un angosto estrecho en su extremo septentrional. Una alta cadena montañosa al este del Mediquironio completaba la división de Terranova en dos subcontinentes: Oriena al este, y Occidena al oeste.

El planeta había producido numerosas formas de vida, algunas de las cuales se aproximaban en apariencia y comportamiento a la flora y fauna terrestres, y otras que no se parecían en absoluto. Aunque había varias especies que andaban a tientas en la misma dirección que los homínidos habían tomado en la Tierra hacía dos millones de años, todavía no había emergido ninguna cultura verdaderamente inteligente, lingüística y que usara herramientas.

El mar Mediquironio se extendía desde la banda de temperaturas moderadamente frías de la banda climática austral hasta las cálidas latitudes subecuatoriales del estrecho. Su litoral oriental yacía entre estrechas planicies costeras, descubiertas en algunas partes y densamente boscosas en otras, que rápidamente se alzaban hasta convertirse en las faldas de las montañas de la Gran Cordillera Barrera, más allá de la cual se extendían las grandes llanuras y desiertos de Oriena central. El litoral opuesto se abría con más facilidad hacia Occidena durante la mayoría de su longitud, pero las tierras bajas quedaban divididas en dos grandes cuencas por una cadena montañosa que se extendía en dirección este. Una extensión de esta cadena se introducía en el mar Mediquironio como un espinazo rocoso de valles de plegamiento limitados por pintorescas llanuras verdes, bahías arenosas y golfos quebrados, y era conocida como la península Mandel, por el nombre de un famoso estadista de la década del 2040. Era en la costa norte de la base de esta península donde los robots de la *Kuan-yin* habían seleccionado el emplazamiento de Franklin, la primera base en la superficie del planeta mientras los primeros quironeses pasaban su infancia a bordo de la nave nodriza.

En los cuarenta años que habían transcurrido desde entonces, Franklin había crecido hasta convertirse en una población de tamaño considerable, y la mayoría de la población de Quirón seguía concentrada en esa población y sus alrededores. Habían aparecido también otros

asentamientos, la mayoría de ellos a lo largo de la costa mediquironiana o no muy lejos de ésta.

Las comunicaciones entre la Tierra y la *Kuan-yin* habían ido continuas desde la partida de la nave robótica en 2050, aunque no se habían llevado a cabo en tiempo real debido a la distancia en aumento y al incremento progresivo del retraso de propagación. El primer mensaje a los quironeses llegó cuando los mayores de ellos tenían nueve años, y fue en respuesta a la señal original de la *Kuan-yin*. El contacto había continuado desde entonces con el mismo factor de dilatación de ida y vuelta de nueve años. Ahora, sin embargo, el *Mayflower II* se encontraba a sólo diez días-luz de Quirón y acercándose; por tanto, estaba adquiriendo información sobre el planeta que no llegaría a la Tierra hasta dentro de varios años.

Los quironeses respondían prontamente a las preguntas sobre crecimiento y distribución poblacional, sobre expansión y producción de las industrias robóticas minera y de extracción, sobre las plantas manufactureras y de procesado alimentadas con energía nuclear, sobre los cursos que se enseñaban en sus escuelas, las investigaciones de sus laboratorios, las obras de sus artistas y compositores, las hazañas de sus ingenieros y arquitectos, y los descubrimientos de sus exámenes geológicos de lugares como las sofocantes junglas del sur de Selene o el continente polar de Glace.

Pero eran mucho menos comunicativos en los detalles sobre su sistema administrativo, que evidentemente se había apartado del patrón bien ordenado prediseñado en las directrices que supuestamente habrían debido seguir. Las directrices especificaban que se adoptaran procesos electorales para cuando la primera generación alcanzara la pubertad. La intención no era tanto establecer un proceso activo de toma de decisiones en ese momento y lugar (los ordenadores eran bastante capaces de encargarse por su cuenta de las cosas importantes) sino inculcar a temprana

edad la noción de gobierno representativo y el principio de una elite gobernante, creando así las bases para un orden social que pudiera ser absorbido fácilmente en el orden generalmente aceptado de las cosas en algún momento posterior. De lo poco que los quironeses habían dicho, se desprendía que en algún momento las primeras generaciones habían ignorado las directrices por completo y no poseían ningún sistema de gobierno digno de mención, lo que era absurdo, ya que parecían ser capaces de administrar una sociedad floreciente y técnicamente avanzada y además, la verdad sea dicha, de manera bastante eficiente. En otras palabras, estaban ocultando muchas cosas.

Aunque parecían francos, pero respetuosos, en sus transmisiones láser, proyectaban una frialdad que era suficiente para levantar sospechas. No parecían esperar ansiosamente la llegada de esos salvadores que venían de tan lejos. Y hasta ahora no habían reconocido la pretensión de soberanía sobre la colonia de la Misión por parte de los Estados Unidos del Nuevo Orden.

—Nos están tomando el pelo —le dijo el general Johannes Borftein, comandante en jefe de la fuerza expedicionaria a Quirón (el contingente militar regular a bordo del *Mayflower II*); al pequeño grupo que se había reunido con Garfield Wellesley para una discusión informal sobre política a seguir en la sala de conferencias privada del director de Misión, ubicada en los niveles superiores del centro gubernamental en el módulo conocido como distrito de Columbia. Tenía el rostro enjuto y surcado por líneas profundas, el cabello era una mezcla de grises salpicados de franjas negras, y su voz raspaba con un dejo gutural heredado de sus orígenes sudafricanos—. Tenemos dos años para organizar el espectáculo, y están jugando con nosotros. No tenemos tiempo. No hemos visto ninguna evidencia de que tengan un programa de defensa ahí abajo. Mi opinión es que vayamos directamente haciendo una demostración de fuerza y declaremos inmediatamente la ley marcial.

El almirante Mark Slessor, que comandaba la tripulación del *Mayflower II*, parecía dubitativo.

—No estoy seguro de que sea tan sencillo. —Se frotó su poderosa barbilla con rastro de barba—. Podríamos estar metiéndonos en cualquier cosa. Tienen plantas de fusión, lanzaderas orbitales, aviones a reacción intercontinentales, y comunicaciones a nivel planetario. ¿Cómo sabemos que no han estado trabajando en defensas? Tienen los conocimientos y los medios. Puedo entender el punto de vista de John, pero ese enfoque es demasiado arriesgado.

—Jamás hemos *visto* nada relacionado con la defensa, y nunca han mencionado nada por el estilo —insistió Borftein—. Ciñámonos a la realidad y a los hechos que conocemos. ¿Por qué complicar las cosas con especulaciones?

—¿Tú qué dices, Howard? —preguntó Garfield Wellesley mirando a Howard Kalens, que estaba sentado junto a Matthew Sterm, el sombrío y hasta ahora callado vicedirector de Misión.

Como director de Relaciones, Kalens estaba a la cabeza del cuerpo diplomático encargado de iniciar las relaciones con los quironeses y era el principal responsable de planear las acciones que transformarían de manera progresiva el gobierno de la colonia en uno dominado por los terráqueos, aunque nominalmente conjunto. Por tanto, la pregunta le afectaba más que a nadie. Kalens se tomó un momento para ajustarse el traje que cubría su forma alargada y meticulosamente arreglada, con su elegante corona de fluido pelo plateado, y luego respondió:

—Estoy de acuerdo con John en que hay que imponer un gobierno rígido desde el principio... y posiblemente podamos relajarlo un poco después de que los quironeses se hayan avenido a nuestras razones. Sin embargo, Mark también tiene su parte de razón. Deberíamos evitar el riesgo de hostilidades si podemos y considerarlo sólo como último recurso. Vamos a necesitar esos recursos trabajando *para* nosotros, no contra nosotros. Y todavía son muy pocos. No

podemos permitirnos que sean malgastados o destruidos. Quizá la mera amenaza de fuerza sea suficiente para lograr nuestros objetivos... sin necesidad de llevarla tan lejos como una demostración pública o imponer la ley marcial a la primera de cambio.

Wellesley bajó la mirada y se estudió las manos mientras reflexionaba sobre lo que se había dicho. A sus sesenta años, había aguantado sobre sus hombros veinte años de responsabilidades en la nave y dos mandatos seguidos como director de Misión. Aunque todavía había un destello metálico en esos ojos pálidos bajo su cabello pajizo y las líneas de sus rasgos agresivos seguían siendo firmes y duras, un vislumbre de cansancio interior se mostraba en las oquedades que empezaban a aparecer en sus mejillas y cuello, y en la forma apenas perceptible en que se le desplomaban los hombros debajo de la chaqueta. Su lenguaje corporal parecía sugerir que cuando hubiera llevado finalmente sano y salvo a la *Mayflower II* a su destino, se sentiría feliz de hacerse a un lado.

—Creo que no estamos teniendo lo suficientemente en cuenta los efectos psicológicos sobre nuestra propia gente —dijo cuando finalmente volvió a levantar la vista—. La moral es alta ahora que casi estamos allí, y no quiero estropearla. Hemos fomentado una imagen popular de los quironeses con la intención de ayudar a nuestra gente a adoptar un papel asertivo, y hemos hecho hincapié continuamente en el predominio de una población joven allí. —Negó con la cabeza—. Los métodos de mano dura no son la forma de tratar a lo que básicamente sería visto como una raza de niños. Estaríamos invitando al resentimiento y las protestas en nuestro propio bando, y eso es lo último que queremos que ocurra. Debemos manejar la situación con firmeza, sí, pero también con flexibilidad y moderación hasta que estemos más preparados. Nuestras fuerzas deberán estar alerta ante las sorpresas, pero manteniéndose al margen a menos que nos obliguen. Esa es mi fórmula, caballeros, firme, discreta

pero flexible.

El debate continuó durante un rato más, pero Wellesley seguía siendo el director de Misión y la autoridad definitiva, y al final su punto de vista prevaleció.

—Seguiré las recomendaciones, pero debo decir que no estoy muy contento al respecto —dijo Borftein—. Puede que muchos todavía sean niños, pero hay casi diez mil de la primera generación y unos treinta mil en total que ya están en los últimos años de adolescencia o ya han llegado a la veintena... adultos más que suficientes para crear problemas. Seguimos necesitando planes de contingencia basados en que asumimos la iniciativa activamente.

—¿Eso es una propuesta? —preguntó Wellesley—. ¿Estás proponiendo que planeemos contingencias basadas en el uso de la fuerza?

—Tenemos que considerar la posibilidad de que suceda y prepararnos para ello —replicó el general Borftein—. Sí, es una propuesta.

—Estoy de acuerdo —murmuró Howard Kalens.

Wellesley miró a Slessor, que, aunque mostraba signos de ansiedad, también parecía curiosamente aliviado al mismo tiempo. Wellesley asintió pesadamente.

—Muy bien. Prosigue sobre esa base, John. Pero trata esos planes y su existencia como información estrictamente secreta. Restringe el acceso a esa información al DS, e involucra a las unidades regulares sólo cuando sea necesario.

—Deberíamos pasar esto a los medios de comunicación para un tratamiento más adecuado de ahora en adelante —dijo Kalens—. Quizá haciendo énfasis en cosas como la tozudez de los quironeses y su irresponsabilidad se endurecería un poco la opinión pública... por si acaso. Podríamos hacer mención de uno o dos indicios de que los quironeses se han armado y la necesidad de tomar precauciones. Siempre se podría desmentir posteriormente como un informe con exceso de celo. ¿Debería susurrarle a Lewis algo así?

Wellesley frunció el ceño durante varios segundos ante la sugerencia, pero al final asintió.

—Supongo que sí.

Sterm observó, escuchó y no dijo nada.

Capítulo seis

Howard Kalens estaba sentado en el despacho de su estudio en su casa estilo chalé, emplazada entre setos manicurados y cortinas de verdor en el sector residencial de alto rango del Distrito de Columbia, y contemplaba la botella de porcelana que hacía girar lentamente entre sus manos. Era coreana, de la dinastía Koryo del siglo trece, de unos treinta y cinco centímetros de alto con un largo cuello que fluía hasta un cuerpo bulboso vidriado delicadamente incrustado con *mishima* representando un sauce y diseños florales simétricos contenidos entre bandas decorativas de un motivo de hojas que recorría el cuello y la base. Su escritorio de nogal sólido era una imitación del rococó francés de principios del diecinueve, así como la silla sobre la que estaba sentado, a juego con el escritorio y creadas por el mismo artesano. Los libros alineados en las estanterías ubicadas a su espalda incluían primeras ediciones de Henry James, Scott Fitzgerald y Norman Mailer; el Matisse de la pared de enfrente era una reproducción de un original guardado en las bóvedas del *Mayflower II*, y las litografías que había a su lado eran de Rico Lebrun. Y mientras los ojos de Kalens se deleitaban en el exquisito equilibrio de detalles y contrastes de tonos, y sus dedos recorrían las texturas de la superficie de la botella, saboreó la sensación de una diminuta fracción de tiempo y espacio que volvía a la vida desde muy lejos y de mucho tiempo atrás para ser únicamente suya durante un breve y fugaz instante.

El artesano coreano que había creado la pieza probablemente había llevado una vida sencilla y sin complicaciones, pensó Kalens, y hubiera muerto satisfecho sabiendo que había creado belleza de la nada y que había hecho del mundo un lugar más rico al haber pasado por él. ¿Serían capaces sus descendientes en el Asia de ochocientos

años después de sentir la misma satisfacción mientras se aglomeraban, empujándose y peleándose, para conseguir su parte de bienes de consumo producidos en masa, mientras hacían gala de su nueva riqueza y arrogancia en las firmas de moda y los salones de subasta de Londres, París y Nueva York, o tomaban el sol en la cubierta de sus extravagantes yates frente a las playas australianas? Kalens lo dudaba mucho. ¿Qué había hecho su llamada emancipación por el mundo excepto prostituir sus tesoros, profanar la cultura y sumergir los productos de sus mejores mentes en un arroyo de igualitarismo banal y uniformidad carente de gusto? Ese mismo tipo de parasitismo destructivo por parte de sus propias masas, multiplicándose en sus tejidos y extendiéndose como una enfermedad, había puesto a Occidente de rodillas medio siglo antes.

En su condición natural, la sociedad era como un iceberg, ocho novenas partes sumergidas en la ignorancia y sin otro propósito útil más que elevar y sostener a la minoría de dignos cuyo refinamiento y encarnación de toda la excelencia de la raza le confería el privilegio como derecho y la autoridad como deber. La calamidad de 2051 había sido la zozobra de un iceberg cuya parte superior se había vuelto excesivamente pesada cuando la mayor parte de la masa estabilizadora, cuyo lugar estaba en la base, había intentado trepar por encima de su centro de gravedad. La guerra había sido el premio por permitir a los tenderos hacerse pasar por estadistas, a los capataces de fábrica por industrialistas, y a los bohemios con diploma por pensadores, equiparando el apenas saber leer y escribir y las ensoñaciones con la verdadera valía espiritual. Pero mientras las doctrinas del Nuevo Orden curaban la enfermedad en Occidente, una nueva epidemia había estallado al otro lado del mundo en la estela del crecimiento vertiginoso de la indiscutida nueva prosperidad asiática que había sobrevenido tras la guerra. La humanidad, por lo que parecía, jamás aprendería.

—Los mediocres heredarán la Tierra —le había dicho

Kalens a su esposa, Celia, un día tras regresar a su mansión de Delaware tras una serie de conferencias con los ministros de exteriores europeos—. O de lo contrario, al final habrá otra guerra. —Y así los Kalens habían partido para ver la construcción de una nueva sociedad muy lejos de la Tierra y que estaría inspirada por las lecciones del pasado sin verse lastrada por ninguno de sus perturbadores legados. No habría ninguna tradición de esperanzas irreales que combatir, ni rivalidades extranjeras a las que hacer concesiones, ni inútiles masas clamorosas cuyo número creciera a los miles de millones y que hubiera que mantener ocupadas. Quirón sería un lienzo en blanco, inmaculado y virgen, a la espera del trazo fresco del pincel de Kalens.

Quedaban tres obstáculos entre Kalens y la visión que había alimentado durante años de colocarse en la cima del orden neofeudal que sería el epítome de su sociedad ideal. Primero, tenía que asegurarse que ganaba las elecciones para suceder a Wellesley; afortunadamente Lewis estaba coordinando una efectiva campaña mediática, las encuestas mostraban una imagen excelente, y Kalens tenía una confianza razonable en los resultados. En segundo lugar, estaba la cuestión de los quironeses. Aunque hubiera preferido el enfoque directo y sin tonterías de Borftein, Kalens se veía obligado a conceder que, tras seis años de moderación de Wellesley, la opinión pública a bordo del *Mayflower II* exigiría la adopción de un enfoque más diplomático al principio. Si la diplomacia tenía éxito y los quironeses se integraban sin problemas, pues bien. Si no, entonces la capacidad militar de la Misión sería la que decidiría, bien mediante la amenaza o bien mediante una serie de demostraciones progresivas; se podía moldear la opinión pública para proporcionar las justificaciones que fueran necesarias. Kalens no creía que hubiera una capacidad de defensa quironesa digna de mención, pero la sugerencia de su existencia tenía un valor propagandístico potencial. Así que aunque los medios exactos seguían sin estar claros, tenía

confianza en que sería capaz de ocuparse de los quironeses. Y en tercer lugar, quedaba el asunto de la misión de la Federación del Este Asiático que llegaría dentro de dos años. Una vez resueltos los dos primeros problemas, los recursos materiales e industriales de todo un planeta quedarían a su disposición, y con una población estimada de cincuenta mil personas como reclutas potenciales, no le quedaban dudas de que podía vérselas con los asiáticos, y lo mismo se aplicaba a los europeos que vendrían un año más tarde. Y entonces podría cortar los lazos de Quirón con la Tierra por completo. Ésa era una parte de su sueño que no le había confiado a nadie, ni siquiera a Celia.

Pero ante todo lo primero. Era hora de empezar a movilizar a los aliados potenciales que había estado sondeando y cultivando discretamente durante los tres últimos años desde las ultimas elecciones. Volvió a dejar la porcelana coreana en su hueco entre las estanterías y atravesó la sala de estar para salir al patio, donde Celia estaba sentada en una butaca con un compad portátil en el regazo, escribiendo una nota para uno de sus amigos.

La joven y sofisticada esposa que Howard Kalens había llevado consigo a Luna para unirse al *Mayflower II* ahora estaba ya a principios de los cuarenta, pero su rostro había adquirido carácter y madurez junto con la apariencia de mujer a la que había evolucionado a partir del simple atractivo juvenil, y su cuerpo se había vuelto pleno con una voluptuosidad que no había perdido nada de su feminidad. No era hermosa en el sentido fugaz de una modelo de moda; pero las líneas firmes y determinadas de su barbilla y boca bien formada, junto con los ojos tranquilos y calculadores que estudiaban el mundo desde cierta distancia, revelaban una sensualidad básica que el tiempo jamás borraría. Su cabello caoba, que le llegaba a la altura de los hombros, estaba recogido en una coleta, y llevaba puestos unos pantalones color canela con una blusa de seda naranja que cubría sus pechos firmes y rotundos.

Levantó la vista cuando Howard salió de la casa. Su expresión no cambió. Su relación era, y siempre lo había sido a efectos prácticos, una simbiosis social basada en el reconocimiento como adultos de las realidades de la vida y sus expectativas, sin las complicaciones derivadas del exceso de esas fantasías románticas a las que tanto se aferraban los rangos más bajos y a las que se les animaba en aras de la estabilidad, la seguridad y la necesidad de una reproducción controlada. Desafortunadamente, las masas eran necesarias para sostener y defender la estructura. Las máquinas tenían cualidades más deseables en cuanto se aplicaban de manera más diligente a sus tareas sin exigencias, pero los idealistas desencaminados tenían el desafortunado hábito de aprovecharse de la tecnología para eliminar el trabajo que mantenía a la gente ocupada y sin crear problemas. Y los idealistas también querrían enseñarles a pensar. Ésa había sido la locura del siglo veinte; el 2042, la consecuencia.

—Creo que deberíamos hacer esa cena que mencioné ayer —dijo Howard—. ¿Puedes hacer una lista de invitados y enviarla? A finales de la próxima semana sería un buen momento, digamos el viernes o el sábado.

—Si queremos otra vez una suite en el Françoise tendremos que reservarla ya —respondió Celia—. ¿Cuántas personas tienes en mente?

—Oh, no muchas, quiero que sea algo tranquilo y privado. Aquí mismo estará bien. Probablemente una docena. Estará Lewis, por supuesto, y Gerrard. Y ya es hora de que empecemos a atraer a Borftein a la familia.

—¡Ese hombre!

—Sí, sé que es un poco bárbaro, pero desafortunadamente su apoyo es importante. Y si hay problemas más tarde, podemos contar con él para que haga el trabajo hasta que sea reemplazado. —Durante la desaparición temporal de la parte norte de la civilización occidental, Sudáfrica había sido víctima de una serie de guerras de liberación por parte de las naciones negras del

norte, y había evolucionado a un régimen totalitario y represivo, aliado con Australia y nueva Zelanda, que también habían tomado el camino del autoritarismo para combar la marea del liberalismo asiático que azotaba Indonesia. Sus métodos eran buenos, pero habían producido a Borftein como subproducto.

—Y Gaulitz, posiblemente —dijo Celia refiriéndose a uno de los científicos de mayor rango de la Misión.

—Oh, sí, Gaulitz, desde luego. Tengo planes para Herr Gaulitz.

—¿Un puesto en el gobierno?

—Un doctor brujo. —Kalens sonrió ante el ceño de Celia—. Una de las razones por las que América entró en declive fue que permitió que la ciencia se hiciera demasiado popular y demasiado familiar, y por tanto objeto de desprecio. La ciencia es algo demasiado poderoso para serle confiado a las masas. Debería ser controlada por aquellos que tienen la inteligencia para aplicarla de manera competente y beneficiosa. Gaulitz sería una figura muy adecuada para presentar como... gran sacerdote, ¿no te parece? Para restaurar un poco de saludable temor reverencial por el asunto. —Hizo un ademán con la cabeza, asintiendo—. Los antiguos egipcios tenían razón. —Mientras hablaba se le ocurrió que las pirámides podían considerarse un símbolo de la forma jerárquica de la sociedad estable ideal, un iceberg geométrico. La analogía era interesante. Sería un buen tema de debate durante la cena. Quizá debería adoptarla como emblema del régimen que establecería en Quirón.

—¿Ya te has formado una opinión sobre Sterm? —preguntó Celia.

Howard se llevó la mano a la barbilla y se la frotó dubitativamente durante unos segundos.

—Mmm... Sterm. No consigo entenderle. Tengo la sensación de que puede que sea una fuerza a tener en cuenta antes de que todo esto acabe, pero no sé de qué lado está. —Pensó durante un momento más y al final sacudió la

cabeza—. Hay algunos asuntos confidenciales que quiero tratar. Stern puede que resulte ser un adversario. No sería inteligente dejar que supiera demasiado tan temprano. Mejor déjalo fuera. Más tarde puede que las cosas cambien... pero mantenlo alejado por ahora.

Capítulo siete

Los bienes y servicios a bordo del *Mayflower II* no eran gratuitos, sino que estaban disponibles para ser adquiridos como en cualquier otro sitio. De esta forma, la tripulación retenía su familiaridad con los mecanismos de oferta y demanda, y continuaría siendo consciente de las realidades comerciales que serían esenciales para el desarrollo ordenado de la futura colonia en Quirón.

Como era normal en un sábado por la noche, el recinto peatonal situado bajo el complejo de centros comerciales y oficinas de negocios en el módulo Manhattan estaba animado y abarrotado de gente. Incluía varios restaurantes; tres bares, uno con una pista de baile en la parte de atrás; un establecimiento de apuestas que ofrecía la posibilidad de apostar tanto a partidos en directo de la Liga de a bordo como a los resultados de los partidos que llegaban con cuatro años de retraso desde la Tierra; un cabaré que todo el mundo fingía no saber que presentaba números de estriptis; y un montón de luces de neón. El Bowery, un bar popular frecuentado por las tropas regulares cuando estaban fuera de servicio, estaba encajado en una esquina del recinto cerca de una cafetería, detrás de una puerta tachonada de imitación de roble y una ventana alta de paneles de cristal tintados que volvía rojas todas las luces del interior.

La escena dentro del Bowery era bulliciosa y estaba llena de humo, con un montón de uniformes y mujeres visibles entre la multitud que se apretujaba a lo largo de la barra que había a la izquierda de la gran sala y una banda de cuatro miembros que tocaba al volver la esquina en la sala más pequeña del fondo. Colman y algunos de la compañía D estaban sentados a una de las mesas dispuestas en doble fila junto a la pared frente a la borra del bar. Sirocco se había unido a ellos pese a las ordenanzas en contra de la

confraternización entre soldados y oficiales, y el cabo Swyley ya estaba incorporado después de que el nutricionista de la enfermería de la brigada hubiera dado orden de ponerlo a dieta de espinacas y pescado cada vez que Swyley se presentara. Bret Hanlon, el sargento al mando de la segunda sección y amigo desde hacía mucho de Colman, estaba sentado frente a Sirocco al lado de Stanislau, el artillero láser de la tercera sección y un par de muchachas civiles; una especialista en transmisiones llamada Anita, agregada al cuartel general de la brigada, estaba acurrucada junto a Colman y tenía el brazo sobre el de él.

Stanislau tenía el ceño fruncido, concentrado en el compad que descansaba al borde de la mesa, la pantalla en miniatura estaba abarrotada con líneas de mnemónicos de microcódigo de ordenador. Tecleó diestramente una serie de dígitos en el teclado táctil bajo la pantalla, estudió la respuesta que apareció, y luego introdujo una cadena de instrucciones. Apareció un número en la esquina inferior. Stanislau miró con expresión triunfal a Sirocco.

—3,141592653 —anunció—. Las diez primeras cifras de *pi*. —Sirocco resopló, sacó un billete de cinco dólares de su bolsillo y se lo pasó. La apuesta consistía en que Stanislau tenía que sobrepasar el sistema de seguridad de la base de datos y recuperar un ítem que Sirocco había almacenado media hora antes en el sector público bajo una clave de acceso personal.

—¿Qué os parece? —gritó Hanlon—. ¡El chaval lo ha hecho!

—Y no te olvides... también tienes que pagar una ronda de cervezas —le recordó Colman a Sirocco. Las chicas gritaron en señal de aprobación.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso, Stan? —preguntó Paula, una de las civiles. Tenía un rostro delgado pero atractivo, innecesariamente llamativo debido a la gran cantidad de maquillaje. Sus ropas eran ceñidas y provocativas.

Stanislau deslizó el compad en su bolsillo.

—No quieras saberlo —dijo—. No es muy respetable.

—Vamos, Stan, dilo —insistió Terry, la compañera de Paula. Colman le dedicó a Stanislau una mirada desafiante que no le dejaba vía de escape.

Stanislau dio un largo trago a su bebida e hizo un ademán de ¿qué-demonios?

—Mi abuelo consiguió mantenerse vivo durante los Años de Escasez robando en almacenes federales y vendiendo lo que pillaba. Podía sabotear cualquier rutina de seguridad que se le hubiera ocurrido a alguien. Mi padre consiguió un trabajo con la Agencia de Asistencia Social de Emergencia, y entre los dos insertaron en los sistemas a dos hermanas y un hermano que jamás tuve y recibieron las ayudas sociales, así que la vida no era muy mala. —Se encogió de hombros, casi disculpándose—. Supongo que es una especie de tradición familiar... algo que pasa de padres a hijos.

—¡Un ladrón profesional! —exclamó Terry.

—Si serás hijo de perra —exclamó Hanlon con admiración.

—Hijo de un formulario, en todo caso —añadió Anita. Todos se rieron.

Sirocco ya conocía la historia de antemano, pero no hubiera sido apropiado decir nada. El traslado de Stanislau a la compañía D había sido a consecuencia de una investigación sobre la misteriosa desaparición de herramientas y repuestos eléctricos de los almacenes de la brigada y que luego habían aparecido a la venta en el departamento de hogar de uno de los centros comerciales.

Swyley tenía la mirada perdida y pensativa detrás de las gruesas gafas que convertían sus ojos en huevos escalfados y que hacían que la idea de que lo sometieran a pruebas especiales para determinar habilidades visuales excepciones pareciera incongruente. Se preguntaba cuán útiles serían las viles habilidades de Stanislau a la hora de insertar unos cuantos puntos positivos en su expediente en el ordenador

administrativo del ejército, pero no podía decir algo así en presencia de Sirocco. Ya hablaría en privado con Stanislaw más tarde, decidió.

—¿Dónde está Tony Driscoll esta noche? —preguntó Paula irguiéndose en su silla para examinar el bar—. No lo veo por ningún lado.

—No te molestes en mirar —dijo Colman—. Tiene turno de noche.

—Pero ¿es que no les dais nunca un respiro a los muchachos? —preguntó Terry a Sirocco.

—Alguien tiene que hacer que el ejército funcione. Y es su turno. Está tan cualificado para hacerlo como cualquier otro.

—Bueno, ¿sabes qué?, que esta noche estoy libre —dijo Paula dedicándole una mirada acogedora a Hanlon.

Bret Hanlon alzó una mano en ademán protector. La mano era rosácea, gruesa y con una pelambre de vello dorado en el dorso, del tipo que parecía capaz de aplastar cocos, a juego con la complexión sólida, compacta y rubicunda de su propietario, rematada por unos penetrantes ojos azules procedentes de su herencia irlandesa.

—A mí no me mires —dijo—. Estoy comprometido, todo bonito y respetable. Ése es el tipo al que le deberías poner ojitos tiernos. —Hizo un gesto con la cabeza señalando a Colman y sonrió maliciosamente.

—Y le vendría bien —declaró Sirocco—. Entonces puede que lo hicieran ingeniero. Pero te va a ser difícil. Se está reservando hasta descubrir qué talentos hay en Quirón.

—No sabía que te fueran las niñas pequeñas, Steve —dijo Anita tomándole el pelo—. No pareces de ese tipo. —Hanlon rugió de risa y se dio una palmada en el muslo.

—Pues yo tengo dos hermanas que no te darían problemas —ofreció Stanislaw.

—Estáis equivocados —les Dijo Colman—. No son las pequeñas las que me van. —Abrió los ojos en una parodia de lascivia y sonrió—. Pensad en todas esas *abuelas*. —Terry y

Paula se rieron.

Aunque Colman les seguía la corriente y convertía el asunto en una broma, por dentro sintió una punzada de irritación. No estaba seguro de por qué. El comentario jocoso de Anita reflejaba la opinión popular, pero la imagen implícita de un planeta poblado por niños era claramente ridículo; la primera generación de quironeses estaría acercándose a los cincuenta años de edad. No le gustaba que a la gente se le metiera en la cabeza palabras necias y las repitieran sin que hubieran pensado en su significado. Anita era una muchacha atractiva, y no era estúpida. No tenía que hacer cosas como ésa. Entonces se le ocurrió que quizá era él el que estaba siendo demasiado solemne. ¿No había hecho él exactamente lo mismo?

—¡Vaya abuelas! —exclamó Terry—. ¿Alguien ha visto las noticias hoy? Algún científico cree que los quironeses podrían estar fabricando bombas. También hubo una entrevista con Kalens. Dijo que no daba por sentado que fueran completamente racionales allá abajo.

—No estarás sugiriendo que habrá combate, ¿verdad? —dijo Paula.

—No he dicho eso. Pero son una gente rara... reservada. No están dando precisamente respuestas directas acerca de todo lo que se les pregunta.

—No puedes suponer que ellos ven la situación de la forma en que la ven los demás —añadió Anita—. En realidad no es culpa suya, ya que no han tenido la educación correcta y todo eso, pero al mismo tiempo creo que sería una estupidez correr riesgos.

—Tiene sentido, supongo —concedió Paula de manera ausente.

—¿Crees que van a darnos problemas, jefe? —preguntó Stanislau, girando la cabeza hacia Sirocco.

Sirocco se encogió de hombros en un ademán indiferente.

—Ni idea. Yo no me preocuparía demasiado. Si te

mantienes pegado a Steve y Bret y haces lo que te manden, saldrás de una pieza.

Aunque no podían afirmar ser veteranos de campaña, Colman y Hanlon se contaban entre los pocos de las tropas regulares de la misión que habían visto combate, habiendo servido juntos cuando eran unos soldados novatos en una unidad expedicionaria americana que luchó junto a los sudafricanos en Transvaal en 2089, el año antes de que se presentaran voluntarios a la misión del *Mayflower II*. La experiencia les había dotado de una cierta reputación, especialmente entre los soldados más jóvenes que habían llegado a la madurez (y en algunos casos, nacido y alistado) durante el viaje.

—Creo que todo saldrá bien si Kalens sale elegido —dijo Terry a los demás—. Antes, esta misma noche, ha dicho que si los quironeses habían empezado a formar un ejército, eso sería buena cosa, porque nos ahorraría tener que enseñarles a hacerlo. Lo que tenemos que hacer es demostrarles que estamos de su parte y estar preparados para cuando aparezca la Pagoda. —La nave estelar de la FEA tenía un diseño diferente al del *Mayflower II*. Para compensar las fuerzas de aceleración, tenía la forma de dos racimos de esbeltas estructuras piramidales que descansaban sobre sus ápices para abrirse y dar vueltas sobre un tallo central como las varillas plegables de un paraguas parcialmente abierto, razón por la cual se había ganado el apodo de la Pagoda Voladora. Terry dio un sorbo a su bebida y miró alrededor de la mesa—. El tipo lo tiene todo bien pensado y de forma realista. No hay necesidad de combatir. Lo que tenemos que hacer es ir convenciéndolos poco a poco para que vean las cosas como nosotros y enderezarles un poco su forma de pensar.

—Pero eso no significa que tengamos que correr riesgos —señaló Anita.

—Oh, claro... sólo digo que no hay nada que temer.

Colman volvía a sentirse irritado. Nadie en la nave había

conocido todavía a un quironés, pero todo el mundo era un experto. Todo lo que habían visto eran transmisiones editadas del planeta, acompañadas de las interpretaciones de los comentaristas. ¿Por qué la gente no se daba cuenta de que los manipulaban para que pensarán lo que otros querían que pensarán? Recordaba las historias que había oído en Ciudad del Cabo acerca de cómo los negros violaban a las mujeres blancas y las despedazaban con machetes. El tipo negro al que su patrulla había interrogado en aquella aldea cerca de Zeerust no parecía el tipo de persona capaz de hacer cosas como ésa. Era simplemente un tipo que quería que lo dejaran en paz para llevar su granja, excepto que para entonces ya no quedaba mucho de ella. Había implorado a los americanos que no clavarán a sus hijos a la pared... porque eso era lo que su propia gente le había dicho que hacían los americanos. Dijo que por eso había disparado contra la patrulla y herido a aquel tejano flacucho que iba a cinco pasos por delante de Hanlon. Y ése fue el motivo por el que el teniente blanco sudafricano le voló la cabeza. Pero los civiles de Ciudad del Cabo sabían qué pasaba porque la televisión les había dicho cómo tenían que pensar.

El cabo Swyley no decía nada, lo que era significativo porque Swyley solía ser un excelente juez de cómo estaban las cosas. Su silencio significaba que no estaba de acuerdo con lo que decían. Cuando Swyley estaba de acuerdo con algo, decía que no estaba de acuerdo. Cuando realmente no estaba de acuerdo, no decía nada. Jamás decía que estaba de acuerdo con nada. Cuando decidió que ya se sentía bien después de que el nutricionista descubriera que las espinacas y el pescado lo sacaban de la cama, el oficial médico no había sido capaz de acusarle de hacerse el enfermo simplemente porque no había admitido ante nadie que estuviera enfermo; lo único que había dicho es que tenía dolores estomacales. El oficial médico había diagnosticado que cualquiera que acudiera con dolores estomacales fuera de servicio tenía que estar enfermo. Swyley no lo estaba. De

hecho, Swyley se había mostrado en desacuerdo, cosa que tenía que haber sido obvia ya que no había dicho nada.

—Bueno, supongo que sí hay algo que temer —dijo Paula—. Supongamos que resultan ser malos de verdad y que no se molestan siquiera en hablar. Supongamos que nos disparan un misil sin aviso ni nada... quiero decir, seríamos un blanco enorme en el espacio, ¿no? Y entonces, ¿qué haríamos?

Sirocco soltó una risa breve.

—Deberías averiguar más cosas sobre esta nave antes de empezar a preocuparte por cosas como esa. Probablemente pondremos una pantalla de interceptores y haremos el acercamiento final detrás de ellos. Detendrán cualquier cosa antes de que llegue a menos de quince mil kilómetros. Concédete algo de crédito a la gente de la misión.

Hanlon hizo un ademán de tirar algo a lo lejos.

—Todo esto se está volviendo demasiado serio para un sábado por la noche. ¿Por qué estamos hablando así? ¿Estamos permitiendo que nos pongan nerviosos unos rumores tontos? —Miró a Sirocco—. Nuestros vasos están casi vacíos. Te toca. Una ronda era parte de la apuesta.

Sirocco estaba a punto de replicar, y entonces depositó su vaso rápidamente, cogió la gorra de la mesa y se levantó.

—Me toca estar en otro lado —murmuró—. Estaré en Rockefeller's si alguien quiere unirse a mí. —Y con eso se abrió camino entre las mesas y desapareció en la sala del fondo para salir al exterior a través del pasillo que había por fuera de los baños.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó Hanlon, perplejo—. ¿Es que no pagan bien a los capitanes en estos días?

—El DS —murmuró Swyley sin mover los labios. Sus globos oculares se movieron hacia un lado y adelante unas cuantas veces para indicar la dirección por encima de su hombro derecho. Un tono más moderado se apoderó de la conversación y la atmósfera se volvió sutilmente más tensa.

Por encima de su vaso, Colman observó cómo tres

soldados del destacamento de seguridad se abrían paso hasta el bar. Caminaban erguidos e intimidantes en sus uniformes de verde militar oscuro, con las viseras de las gorras bajas sobre las caras de mentones anchos sobresalientes que examinaban los alrededores constantemente. Nadie les aguantaba la mirada mucho rato antes de apartarla. Uno de ellos pidió bebidas al camarero, que asintió y dispuso los vasos ante ellos, para luego escoger botellas en la estantería que tenía detrás. El DS eran la elite de las tropas regulares, seleccionadas por ser los hijoputas más duros del ejército y absolutamente carentes de sentido del humor. A Colman le recordaban a las unidades de comandos que había visto en el Transvaal. El destacamento de seguridad servía de guardaespaldas para VIPs en ocasiones ceremoniales (y la verdad es que no había casi ninguna otra razón para ello aparte de la tradición a bordo del *Mayflower II*) y había sido creado por Borftein como un cuerpo de elite bajo un juramento de lealtad especial. Su oficial al mando era un general llamado Stormbel. La compañía D hacía bromas acerca de su precisión de maquinaria de relojería que tenían en los desfiles y sobre los hilos invisibles que Stormbel usaba para dirigirlos, pero nunca cuando había uno de ellos cerca. Llamaban al DS la división Stromboli.

—Creo que nos toca pagar nuestras propias bebidas —dijo Hanlon vaciando lo que le quedaba de cerveza y depositando el vaso sobre la mesa.

—Eso parece —concedió Stanislau.

—Yo todavía tengo —les recordó Colman. El entusiasmo había abandonado al grupo.

—Ah, ¿por qué no levantamos el campamento y nos reubicamos en el Rockefeller's? —sugirió Hanlon—. Ahí es donde Sirocco dijo que estaría.

—Gran idea —dijo Colman y se levantó. Anita dejó que su mano se deslizara para cogerlo con suavidad del dedo meñique. Acabaron sus bebidas, se levantaron uno a uno, se

despidieron de Sam, el propietario, con una inclinación de cabeza y empezaron a dirigirse hacia la puerta en pandilla.

Anita siguió agarrada al dedo de Colman y él leyó en su acción una invitación silenciosa. Se había acostado con ella un par de veces, hacía ya muchos meses, y había disfrutado de ello. Sin embargo, por mucho que le hubieran excitado sus atenciones durante la noche, toda esa charla acerca de emparejamientos y la inminencia de la llegada a Quirón introducía un riesgo de malinterpretación que no había estado presente con anterioridad. Bien pudiera ser que Anita tuviera en el fondo de su mente la idea de buscar una posible estabilidad doméstica permanente para cuando se asentaran en Quirón. Decidió que cuando se presentara la oportunidad le susurraría unas palabras a Hanlon para que le ayudara a salir del embrollo, en caso necesario, más adelante esa noche.

El recinto exterior estaba lleno de gente que malgastaba la noche mientras intentaban decidir qué harían con ella, cuando Colman y Anita emergieron del Bowery y se volvieron para seguir a los demás, que ya estaban a cierta distancia por delante. Anita se detuvo a rebuscar algo en su bolso y Colman hizo lo mismo. El toque de su mano descansando sobre su brazo en el bar le había resultado estimulante, y la débil vaharada de perfume que había captado cuando ella se había inclinado hacia delante para coger su vaso fue tentadora. ¿Qué demonios? No era ninguna niña. Un hombre necesitaba un respiro de vez en cuando tras pasar veinte años hacinado en una nave espacial.

Se volvió hacia ella para encontrársela sosteniendo un frasco de cápsulas. Se metió una en la boca y sonrió traviesamente mientras le ofrecía el frasco a Colman.

—Es sábado por la noche, ¿por qué no animarlo un poco? —Colman frunció el ceño y negó con la cabeza. Anita puso cara de niña contrariada—. Son buenas. Los loqueros dicen que alivian las represiones y permiten que se expanda la consciencia. Deberíamos conocernos a nosotros mismos.

—He hablado con loqueros. Están todos locos. ¿Cómo van a saber si yo lo estoy o no? ¿Sabes cómo funciona el interior de la cabeza? —Anita negó con la cabeza de una forma que decía que tampoco le importaba mucho saberlo o no. El ceño de Colman se hizo más profundo, más por la frustración ante una promesa que empezaba a evaporarse que por desaprobación de algo que no era asunto suyo.

—Entonces, ¿cómo esperas que una píldora te lo enseñe?

—Deberías intentarlo para encontrarte a ti mismo, Steve, es algo saludable.

—Jamás me he perdido de vista.

—Zangreni necesita estimulantes para catalizar sus corrientes psíquicas. Así es como hace sus predicciones.

—Por amor de Dios, eso es televisión. No existe. No en la vida real. La vida real no se parece para nada a eso.

—¿A quién le importa? Es más divertido así. ¿Por qué ser un aguafiestas?

Colman miró hacia otro lado, exasperado. Podía haber sido una persona única, que pensara por sí misma. En vez de eso había elegido ser una muñeca, modelada y determinada por todo lo que oía y veía a su alrededor. Ocurría en todas partes alrededor de Colman: la mitad de las personas que veía hacían los coros detrás del espectáculo de marionetas de Stormbel. Se les podía decir qué tenían que pensar porque simplemente no querían pensar por su cuenta. Repentinamente recordó todas las razones por las que había dejado que las cosas se enfriaran con Anita hacía tantos meses, cuando había jugueteado seriamente con la idea de convertir su relación en contractual y asentarse como había hecho Hanlon. También había intentado sintonizar su frecuencia y no había encontrado más que estática. Pero lo que le había enfurecido más era que su actitud era innecesaria: Anita tenía cabeza, pero no quería usarla.

Una figura desgarrada y de pelo rubio que había estado apoyada contra una columna y pateando ociosamente una caja de cartón vacía se enderezó justo cuando Colman miró

en su dirección, y luego miró en dirección hacia ellos. Se detuvo con las manos enterradas profundamente en los bolsillos y sonrió con vergüenza. Era Jay Fallows.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Oh, me imaginaba que estarías por aquí.

—¿Este es el chico que hace trenes? —preguntó Anita.

—Vale. Este es Jay. Es un buen chaval... y es listo.

—Listo... cerebro. —Una expresión ausente y remota empezaba a aparecer en los ojos de Anita—. Cerebros y trenes. Me gusta. Es poético. ¿No crees que es poético? —Sonrió a Jay y le guiñó un ojo con picardía—. Hola, Jay. —La pastilla ya le estaba haciendo efecto junto con la bebida. Jay sonrió pero parecía incómodo.

—Mira, creo que Jay tal vez quiera hablarme de cosas que probablemente no te interesarían —le dijo Colman a Anita—. ¿Por qué no vas con los demás? Ya os alcanzaré luego.

—¿No quieres que me quede contigo?

Colman suspiró.

—No es eso. Es que...

Anita hizo un gesto con la mano frente a su cara.

—Está bien. No quieres que me quede... no quieres que me quede. —Empezaba a adoptar el tono de un canturreo—. ¿Quién dice que necesito a alguien para pasármelo bien, de todas formas? Estoy bien. Está bien... Tú y Jay podéis quedaros a hablar de cerebros y trenes. —Empezó a alejarse, balanceándose ligeramente y haciendo oscilar su bolsito alegremente en un amplio arco cogiéndolo por la correa.

—Mira, y-yo no quería interrumpir nada —tartamudeó Jay—. Quiero decir que si tú y ella estáis...

Anita se había parado junto al club del teatro, donde un soldado que estaba apoyado en la pared junto a la entrada le decía algo. Ella deslizó su brazo en el suyo y se rió en respuesta a algún comentario.

—Ya ves cómo estamos —dijo Colman, asintiendo con la cabeza—. Olvídalo. Quizá me hayas hecho un favor. —El

soldado dirigió una mirada nerviosa hacia atrás en dirección a la recia figura de metro ochenta de Colman, y luego se fue caminando apresuradamente con Anita cogida de su brazo.

Colman contempló cómo se iban, y luego los apartó de su mente y se volvió para mirar a Jay durante unos segundos.

—No entiendes cómo es la vida ¿eh? —dijo con aparente rencor. Eso le ahorraría un montón de preguntas inútiles.

Jay parecía más cómodo, y sus ojos se iluminaron un poco con el alivio de que le hubieran ahorrado largas explicaciones.

—Es una jodienda —respondió simplemente.

—¿Te sentirías mejor si te dijera que yo tampoco lo entiendo todavía?

Jay negó con la cabeza.

—Eso sólo significaría que tenemos el mismo problema. No resolvería nada.

—No creía que fuera a servir de nada, así que no lo diré.

—¿Eso quiere decir que sí la entiendes?

—¿Supondría alguna diferencia para tu problema si así fuera?

—No. Sería tu solución, no la mía.

—Ésa es la respuesta.

Jay asintió, metió las manos en los bolsillos y enderezó los brazos de forma que los hombros se le encorvaron hasta casi la altura de las orejas, y luego se relajó de repente con un suspiro.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo levantando la mirada.

—¿Tengo una respuesta para ello?

—No si no quieres, supongo.

—Adelante.

—¿Por qué son así las cosas? ¿Qué tiene que ver lo que hagamos tú y yo en Jersey con el trabajo de mi padre? No tiene sentido.

—¿Se lo preguntaste?

—Ajá.

—¿Y?

Jay entrecerró los ojos para mirar a lo lejos y se rascó la cabeza.

—En general lo que esperaba. Nada personal; eres un buen tipo; si por él fuera, las cosas serían diferentes, pero él no puede hacer nada, así que... bueno, y cosas de ese estilo. Pero sólo lo decía para no parecer mezquino, lo sé. Es más profundo que eso. No es un asunto que dependa de él o no. Realmente se lo cree. ¿Cómo llega a ser así la gente?

Colman alzó la mirada hacia arriba y asintió en dirección a la cafetería que había junto al Bowery.

—No vamos a quedarnos aquí toda la noche —dijo—. Vamos dentro. ¿Quieres un café?

—Claro... gracias. —Empezaron a caminar hacia la entrada—. Y gracias por las válvulas —dijo Jay—. Encajan perfectamente.

—¿Qué tal va quedando?

—Muy bien. He terminado de ensamblar el eje. Tienes que venir a echarle un vistazo.

—Por supuesto que iré.

Jay se sentó en un apartado vacío mientras Colman pedía dos cafés en el mostrador y luego insertó su tarjeta de pago del ejército en una ranura. En muchos aspectos, Jay le recordaba a Colman a sí mismo cuando era mucho más joven. Colman había adquirido su nombre de una pareja de profesionales que lo habían adoptado cuando tenía once años para proporcionarle compañía a su propio hijo, Don, que tenía tres años más. No habían querido perturbar sus carreras teniendo otro hijo propio. El padrastro de Colman era un ingeniero termodinámico especializado en intercambio de calor en sistemas magnetohidrodinámicos, lo que explicaba el temprano interés de Colman por la tecnología. Aunque los Colman se habían esforzado para tratar por igual a ambos niños, Steve estaba resentido por la educación que había tenido Don y tuvo celos cuando Don fue a la universidad a estudiar ingeniería, aunque él en ese entonces

era demasiado joven para hacer lo mismo. La rebeldía que había contribuido a que Steve hubiera sido enviado al hogar para adolescentes descarriados reapareció, con el resultado de que le hizo pasar malos ratos a la pareja, cosa que en retrospectiva le hacía sentirse mal. Por alguna razón que Steve no comprendía, tenía la sensación de que si podía ayudar a Jay a darse cuenta de su propio potencial y aprovechar las oportunidades que tenía, compensaría esos errores de su pasado. La razón de esa sensación le era desconocida, porque nada de lo que pudiera hacer ahora ayudaría a los Colman, que probablemente eran ya unos ancianos grises, pero sentía que se lo debía. La mente de las personas funciona de esa forma. La mente es algo muy raro.

Depositó los cafés en la mesa y se deslizó en el asiento frente a Jay.

—¿Alguna vez has estado sediento? —preguntó Colman mientras removía el azúcar en su taza.

Jay puso cara de sorpresa.

—Sí, claro... supongo. ¿No le pasa a todo el mundo?

—Sediento de verdad... cuando tu lengua parece estopa y se te hincha en la boca, y la piel se te empieza a cuartear.

—Bueno... no. ¿Por qué?

—Pues yo sí. Una vez me quedé aislado junto con otros tipos durante casi una semana en el desierto sudafricano. Sólo piensas en el agua. No se puede describir el ansia. Te cortarías tu propio brazo por un vaso de agua. —Hizo una pausa, y Jay esperó a que continuara con una expresión perpleja en su cara—. Cuando tienes agua suficiente, entonces empiezas a preocuparte por la comida. Eso tarda más en ocurrir, pero es igual de malo. Hay multitud de casos de gente que se ha comido cadáveres de personas para permanecer con vida una vez que han llegado a ese punto de hambre. O gente que se ha matado por unas mondas de patatas.

—¿Yyyy?

—Cuando tienes comida y bebida suficientes, entonces te

preocupa mantenerte caliente. Y cuando estás caliente, empiezas a pensar en estar a salvo. —Colman abrió brevemente las manos—. Cuando un grupo de personas viven juntas, durante la mayor parte del tiempo la mayoría de la gente tiene suficiente para beber y comer, y consiguen mantenerse calientes y estar a salvo. Entonces, ¿qué crees tú que les empieza a preocupar?

Jay frunció el ceño y parecía medianamente incómodo.

—¿El sexo? —se atrevió a decir.

Colman sonrió.

—Tienes razón, pero se supone que tienes que fingir que no sabes nada acerca de eso. Estaba pensando en otra cosa, en el reconocimiento. Es otra parte de la naturaleza humana que emerge cuando las necesidades más básicas ya están cubiertas. Y cuando aparece, es tan poderosa como las otras motivaciones. Un hombre necesita pensar que está a la altura cuando se compara con los demás hombres que le rodean. Necesita que lo reconozcan por lo que tiene de bueno y sobresalir entre los demás. Como has dicho, probablemente sea sexo, porque cree que las chicas se fijan en lo que hace, pero sea cual sea la razón, es real.

Jay empezaba a ver la conexión.

—¿Se mide con respecto a qué? —preguntó—. ¿Cuál es la medida?

—Eso no importa —le dijo Colman—. Varía de lugar a lugar. Puede que sea el mejor cazador en la aldea o el tipo que ha matado más leones. Puede que sea la forma en que te pintas la cara. Durante la mayor parte de la historia, sin embargo, ha sido el dinero. Lo que compres con él no es importante. Lo que importa es lo que las cosas que compras dicen a los demás tipos. «Tengo lo que hace falta para conseguir el dinero para comprar todo esto, y vosotros no; por tanto, soy mejor que vosotros». De eso se trata.

—¿Por qué es tan importante ser mejor que otro?

—Ya te he dicho que es un instinto. No puedes luchar contra ello. Es como estar sediento.

—¿Y se supone que tengo que sentirme de esa manera?

—Pues te pasa. ¿No te gusta cuando tu equipo gana en la Liga? ¿Por qué te esfuerzas tanto en el colegio? Te gusta la ciencia, cierto, ¿pero no se trata en gran medida de demostrar a todo el mundo que eres más listo que los gilipollas que son más tontos que tú, y sentirte bien por ello? Sé sincero. Y cuando eras niño, ¿no había pandillas con contraseñas especiales y signos secretos a las que sólo se permitía entrar a un puñado de chavales muy especiales?

Jay asintió y sonrió.

—Cierto. Teníamos esas cosas.

—Todos las hemos tenido. Y eso no cambia cuando te vuelves mayor. Empeora. La gente sigue formando pandillas y haciendo reglas para mantener fuera a los demás porque eso hace que la peña que está dentro de la banda se sienta mejor que la que se queda fuera.

—Pero las reglas son idiotas —protestó Jay—. No tienen sentido. ¿Por qué es alguien mejor por lo que diga en la placa que hay fuera de su despacho? Lo que importa es lo que hace dentro.

—No tienen por qué tener sentido. Todo lo que tiene que decir es que eres diferente. ¿Lo entiendes ahora? Tu padre pertenece a un grupo que ha hecho un montón de reglas con las que jamás ha tenido nada que ver, y como su cerebro es igual al del resto del mundo, tiene la necesidad de sentirse aceptado. Para ser aceptado tiene que vérselo siguiendo las reglas. Si no lo hiciera, se convertiría en una amenaza para el grupo, y lo rechazarían. Y nadie puede soportar eso. Mira a tu alrededor y observa todas las locuras que comete la gente sólo para sentir que pertenecen a algo que importa.

—¿Incluso tú?

—Claro. ¿Qué mayor locura que meterme en el ejército?

—No estás loco —dijo Jay—. Así que ¿por qué te alistaste?

—Era un grupo, tal y como ya te he dicho... algo a lo que pertenecer. Siempre he estado solo, e iba por ahí creando

problemas sólo para que la gente me viera. La gente es así. No importa lo que hagas, si es bueno o malo, siempre que sea algo que hace que la gente se dé cuenta de que estás ahí. No hay nada peor que pasar desapercibido. —Colman se encogió de hombros—. Le di una paliza a un tipo que se lo iba buscando, pero que resultó tener un padre rico y me ofrecieron el ejército en vez de encerrarme porque se imaginaban que era igual de malo. Acepté sin pensar.

Jay bebió algo más de su café, contempló su taza en silencio durante lo que pareció un largo tiempo, y luego, sin levantar la vista de la taza, dijo:

—He estado pensando... sabes, creo que me gustaría meterme en el ejército. ¿Cuál sería la mejor forma de hacerlo?

Colman lo miró intensamente durante unos segundos.

—¿Qué crees tú que sacarías de ello? —preguntó.

—Oh, no sé... puede que algunas de las cosas que has mencionado.

—Escapar de verte enjaulado en una casa, ser tú mismo, salirte del molde predeterminado, y todo eso, ¿no?

—Puede.

Colman asintió para sí y se limpió la boca con una servilleta del servilletero que había en la mesa mientras intentaba encontrar la respuesta correcta. Estaba atrapado en el ejército pero quería convertirse en un ingeniero profesional; Jay tenía la posibilidad de estudiar para ser ingeniero pero quería entrar en el ejército. No había razón para mostrarse despectivo y recitar el listado de todas las razones por las que no sería una buena idea... Jay ya las sabía y no querría oírlas.

Justo entonces, la puerta se abrió estrepitosamente y varias voces ruidosas ahogaron la conversación en la cafetería. Colman reconoció tres caras de la compañía D. Padawski, un sargento alto y fibroso, de labios finos y ojos duros y negros incrustados en un rostro moreno; y dos cabos cuyos nombres no recordaba en ese momento. Habían

estado bebiendo, y Padawski ya podía ser un perfecto cabronazo cuando estaba sobrio. La amistad de Colman con Anita se había producido en una temporada en la que ella se había pegado a Colman y Hanlon porque Padawski la molestaba. Colman podía cuidar de sí mismo cuando hacía falta, y Hanlon, aparte de ser el sargento a cargo de la segunda sección, era instructor de combate cuerpo a cuerpo de la compañía D, y además era bueno. La combinación había demostrado ser un elemento disuasorio efectivo, y desde entonces Padawski les guardaba rencor.

—¿Quiénes son? —preguntó Jay cuando percibió que Colman se tensaba.

—Malas noticias —siseó Colman entre dientes—. Sigue hablando. No mires a tu alrededor.

—No me importa una mierda —gritó Padawski mientras el trío avanzaba hacia el mostrador—. Os digo que no me importa una puta mierda. Si ese gilipollas quiere... —Su voz se detuvo repentinamente—. Vaya, ¿qué tenemos aquí? Es Ricitos de Oro de la compañía D... los mierdecillas que son tan listos que pueden joder por completo unas maniobras el primer día.

Colman sintió cómo vibraba el suelo según se aproximaban las pesadas pisadas al apartado. Descruzó tranquilamente las piernas bajo la mesa y cambió de posición para estar preparado para moverse al instante. Sus dedos se curvaron aferrando la taza llena hasta la mitad de café caliente. Alzó la vista para ver a Padawski sonriéndole desagradablemente a un metro de distancia.

—Esto es privado —murmuró en voz baja pero amenazadora—. Fuera.

—¡Eh, chicos, Ricitos de Oro tiene una nueva novia! Venid a mirar. ¿Hay algo que quieras contarnos, Colman? Siempre he tenido mis dudas acerca de ti. —Los dos cabos soltaron estruendosas risotadas, y uno de ellos se apoyó sobre una de las mesas de atrás al dar un bandazo. El hombre sentado a esa mesa murmuró una disculpa y salió

apresuradamente. Al fondo, el dueño del local salió de detrás del mostrador con cara de preocupación.

Jay había empalidecido y estaba sentado completamente inmóvil. Los ojos de Colman se clavaron airadamente en los de Padawski. La sonrisa despectiva de Padawski se amplió. Con una ventaja de tres contra uno y Jay en medio, sabía que Colman se quedaría sentado y recibiría sin hacer nada. Padawski se acercó para examinar más de cerca a Jay, dejando un rastro de su aliento a cerveza por toda la mesa.

—Eh, chaval, ¿a ti cómo te gusta que...?

—Corta —rechinó Colman—. Déjalo fuera de esto. Si es a mí a quien quieres, me las veré con vosotros tres, pero en otro lado. El chaval no tiene nada que ver con esto.

El dueño se acercó deprisa, retorciendo nerviosamente un paño entre las manos.

—Mirad, no quiero problemas. Sólo quiero atender a los clientes. Y ellos tampoco quieren problemas. Así que, por favor, por qué no...

—Oh, así que son problemas lo que buscan estos tipejos, ¿es eso? —preguntó suavemente una voz con un levísimo dejo irlandés desde la puerta del establecimiento. Bret Hanlon estaba apoyado tranquilamente contra una de las jambas de la puerta; sus ojos azules destellaban heladamente. Sus anchos hombros casi parecían ocupar todo el umbral. Parecía completamente relajado y tranquilo, pero Colman se percató de que mantenía su peso ligeramente inclinado hacia delante sobre la base de los dedos del pie, y que flexionaba los dedos inadvertidamente a la altura de la cadera. Los dos cabos se miraron con aprensión. La aparición de Hanlon alteraba ligeramente las probabilidades. Padawski parecía indeciso, pero al mismo tiempo no parecía dispuesto a retirarse ignominiosamente. Durante unos segundos que se arrastraron como minutos, la carga en la sala aumentó hasta casi el punto de un fogonazo.

Y entonces los tres soldados del destacamento de seguridad que salían del Bowery se detuvieron a ver qué

pasaba, dándole a Padawski la excusa que necesitaba.

—Vámonos de aquí —dijo. El trío se pavoneó hacia la puerta y Hanlon se interpuso, para luego hacerse a un lado. Padawski se detuvo en el umbral y medio se giró para dedicarle una mirada malevolente a Colman—: En otra ocasión. La próxima vez no tendrás tanta suerte. —Y se marcharon. En el exterior, los tres soldados del destacamento de seguridad se dieron la vuelta y se marcharon a paso lento.

Hanlon se acercó y se sentó en el apartado cuando las cosas se hubieron calmado.

—Sabían que estabas aquí, Steve. Les oí hablar al fondo del Rockefeller's. Así que pensé en pasarme por aquí.

—Siempre he dicho que tienes un buen sentido de lo oportuno, Bret.

—¿Así que este jovencito es el brillante Jay del que me has hablado? —preguntó Hanlon.

—Es Jay, sí. Jay, éste es Bret; Bret Hanlon. Está al mando de una de las otras secciones y enseña combate sin armas. No te metas con él.

—¿Por eso se marcharon los otros tipos? —preguntó Jay, que ya había recuperado la mayor parte de su color.

—Probablemente tuviera algo que ver, sí —dijo Colman sonriendo—. Ése era el tipo de basura con el que tienes que vértelas. ¿Sigues interesado?

—Supongo que tendré que pensarlo más —concedió Jay.

Hanlon pidió tres hamburguesas con guarnición y los dos sargentos pasaron media hora hablando con Jay acerca de la vida en el ejército, el fútbol, y sobre cómo Stanislau podía infiltrarse en el sector protegido de la base de datos pública. Finalmente Jay dijo que tenía que volver a casa, y lo acompañaron a pie varios niveles hasta la estación de cápsula de Manhattan Central.

—¿Nos volvemos a la fiesta, entonces? —preguntó Hanlon mientras descendían los amplios escalones de la plaza del nivel intermedio después de que Jay se hubiera marchado

al módulo Maryland.

Colman aminoró el paso y se frotó la barbilla. No estaba de ánimo para eso.

—Sigue tú, Bret —dijo—. Creo que voy a dar una vuelta por ahí. Supongo que quiero estar solo un rato.

Hablar con Jay le había hecho recordar un montón de cosas en las que Colman generalmente prefería no pensar. La vida era como el ejército: cogía a la gente y la partía en pedazos, y luego volvía a montar los fragmentos de la forma en que le daba la gana. Exceptuando que lo hacía con las mentes de las personas. Cogía las mentes de los niños cuando aún eran flexibles y las paralizaba diciéndoles que eran estúpidos, los confundía con personas que supuestamente sabían más que ellos pero que no les contaban nada, y los aterrorizaba con un Dios que amaba a todos. Entonces los entrenaba y los ejercitaba hasta que las únicas cosas que tenían sentido eran aquellas que se les decía que creyeran. El sistema había convertido a Anita en una muñeca, e intentaba convertir a Jay en una marioneta de la misma forma que había convertido a Bernard en otra marioneta. Convertía a la gente en grabadoras en las que se introducían palabras que luego eran repetidas y les hacían creer que sabían todo lo que había que saber acerca de un planeta lleno de personas a las que jamás habían visto, de la misma forma que conseguía que le volaran los sesos a un tipo negro que lo único que quería era cultivar su granja y no ver a sus hijos clavados en la pared, y luego le decía a los civiles en Ciudad del Cabo que todo eso estaba bien. ¿Y qué había hecho con Colman? No lo sabía porque no se imaginaba que las cosas pudieran haber sido de otra manera.

—Sea lo que sea lo que les pase, se lo habrán buscado —dijo el hombre gordo sentado a su lado en el taburete del bar—. Chavales incontrolados, criando como conejos... es repugnante. ¡Y haciendo bombas! Salvajes, eso es lo que son... no son mejores que los chinos. Kalens está en lo cierto. Les enseñará algo de decencia y respeto. —Colman se

terminó la bebida y se marchó.

Jesús, pensó, el sistema lo ponía enfermo. Se remontaba a mucho antes de veinte años. Porque ¿qué era el *Mayflower II* sino una extensión del mismo sistema del que llevaba intentando escapar toda su vida? Jay empezaba a sentir ya cómo se cerraba la trampa a su alrededor. Y nada cambiaría... jamás. Quirón no resultaría ser de la manera que Colman había esperado cuando se presentó voluntario a los diecinueve. Se habían traído el sistema consigo, y Quirón se convertiría en otra parte de él.

Regresó al Bowery, donde una pareja de hombres de negocios con noche libre en la ciudad le pagaron una bebida. Estaban preocupados por los rumores de posibles problemas en Quirón, e intentaron sonsacarle a Colman información interna sobre los militares. Colman dijo que no tenía ninguna información. Los hombres de negocios esperaban que todo se resolviera pacíficamente pero se alegraban de que el ejército estuviera presente para impedir que la gente como Colman resultaran muertos o que quironeses que eran como Jay y el tipo negro de Zereust se hicieran ingenieros o cultivaran sus granjas en paz sin recibir un bombardeo; querían que las cosas fueran como ellos querían para contratar quironeses por la mitad del salario normal que pagarían a unos terrestres, y crear escuelas de calidad y exclusivas sólo para sus hijos. No se podía poner a los quironeses en las mismas escuelas porque si lo hacían luego querrían cobrar los mismos salarios. Y en cualquier caso no podrían permitírselo. Los quironeses no eran personas de verdad, después de todo.

—¿Qué dice un ordenador quironés cuando intentas un acceso ilegal? —le preguntó uno de ellos a Colman cuando empezaron con su repertorio de chistes. —¡SOCORRO! ¡ME VIOLAN! ¡Ja-ja, ja-ja!

Decidió ir al Rockefeller's para ver si todavía quedaba alguien de su sección por allí. De camino su paso se redujo abruptamente. Hacía un tiempo que había encontrado por

casualidad una forma muy personal e interesante de sentir que se las cobraba al sistema de una forma que no comprendía del todo. Nadie lo sabía, ni siquiera Hanlon, pero eso no suponía ninguna diferencia. Hacía un tiempo que no la veía, y en esos momentos tenía el ánimo adecuado.

Para evitar usar un compad en un entorno no demasiado privado, fue a una cabina pública en el vestíbulo del Rockefeller's para llamar al número programado para aceptar llamadas sólo en caso de que ella estuviera sola. Mientras Colman esperaba alguna respuesta, su mente retrocedió seis meses. Estaba de uniforme y cuadrado rígidamente junto a la pantalla de un puesto de control remoto de artillería que era parte de la contribución del ejército a las celebraciones del Cuatro de Julio, y entonces ella se apartó de un grupo de VIPs que daban sorbos a sus cócteles y se puso a su lado para contemplar con admiración las pantallas que mostraban simulaciones de campos de batalla. Pasó una uña larga y pintada por el intrincado panel de control del subsistema de rastreo por satélite.

—¿Y cuántos guapos jovencitos como usted tienen en el ejército, sargento? —murmuró a las pantallas.

—No sabría decirlo, señora —le había dicho Colman al cañón láser que tenía a seis metros frente a él—. No soy experto en jovencitos guapos.

—¿Un experto en viejas damas que necesitan entretenimiento estimulante, quizá?

—Eso depende, señora. Pueden ocasionar montañas de problemas.

—Muy sabio por su parte, sargento. Pero algunas de ellas pueden ser muy discretas. Y teóricamente, eso las colocaría en una categoría diferente, ¿no cree usted?

—Teóricamente, supongo que sí —había concedido Colman.

Tenía una amiga llamada Verónica, que vivía sola en un apartamento tipo estudio en el módulo Baltimore y que era muy comprensiva. Siempre se podía confiar en Verónica para

que desalojara el apartamento con muy poca antelación en el aviso, y Colman a veces se había preguntado si existía de verdad. El tener acceso exclusivo a un estudio no sería difícil para la esposa de un VIP, incluso con las limitaciones de alojamiento a bordo del *Mayflower II*. Nunca le había dicho si él era el único o no, y él, por su parte, nunca lo había preguntado. Era ese tipo de relación.

La pantalla que tenía delante cobró vida repentinamente para mostrar su rostro. Hubo una brevísima expresión de sorpresa en sus ojos que duró una fracción de segundo, que luego dio paso a una de ardiente anticipación entremezclada con una pizca de diversión.

—Bueno, hola, sargento —dijo con voz enronquecida—. Empezaba a preguntarme si no tendría un caso de deserción. Ahora, lo que me pregunto es qué puede tener en mente a esta hora de la noche.

—Depende. ¿Cuál es la situación, en lo que respecta a las compañías?

—Oh, muy aburrida para ser un sábado por la noche.

—No está...

—Está bebiendo, comiendo y conspirando... sin duda hasta altas horas de la noche.

Colman titubeó durante una fracción de segundo para dejar que la pregunta se formulara sola.

—¿Entonces...?

—Bueno, creo que puedo persuadir a Verónica si la llamo y se lo pido educadamente.

—¿Digamos en media hora?

—Media hora —sonrió prometedoramente y le guiñó un ojo. Justo antes de que la imagen quedara en negro, Colman captó un reflejo en primer plano de su cabellera caoba que le llegaba hasta los hombros y sus rasgos finamente modelados cuando ella se inclinó hacia la pantalla para terminar la conexión.

La amante de alto rango ocasional del sargento Colman era Celia Kalens.

Capítulo ocho

—Y ahora, en la víspera de las últimas navidades que celebraremos juntos antes de que termine nuestro viaje, he escogido como tema de mi mensaje anual a vosotros el pasaje que comienza con «dejad que los niños se acerquen a mí». —La voz del obispo de la Misión flotaba serenamente procedente de los altavoces que rodeaban el Estadio Texas para la congregación de diez mil personas que escuchaban solemnemente desde las gradas. El rectángulo verde del campo estaba lleno de contingentes de la tripulación y de las unidades militares que permanecían inmóviles y resplandecientes en sus uniformes de gala a un extremo; escolares en bloques ordenados y precisos con chaquetas marrones y azules recién lavadas y planchadas en el centro; y, orientados hacia ellos en el lado más alejado de la plataforma elevada desde la que hablaba el obispo, las gradas ascendentes de bancos que contenían a los VIPs en sus trajes oscuros, abrigos de colores pastel y uniformes llenos de medallas. La voz continuó—: Las palabras son apropiadas, porque estamos a punto de encontrarnos con otros a los que debemos reconocer como niños en espíritu, si no es que también en cuerpo y mente...

Colman estaba cerca de Hanlon al frente de las secciones segunda y tercera de la compañía D y a poca distancia detrás de Sirocco, a un lado del contingente principal del ejército. Sólo unos pocos de la compañía estaban ausentes por una razón u otra, el más evidente de los cuales era el cabo Swyley, que estaba en la enfermería de la brigada y con la expectativa de cenar pavo; la orden de una dieta de pescado y espinacas se había borrado misteriosamente por sí sola de los registros del ordenador de la administración. El nutricionista estaba seguro de haber visto algo al respecto antes, pero concedió que quizá estaba confundiendo a

Swyley con otro. Swyley se había mostrado de acuerdo en que había habido algo por el estilo en los registros diciendo que no estaba de acuerdo en que lo hubiera, y el nutricionista lo había malinterpretado y había decidido olvidarse de todo el asunto.

—... que se han descarriado del camino en muchas formas, y debemos tener siempre presentes nuestro deber cristiano, y también patriótico, de conducir a este rebaño errante al refugio del redil. Ésta no es una tarea fácil en ocasiones, y requiere firmeza así como compasión y comprensión...

Colman pensó en las sesiones informativas a las que había asistido recientemente sobre tácticas ofensivas para tomar puntos clave en la superficie de Quirón en caso de hostilidades, y en el entrenamiento intensivo en operaciones antiterroristas y de contrainsurgencia que se habían implantado. El discurso le recordaba a los barcos esclavistas de antaño que llegaban portando mensajes de fraternidad y amor, pero con abundante pólvora preparada a mano bajo la cubierta. ¿Era posible que la gente estuviera tan condicionada que realmente creyera que estaban haciendo una cosa cuando en realidad estaban haciendo exactamente lo contrario, y que estuvieran ciegos a la contradicción? Se preguntó qué habría descubierto la Junta Directiva sobre Quirón que no quería hacer público.

—Nos incumbe a nosotros, por tanto, tener presentes estas cosas mientras nos aprestamos, con fe en nuestra misión y con la confianza que se desprende de saber que hacemos su voluntad, en la tarea que se nos presenta...

En la fila más elevada de la plataforma de bancos Colman podía divisar la figura erecta de pelo plateado de Howard Kalens, y a su lado a Celia, con un vestido azul pálido con chaquetilla a juego. Celia le había contado a Colman acerca de la obsesión de Howard por poseer... personas y cosas. Se sentía amenazado por cualquier persona o cosa que no estuviera bajo su dominio. Colman había pensado que era

extraño que tanta gente admirara como líder a alguien que tenía ese tipo de defectos. Para liderar, un hombre tenía que aprender a tratar a la gente de forma que pudiera darle la espalda y sentirse seguro. Celia se había negado a convertirse en otra de las posesiones de Kalens, y se lo había demostrado a sí misma de la misma forma que Colman se demostraba a sí mismo que nadie le decía lo que tenía que pensar. Eso es lo que ocurría cuando alguien se colocaba en tal posición que no se atrevía a ponerse de espaldas. Colman no envidiaba a Kalens, o su posición o su enorme casa en el distrito de Columbia; Colman sabía que siempre podía tener a su espalda a los pelotones sin preocuparse de que nadie le pegara un tiro. Deberían darles M32 a todos los VIPs de los bancos, pensó Colman. Entonces se dispararían unos a otros por la espalda, y el resto del mundo podría volverse a casa y pensar lo que les diera la gana.

¿Qué pensaba la gente como Kalens sobre Quirón? ¿Creían que podían poseer todo un planeta? ¿Por eso les borraban la mente a los niños para luego convertirlos en marionetas Stromboli que pensaban lo que se les decía que pensarán, y en civiles que afirmaban que eso estaba bien? ¿Por qué la gente dejaba que le hicieran esas cosas? La mayoría de la gente no quería poseer un planeta; sólo querían que los dejaran en paz para ser ingenieros o cultivar sus granjas. Porque jugaban según unas reglas que decían que eras bueno si pensabas lo que las reglas te decían que pensarás, y malo si no lo hacías así.

El proceso había sido el mismo a lo largo de la historia, y volvía a ocurrir. Las últimas noticias procedentes de la Tierra de hacía cuatro años describían la rápida escalada de la última guerra contra Nueva Israel del Sur. Sólo que esta vez la FEA se estaba involucrando. Los estrategas occidentales habían interpretado que el plan de la FEA consistía en intentar crear un estado de guerra generalizado en toda África de forma que posteriormente pudieran intervenir y ocupar territorios y amenazar a Europa desde el sur.

Aparentemente la idea era hacerse con toda la extensión de Asia, África y Europa. ¿Por qué querían hacerse con toda Asia, África y Europa? Colman no lo sabía. Estaba completamente seguro de que la mayoría de los que se mataban entre sí allá en la Tierra no querían el territorio y les importaba bien poco quién lo poseyera. Los Howard Kalens eran los que lo querían, de la misma forma que querían todo lo demás. Quizá si aprendieran a llevarse con la gente sin tener miedo de darles la espalda todo el tiempo y a hacerles el amor a sus propias esposas en la cama, entonces no necesitarían conquistas geográficas. Pero eran capaces de decirle a la gente que eso era lo que les hacía mejores que los demás, y la gente les creía.

Recordó que Jay había mencionado a un físico de los laboratorios del módulo Princeton que decía que las sociedades humanas estaban en la última fase del mismo proceso de evolución que había comenzado hacía miles de millones de años cuando el universo empezó a condensarse a partir de la radiación. La evolución es un asunto de supervivencia. ¿Quién sobreviviría al final de todo, se preguntó, las marionetas que pensaban lo que se les decía que pensarán y se mataban entre si por cosas que en realidad no necesitaban, o los cabos Swyley que se mantenían apartados de todo y a los que no les interesaba lo otro para nada siempre que los dejaran en paz?

Quizá, se dijo para sus adentros, al final de todo, serían los miopes los que heredarían la Tierra.

Capítulo nueve

En el día designado oficialmente como 28 de diciembre de 2110, según el sistema cronológico que se aplicaría hasta que la nave se pasara al calendario quironés, el *Mayflower II* entró en el sistema planetario de Alfa Centauri a una velocidad de 4.565 kilómetros por segundo, velocidad que seguía reduciéndose según el impulsor principal seguía frenando a toda potencia. El tiempo de propagación para las comunicaciones entre la nave y Quirón había caído a menos de cuatro horas. Una señal del planeta confirmó que se habían preparado alojamientos para los ocupantes de la nave en las afueras de Franklin, como se había pedido.

31 de diciembre de 2110

La distancia a Quirón era de tres mil millones de kilómetros; la velocidad se había reducido a 1.770 kilómetros por segundo. Se comenzó la reducción progresiva del funcionamiento del impulsor principal, y se inició un lento pivotar de los módulos de altitud variable del Anillo para corregir el efecto de la disminución de fuerza lineal como consecuencia de la desaceleración. No se recibió respuesta de los quironeses a la petición de una lista de nombres, rangos, títulos y responsabilidades de los dignatarios planetarios asignados para recibir a la delegación oficial del *Mayflower II* a su llegada.

5 de enero de 2111

Velocidad de 483 kilómetros por segundo; distancia al destino de 793 millones de kilómetros. Corrección de trayectoria efectuada para llevar la nave a su acercamiento final.

8 de enero de 2111

A 12,8 millones de kilómetros, las defensas se pusieron en alerta plena y se desplegó la pantalla protectora de interceptores por control remoto a 80.000 kilómetros por

delante de la nave para protegerla en su acercamiento final. Respuesta neutral de Quirón.

9 de enero de 2111

Retraso de comunicaciones ida y vuelta desde Quirón de veintidós segundos. Procedimientos formales para la recepción todavía inconclusos. Los quironeses afirman que no poseen poderes representativos, y que no hay nadie con las cualificaciones especificadas. Las defensas del *Mayflower II* en alerta de combate.

10 de enero de 2111

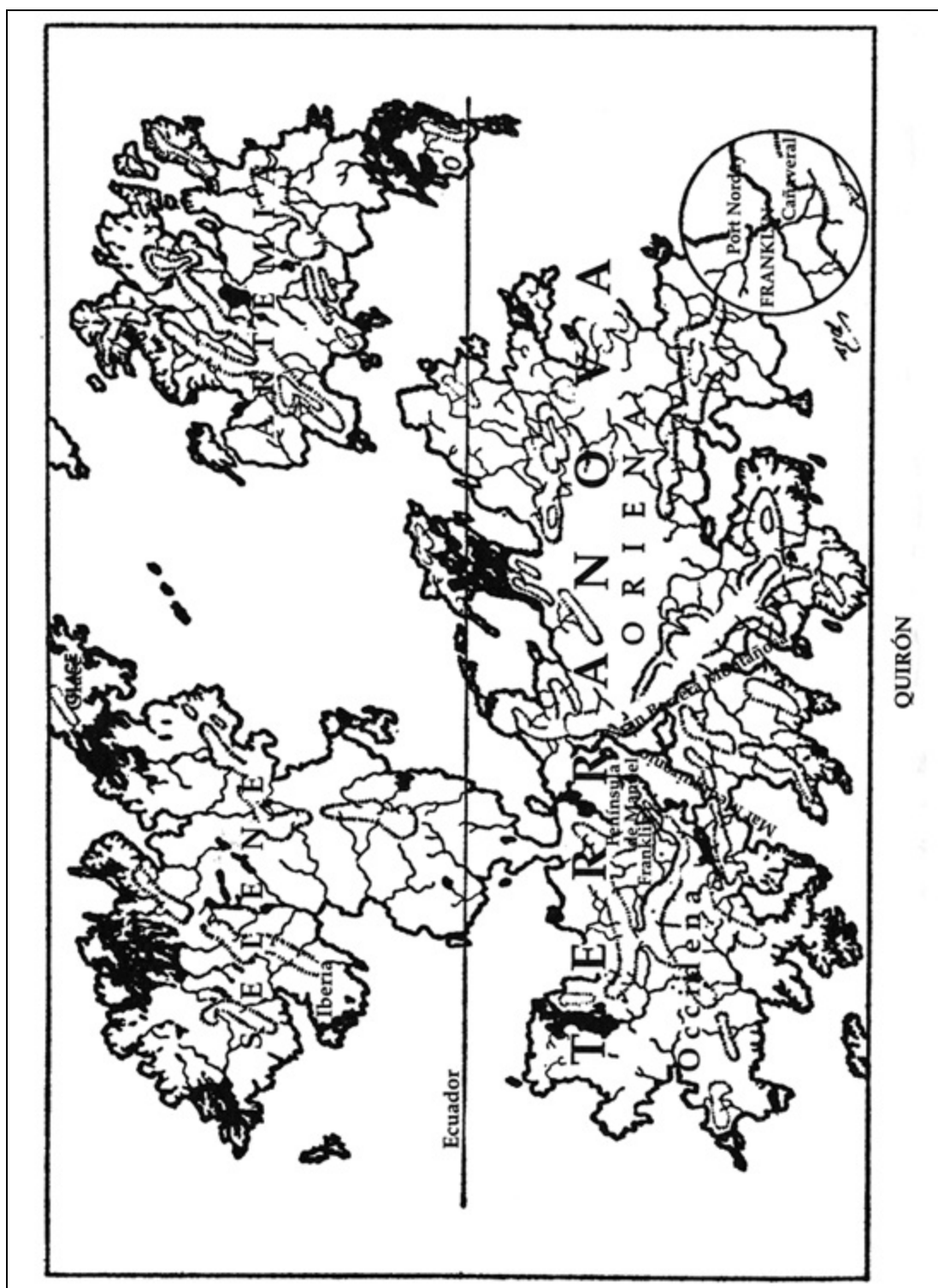
El ordenador principal del sistema de propulsión monitorea las etapas finales del apagado progresivo del impulsor y desconecta los impulsores principales. Cuando empieza a enfriarse el inmenso disco de reacción en el que se había contenido la fuerza de dos toneladas de materia aniquiladas para producir energía cada segundo durante seis meses, la nave empieza a ser conducida tranquilamente a una órbita alta a 40.000 kilómetros por sus impulsores secundarios y se configura para las condiciones de caída libre convirtiéndose en una nueva estrella que atraviesa los cielos nocturnos de Quirón.

El viaje del *Mayflower II* había terminado.

Segunda parte

Los quironeses

[Quiron]



Capítulo diez

Mientras el *Mayflower II* rotaba lentamente en el espacio sobre Quirón, la compuerta exterior del hangar de lanzadera 6 del módulo Vandenberg se separó en cuatro sectores que se abrieron como los pétalos de una enorme flor metálica para dejar expuesto el morro del vehículo de descenso planetario que albergaba en su interior. Tras una breve demora, la lanzadera se separó de su nave nodriza por el ímpetu rotacional de ésta, y treinta segundos después encendió sus motores para ponerse en una trayectoria que la llevaría a la *Kuan-yin*, que orbitaba a dieciséis mil kilómetros por debajo.

—Nuestras órdenes son «... preceder al grupo del embajador en la compuerta de atraque y formar una guardia de honor en la cámara delantera de la *Kuan-yin*, donde tendrán lugar las formalidades». —Sirocco leyó en voz alta al personal de la compañía D asignado como escolta durante la reunión informativa que tuvo lugar esa mañana temprano—. «En todo momento se prestará una atención extrema a la disciplina y al orden, y el personal que tome parte deberá tener presente la importancia de mantener un decoro apropiado a la dignidad de una ocasión histórica única». Eso significa que nada de comentarios mediante ventriloquia para aliviar el aburrimiento, Swyley, y que sea el mejor desfile militar que jamás habéis hecho, para todos vosotros. «Ya que se considera improbable la posibilidad de acciones provocativas por parte de los quironeses, se llevarán uniformes de gala del número uno, con armas cargadas sólo como precaución. Como contingencia contra emergencias, una reserva de tropas del destacamento de seguridad armada y preparada permanecerá en la lanzadera a disposición de las órdenes que el general superior que acompañe al grupo de desembarco crea necesaria ejecutar a

su discreción».

—¿Alguna vez has tenido la sensación de que te estaban tendiendo una encerrona? —dijo Carson de la tercera sección con amargura—. Si alguien se la va a llevar en caso de problemas, éstos seremos nosotros.

—¿No sabías que eras prescindible? —preguntó Stanislau en tono serio.

—Ah, pero piensa en el honor que supone —les dijo Hanlon—. Y piensa en todos esos pobres tipos del destacamento de seguridad que estarán en la lanzadera muriéndose de envidia y deseando poder estar ahí fuera con las mismas oportunidades de poner su vida al servicio de la bandera y la patria.

—Les cambio el puesto —se ofreció Stanislau al instante.

Sirocco volvió a mirar las órdenes y continuó:

—«La guardia de avanzada se desplegará para formar dos filas, de diez hombres cada una, alineadas en un ángulo de cuarenta y cinco grados a cada lado de la compuerta de acceso y asumirán posiciones detrás de sus respectivos líderes de pelotón. El oficial al mando del destacamento de guardia permanecerá a dos pasos a la izquierda de la salida. Al terminar las formalidades preliminares, la guardia será relevada por un destacamento de la compañía B que se posicionará en la rampa de salida, y se adentrará en la *Kuan-yin* para emplazar centinelas en las posiciones detalladas en el itinerario A, ver documento adjunto. Los centinelas permanecerán en sus posiciones hasta nueva orden». ¿Hay alguna pregunta?

El embajador al que se referían las órdenes sería Amery Farnhill, el segundo de Howard Kalens en Relaciones. Kalens en persona dirigiría la delegación principal que descendería al planeta para realizar el primer contacto con los quironeses en Franklin. La decisión de enviar una delegación secundaria a la *Kuan-yin* se había decidido para inculcar a los quironeses la idea de que la Tierra seguía considerando los robots como su propiedad, lo que también era parte de la razón para apostar

tropas por toda la nave. Siguiendo el protocolo acordado, Wellesley y Sterm no se involucrarían hasta que se hubieran establecido los contactos apropiados en Quirón y se hubiera preparado adecuadamente la agenda de debate.

La forma de la *Kuan-yin* había cambiado apreciablemente de lo que mostraban las imágenes que había visto Colman de la nave que partió de la Tierra en 2050, cosa que le interesó mientras estaba sentado bien recto para no arrugarse el uniforme bajo el cinturón que lo retenía en su asiento y contemplaba la imagen que crecía en la pantalla que había en la pared delantera de la cabina de vuelo. El diseño original tenía la forma de una pesa de gimnasio, con el depósito de combustible y los motores de pulso termonuclear concentrados en un lado, y los ordenadores y el equipo de reconocimiento más sensible ubicados al otro lado de una gran viga estructural que los mantenían alejados de las radiaciones de la sección de impulsores. Las modificaciones añadidas después de 2045 para crear y alojar a los primeros quironeses habían conllevado extensiones del módulo instrumental y la incorporación de motores auxiliares que la harían girar alrededor de su eje central tras la llegada para simular la gravedad para sus nuevos ocupantes mientras se preparaba la primera base en la superficie del planeta.

En los años transcurridos desde entonces, del módulo instrumental habían brotado una colección de estructuras secundarias que habían duplicado su tamaño, los tanques de combustible cerca de la cola habían desaparecido para ser reemplazados, aparentemente, por un conjunto de enormes botellas de metal montadas alrededor de la porción central de la barra de conexión, y ahora la cola estaba formada por un nuevo ensamblaje de bobinas gigantescas que rodeaban una carcasa tubular, rematada por un plato parabólico de reacción que recordaba al impulsor principal del *Mayflower II*, aunque mucho más pequeño debido a la escala más reducida de la *Kuan-yin*. Los diseñadores del *Mayflower II* habían incluido adaptadores de atraque para las lanzaderas de forma

que pudieran acoplarse a la *Kuan-yin*, y los quironeses habían conservado el patrón original en sus modificaciones, de forma que la lanzadera podría acoplarse sin problemas.

Los otros miembros del pelotón Rojo, ubicados en las hileras de asientos a su izquierda, y los del pelotón Azul, sentados con Hanlon y Sirocco en la fila de delante, estaban extrañamente callados mientras observaban el brillante semidisco de Quirón que flotaba al fondo: el primer vistazo real a un planeta para algunos de ellos. Más atrás, en la cabina de vuelo, reflejando el orden planeado de salida, el general Portney estaba sentado en el centro de un grupo de oficiales de alto rango engalanados y repletos de medallas; detrás de ellos estaba Amery Farnhill, tenso y con los labios apretados en medio de su comitiva civil de personal diplomático y asistentes. Al fondo de todo, los soldados del DS se mantenían en torvo silencio con sus cascos de acero y uniformes de combate adornados con granadas, con los rifles y armas de asalto apoyados entre los pies.

El personal de Farnhill había desistido de intentar que los quironeses proporcionaran una lista oficial de los que recibirían a la delegación. Al final se habían resignado a avisar a la *Kuan-yin* de la hora de llegada de la lanzadera y a tocar de oído a partir de ahí. Los quironeses habían aceptado con rapidez, razón por la cual las órdenes de esa mañana incluían un nivel de alerta más reducido. La delegación de Kalens se había encontrado con igual suerte a la hora de tratar con Franklin, y al final habían optado por ir a la superficie siguiendo el mismo procedimiento que la delegación de la *Kuan-yin*, pero con más protocolo y ceremonial.

La voz del capitán de la lanzadera, que oficialmente estaba al mando de la operación hasta el atraque, informó a los pasajeros mediante el intercomunicador:

—Distancia de mil seiscientos kilómetros, tiempo estimado de llegada seis minutos. Equiparando órbitas y comenzando maniobra de aproximación. Prepárense para la

desaceleración. La *Kuan-yin* ha confirmado que nos abrirá el puerto tres.

La imagen en la pantalla se desplazó a un lado cuando la lanzadera rotó para frenar con los motores principales, y cambió a una nueva vista cuando una de las cámaras de popa se activó. Colman fue empujado contra su asiento durante los siguientes dos minutos aproximadamente, tras lo cual la pantalla volvió a una vista desde el morro de la lanzadera, y a lo que siguió una serie de sensaciones pasajeras de estar colgado del revés cuando los ordenadores de control de vuelo se hicieron cargo de la nave para el acercamiento final, usando una combinación del motor principal a baja potencia y los estabilizadores laterales para equiparar su posición con el movimiento de la *Kuan-yin*. Tras unas correcciones menores, la lanzadera estuvo rotando a la par que la *Kuan-yin* para darle a sus ocupantes la sensación de que estaban tumbados de espaldas, empujándose suavemente hacia delante y hacia arriba para completar la maniobra. La operación se completó sin problemas, y poco después la voz del capitán anunció:

—Acople confirmado. El grupo de desembarco puede proceder.

—Proceda, general —dijo Farnhill desde el fondo.

—Despliegue a la guardia de avanzada, coronel —ordenó el general Portney desde el centro de la cabina de vuelo.

—Guardia, adelante —dijo el coronel Wesserman a una fila por delante de Portney.

—Destacamento de guardia, filas a izquierda y derecha por pelotones —dijo Sirocco al frente—. Líderes de pelotón, adelante. —Salió al pasillo central de la cabina, donde el suelo se había doblado para formar una escalera que facilitara el movimiento hacia proa y popa, y subió hasta alcanzar la cámara de compuerta a un lado con Colman y Hanlon tras él mientras los pelotones Rojo y Azul formaban en los pasillos al fondo. En la cámara de compuertas, la compuerta interna ya estaba abierta, y un oficial de la

tripulación de la lanzadera hacía unas últimas comprobaciones de instrumentos antes de abrir la escotilla exterior. Mientras esperaba a que terminara y a que el resto de la delegación avanzara por la cabina de vuelo a su espalda, Colman contempló la escotilla que tenía enfrente y pensó en la nave que había al otro lado, que había partido de la Tierra antes de que él naciera y que estaba ahí, esperándolos tras cruzar los mismos cuatro años luz que se habían llevado gran parte de su vida. Tras los años de especulaciones, todas las preguntas sobre los quironeses estaban a punto de ser respondidas. El descenso desde el *Mayflower II* había picado la curiosidad de Colman hasta lo indecible por lo que había visto en la pantalla. Porque pese a todas las bromas y lo que contaba la gente, si de algo estaba seguro era de que las modificaciones estructurales y mecánicas que había observado en el exterior de la *Kuan-yin* no eran la obra de adolescentes irresponsables e incontrolados.

—Todo listo para salir —informó el oficial de vuelo a Sirocco.

—Escotilla lista para salir —gritó Sirocco a la cabina que ahora estaba por debajo de él.

—Continúe, comandante de la guardia —replicó el coronel Wesserman desde las profundidades.

—Cierren filas —dijo Sirocco y el destacamento de guardia se movió hacia delante para apelotonarse cerca de Sirocco, Colman y Hanlon y dejar espacio libre para que los diplomáticos pudieran subir. Sirocco miró al oficial de la lanzadera y asintió—: Abra la escotilla exterior. —El oficial tecleó una orden en un panel ubicado a su lado, y la puerta exterior de la escotilla se abrió lentamente hacia un lado.

Sirocco avanzó elegantemente por la rampa que conectaba la lanzadera con la *Kuan-yin*, y al llegar al final se puso a la izquierda y se cuadró mientras Colman y Hanlon de manera precisa conducían a los pelotones de guardia con los rifles al hombro, las manos libres oscilando al compás como

si estuvieran conectadas por cables invisibles, y botas estampándose al unísono sobre las planchas de acero del suelo. Se desplegaron en columnas y se detuvieron en filas precisamente alineadas con los laterales de la puerta. Tras ellos emergieron los oficiales marchando en columna de a cuatro y se dividieron en dos grupos para seguir al coronel Wesserman, a la izquierda, y al general Portney, a la derecha.

—Presenten... *¡armas!* —ladró Sirocco y veintidós palmas golpearon contra veintidós recámaras al mismo tiempo.

A través del espacio que quedaba entre los oficiales, los diplomáticos avanzaron y se detuvieron en orden inverso de precedencia, trajes negros inmaculados y pecheras blancas resplandecientes, y finalmente la noble forma de Amery Farnhill se adelantó con gracia aristocrática para tomar posición al frente.

—Su excelencia, Amery Farnhill —anunció el asistente a un paso por detrás y dos pasos a la izquierda con una voz clara y audible que resonó en toda la antecámara del puerto de acople de la *Kuan-yin*—. Subdirector de relaciones de la Junta Directiva del Congreso, oficial del *Mayflower II* y emisario designado a la *Kuan-yin* como representante del director del Congreso... —La convicción en la voz del asistente vaciló y desapareció mientras sus ojos le decían que las palabras que leía no eran apropiadas. Pese a todo, se esforzó por terminar sus frases y continuó valientemente—... que ha recibido poderes como embajador para el sistema planetario de Alfa Centauri por el Gobierno de... —Tragó saliva e inhaló profundamente—... los Estados Unidos de Gran América del Norte, planeta Tierra.

El pequeño grupo de quironeses que les observaba a poca distancia y la multitud reunida detrás de ellos en la trasera de la antecámara aplaudieron entusiásticamente y sonrieron en señal de aprobación. Eso no era lo que estaba previsto. No cuadraba con la atmósfera.

—Son buenos tipos —susurró la voz incorpórea del cabo

Swyley desde ninguna dirección definible—. Y estamos quedando como unos auténticos gilipollas.

—Cállate —siseó Colman entre dientes.

El más viejo del grupo no tendría más de treinta y tantos, pero parecía mayor, el pelo empezaba a clarearle en la coronilla y tenía una figura baja y rotunda dotada de una pequeña panza. Llevaba una camisa de cuello abierto de azules y grises intrincadamente bordados, y pantalones sueltos azul marino sostenidos por un cinturón. Sus rasgos parecían vagamente asiáticos. Con él había un joven y una muchacha de aparentemente unos veinticinco años y ataviados con batas blancas de laboratorio, y una pareja más joven de piel morena que tenían aspecto de adolescentes. Un robot humanoide de metal plateado de dos metros de alto se erguía a poca distancia del grupo, con una diminuta niña negra de unos ocho años sentada sobre sus enormes hombros. Las piernas le colgaban por el cuello del robot y se aferraba con las manos a lo alto de la cabeza metálica.

—Hola —saludó amistosamente el hombre de la panza—. Soy Clem. Éstos son Carla y Hermann, y Francine y Boris. El tipo grande de allí es Cromwell, y la damita sentada en sus hombros es Amy. Bueno, qué decir... bienvenidos a bordo.

Farnhill miró a un lado y a otro con el ceño fruncido por la incertidumbre, entonces se lamió los labios e infló el pecho como si fuera a responder. Se desinfló repentinamente y meneó la cabeza. No le salían las palabras adecuadas para esta situación. Los diplomáticos se removieron inquietos mientras los soldados miraban hieráticamente al infinito. Pasaron unos cuantos segundos embarazosos. Al final el asistente tomó la iniciativa y miró con curiosidad al hombre que se había presentado como Clem.

—¿Quién es usted? —exigió. La formalidad había desaparecido de su voz—. ¿Es una autoridad aquí? Si es así, ¿cuáles son su rango y título?

Clem frunció el ceño y se llevó una mano a la barbilla.

—Depende de qué quiera decir con autoridad —dijo—.

Organizo a la tripulación regular de ingeniería de la nave y superviso el mantenimiento. Supongo que podría decirse que eso es un tipo de autoridad. Pero también hay que decir que tengo poco que ver con los programas de investigación especial y las modificaciones que hace Hermann.

—Cierto —concedió Hermann, el joven en bata de laboratorio—. Pero además de eso, partes de este lugar se usan como escuela para darles a los niños experiencia extraplanetaria temprana. La señora que dirige esa parte no está con nosotros ahora mismo, pero más tarde tendrá tiempo libre.

—Se vio liada a la hora del almuerzo intentando responder a preguntas sobre supernovas y quásares —explicó Francine.

—Por otro lado, si lo que quiere decir es quién está a cargo de asignar el equipo que hay aquí arriba y llevar el registro de quién tiene que hacer qué y cuándo, ése sería Cromwell —dijo Carla—. Está conectado a los ordenadores de la nave y, a través de ellos, a la red planetaria.

—Cromwell lo sabe todo —declaró Amy desde su pescante—. Cromwell, ¿esos soldados terranos llevan armas de asalto M32 o son M30?

—M32 —dijo el robot—. Tienen los selectores de fuego mejorados.

—Espero que no empiecen a dispararse los unos a los otros aquí arriba. Me daría mucho miedo en órbita. Podrían despresurizar toda la nave.

—Creo que ya lo saben —dijo Cromwell—. Han pasado más tiempo en el espacio que los pocos viajes que has hecho tú.

—Supongo que sí.

La paciencia del asistente se colmó al fin.

—¡Esto es ridículo! Quiero saber quién es la máxima autoridad aquí. Deben de tener un director de Operaciones o alguien equivalente. Por favor, tenga la bondad de...

Farnhill lo detuvo con un gesto seco de la mano.

—Este espectáculo ya ha durado demasiado —dijo—. Quizá deberíamos continuar esta discusión en condiciones de mayor privacidad. ¿Hay algún sitio adecuado por aquí cerca?

—Claro. —Clem hizo un gesto vago a sus espaldas—. Hay una gran sala a un lado del pasillo que está libre y en la que no debería haber nadie. Podríamos llevar algo de café. Supongo que querrán tomar algo... ha sido un largo viaje, ¿eh? —Sonrió ante su propia broma y se volvió para mostrar el camino. Farnhill no pareció apreciar el humor.

—Ejem... —El general Portney se aclaró la garganta—. Vamos a apostar centinelas a lo largo de la *Kuan-yin* mientras duren las negociaciones. Confío en que no habrá objeciones. —Los oficiales militares se tensaron mientras esperaban la respuesta ante el primer desafío implícito a la administración quironesa sobre la posesión de la *Kuan-yin*.

Clem hizo un gesto de asentimiento con la mano sin volver la vista atrás siquiera.

—Adelante —dijo—. No creo que los necesiten mucho, sin embargo. Están bastante seguros aquí arriba. No tenemos muchos ladrones.

Farnhill miró exasperado a sus ayudantes, luego recuperó la compostura y se puso a la cabeza del grupo detrás de Clem mientras los quironeses se apartaban para dejarles pasar. La delegación militar rompió la formación para quedarse en la retaguardia del grupo.

—Prosiga según órdenes, comandante de la guardia —dijo secamente Wesserman en dirección a Sirocco.

El destacamento de relevo de la compañía B marchó desde la salida de la lanzadera para tomar posiciones frente a la rampa, y Sirocco dio un paso al frente para dirigirse a la guardia de avanzada.

—Destacamento de la nave, aten... *ición!* Dos filas en orden de marcha, reagru... *iparse!* —Las dos hileras que estaban desplegadas en ángulo desde la escotilla se reagruparon en filas detrás de los líderes de pelotón—. Los centinelas abandonarán la formación al llegar a sus

posiciones. Por la izquierda... *imarchen!* —Las dos filas avanzaron detrás de Sirocco por la antecámara, resonando pesadamente sus pisadas; giraron a la izquierda mientras cada hombre que quedaba en el interior marcaba el paso cuatro veces antes de continuar, y se perdieron por el pasillo que había más allá mientras se extinguía el ruido rítmico de su marcha.

Amy observó con curiosidad por encima de la cabeza de Cromwell mientras desaparecían de su vista.

—Me pregunto por qué caminan así cuando se gritan —musitó de manera ausente—. ¿Tú lo sabes, Cromwell?

—¿Has pensado en ello? —preguntó Cromwell.

—No, la verdad.

—Deberías pensar en las cosas además de hacer preguntas. De otra manera, acabarías dejando que la gente pensara por ti en vez de confiar en ti misma.

—Ooh... no quiero que pase eso —dijo Amy.

—Muy bien, entonces —la desafió Cromwell—. ¿Qué crees tú que te haría caminar de esa manera cuando la gente te gritara?

—No lo sé. —Amy arrugó la cara y se restregó el puente de la nariz con un dedo—. Supongo que tendría que estar loca.

—Bueno, *ahí* tienes algo en lo que pensar —sugirió Cromwell.

Capítulo once

Pam, pam, pam, pam, pam, pam, pam, pam.

—Destacamento... ¡alto!

—*Pam-pam.*

El contingente de la compañía D se detuvo en seco en el pasillo que salía de Espectroscopia de Rayos X y los Laboratorios de Análisis de Imagen, en un lugar donde se ampliaba para dejar un hueco que albergaba una escalerilla de acero con barandilla que conducía a la cubierta de observación donde estaban emplazados los interferómetros ópticos y rayos gamma de quinientos centímetros. Unos pocos quironeses que pasaban por allí se detuvieron un momento para observar, saludaron alegremente con las manos y prosiguieron su camino.

—Centinela, ocupe... *iposición!* —gritó Sirocco. El soldado de primera Driscoll dio un paso atrás al final de la para entonces menguada fila, giró noventa grados a la derecha y volvió a dar otro paso atrás para cuadrarse con la espalda contra la pared junto a la entrada de un pequeño pasillo lateral—. Formación... *idescanse!* —Driscoll movió el pie izquierdo para quedar en posición con los pies abiertos y bajó el arma hasta dejarla con la culata descansando en el suelo, a dos centímetros y medio de su bota—. Resto del destacamento, *imarchen!*

Pam, pam, pam, pam...

El golpeteo rítmico de los pies murió en la distancia y fue reemplazado por los ruidos de fondo de la vida diaria a bordo de la *Kuan-yin*: la voz de una muchacha que recitaba números de algún tipo a alguien en el observatorio del nivel superior, la risa distante de niños que llegaba flotando por una puerta abierta al otro extremo del estrecho corredor situado detrás de Driscoll, y el bajo murmullo de la maquinaria. Una pulsación ahogada procedente de abajo

aumentaba y disminuía regularmente, haciendo que el suelo vibrara durante unos segundos. Pisadas y una ráfaga de voces llegaron desde la derecha antes de que las cortara abruptamente una puerta que se cerraba.

Driscoll se sentía más aliviado. Si lo que había visto hasta ahora era indicación de cómo eran las cosas, los quironeses no iban a ocasionar problemas. Había tenido que morderse la lengua allá en la antecámara cerca de la rampa para no perder la compostura, y era un milagro que nadie importante hubiera oído a Stanislaw soltando una risilla a su lado. Los quironeses eran buenos tipos, había decidido. Todo saldría bien... siempre y cuando gilipollas como Farnhill no jodieran las cosas.

Lo que más le había impresionado era la forma en que los chavales parecían involucrarse en las cosas, tanto como los adultos. No parecían niños en absoluto, sino más bien personitas pequeñas que estaban ocupadas en averiguar cómo funcionaban las cosas. En una habitación que se hallaba a unos dos puestos de guardia antes había vislumbrado a un par de niños que no podían tener más de doce años examinando con sumo cuidado y con caras de mucha concentración las entrañas de una pieza de equipo electrónico que debía costar millones. El quironés mayor que los acompañaba sólo miraba por encima de sus hombros y de vez en cuando ofrecía alguna sugerencia. Tenía sentido, pensó Driscoll. Trátales como si fueran responsables y se comportarán con responsabilidad; dales trocitos de plástico barato para que lo tiren por ahí y los tirarán como los trozos de plástico barato que son. O eso o los quironeses tenían el equipo bien asegurado por mucho dinero.

Se preguntaba cómo le habrían ido las cosas de haber tenido un comienzo como ése. ¿Y qué estaría haciendo en ese caso un tipo como Colman, que sabía más acerca de las máquinas del *Mayflower II* que más de la mitad de los mocosos de rango cuatro juntos? Si era así como los ordenadores habían educado a los primeros niños, reflexionó

Driscoll, se le ocurrían unos cuantos humanos que podían haber aprovechado esas mismas lecciones.

Su entrada en la vida había sido muy diferente. La guerra había dejado a sus padres afectados por daños genéticos y sus dos primeros hijos no habían sobrevivido a la infancia. Envejecidos prematuramente por los efectos secundarios, sabían que no llegarían a ver Quirón cuando lo trajeron a bordo del *Mayflower II* a la edad de ocho años y sacrificaron los pocos años más que podían haber pasado en la Tierra para darle un nuevo comienzo en otro lugar. Paradójicamente, su estado de salud había influido positivamente cuando pidieron unirse a la misión, ya que los planificadores habían querido incluir gente de edad y categorías de alto riesgo actuarial entre la población para dejar espacio a los nacimientos que tendrían lugar posteriormente. Se había considerado deseable una población dinámica, y las medidas encaminadas para conseguirla podrían parecer crueles a algunos, pero habían sido necesarias.

De joven había soñado con ser un artista, un cantante o un cómico, pero no sabía ni cantar ni contar chistes, y de alguna manera, tras la muerte de sus padres con dos años de diferencia entre sí, había acabado en el ejército. Así que ahora, aunque seguía desafinando y sin saber contar un chiste, sabía cómo usar un M32 para demoler un edificio pequeño a mil ochocientos metros de distancia, podía operar una unidad de comunicaciones de campaña con los ojos cerrados, y era un experto en desactivación de minas antipersonales de activación óptica.

Más o menos en lo único que era bueno, aparte de eso, era con las cartas. No podía recordar exactamente cuándo había comenzado su fascinación por ellas, pero fue poco después de que Swyley, que en aquel entonces era soldado raso como él, le había enseñado a barajar dejando los cuatro ases en la parte superior de un mazo y luego introducirlos en el reparto. Al descubrir para su sorpresa que parecía tener

aptitud para ello, Driscoll había seguido el ejemplo de Colman y se había puesto a leer sobre el tema. Pasó largas horas, cuando estaba fuera de servicio, practicando pases con cartas ocultas en la palma y cortando la baraja con una sola mano hasta que podía hacer aparecer tres manos completas de la nada y sacar una carta predeterminada de un mazo ocho de cada diez veces. Swyley había sido su conejillo de indias, ya que había descubierto que si Swyley no podía detectar un movimiento, entonces nadie podía, y en los años que habían pasado desde entonces había perfeccionado su técnica hasta el punto que Swyley ahora le debía 1.343.859,20 dólares.

Pero su reputación lo había colocado en un callejón sin salida en las reuniones nocturnas de póquer de los viernes, porque si ganaba, todo el mundo decía que hacía trampas, y si no ganaba, que era un perdedor. Así que había dejado de jugar al póquer, pero no antes de que su nombre hubiera aparecido relacionado tantas veces con discusiones y peleas que lo habían trasladado a la compañía D. Mientras contemplaba fijamente la pared de enfrente, se le ocurrió que en un lugar como éste con tantos chavales habría una gran demanda para un prestidigitador. Cuanto más lo pensaba, más atractiva le parecía la idea. Pero para poder hacer algo por el estilo, primero tenía que encontrar la forma de hacer un numerito de escapismo: escaparse del ejército. Swyley tendría algunas sugerencias útiles al respecto, pensó.

Pam, pam, pam, pam. Perdió el hilo de sus pensamientos al escuchar las pisadas retumbantes que se acercaban por la izquierda... que no era la dirección en la que había partido el destacamento, y que tampoco debía regresar por esa ruta, de todas formas, sino por la de enfrente. Además, no sonaba como múltiples pies enfundados en botas reglamentarias, sino más bien como un par de pies, pero más pesados y metálicos. Y junto con las pisadas llegaba el sonido de dos voces de niños, susurrantes y furtivas, punteadas por risitas.

Driscoll volvió los ojos una milésima a un lado. Se le

abrieron con incredulidad cuando uno de los colosos de metal de la *Kuan-yin* apareció a la vista, sosteniendo un trozo de tubo de aleación de aluminio al hombro y seguido por una niña morena de aspecto indio de unos siete años y un chavalín rubito de la misma edad.

—Destacamento... *ialto!* —gritó la niña. El robot se detuvo—. Destacamento... Oh, no sé qué se supone que tengo que decir. Ponte con los pies separados y el arma en el suelo. —El robot pivotó para quedar directamente frente a Driscoll, retrocedió un par de pasos hacia la pared opuesta y asumió una imitación de la postura de Driscoll. La mitad superior de su cabeza era una cúpula transparente en cuyo interior hileras de luces de colores se apagaban y encendían; la mitad inferior contenía una rejilla de metal por boca y una lente de cámara por nariz; parecía sonreír.

—Quédate... *iahí!* —ordenó la niña. Ahogó otra risilla y le dijo al niño en voz más baja—: Vamos a poner otro por fuera del laboratorio Gráfico —se marcharon y dejaron a Driscoll contemplando al imperturbable robot al otro lado del pasillo.

Pasaron un par de minutos. Nadie se movió. Las luces del robot continuaron sus alegres guiños. Driscoll tenía problemas para combatir el impulso de alzar su arma de asalto y volarle la cabeza idiota del robot.

—¿Por qué no te vas a cagar por ahí? —gruñó al fin.

—Y tú ¿por qué no vas?

Durante un momento Driscoll pensó que la máquina le había leído la mente. Parpadeó sorprendido, y luego se dio cuenta de que era imposible; sólo una coincidencia.

—No puedo —dijo—. Tengo órdenes.

—Y yo también.

—Es diferente.

—¿Cómo?

—Tú no tienes por qué hacer esto.

—¿Tú sí?

—Por supuesto que sí.

—¿Por qué?

Driscoll suspiró con irritación. Este no era momento para debates largos.

—No lo entenderías —dijo.

—¿De verdad que no? —replicó el robot.

Driscoll tuvo que pensarse la respuesta, y pasaron un par de segundos en silencio.

—No es lo mismo —dijo—. Tú le estás siguiendo el juego a los niños.

—¿Qué estás haciendo tú?

Driscoll no tenía una respuesta preparada para eso. Además, era demasiado consciente de que deseaba un cigarrillo para ponerse filosófico. Volvió la cabeza a un lado y otro del pasillo, y luego volvió a mirar al robot.

—¿Puedes saber si hay alguien de mi gente cerca?

—Sí, puedo, y no, no hay nadie cerca. ¿Por qué? ¿Te estás aburriendo?

—¿Le importaría a alguien si fumo?

—No me importaría si estallaras en llamas. —El robot soltó una risilla rasposa.

—¿Cómo sabes que no hay nadie cerca?

—Los sistemas de vídeo de la nave están todos activados en estos momentos, y estoy conectado a la red. Puedo ver lo que ocurre en todos lados. Adelante. No importa. La tapa redonda que hay a tu lado en la pared es un incinerador de basura. Puedes usarlo como cenicero.

Driscoll apoyó su arma en la pared, sacó un paquete de cigarrillos y un mechero de su chaqueta, encendió uno, y apoyó la espalda contra la pared para exhalar con un suspiro agradecido. La irritabilidad que había estado sintiendo se mitigó con el humo. El robot dejó también su pedazo de tubería, cruzó los brazos y se reclinó contra la pared, evidentemente programado para actuar según el comportamiento de la gente a su alrededor. Driscoll volvió a mirarlo con curiosidad renovada. Sentía el impulso de entablar conversación, pero la situación en conjunto era demasiado extraña. Se le ocurrió repentinamente que las

cosas serían más fáciles si el robot hubiera sido un soldado de la FEA. Driscoll jamás hubiera creído que pudiera tener nada en común con un chino. No sabía si estaba hablando con el robot o si, a través de él, lo hacía con otros ordenadores que había en otra parte de la *Kuan-yin* o incluso quizá en Quirón; no sabía si tenía mente propia o simplemente albergaba sofisticados programas, o lo que fuera. Una vez había hablado con Colman acerca de inteligencia mecánica. Colman había dicho que en principio era posible, pero que una verdadera mente artificial todavía quedaba a un siglo de distancia. Seguramente los quironeses no podían estar tan avanzados.

—¿Qué tipo de máquina eres? —preguntó—. Quiero decir, ¿puedes pensar como una persona? ¿Sabes quién eres?

—Supongamos que digo que sí puedo. ¿Eso te serviría de algo?

Driscoll dio otra calada a su cigarrillo.

—Supongo que no. ¿Cómo sabría yo si sabes lo que dices o si simplemente has sido programado para decirlo? No hay forma de diferenciarlo.

—Entonces, ¿cuál es la diferencia?

Driscoll frunció el ceño, pensó en ello, y lo descartó con una sacudida de la cabeza.

—Esto es bastante raro —dijo para cambiar de tema.

—¿El qué?

—¿Por qué os comportáis de forma tan amable con una gente que actúa como si quisiera hacerse con vuestra nave?

—¿Tú quieres hacerte con la nave?

—¿Yo? No, demonios. ¿Qué haría yo con ella?

—Entonces ahí tienes la respuesta.

—Pero a la gente para la que trabajo puede que se le meta en la cabeza que la nave es suya —señaló Driscoll.

—Eso es cosa suya. Si les place decirlo, ¿qué nos importa?

—¿A la gente de aquí no le importaría que nuestra gente empezara a decirles lo que tiene que hacer?

—¿Por qué debería importarles?

Eso sí que Driscoll no se lo tragaba.

—¿Quieres decir que estarían tan contentos haciendo lo que nuestra gente les mandara? —dijo.

—No he dicho que fueran a *hacer* nada —replicó el robot—. Sólo he dicho que a la gente no le importaría.

Justo entonces, dos muchachas quironesas aparecieron por la esquina del pasillo estrecho. Tenían un aspecto agradable y atractivo con sus blusas holgadas y pantalones ajustados, y tenían botas elásticas de algún material plateado y lustroso. Una de ellas tenía el pelo castaño y ondulado con reflejos rojizos, y parecía tener unos treinta y cinco años; la otra era una rubia de unos veintidós. Durante una milésima de segundo, Driscoll sintió una punzada de aprensión ante la idea de parecer ridículo, pero las muchachas no mostraron ninguna sorpresa. En vez de eso, se detuvieron y lo miraron, no de forma desagradable, sino con algo de reserva, como si quisieran sonreírle pero no estuvieran seguras de si deberían hacerlo.

—Hola —dijo al fin la pelirroja con algo de cautela.

Driscoll se separó la pared y se irguió, sonriendo, sin saber qué otra cosa podía hacer.

—Bueno... hola —devolvió el saludo.

Al instante sus rostros se abrieron en amplias sonrisas y se acercaron a él. La pelirroja le estrechó la mano con calidez.

—Veo que ya has conocido a Wellington. Soy Shirley. Ésta es mi hija, Ci.

—¿Ésta es tu hija? —Driscoll parpadeó—. Oh, vaya, qué... bueno, qué sorpresa.

Ci repitió la misma actuación.

—Y tú ¿quién eres? —le preguntó.

—¿Yo? Oh... Me llamo Driscoll, Tony Driscoll. —Se lamió los labios mientras pensaba en qué decir a continuación—. Supongo que yo y Wellington estamos guardando el pasillo.

—¿Guardándolo de quién? —preguntó Ci.

—Buena pregunta —comentó Wellington.

—Eres el primer terrano con el que hemos hablado —dijo Shirley. Hizo un gesto con la cabeza para indicar la dirección de la que habían venido—. Tenemos toda una clase llena de niños rebosantes de curiosidad. ¿Te gustaría venir a saludarles y hablarles unos cinco minutos? Les encantaría.

—¿Cómo? —Driscoll se las quedó mirando, horrorizado—. Nunca le he hablado a una clase llena de niños. No sabría por dónde empezar.

—Pues entonces éste sería un buen momento para empezar a practicar —sugirió Ci.

Driscoll tragó saliva y negó con la cabeza.

—Tengo que quedarme aquí. Ya sólo esta conversación es suficiente para que me envíen al paredón. —Ci se encogió de hombros, pero pareció contentarse y no insistió en el tema—. ¿Sois... eh... maestras, o algo así? —preguntó Driscoll.

—A veces —respondió Shirley—. Ci enseña lengua, pero principalmente en el planeta. Es decir, cuando no está trabajando con electrónica o instalando el cableado de una planta subterránea en alguna parte. Yo no soy tan técnica. Cultivo olivos y viñedos en la península, y también diseño interiores. Por eso he subido hasta aquí, Clem quiere reestructurar y redecorar los alojamientos de la tripulación. Pero sí, también enseño costura a veces, pero no lo hago mucho.

—Quiero decir como trabajo regular —dijo Driscoll— ¿qué es lo que hacéis básicamente?

—Todas esas cosas. —Shirley parecía algo sorprendida—. ¿Qué quieres decir con «básicamente»?

—Ellos hacen lo mismo todo el tiempo, desde que dejan la escuela hasta que se jubilan —le recordó Ci a su madre.

—Oh, sí, claro —asintió Shirley—. Parece horroroso. Pero bueno, es asunto suyo.

—¿Qué es lo que haces mejor? —le preguntó Ci a Driscoll—. Quiero decir... aparte de sostener paredes. Eso no es

vida.

Driscoll pensó en ello y al final se vio obligado a sacudir la cabeza inútilmente.

—No mucho que os pueda interesar, me temo —confesó.

—Todo el mundo tiene algo —insistió Shirley—. ¿Qué te gusta hacer?

—¿De verdad quieres saberlo? —una nota de ansiedad apareció en el tono de Driscoll.

—Eh, tranquilo, soldado —dijo Ci con suspicacia—. No nos conocemos. Más tarde, ¿quién sabe? Dale tiempo.

—No quería decir eso —protestó Driscoll, sintiéndose avergonzado—. Si de verdad quieres saberlo, me gustan las cartas.

—¿Quieres decir hacer trucos? —Shirley parecía interesada.

—Puedo hacer trucos, sí.

—¿Eres bueno?

—El mejor. Puedo hacer que se levanten y hablen.

—Mejor que lo digas en serio —le advirtió Shirley—. No hay nada peor que gastar dinero que no tienes. Es como robar a la gente.

Driscoll no entendió lo que quería decir, así que lo ignoró.

—Lo digo en serio —afirmó.

Shirley se volvió para mirar a Ci.

—Oye, ¿no sería fantástico tenerlo para nuestra próxima fiesta? Me encantan ese tipo de cosas. —Volvió a mirar a Driscoll—. ¿Cuándo bajarás a Quirón?

—Todavía no lo sé. No hemos oído nada al respecto.

—Bueno, péganos un toque cuando lo hagas, y ya arreglaremos algo. Vivo en Franklin, así que no será mucho problema. Normalmente ahí es donde nos reunimos.

—Suená bien —dijo Driscoll—. Ahora mismo no puedo prometer nada, sin embargo. Todo depende de cómo vayan las cosas. Si las cosas salen bien, ¿cómo encuentro el lugar?

—Oh, sólo tienes que preguntarle a los ordenadores en cualquier lado cómo llegar a la casa de Shirley-la-del-pelo-

rojo; la madre de Ci. Se ocuparán de todo.

—Así que quizá nos veamos abajo —dijo Ci.

—Bueno... vale, ¿quién sabe? —Estaba a punto de decir algo más cuando Wellington le interrumpió.

—Dos de tus oficiales se dirigen hacia aquí. Pensé que debías saberlo.

—¿Quiénes? —preguntó Driscoll automáticamente, tirando la colilla de su cigarrillo en el incinerador y recogiendo su arma. Una placa en lo alto del pecho de Wellington se deslizó a un lado para revelar una pequeña pantalla en la que aparecieron las figuras de Sirocco y Colman, vistas desde arriba. Caminaban sin apresurarse por un largo pasillo, hablando con un puñado de quironeses que caminaban con ellos. Driscoll volvió a adoptar su postura anterior, e instantes después resonaron pisadas y voces por el pasillo más amplio que conducía a la derecha, aumentando en intensidad.

—Está bien, Driscoll —gritó Sirocco desde lejos cuando el grupo apareció a la vista al doblar un recodo—. Deja la pantomima. Estamos de vuelta a la fábrica de bombas. —Driscoll relajó la pose y envió una mirada perpleja al pasillo.

—Tendría que haberlo supuesto —dijo Colman asintiendo para sí y saludando a las dos muchachas mientras se detenía.

—Muy confortable —concedió Sirocco.

—Er... son Shirley y Ci —dijo Driscoll—. Y ése es el general Wellington.

—Habrás tenido una charla agradable, supongo —preguntó Sirocco.

—Bueno, sí, en realidad supongo que sí, señor. ¿Cómo lo ha sabido?

Sirocco señaló el pasillo a su espalda.

—Porque está ocurriendo en todos lados, así es como lo sé. Carson está hablando de fútbol, y Maddock le está contando a unos chavales cómo es crecer a bordo del *Mayflower II*. —Suspiró, pero no parecía demasiado enfadado

por ello—. Si no puedes vencerlos, únete a ellos, ¿eh, Driscoll?... Bueno, por una hora o así, de todas formas. Y además, quieren enseñarle algo a Colman en el observatorio de arriba. No entiendo de qué demonios están hablando.

—Steve es ingeniero —explicó uno de los quironeses, un joven con barba con camisa a cuadros rojos y negros señalando a Colman y hablando con Ci—. Le contamos lo de las oscilaciones de resonancia en la suspensión del giroscopio G7 y nos dijo que puede que supiera una forma de amortiguarlas mediante retroalimentación del láser de alineamiento. Vamos a llevarle a que le eche un vistazo.

—Eso es exactamente lo que Gustav dijo que teníamos que hacer —dijo Ci dedicándole una mirada de aprobación a Colman—. Ayer estaba trabajando en ello.

—Lo sé. Quizá pudiéramos hacer que Gustav y Steve trabajaran juntos.

—Eh, no te entusiasmes demasiado —advirtió Colman—. Sólo he dicho que estaría interesado en verlo. Puede que el ejército tenga otras ideas acerca de que me involucre. No apostéis vuestros ahorros.

Los quironeses y Colman desaparecieron por la escalera, hablando sobre transductores diferenciales y compensadores de inducción, y Shirley y Ci se marcharon cuando Wellington les recordó que les quedaban menos de quince minutos para coger la lanzadera para Franklin. Driscoll y Sirocco se quedaron con Wellington en el pasillo.

—Si no le importa que se lo diga, ¿no es un poco arriesgado, señor? —dijo Driscoll con aprensión—. Quiero decir... ¿con todo lo que está pasando? Suponga que aparece el coronel Wesserman o alguien.

—No hay problema con esos robots quironeses por aquí. Tienen vigilado todo el lugar. —Arrugó la nariz y su bigote se agitó mientras olisqueaba el aire—. Relájese mientras tiene oportunidad, soldado Driscoll —le aconsejó—. Y cogeré uno de esos cigarrillos que ha estado fumando.

Driscoll sonrió y empezó a sentirse más confiado.

—Ya ves, Wellington —dijo—. No todos son tan malos como crees.

—Sorprendente —replicó el robot en tono neutral.

Esa noche se organizó una fiesta en el Bowery para celebrar la llegada del *Mayflower II* al fin de su viaje. Gran parte de la charla era sobre los boletines de noticias de la noche, describiendo en tonos indignados las afrentas deliberadas que los quironeses habían infligido a las delegaciones enviadas a la *Kuan-yin*, e implícitamente el insulto dirigido a toda la Misión y a todo lo que representaba. En la opinión de muchos de los presentes, no sería mala cosa si le daban una lección a los quironeses; se la estaban buscando. Ninguna de las personas que pensaban así habían conocido a un quironés, pensó Colman, pero todos eran expertos. No quería aguar la fiesta, pese a todo, así que no se molestó en discutir. Los demás de la compañía D que habían ido a la *Kuan-yin* y estaban con él en el Bowery parecían pensar igual.

Capítulo doce

Howard Kalens no estaba contento.

—¡Una exhibición escandalosa! —declaró mientras cortaba una rodaja de melón cultivado en el módulo Kansas y la añadía a las frutas del plato junto a su aperitivo en la mesa a la que estaba sentado—. Don nadies y cretinos, todos. Ninguno de ellos tiene poderes de representación dignos de mención. Y sin embargo está claro que debe existir algún tipo de estructura de gobierno, aunque sabe Dios qué tipo de personas la componen, a juzgar por el estado de la ciudad... un desastre total. La única conclusión es que se han escondido y que no saldrán, y la población en conjunto los protege. Creo que John tiene razón... si tienen a bien invitarnos a hacernos con el poder, pues hagámoslo y santas pascuas.

La escena era un almuerzo de trabajo en el exterior, celebrado en la terraza del jardín que ocupaba el tejado del edificio del centro de Gobierno, que coronaba los peldaños ascendentes de edificios del distrito de Columbia. En lo alto, las enormes pantallas en el exterior del techo transparente del módulo estaban abiertas para admitir al interior el casi olvidado fenómeno de la luz natural, que caía a raudales desde Alfa Centauri, cuya posición en el cielo estaba ligeramente por debajo del morro del Eje mientras el *Mayflower II* rotaba manteniéndose horizontalmente alineado hacia el sol.

Garfield Wellesley terminó de extender paté sobre una tostada y alzó la mirada.

—¿Qué hay de ese personaje de Selene que afirmaba ser el gobernador planetario y que se ofreció a recibirnos? ¿Qué pasó con él?

Kalens hizo un gesto desdeñoso.

—Mi personal contactó con él mediante el sistema de

comunicaciones quironés. Resultó ser un ermitaño que vive en una montaña con un zoo de animales terrestres y quironeses y tres discípulos. Están todos bastante chalados.

—Ya veo... —Wellesley frunció el ceño y mordisqueó un trozo de tostada.

—Enviemos al DS allá abajo y proclamemos la ley marcial —gruñó Borftein al lado de Kalens—. Ya han tenido su oportunidad. Si han huido y nos lo han dejado todo, pues lo cogemos. ¿Por qué darle vueltas?

Marcia Quarrey, la directora de Política Comercial y Económica no parecía muy contenta con la sugerencia mientras daba un sorbo a su cóctel.

—Obviamente eso sería posible —dijo depositando la copa sobre la mesa—. Pero ¿tendría alguna utilidad? Los planes de contingencia se hicieron teniendo en cuenta la posibilidad de oposición. Pues bueno, no ha habido oposición. ¿Qué sentido tiene tirar por la borda las oportunidades de crecimiento económico y negocios provocando hostilidades innecesariamente? Podemos tomar Franklin simplemente entrando en la población. No tenemos que convertirlo en una demostración de fuerza.

—Exactamente lo que estaba pensando —comentó Wellesley asintiendo—. Y hay que recordar que nuestra propia gente se está volviendo inquieta aquí arriba ahora que sus miedos han remitido. Tras veinte años, no podemos mantenerlos hacinados en el *Mayflower II* mucho más sin ninguna razón obvia. Tienen alojamientos preparados cerca de la base espacial que hay en Franklin. Me siento inclinado a decir que deberíamos empezar a enviar las primeras remesas. Por lo que sabemos, puede que el gobierno quironés se haya escondido porque están nerviosos por nuestras intenciones. Podría ser una buena manera de atraerlos a la luz.

—Estoy de acuerdo —dijo Marcia Quarrey. Miró a Borftein—. En ese caso, enviar al DS sólo confirmaría sus temores. Sería lo peor que podríamos hacer.

Kalens masticó una rodaja de naranja pero hizo una mueca como si la fruta estuviera podrida.

—Pero nos han insultado públicamente —objetó—. ¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Que simplemente nos olvidemos de todo? Eso es impensable. ¿Qué tipo de precedente estaríamos sentando?

—No se puede ser blando con gente así —dijo Borftein tajantemente—. Dales una mano y te odiarán porque querrán el brazo. No les des nada y te amarán por darles un dedo. Ya lo he visto antes.

Quarrey suspiró y meneó la cabeza.

—Puedes tener Franklin y toda el área de los alrededores como un recurso floreciente y un mercado opulento, o puedes tenerlo en ruinas —dijo—. Si tuvieras que elegir, ¿qué preferirías? Bueno, no es como si no tuviéramos elección. La tenemos.

—Bonito sentimiento, lo concedo —dijo Kalens—. Pero siguen mereciéndose que les enseñemos algo de modales.

Wellesley alzó la mano un instante.

—Ten cuidado de no convertir esto en algo personal, Howard —advirtió—. Sé que ayer tuviste una experiencia embarazosa, y no perdono su actitud, pero al mismo tiempo, tenemos que... —Se interrumpió cuando vio que Sterm, el subdirector, se había inclinado hacia delante para decir algo, lo que era un acontecimiento lo suficientemente inusual para requerir atención—. ¿Sí, Matt? —Los demás miraron a Sterm con curiosidad.

Sterm alzó los dedos delante de su rostro; un rostro noble, cuyos rasgos de emperador romano coronados por laureles de pelo rizado peinado hacia delante ocultaban una dureza de líneas que pasaban desapercibidos a todos menos a los más perceptivos; y contempló el centro de la mesa con ojos de un castaño líquido inconmensurables.

—Sería una estupidez actuar impulsivamente sólo para apaciguar nuestros sentimientos heridos a corto plazo —dijo. Hablaba de forma lenta y con premeditación y pronunciaba

las consonantes de manera precisa—. Deberíamos proceder a asentarnos en Franklin y a imponernos tranquilamente pero con firmeza, sin dramatismos. Las acciones de los quironeses demuestran que son incapaces de asumir la responsabilidad e indignos de cualquier otra cosa que no sea un estatus de segunda clase. Sus líderes han abdicado de cualquier papel que hubieran obtenido por sí mismos en la futura administración, y no estarán en posición de imponer condiciones o exigir favores cuando reaparezcan. —Hizo una pausa, y luego volvió sus ojos hacia Howard Kalens—. Llevará más tiempo, pero de esta manera aprenderán de forma más duradera la lección. La base del iceberg de la que tan a menudo has hablado ya se ha definido por sí sola. Si contemplas la situación potencial de la forma adecuada, algo de paciencia ahora nos ahorrará tiempo y esfuerzos más tarde.

La discusión continuó durante el almuerzo, y al final se acordó: se daría vía libre a los civiles y se despacharía una unidad militar simbólica a Franklin.

—Sigue sin gustarme —gruñó Borftein a Kalens después de que hubiera acabado la reunión—. De la forma en que lo veo, lo que intentamos es provocar el reconocimiento oficial por parte de esos puñeteros quironeses de que existimos. Si me dejaran a mí, ya les enseñaría yo si existimos o no.

—No estoy seguro de estar tan de acuerdo como pensaba —dijo Kalens—. Stern puede que tenga razón en algunos puntos. Deberíamos intentarlo a su manera para empezar, al menos. No tenemos por qué ceñirnos a su plan indefinidamente.

—No me gusta la idea de una presencia militar limitada allá abajo —dijo Borftein—. Estamos confiando demasiado en los quironeses. Sigo diciendo que es posible que tengan fuerzas que todavía no han mostrado. Podíamos estar exponiendo a los civiles a todo tipo de riesgos, terrorismo, provocaciones. ¿Y si los atacan por sorpresa? Ya lo he visto antes.

—Entonces tendrás toda la justificación que necesitas para hacer uso de la fuerza, ¿no?

Borftein pensó en el comentario durante unos segundos.

—¿Crees que es eso lo que espera Sterm? —Su tono revelaba que la idea no se le había ocurrido hasta entonces.

—No estoy seguro —replicó Kalens, distante—. Intentar elucidar las motivaciones de Sterm es como pelar una cebolla. Pero cuando lo piensas a fondo, si no hay resistencia, ganamos automáticamente, y si la hay, entonces los quironeses se verán obligados a hacer el primer movimiento, lo que nos daría carta blanca y una justificación impecable que satisfaría a nuestra propia gente... lo que es doblemente importante con las elecciones a la vuelta de la esquina. Así que tienes que admitirlo, John, el plan tiene bastantes méritos.

Capítulo trece

Bernard Fallows se arremangó el puño de la camisa que se le había desabrochado e inspeccionó de pie el dormitorio principal del nuevo apartamento temporal de la familia, situado en las afueras de Franklin. La unidad era una del centenar aproximado, que se agrupaban de cuatro en cuatro entre árboles parecidos a palmeras y espesas cortinas de vegetación que proporcionaban un grado confortable de privacidad sin dar la sensación de aislamiento. El complejo era virtualmente una comunidad autosuficiente, y era conocido como Cordova Village. Incluía una gran piscina al aire libre en forma de trébol y una cubierta al lado del gimnasio y las instalaciones deportivas; un restaurante y un bar junto a un gran espacio público que también servía de sala de juegos; con fines recreativos había un laboratorio, un taller y una escuela de arte, todos completamente equipados; y una colección de instrumentos musicales. Desde una terminal bajo el edificio principal, los coches corrían en túneles impulsados por inducción lineal hacia el centro de Franklin en una dirección, y hacia la base de lanzaderas y a otros puntos a lo largo de la península Mandel en la otra.

El cielo en el exterior estaba soleado y azul, con unas cuantas nubes dispersas, y una agradable brisa que transportaba los olores del frescor rural procedente de las colinas que se alzaban al sur. Fallows todavía no estaba acostumbrado del todo a la idea de que todo era real y no una simulación proyectada desde el techo del módulo Gran Cañón, o que los rugidos bajos que llegaban intermitentemente por la ventana de la sala de estar del piso de abajo procedieran de las lanzaderas que iban y volvían de lo que ahora era otro reino. Permitió que su mente se distrajera con las tareas finales de la mudanza mientras

completaba su proceso de reajuste.

Había terminado de desempacar, y Jean sabría dónde quería poner las pocas cosas que había dejado fuera. La mudanza había sido muy rápida y sin complicaciones, principalmente porque los quironeses habían dotado de todo al lugar, desde muebles a toallas y ropa de cama, lo que significaba que los Fallows podían dejar la mayor parte de sus cosas almacenadas en la base mientras buscaban algo más permanente.

Lo que le había sorprendido aún más era la calidad de todo lo que le habían proporcionado. Los armarios, muebles y el tocador que ocupaban toda una pared a la entrada del baño eran de estilo anticuado, pero hechos de madera de verdad de veta fina y obra de carpinteros expertos. Las puertas y los cajones de los muebles encajaban perfectamente y se movían al toque de un dedo. Las telas y cortinajes eran suaves e intrincadamente tejidas en vez de estampadas a láser; las alfombras eran de una fibra orgánica autorregeneradora y autolimpiante que parecían productos Wilton o Axminster del siglo veintiuno; los accesorios de baño estaban modelados en un cristal metálico reluciente que brillaba con una leve fosforescencia interna; los sistemas de calefacción y agua caliente no producían ruido alguno. En la Tierra un sitio así le habría costado unos cien mil, reflexionó. No estaba seguro de si los quironeses seguían siendo los dueños del complejo o si se lo habían alquilado a la Misión durante algún período, o lo que fuera, pero la carta de Merrick asignándole un alojamiento en la superficie del planeta no había mencionado nada de pagar alquileres. En su ansiedad por salir del *Mayflower II*, tras unos segundos de vacilación, había decidido no preguntar.

Tarareó suavemente para sí y se paseó tranquilamente por el pasillo para ir a echar un vistazo a la habitación que Jay había escogido como suya. Las maletas y cajas de Jay seguían en una pila desordenada que se extendía por toda una pared bajo un montón de libros esparcidos, mapas,

herramientas y un montoncito de espejos y componentes ópticos que le había sonsacado a Jerry Pernak hacía un mes aproximadamente para construir el microscopio holográfico que Jay decía que quería montar. La carcasa de un ordenador de control de procesos industriales estaba tirada en el suelo junto a la cama, junto con más cajas, un casco de combate del ejército y una canana, recuerdos del entrenamiento obligatorio de Jay como cadete en el *Mayflower II*, y chatarra variada sacada de los sistemas hidráulicos de alguna maquinaria de trabajo pesado cuyo propósito era un completo misterio. Jay había desaparecido temprano para irse a explorar. Bernard se encogió de hombros. Si Jay quería dejar el trabajo hasta el final del día, cuando estuviera cansado, era asunto suyo.

—¡Bernie, esto es demasiado! —La voz de Jean le llegó procedente de la sala de estar del piso de abajo—. Jamás me acostumbraré a esto. —Bernard sonrió para sí y salió de la habitación de Jay para entrar en el ascensor abierto que había en lo alto de la escalera curva. Segundos después emergía en la sala de estar. Jean estaba de pie en el centro del piso delante del comedor y el área de suelo a desnivel ante la pantalla mural de tamaño gigante que formaba un enclave de comodidad rodeado por un sofá, dos grandes sillones y un mueble de estanterías medio empotrado en la pared; una mesilla de café de cristal oscuro formaba el centro. Jean hizo un gesto exasperado—: ¿Qué vamos a hacer con todo este espacio? Sabes, empiezo a pensar que voy a terminar con agorafobia.

Bernard sonrió.

—Lleva algo de tiempo acostumbrarse, ¿no? Creo que hemos estado tanto tiempo encerrados en una nave espacial que nos hemos olvidado de cómo era vivir en un planeta.

—¿Era así? La verdad es que no lo recuerdo.

—Quizá no exactamente así, pero eso fue hace veinte años, recuerda. Los tiempos cambian, supongo.

Marie, que se había dedicado a explorar la casa, salió del

ascensor.

—¡El sótano es enorme! —les dijo—. Hay todo tipo de habitaciones allá abajo, y no sé para qué son. Podría tener mi propia habitación para dibujar. ¿Y sabíais que hay otra puerta ahí abajo que conduce a un túnel? Creo que puede llevar a donde paran los taxis porque tiene cosas como una cinta transportadora que lo recorre. Quizá no teníamos que haber traído todas esas cosas a cuestras hasta la puerta principal.

—Ya te dije que tenías demasiada prisa —le dijo Jean a Bernard—. Todo ese trabajo para nada. Teníamos que haber esperado a que esos quironeses nos dijeran algo.

Bernard hizo un gesto de indiferencia.

—¿Y qué más da? Ya está hecho. Necesitábamos hacer ejercicio.

Marie atravesó la sala y se acercó a la enorme pantalla.

—¿Esto funciona?

—No lo sé. Todavía no lo hemos intentado —respondió Bernard. Alzó la voz un poco—. ¿Hay alguien? ¿Qué hay que hacer para conseguir un ordenador para este sitio?

Ninguna respuesta.

—Debe de haber un panel de control central o algo así en alguna parte —dijo Jean, mirando a su alrededor—. ¿Qué tal eso de ahí? —Bajó los dos escalones del desnivel en el piso, se sentó en un extremo del sofá y tomó un portátil de pantalla plana con teclado de presión de un pedestal colocado a un lado. Tras experimentar durante unos diez segundos y observar las respuestas, dijo—: Creo que ya está. Prueba otra vez.

—¿Hay un ordenador en la casa? —dijo Bernard en voz alta.

—A su servicio —replicó una voz procedente de la pantalla—. Respondo al nombre de *Jeeves*, a menos que prefieran otra cosa. —La voz cambió a la de una muchacha con un perceptible acento francés—: *Une petite française, possiblement.* —Luego mutó a una entonación gutural

masculina—. *Karl, zu mayordomo Bávarro, quizá.* —Y a otro tono más suave—: ¿O quizá sea más de su agrado algo más propiamente británico? —Hasta que finalmente volvió a su acento americano inicial—. Toda las comunicaciones y bases de datos están a su disposición: públicas, domésticas, educativas y personales; almacenamiento de información, computación, entretenimiento, instrucción, tutoría, referencia, viajes, alojamientos. Servicios, bienes y recursos, asistencia y consulta. Lo que quiera, puedo ocuparme yo mismo o ponerle en contacto con la gente adecuada.

Bernard enarcó las cejas.

—Pues bueno, hola, Jeeves. Vaya cantidad de cosas. Mejor será que te quedes como eres por ahora. ¿Qué tal si nos pones al día sobre este lugar para empezar? Por ejemplo, ¿cómo...?

Jean apartó la mirada al oír que se abría la puerta principal. Unos segundos después llegó Jay. Tenía una mochila de aspecto completamente nuevo colgada de un hombro y traía bajo el otro brazo un cuadro enmarcado que representaba un paisaje montañoso y helado sobre un fondo de cielo tormentoso. Tenía una expresión de cierta perplejidad.

—¡Jay! —exclamó Jean—. ¿Encontraste algún lugar interesante? ¿Qué son esas cosas?

—Oh. —Jay dejó el cuadro junto a la pared y frunció el ceño como si lo acabara de ver por primera vez—. Pensé que quedaría bien en mi habitación. —Se descolgó la mochila, que no se había molestado en cerrar con las correas, y rebuscó en su interior—. Me tropecé con un par de chavales de la escuela y pensamos que podíamos ir a ver un poco el paisaje con unos quironeses que conocimos. Hay más de lo que había dentro del módulo GC, así que conseguí unas cuantas cosas. —Sacó un par de botas de suela gruesa, un chaquetón con capucha hecho de un material aislante de un rojo brillante y con protección extra en la parte delantera, un par de guantes con relleno aislante extraíble, un par de

calcetines gruesos y un gorro con orejeras—. Estábamos pensando en ir a las montañas cruzando el mar —explicó—. Se puede ir en volador desde Franklin en veinte minutos.

Jean cogió las botas y las hizo girar entre sus manos para examinarlas. Luego cogió el chubasquero, lo desdobló y lo estudió en silencio durante un par de segundos.

—Pero... son de *calidad*, Jay —dijo. Una expresión de preocupación le cruzó el rostro—. ¿Dónde... cómo lo conseguiste? Quiero decir... ¿cuánto va a costar todo esto?

Jay parecía incómodo y se masajeó la parte superior de la frente con los dedos.

—Sé que no te lo creerás, mamá —dijo—, pero no nos costará nada. Parece que las cosas no cuestan nada. Yo tampoco lo comprendo, pero...

—Oh, Jay, no seas tonto. Vamos, dime de dónde ha salido todo esto.

—Es la verdad... vas y lo coges. Así es como hacen las cosas aquí... para todo.

—¿Cuál es el problema? —Bernard, que había terminado de hablar con Jeeves por ahora, se acercó a ellos. Marie le seguía pegada a sus talones.

Jean miró a su esposo con cara de preocupación.

—Jay ha vuelto con todas estas cosas e intenta convencerme de que las ha conseguido por nada. Dice que todo el mundo puede cogerlas. Jamás he oído tamaña tontería.

Bernard le dedicó a Jay una mirada severa.

—No esperarás que nos creamos eso, ¿no? Ahora dinos de dónde ha salido todo esto. Quiero la verdad. Si has hecho algo malo, estoy dispuesto a olvidarlo asumiendo que la novedad de estar en el planeta se te ha subido a la cabeza. Y ahora... ¿estás seguro de que no hay nada que quieras contarnos?

—Todo lo que he dicho es verdad —insistió Jay—. Hay una especie de gran mercado en la ciudad. Tienen de todo o casi. Y vas y coges lo que quieras. Hablamos con unos

quironeses, y nos enseñaron lo que teníamos que hacer. Yo tampoco lo comprendo, pero así es como funcionan las cosas aquí.

—Oh, Jay —gimió Jean—. Probablemente te estaban tomando el pelo para reírse un rato. Ya estás crecidity para caer en algo así.

—No se estaban riendo de mí —protestó Jay—. Eso fue lo primero que pensamos, pero observamos a las demás personas que había por allí y hablamos con los robots que dirigen el lugar, y nos dijeron que eso es lo que se hacía. Tienen plantas de fusión y grandes factorías automáticas bajo tierra que producen todo lo que se pueda desear, y es tan barato fabricar cualquier cosa que nadie se molesta en ponerles precio... o algo así. No lo entiendo.

—¿Es eso verdad? —preguntó Bernard con incertidumbre y una gran cantidad de suspicacia en la voz.

—Por supuesto que es verdad —suspiró Jay cansinamente—. No entraría por la puerta mostrando todo esto si lo hubiera robado, ¿no?

—Pues yo creo que sí lo harías —afirmó Marie.

—Muchísimas gracias —dijo Jay.

—Quiero ver ese lugar. ¿Hay alguna razón por la que no puedas llevarme allí ahora mismo?

Jay volvió a suspirar.

—Supongo que no. Vamos. Está a una parada por la línea maglev.

—¿Podemos ir nosotras también? —preguntó Marie, que evidentemente se había olvidado de sus convicciones anteriores—. Quiero conseguir *muchísimas* cosas.

—Oh, deja que tu padre vaya con Jay, cariño —dijo Jean—. Puedes ayudarme a terminar las cosas aquí. Podemos ir a verlo mañana.

—¿No quieres venir con nosotros? —preguntó Bernard—. Así saldrías y podrías tomarte un respiro.

Jean negó con la cabeza y señaló a Marie con un movimiento imperceptible de la cabeza.

—Será mejor que vayáis solos. Tenemos mucho que hacer aquí. —Marie puso mala cara, pero no dijo nada.

Bernard asintió.

—Muy bien. Nos vemos luego, entonces. Quizá sea mejor que dejes esas cosas aquí por ahora, Jay. Si las cosas no resultan ser como has dicho, puede que sea buena idea no estar paseándolas por ahí.

La primera impresión, pasajera, que tuvo Bernard de Franklin fue de una ciudad desordenada, caótica y atestada. A diferencia de los ordenados modelos de desarrollo urbano planificado que habían reemplazado las pilas de escombros durante la recuperación posterior a los Años de Escasez (en los que las secciones residenciales, comerciales, industriales y de ocio quedaban separadas por cinturones verdes y terrenos modelados) todo en Franklin parecía entremezclado sin ton ni son. Edificios, torres, casas y construcciones inidentificables de todo tipo de tamaños, superponiéndose y fusionándose en algunos lugares mientras que en otros daban paso a zonas verdes y arboladas. El conjunto venía a ser un ensamblaje de partes en contraste que parecía una mezcla del antiguo Nueva York, alisado y reducido de tamaño, París y el puerto de Hong Kong. En un lugar, un canal flanqueado por una autopista elevada parecía adentrarse directamente en un complejo que podría haber sido una escuela o un hospital; en otro, los escalones de un edificio imponente de noble fachada conducían directamente en su descenso a una piscina de natación situada en el centro de una gran plaza verde por la hierba y rodeada de árboles y de una confusión de hogares y tiendas. Apareció un río cuando el coche cruzó una sección de tubo suspendida, mostrando un vislumbre de unos pocos yates que se mecían al viento aquí y allá y un par de navíos más grandes atracados donde la boca del río se ensanchaba contra el fondo del mar abierto, y numerosos vehículos voladores personales que zumbaban de un lado a otro por encima de sus cabezas; apareció y desapareció una escena de grúas

robóticas y excavadoras horadando el terreno en la ribera más alejada, y luego el coche se precipitó hacia los niveles inferiores de la metrópoli y empezó a perder velocidad según se acercaba a su destino.

—Es algo diferente a coger una cápsula circumanular —comentó Jay mientras el coche se detenía.

—La verdad es que sí —concedió Bernard.

—¿Las ciudades de la Tierra se parecían a esto?

—Bueno... algunas de ellas, hace mucho, quizá. Pero no las modernas.

El «mercado», como lo había descrito Jay, estaba situado varios niveles por encima de la terminal. Para llegar hasta allí usaron una serie de escaleras mecánicas. Había un montón de personas rondando por allí, ataviadas en todo tipo de estilos y colores y que reflejaban las diferentes etnias terrestres en proporciones más o menos iguales, lo que era de esperar ya que los códigos genéticos que transportaba la *Kuan-yin* contenían una representación de tipos humanos. Había niños y jóvenes por todas partes, y los robots humanoides parecían ser parte del orden de las cosas. Los robots intrigaban a Bernard; tales criaturas no eran desconocidas en la Tierra, pero tendían a estar restringidas a experimentación en laboratorio y a ser curiosidades tecnológicas, ya que funcionalmente carecían de sentido. Presumiblemente, habían sido desarrollados a partir de las máquinas que habían criado a los primeros quironeses, que no habían sido diseñadas con la forma de hombres de hojalata, sino como cuidadores de superficies blandas y cálidas, de acuerdo con su propósito. Así que era concebible que la idea de máquinas como compañeros se hubiera convertido en un rasgo permanente de la vida quironesa que podía rastrearse hasta los primeros días. Los diseños habían cambiado para ajustarse a los deseos y preferencias de los niños después de que los padres naturales hubieran hecho su aparición para satisfacer necesidades psicológicas y fisiológicas más básicas. Para su sorpresa, Bernard se

encontró pensando que la relación entre hombre y máquina humanoide debió de haber sido bastante cálida, y en cierta forma encantadora; ciertamente no veía ninguna evidencia del estado siniestro y frío que había imaginado Jean.

La atmósfera en general era bastante alegre: entretenimientos, lo que parecían ser locales de negocios, unos pocos bares y restaurantes, una exhibición de arte e, incongruentemente, una tropa de payasos que practicaba en medio de la galería, ante una audiencia que los contemplaba con deleite. En un lugar, una serie de máquinas costureras trabajaban detrás de una ventana, aunque era imposible saber si era producción textil o algún tipo de demostración.

Bernard notó que había varias jovencitas que no podían ser mucho mayores que Marie que empujaban cochecitos con niños o los llevaban a la espalda, y luego se sobresaltó con una sacudida eléctrica al percatarse de que esos niños probablemente eran suyos. Entremezclado con la conmoción de la revelación le sobrevino un respiro de alivio al haber dejado a Jean y Marie en casa. Explicar eso iba a requerir hacer las cosas con mucha delicadeza. Y la forma en que Jay miraba a las muchachas quironesas pronosticaba más problemas en el camino algo más adelante. Empezaba a percatarse de que en ciertos aspectos el patrón de vida simple y ordenada que tenían en el *Mayflower II* tenía sus ventajas.

En lo alto de la última escalera mecánica, Jay condujo a su padre hacia un gran pórtico de entrada situado a poca distancia de la explanada principal. Encima había un cartel que decía: MERCANCÍAS DE LA BAHÍA DE MANDEL, CENTRO DE DISTRIBUCIÓN DE FRANKLIN. En el área encajonada que había en el exterior, una pequeña muchedumbre escuchaba atentamente a un cuarteto de cuerda que tocaba una pieza que Bernard reconoció como Beethoven. Repentinamente, durante un instante, la Tierra parecía menos lejana. Tres de los quironeses del público, un joven de aspecto chino que llevaba un chaquetón largo verde lima, un negro alto con una

barba corta y que llevaba chaqueta oscura, con camisa y corbata, y un caucásico de ojos azules y pelo claro; reconocieron a Jay, se separaron de la audiencia y se acercaron. Jay los presentó como Chang, Rastus y Murphy, lo que confundió a Bernard, ya que Murphy era el chino, Chang el negro y Rastus^[2] el blanco. Bernard tenía algunos recelos de entrada, pero parecían bastante decentes y si estaban escuchando a Beethoven, decidió, no podían ser demasiado malos. Miró por encima del hombro instintivamente antes de recordar que el *Mayflower II* quedaba a treinta mil kilómetros de distancia, se dio cuenta de que podía relajarse un poco y dijo:

—Yo, eh... veo que os gusta la música —que era lo mejor que se le ocurrió en ese momento.

—Ésa que toca el chelo es una de mis hermanas —le informó Murphy. (¿Lo era? Oh, sí, el chino era Murphy.) Bernard miró al cuarteto. La chelista era morena y de rasgos mediterráneos.

—Oh... toca muy bien —dijo Bernard.

Murphy pareció complacido.

—¿No cree que tiene un tono espléndido? Es uno de los de Chang. Los hace él.

—Oh, sí —concedió Bernard. No tenía ni idea de qué le estaba hablando.

—Éstos son los tipos de los que te hablaba —dijo Jay—. Los que están con el grupo que va a ir a las montañas.

—Usted también será bienvenido si quiere venir —dijo Rastus.

Bernard consiguió esbozar una débil sonrisa.

—La invitación es muy agradable, pero tengo trabajo que hacer. Estaremos ocupados durante un tiempo. Gracias, de todas formas. —Reflexionó durante un instante—. Espero que no estéis planeando nada demasiado duro ahí fuera. Quiero decir, Jay no tiene exactamente mucha práctica en ese tipo de cosas. No ha estado antes en planeta. —Jay hizo una

mueca y apartó la mirada.

Chang se rió.

—Está bien. No iremos a mucha altitud, y más que nada será caminar. No habrá nada más peligroso que quizá unos pocos daskrends.

—Sabes usar un arma, ¿no Jay? —preguntó Murphy.

—Bueno, sí, pero... —Jay parecía pillado por sorpresa.

—Deberíamos haberlo mencionado antes —dijo Murphy—. Tráete una. Un cuarenta y cinco o algo así sería lo mejor, si tienes uno.

—Espera un minuto, espe-eera un minuto —interrumpió Bernard, alzando la mano con alarma—. ¿De qué demonios estáis hablando? ¿Qué es un das...?

—Daskrend —aportó Murphy—. Oh, son como una especie de lobo, pero más grandes y tienen colmillos venenosos. Pero son bastante tontos y no suponen gran problema. A veces se los encuentra al pie de los montes alrededor del Mediquironio, pero principalmente viven al otro lado de la Gran Cordillera Barrera.

—Vamos a tener que hablar sobre esto, Jay. —El tono de Bernard era muy serio.

—Estaba tomándole un poco el pelo, la verdad —dijo Murphy—. Con un volador sobre nuestras cabezas, no hay forma de que se acerquen a nadie. Pero es costumbre ir armado cuando no estás en lugares como Franklin... por si acaso.

—Quizá no deberíamos apresurar las cosas —sugirió Bernard. Miró a Jay—. Puede que necesites algo de tiempo para aclimatarte primero antes de meterte en algo así. —Su tono decía que estaba usando el tacto al expresarse: Jay no iría. Por el momento, al menos, Jay no parecía muy inclinado a discutir demasiado.

—Tú decides. Dínoslo cuando lo sepas —dijo Murphy y dejó de lado el asunto con un ligero encogimiento—. Bueno, ¿habéis venido a por algo más?

—No. Mi padre simplemente quiere ver el almacén.

—¿Queréis venir con nosotros? —invitó Bernard.

—Claro —aceptó Murphy, y todos empezaron a caminar. De camino, Jay le explicó el problema a sus tres amigos.

En el interior, un gran pasillo de mostradores y estanterías ofrecía al público todo tipo de aparatos electrónicos e instrumentos científicos en un lado, y equipo deportivo y prendas al otro. Según entraron, un carrito autopropulsado se separó de la hilera que había junto a la puerta y los siguió a unos pasos de distancia detrás, al mismo tiempo que anunciaba:

—Bienvenidos a Mercancías Bahía de Mandel. ¿Alguna vez ha pensado en plantar su propio jardín y atenderlo *manualmente*? Es un buen ejercicio al aire libre, relajante e ideal para dedicarse a remover esas cosas que tiene en la cabeza a las que siempre quiso dedicarles tiempo... y al suelo también. ¡Jo-jo! Tenemos una oferta especial de las herramientas manuales de mayor calidad que jamás haya visto, cada una con...

—Vete —le dijo Chang—. Hoy sólo estamos mirando.

El carrito se calló, se volvió en redondo y regresó abatido a la fila a esperar a otra víctima.

Bernard se detuvo, arrugó el entrecejo y miró a su alrededor. El almacén estaba moderadamente activo; la gente paseaba examinando cosas sin adquirir demasiado. Una excepción era una pareja que se hallaba en el otro extremo y a los que reconoció como terrestres del *Mayflower II* por los tres carritos que los seguían llenos de todo lo imaginable. La pareja eran administrativos de bajo rango, y Bernard reconoció su presencia con una débil inclinación de cabeza.

—Supongo que todo esto os parecerá extraño, gente —dijo Rastus—. Pero como las máquinas proveían de todo en los días en los que los fundadores crecieron, la idea de restringir el suministro de cualquier cosa jamás se le ocurrió a nadie. No había ninguna razón para hacerlo. Hemos seguido así desde entonces. Ya os acostumbraréis.

—Pero... no se puede hacer funcionar todo un planeta de esa manera —protestó Bernard unos segundos después—. Quiero decir, sé que ahora mismo vuestra producción debe de ser enorme comparada con la población, pero la población crece rápidamente. Tenéis que empezar a pensar en algún tipo de... sistema para regular las cosas. Los recursos que tenéis son finitos.

Rastus parecía perplejo.

—Hay toda una galaxia ahí fuera, y unos cuantos miles de millones más allá —dijo—. Hará falta mucho tiempo para superpoblar todo eso. Europa solía funcionar con madera, y eso era un recurso finito, pero nadie se preocupa por ello hoy en día porque usan otras cosas más avanzadas. —Se encogió de hombros—. Lo mismo pasa con todo lo demás. La mente humana es un recurso infinito, y eso es todo lo que se necesita...

Bernard sacudió la cabeza e hizo un gesto en dirección a la pareja del *Mayflower II*, que miraban furtivamente a su alrededor mientras una máquina despachadora a la entrada descargaba sus carritos en una cinta transportadora que parecía ir al nivel inferior.

—Pero mira lo que está ocurriendo —dijo Bernard—. ¿Cuánto tiempo podéis sostener algo así? ¿Qué ocurrirá cuando todo el mundo empiece a comportarse de esa manera?

—¿Y por qué deberían comportarse así? —preguntó Chang. Miró a la pareja con curiosidad—. Me preguntaba para qué querían todas esas cosas. Cualquiera pensaría que se iban a terminar.

—Por el estatus —dijo Jay. Chang se lo quedó mirando sin comprender.

—Está bien —dijo Rastus—, siempre que paguen por ello.

—Eso es lo que estaba diciendo —les dijo Bernard—. No están pagando, ni un céntimo de su valor.

—Pagarán —replicó Rastus.

—¿Cómo?

Rastus pareció medianamente sorprendido.

—Ya encontrarán la manera.

Justo entonces apareció Jerry Pernak acompañado de su prometida, Eve Verrity, y otros dos quironeses. Un carrito los seguía con unos pocos artículos variados en el interior. Se quedó boquiabierto de la sorpresa al ver a Jay y Bernard, y luego sonrió.

—¡Eh! Así que Jay te ha arrastrado a contemplar las vistas, ¿eh? Hola, Jay. Ya veo que has empezado a hacer amigos. —Se hicieron presentaciones con sonrisas y apretones de manos. Los dos quironeses nuevos eran Sal, una rubia bajita de pelo rizado que hacía la carrera de físicas en una universidad no muy lejos de Franklin, y Abdul, un carpintero y además uno de los fundadores, que vivía en un área más aislada hacia el interior y que parecía esquimal. El nieto de Abdul, les dijo con orgullo, había sido el que había tallado a mano los diseños originales a partir de los cuales los programas habían producido los muebles de madera que se usaban en Cordova Village. Se mostró encantado cuando Bernard alabó su calidad y prometió decirle a su hijo lo que había dicho el terrestre.

—¿Y qué te parece esto? —dijo Pernak—. Sal dice que la universidad está pidiendo a gritos alguien con experiencia en dinámica no lineal de espacios físicos y teoría de partículas. Más o menos lo que ha dicho es que podía conseguir un trabajo allí, y un trabajo de ese tipo es de los mejor remunerados por aquí. ¿Qué te parece?

Bernard le dedicó una sonrisa dolida.

—Parece interesante —concedió—. Pero puede que la Junta tenga algo que decir al respecto.

—Lo sé, pero me imaginé que podía ir a echar un vistazo al lugar de todas formas por curiosidad. Eso no haría daño. Más tarde... bueno, puede ocurrir cualquier cosa.

—¿Cómo te van a pagar? —preguntó Jay.

—Todavía no hemos hablado de eso —le dijo Pernak.

—Eso es una pregunta personal, Jay —le advirtió Bernard

—. Y de todas formas, todavía es temprano para decirlo.

—Jay nos contó que es usted un oficial de ingeniería en el *Mayflower II* —dijo Chang, interesado—. Especialista en procesos de fusión.

—Cierto. —Bernard estaba sorprendido y se sintió un poco halagado—. Ayudo a mantener los sistemas de impulsión primarios.

—Probablemente también podríamos preparar una visita para usted —se ofreció Chang—. Hay un gran complejo de fusión a lo largo de la costa que proporciona energía y todo tipo de materiales industriales a la mayor parte de Franklin. Y está prevista la construcción de otro dentro de poco. Podría arreglar las cosas para que pudiera ir a verlo, si está interesado.

Era interesante, desde luego.

—Bueno... quizá —replicó Bernard reservadamente—. ¿A quién conoces allí?

—Tengo un amigo cuya madre trabaja la mayor parte del tiempo allí. Su nombre es Kath.

—¿Y eso bastaría para hacerlo?

—Claro —dijo Chang confiadamente—. Le daré un toque cuando haya hablado con Adam. Ése es mi amigo. ¿Jay también quiere venir?

Bernard no había pensado en ello. Vio a Jay asintiendo vigorosamente, y alzó las manos en gesto de derrota.

—¿Por qué no? Si estás seguro de que no habrá problemas, pues gracias... muchísimas gracias.

—De nada —dijo Chang.

Eve miró al carrito, que estaba esperando pacientemente y luego a Pernak.

—Ya hemos acabado aquí, la verdad —dijo—. ¿Y si salimos a ver la ciudad?

—Vamos —dijo Pernak—. Yo llevo las cosas.

—Pueden ir en maglev por su cuenta —les informó Murphy—. El despachador en la terminal de la urbanización se lo enviará. Lo pueden recoger en el sótano de su casa y

subirlo por el ascensor. ¿Qué número es el suyo?

—Noventa y siete —respondió Pernak. Miró a Eve y sacudió la cabeza.

—Eso es todo —dijo Murphy hablándole al carrito—: Noventa y siete, Cordova Village. Ponte de camino.

—Un segundo —dijo una voz a sus espaldas. Se volvieron para encontrarse frente a un robot quironés que les guiñaba sus luces. Era un modelo bajo, redondeado, lo que le hacía parecer rechoncho—. No han cogido nada de nuestra oferta especial de herramientas de jardinería. ¿Es que quieren engordar y envejecer antes de tiempo? Piensen en todas esas horas agradables y creativas que podrían pasar bajo el sol de la tarde, la brisa que les acaricia suavemente la frente, el sonido distante de...

—Bah, corta el rollo —le dijo Rastus al robot—. Esta gente acaba de llegar. Ya tienen más que suficientes cosas que hacer. —Miró a los terrestres—. Este es Hoover. Es el que administra el lugar. No le presten mucha atención o acabarán de chatarra hasta el cuello.

—¿iChatarra!? Las luces de Hoover destellaron en escarlata al unísono. —¿Cómo que *chatarra*? Pues sabrá, jovencito, que contamos con el mayor surtido de bienes y de mejor calidad de la península. Y lo hacemos con los mínimos gastos generales de almacenaje y casi ningún problema de falta de existencias comparados con cualquier otro establecimiento del mismo tipo. ¡Chatarra, dice! Se ha tomado la molestia de inspeccionar nuestro...

—Vale, vale, Hoover. —Rastus levantó una mano en gesto de disculpa—. Sabes que no lo decía en serio. Haces un gran trabajo aquí. Y los escaparates de hoy te han quedado muy artísticos.

—Gracias, y mis disculpas en ese caso, señor —dijo Hoover en un tono repentinamente mucho más amigable—. Espero que hayan disfrutado de su visita y que volveremos a verlos pronto... —El carrito se alejó para entregar su carga a la máquina despachadora. Hoover escoltó al grupo de vuelta

a la entrada—. Y para la próxima semana esperamos una entrega de...

—Déjalo, Hoover —dijo Chang cansinamente—. Ya lo miraremos en la red. Vale, a lo mejor nos vemos la próxima semana.

En el pasillo exterior, el cuarteto había cambiado a Mozart.

—¿Han mantenido a los robots como una especie de... tradición? —preguntó Bernard.

—A los niños les gusta tenerlos alrededor —confirmó Sal—. Y para ser sincera, supongo que a nosotros también. Todos hemos crecido con ellos.

—Puedo recordar al que me enseñó a hablar —dijo Abdul—. Sigue en funcionamiento hoy en día, allá arriba en la *Kuan-yin*. Pero los que ven por aquí han cambiado un montón.

Llegaron al aire libre por primera vez y se detuvieron para absorber el impacto que les causaba ver el centro de Franklin, caótico pero también extrañamente acogedor, con sus propios ojos.

—¿Y qué hay de todo esto? —preguntó Eve—. ¿También se remonta a los primeros días?

—Sí —replicó Sal—. Hace cuarenta años esto sólo eran unas pocas cúpulas y una estación de aterrizaje de lanzaderas. La base principal por la que llegaron sólo se construyó hace diez años. En los primeros días, los fundadores empezaron a cambiar los diseños que habían sido programados en los ordenadores de la *Kuan-yin*, y las máquinas obedecieron lo mejor que pudieron —suspiró—. Y así es como terminamos. Podríamos cambiarlo, por supuesto, pero la mayoría de la gente lo prefiere como está, como siempre lo han visto. Hubo algunos errores horribles en su momento, pero al menos nos enseña a pensarnos las cosas de cabo a rabo desde que somos muy jóvenes. Hay otras poblaciones ahí fuera mucho más recientes y también mucho más ordenadas, pero todas son diferentes a su manera.

—No os creeríais algunas de las cosas que recuerdo —gruñó Abdul mientras empezaban a caminar de nuevo—. Puñeteras máquinas... siempre hacían exactamente lo que se les decía. Durante un tiempo pensamos que eran muy estúpidas, pero resultó que los estúpidos éramos nosotros.

—¿Qué edad tenías entonces? —preguntó Eve con curiosidad.

—Oh, no lo sé... cuatro, quizá cinco. Me solía gustar ver todas esas luces y vida por aquí, pero después de un tiempo, todo se vuelve demasiado frenético. Ahora prefiero los montes. Son principalmente los más jóvenes los que viven en Franklin actualmente, pero algunos de los fundadores siguen por aquí.

Se pararon en una pequeña plaza abierta, rodeada en tres de sus lados por edificios con toldos a rayas sobre sus numerosas terrazas y con ventanas floridas. Un predicador del *Mayflower II*, evidentemente ansioso por compensar veinte años de tiempo perdido, arengaba a una audiencia mixta de quironeses subido al murete que rodeaba unos arbustos. Parecía especialmente indignado por las evidencias de paternidad adolescente que lo rodeaban, tanto existentes como visiblemente inminentes. Los quironeses parecían curiosos pero escépticos. Lo que estaba claro era que no había señales de que estuviera a punto de tener lugar ningún *revival* evangélico furibundo, ni dramáticas conversiones instantáneas entre los oyentes.

—Me parece que es irracional argüir en uno u otro sentido sobre cosas de las que no hay evidencia que las respalden —comentó un muchacho de unos catorce años—. Uno puede inventarse todo lo que quiera si no hay modo de comprobar si es cierto o no; así que ¿qué sentido tiene?

—¡Debemos tener *fe*! —rugió el predicador con los ojos enormemente abiertos por el fervor.

—¿Por qué? —preguntó una muchacha con una chaqueta rosa.

—Porque el Libro dice que así debe ser.

—¿Cómo sabe que es cierto?

—¡Hay cosas que debemos *aceptar!* —tronó el predicador.

—Eso es lo que quería decir —le dijo el muchacho—. Los hechos no van a cambiar, por mucho que quiera creer en que serán diferentes, y sin importar a cuánta gente convenza para que crea como usted ¿no? No tiene sentido hablar de cosas que no se pueden ver y creer en cosas que no se pueden demostrar.

El predicador se giró y fijó en él una mirada intimidatoria que fracasó en su intimidación.

—¿Crees en los átomos?

—Claro. ¿Y quién no?

—¡Ajá! —El predicador hizo un gesto pidiendo atención a la audiencia—. ¿Hay alguna diferencia, amigos míos? ¿Podemos *ver* los átomos? ¿No es eso insolencia arrogante? —Volvió a mirar al muchacho y lo señaló con un dedo acusador—. ¿Afirmas que has visto átomos? ¡Di que sí y yo diré que *mientes!* —Otro gesto teatral—. Y no es igualmente eso fe, y sin embargo esta persona afirma no tener necesidad de fe. Y entonces, por tanto, ¿no se contradice ante nosotros?

—Su comparación carece de validez —señaló la muchacha que acompañaba al chico—. Hay razones de sobra, verificadas por resultados experimentales universalmente corroborados, que postulan que la existencia de entidades que poseen las características adscritas a los átomos debe ser cierta. Si son o no detectables directamente por los sentidos es irrelevante. ¿Cuáles son los datos de similar relevancia para sus postulados?

El predicador pareció sorprendido durante una milésima de segundo, pero se recuperó rápidamente.

—El mundo que nos rodea —aulló abriendo mucho los brazos—. ¿No está ahí? ¿No lo veo? ¿Quién lo creó? Dínoslo. ¿No es prueba suficiente?

—No —respondió el muchacho tras reflexionar un

instante—. Podría decir que las hadas hacen crecer las flores que hay allí, pero el hecho de que las flores crezcan no implica la existencia de las hadas. ¿No?

—Asumir la proposición como premisa no la demuestra en absoluto —explicó la muchacha mirando al predicador—. Su argumento, me temo, es completamente circular.

El grupo de quironeses y terrestres siguió andando y dejó a la audiencia bajo el furibundo sermón consiguiente.

—Si casi eran unos niños —murmuró Eve Verrity.

—Parecen sorprendidos —le dijo Rastus a Bernard.

—Esos chavales —replicó Bernard, señalando sus espaldas—. Hay algunas mentes realmente agudas entre ellos. ¿Es así todo el mundo por aquí?

—Por supuesto que no —dijo Rastus—. Pero todo el mundo valora lo que tiene. Dije que la mente era un recurso infinito, pero sólo si no se malgasta. ¿No cree que es una paradoja interesante?

Capítulo catorce

Seguía sin haber ningún contacto por parte de los líderes quironeses. El quironés que parecía estar al frente de gran parte de lo que ocurría en Cañaveral, la base principal de lanzaderas en las afueras de Franklin, afirmaba que no informaba exclusivamente a determinados individuos y organizaciones de sus acciones o que recibía instrucciones de éstos. Entonces, ¿quién les decía qué había que hacer? Pues depende. Él hacía las peticiones de cosas como equipamiento y nuevas construcciones porque sabía lo que necesitaba la base. ¿Y cómo lo sabía? Pues porque la gente que estaba en planificación y en control de tráfico se lo decían, y además, era su trabajo saberlo. Por otro lado, las compañías que construían las lanzaderas y otro equipo definían las especificaciones técnicas porque ése era su trabajo, y los clientes eran los que se ocupaban entre ellos de las prioridades de las misiones lanzadas desde la base. Él permanecía al margen de eso y hacía lo que mejor podía para que las cosas funcionaran según lo que le decían que estaba programado. Y en definitiva, ¿quién estaba al mando? ¿Quién le decía a quién qué había que hacer y quién tenía que hacerlo? Pues depende. Nada tenía sentido.

Siguiendo directrices de Wellesley, Howard Kalens dio instrucciones a Amery Farnhill para que inaugurara una embajada en un pequeño edificio en Cañaveral que los quironeses hicieron el favor de dejar vacante, ya que tenían intención de mudarse a otro local más grande de todas formas. La intención era proporcionar un punto focal que los quironeses pudieran reconocer para abrir canales diplomáticos. Desafortunadamente, los nativos no le prestaron ninguna atención, y tras dos días de estar sentado a su escritorio sin nada que hacer, Amery Farnhill le rogó a Kalens que aprobara su petición de enviar escuadras de

secuestro de su contingente de guardias del DS para que trajeran a los candidatos más probables para que hablaran con él. Kalens sólo pudo mostrarse parcialmente de acuerdo, ya que estaba bajo férreas restricciones por parte de Wellesley.

—Si puedes persuadirlos para hacerlo, hazlo —replicó mediante el enlace de comunicaciones con el *Mayflower II*—. Un cierto grado de intimidación calculado es aceptable, pero bajo ningún concepto deben usar la fuerza. A mí tampoco me gusta, Amery, pero me temo que tendremos que soportar el plan por ahora.

—Eh, tú. Detente. —El comandante de los cuatro soldados del DS enviados para explorar el centro de Ciudad Cañaveral (un barrio residencial y comercial situado a las afueras de la base que se extendía hasta la periferia de Franklin) se dirigió de esa manera al quironés al que habían seguido desde el restaurante a unos pocos metros doblando la esquina. Iba bien vestido, tenía unos treinta y cinco años más o menos y llevaba un maletín de ejecutivo. El quironés lo ignoró y siguió caminando, por lo que el comandante lo adelantó y se plantó firmemente frente al hombre. El quironés lo rodeó y finalmente se detuvo cuando los soldados formaron una barrera impenetrable en tres frentes—. Vas a venir a hablar con el embajador —le informó el comandante.

—No. Voy a ir a hablar sobre el aire acondicionado para la nueva sala de embarque de pasajeros de la base.

—Dirás «señor» cuando te dirijas a mí.

—Si eso es lo que quiere. Señor cuando te dirijas a mí. — El quironés empezó a reanudar su camino, pero uno de los soldados se interpuso frente a él para bloquearlo.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —El comandante le plantó la cara a pocos centímetros y estrechó los ojos de manera amenazante.

—Eso no les importa un carajo.

—¿Es que quieres que te arrastremos?

—¿Quiere salir vivo de aquí?

La mandíbula le empezó a temblar al comandante; se le enrojeció el rostro. Podía ver los músculos de la garganta de los soldados tensos por la frustración, pero no podían hacer nada.

—Vete —gruñó—. Pero no creas que tienes suerte —le advirtió al quironés cuando se iba—. Tenemos tu cara grabada. Habrá una próxima vez.

Con un esfuerzo, el comandante del DS mostró los dientes y estiró los labios hasta que casi le llegaron a las orejas.

—Discúlpeme, señor, pero ¿dispondría de un par de minutos?

—¿Para qué? —preguntó el quironés del suéter púrpura y pantalones cortos verdes.

—A nuestro embajador le gustaría charlar con usted. No queda lejos, está dentro de la base.

—¿Sobre qué?

—Sólo sería una charla amistosa... sobre su gobierno, cómo está organizado, quién forma parte... unas pocas cosas de ese estilo. No le quitará mucho tiempo.

El quironés se frotó la barbilla dubitativamente.

—No estoy seguro de que pueda serles de ayuda. ¿El gobierno de qué en particular?

—El planeta... Quirón. ¿Quién lo dirige?

—¿Dirigir el planeta? Jopé... no sé nada de eso.

—¿Quién le dice lo que tiene que hacer?

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que esté haciendo. —El quironés puso una expresión de disculpa—. Podría hablar con su embajador acerca de la biología marina de la costa este de Artemisa, sobre el techado de casas o sobre los teoremas de Fermat y teoría de números —ofreció—. ¿Cree que podría estar interesado en algo de eso?

El comandante suspiró con cansancio.

—No importa. Olvídelo. ¿Sabe de alguien por aquí a

quien debiéramos preguntarle?

—La verdad es que no. Creo que tienen un trabajo duro entre manos. Si quieren dejarlo, conozco a una gente en el río que necesitan ayuda en la construcción de botes. ¿Alguno ha hecho algo así antes?

El comandante se lo quedó mirando como si se negara a creer lo que oía.

—Váyase de aquí —dijo con voz ahogada y débil. Meneó la cabeza con incredulidad—. Sólo... váyase de aquí cagando leches, ¿quiere?

—¡Es imposible! —protestó Amery Farnhill ante una reunión completa de la Junta en el Centro de Gobierno del *Mayflower II*—. Saben que estamos actuando con las manos atadas, y se están aprovechando de la situación siendo deliberadamente evasivos. La única manera de llegar a algún lado es que se nos permita actuar con más dureza.

Wellesley negó firmemente con la cabeza.

—No si estás hablando de asaltar a la gente en las calles. Desharía todo lo que hemos conseguido.

—¿Qué hemos conseguido? —preguntó Borftein despectivamente.

—Tenemos que hacer algo —insistió Marcia Quarrey—. Aunque suponga poner a toda la ciudad bajo ley marcial, es imperativo lograr alguna forma de reconocimiento oficial. Esto ya ha durado demasiado.

Howard Kalens hervía mientras escuchaba. Quarrey había cambiado de canción cuando al lobby comercial, cuyos intereses representaba, le entró pánico ante la perspectiva de tener que competir en el demencial sistema económico quironés. Las señales procedentes de lo alto le decían que era mejor que hiciera algo al respecto y pronto, si quería verse ocupando el mismo puesto después de las elecciones, lo que en resumen significaba que Kalens tenía que apoyar su postura si quería contar con su respaldo para alcanzar la dirección de la Junta.

—Me desligo por completo de la responsabilidad por este

completo fiasco —anunció dedicándole a Wellesley una mirada aislada—. Estaba en contra de la confraternización desde el principio, y ahora vemos los resultados. Deberíamos haber impuesto una segregación estricta hasta que se hubieran establecido las relaciones adecuadas.

—No hubiera funcionado —contraatacó Wellesley—. Simplemente nos habríamos quedado encerrados detrás de una empalizada, ignorados y haciendo el ridículo.

—Si tu intención era provocar una respuesta ofensiva por parte de los quironeses como justificación para luego imponer el orden, eso tampoco ha funcionado —replicó Kalens fríamente—. Ahora debemos vivir con el daño ya hecho y considerar nuestras alternativas.

—¿Qué insinúas? —Wellesley agarraba con fuerza los brazos de su silla como si estuviera a punto de levantarse—. ¡Retira esa acusación de inmediato!

—¿Niegas que al exponer a los civiles esperabas precipitar un incidente que hubiera justificado el envío de tropas?

Wellesley palideció, y las venas se le resaltaron en las sienes.

—¡Lo niego! Y también niego que nos urgieras a imponer la segregación. Mi política consistía en animar a sus líderes a salir a la luz mediante una demostración de coexistencia pacífica, y tú la aceptaste. Retira eso.

Kalens lo miró calmadamente durante unos instantes, y luego asintió.

—Muy bien. Retiro mi acusación y me disculpo.

—Escriba —dijo Wellesley en un tono todavía enfadado al ordenador que tomaba nota de la reunión—. Borra las afirmaciones acerca de una respuesta ofensiva y todo lo subsiguiente.

—Borrado —confirmó el ordenador—. La última línea de entrada dice: «... detrás de una empalizada, ignorados y haciendo el ridículo».

La sugerencia había servido a su propósito. Stern

observaba a Kalens con curiosidad, y Marcia Quarrey le miraba desde el otro lado de la mesa con un nuevo respeto. Farnhill se removió inquieto.

—¿Y adonde vamos desde aquí? —preguntó Borftein volviendo al tema en un esfuerzo por distender la atmósfera de la reunión.

Sterm se estudió sus dedos durante un momento y luego alzó la vista.

—Allí donde la intervención militar directa es poco práctica o no deseable, el control normalmente se ejerce restringiendo y controlando la distribución de riqueza —dijo lentamente—. Aquí, los métodos tradicionales para llevarlo a cabo serían difíciles de implantar, si no imposibles, ya que el término no puede aplicarse con su significado habitual. Esta sociedad debe tener sus puntos de presión, pese a todo. Es una sociedad avanzada de alta tecnología; en el fondo su riqueza debe derivarse de sus recursos técnicos e industriales. Ahí es donde deberíamos mirar en busca de puntos débiles.

Se produjo un breve silencio mientras los reunidos digerían la observación. Kalens pensó en el complejo de fusión que Farnhill había descubierto en sus improductivas charlas con los quironeses de Franklin. Kalens había enviado a Farnhill para que descubriera lo que pudiera mediante contactos y conversaciones más informales, tras el comentario de Borftein respecto a que la banda de inadaptados sociales del ejército parecía tener más éxito con los nativos que los diplomáticos.

—Sí... veo lo que quieres decir —dijo Kalens, dedicándole a Sterm un gesto de cabeza—. De hecho, ya hemos empezado a hacer investigaciones de ese estilo. —Se volvió hacia Farnhill—. Amery, vuelve a contarnos lo de ese lugar situado a lo largo de la costa.

—¿Port Norday?

—Sí. Es algún tipo de complejo industrial, ¿no?

—Es una instalación centralizada de fusión que

proporciona energía industrial a prácticamente toda el área, y también una gran cantidad de materiales mediante una serie de procesos interdependientes —informó Farnhill a la reunión—. Sus principales productos son metales y compuestos químicos, así como electricidad.

—¿Quién la opera? —preguntó Marcia Quarrey.

Farnhill pareció inquieto y un poco incómodo.

—Bueno, hasta donde sé, una mujer llamada Kath parece ser la que está a cargo de muchas cosas... tanto como puede estar alguien a cargo de algo en este sitio. Todavía no la conozco, sin embargo.

—Ése podría ser un buen lugar para empezar —sugirió Kalens a Wellesley.

Wellesley parecía pensativo.

—Me pregunto si Leighton Merrick y sus especialistas podrían dirigir un lugar así —musitó. Tras unos segundos, añadió apresuradamente—: No de forma inmediata, por supuesto, sino en algún momento futuro, posiblemente, dependiendo de las circunstancias. Lo seguro, la verdad, es que nos vendría bien saber más sobre la instalación.

—No sé —dijo Farnhill—. Tendrías que preguntarle a Merrick sobre el asunto.

—Debería tener la oportunidad de ir a echar un vistazo —asintió Borftein—. ¿Cuál sería la mejor forma de preparar algo así?

Kalens hizo un gesto de indiferencia sin dejar de mirar la mesa.

—Por lo que puedo ver de la anarquía reinante, simplemente cogemos el teléfono y les decimos que vamos.

—Quizá podría proponer una visita de intercambio de buena voluntad —sugirió Sterm—. A cambio, podríamos ofrecer mostrarles a algunos de sus especialistas partes seleccionadas del *Mayflower II*. Lo deseable sería una tapadera legítima.

—Se puede considerar, sí —concedió Wellesley, distante. Recorrió con la mirada a los que estaban sentados a la mesa

—. ¿Alguien tiene una idea mejor? —Nadie la tenía—. Pues vamos a ver a Merrick y a hablar con él —dijo Wellesley. Volvió a apoyarse contra el respaldo y puso las manos sobre el borde de la mesa—. Éste sería un buen momento para hacer una pausa para el almuerzo. Escriba, se pospone la reunión. Nos volveremos a reunir dentro de noventa minutos. Contacta con Leighton Merrick en Ingeniería y que acuda. Pídele también que traiga a dos de sus oficiales más competentes. Avísame enseguida si surge alguna dificultad. Eso es todo.

—Entendido —replicó el ordenador.

Capítulo quince

La señora Crayford, la regordeta y extravagantemente vestida esposa del almirante Crayford, el segundo al mando de Slessor para la tripulación del *Mayflower II*, cerró la caja que contenía su nueva cubertería de plata quironesa y la añadió a la pila de cajas que había sobre la mesa al lado de su silla. Entre otras cosas, el revoltijo incluía algunas piezas de joyería exquisitas, un cofre con incrustaciones y cajones forrados para miniaturas, un juego de miniaturas de animales esculpidas en algo parecido al ónice, y una estola de piel quironesa.

—No tengo ni idea de dónde acabaremos viviendo, pero estoy seguro de que todo esto resaltará mucho el entorno, sea donde sea. ¿No crees que la cubertería es deliciosa? Jamás habría pensado que un estilo tan inusual y moderno como ése pudiera tener esa sensación de calidad antigua, ¿sabes? Debo regresar a Franklin en cuanto pueda. Algunas de las vajillas que vi conjuntarían perfectamente.

—Es todo muy bonito —concedió Verónica levantándose de su silla en la enorme sala de estar del hogar de los Kalens en el distrito de Columbia—. Estoy segura de que encontrarás un lugar maravilloso. —Verónica había sido una de las mejores amigas de Celia desde los primeros días del viaje. Se había ganado una reputación dudosa en algunos círculos no sólo por unirse a las filas de las pocas mujeres que se habían divorciado, sino por continuar en ese estado, cosa que por alguna razón que Celia jamás había comprendido del todo hacía que quisiera aún más a Verónica como amiga y confidente.

—No tienen precio —comentó Celia secamente desde su silla. Sí que lo tenían, literalmente, pero la ironía pasó de largo de la señora Crayford. Verónica le dirigió a Celia una mirada de advertencia.

—Cierto, cierto —afirmó la señora Crayford radiante de felicidad. Sacudió la cabeza—. En cierto modo parece casi un crimen el cogerlos, pero... —suspiró—. Estoy segura de que de otra forma se desperdiciarían. Después de todo, esa gente son obviamente salvajes incapaces de apreciar el verdadero valor de las cosas. —La garganta de Celia se tensó, pero consiguió permanecer quieta. La señora Crayford intentó organizar su pila de cajas—. Oh, vaya, me pregunto si no debería dejar algunas aquí, después de todo y hacer que las vengan a buscar más tarde. No estoy segura de que podamos llevarlas el resto del camino nosotras dos solas.

—Por supuesto que puedes dejarlas —dijo Celia.

—Ya nos las arreglaremos —prometió Verónica—. Son más aparatosas que pesadas. Te preocupas demasiado.

La señora Crayford miró el reloj que había en el panel de comunicaciones de la habitación.

—Bueno, la verdad es que tengo que irme ya. He disfrutado mucho del viaje y la compañía. Tenemos que repetirlo, y pronto. —Se puso en pie pesadamente y miró a su alrededor—. ¿Dónde he dejado el abrigo?

—Lo colgué en el pasillo —dijo Verónica al tiempo que se levantaba. Se dirigió a la puerta y salió mientras la señora Crayford se bamboleaba a unos pasos por detrás de ella—. No te molestes en sacar nada, Celia —llegó la voz de Verónica—. Ya volveré a buscar las cosas.

Celia se sentó y contempló las cajas, preguntándose qué era lo que tanto le molestaba. No era tanto el espectáculo de la estúpida demostración de opulencia de la señora Crayford, que ahora no significaba nada, estaba segura, ya que conocía a la buena señora desde hacía tantos años que se podía esperar algo así. Tampoco podía ser porque ella hubiera sucumbido a la misma tentación, ya que comparativamente había sido algo mucho menor: una única escultura, no muy grande, y una que no incluía ni metales preciosos ni gemas. Volvió la cabeza para contemplar de nuevo la pieza (la había colocado en el alféizar de la ventana de la esquina): las

cabezas de tres niños, dos niños y una niña, de unos diez o doce años, mirando hacia arriba, como si vieran algo aterrador pero lejano, la percepción de una amenaza futura, pero que todavía no era tal. Pero además del temor en sus ojos, el artista había captado una sutil sugerencia de serenidad y valentía que no era para nada infantil, y la había combinado con la tersura de los rostros para dar lugar a una extraña expresión melancólica que era al mismo tiempo cautivadora e inquietante. La pieza tenía quince años, según le había dicho el marchante de Franklin, y había sido hecha por uno de los fundadores. Celia sospechaba que el marchante era en realidad el artista, pero éste no había reaccionado ante sus preguntas sesgadas sobre el tema. ¿Le afectaban las expresiones en esos rostros por alguna razón? ¿O era la habilidad del artista al trabajar las vetas alrededor de los resaltes para simular iluminación desde arriba lo que hacía que Celia sintiera que había profanado una verdadera obra de arte, al haber permitido que fuera incluida con las demás como otro objeto del que apropiarse avariciosamente y luego enseñar con regodeo?

Verónica volvió a la sala y empezó a recoger las cajas de la señora Crayford.

—No, está bien. Quédate aquí, Celia, puedo arreglármelas. —Vio la expresión en el rostro de Celia y sonrió. Su voz bajó a un susurro—. Lo sé... es horroroso, ¿no? Sólo es una fase, ya se le pasará.

—Eso espero —murmuró Celia.

Verónica se detuvo justo cuando iba a volverse hacia la puerta.

—Empiezo a echar de menos que me saques de mi apartamento en medio de la noche. ¿Qué tal está tu sargento estos días? No habrás terminado con él, ¿no?

Celia le dedicó una mirada de reproche.

—Oh, vamos... ya sabes que sólo era una diversión. No lo he visto desde hace un tiempo, pero claro, todo el mundo está muy ocupado últimamente. ¿Terminado? No, la

verdad... ¿quién sabe? —Tenía la sensación de que Verónica no había mencionado el tema por pura curiosidad. Tenía razón.

—Yo también tengo uno —susurró Verónica, acercando su rostro al de Celia.

—¿Un qué?

—Un nuevo amante. ¿Tú qué crees?

—¿Alguien que conozca?

Verónica tuvo que morderse el labio para suprimir una risilla.

—Un quironés.

Celia abrió los ojos de par en par.

—¡Estás de broma!

—Para nada. Es un arquitecto... ¡y guapísimo! Lo conocí ayer en Franklin y me quedé con él la noche pasada. Es tan fácil... actúan como si fuera completamente natural... ¡Y son *tan* desinhibidos! —Celia se la quedó mirando boquiabierta. Verónica le guiñó un ojo y asintió—. Bueno, ya te lo contaré más tarde. Será mejor que me vaya.

—¡Si serás zorra! —protestó Celia—. Quiero que me lo cuentes *ahora*.

Verónica se rió.

—Sufre amargamente mientras esperas. Cuídate. Te llamo esta noche.

Cuando los demás se hubieron marchado, Celia se hundió en su asiento y empezó a darle vueltas a las cosas de nuevo. Por primera vez en veinte años se sentía sola y realmente lejos de la Tierra. Cuando era una muchacha jovencita que creció durante el surgimiento del Nuevo Orden en el período de recuperación tras los Años de Escasez, había escapado a las realidades más duras de la política y el militarismo del siglo veintiuno sumergiéndose completamente en lecturas y fantasías sobre la América de finales del período colonial. Quizá como un reflejo de su alta posición social por nacimiento, tenía ensoñaciones en las que hacía el papel de damas inglesas recién llegadas a las ricas plantaciones de

Virginia y las Carolinas, con coches de caballos y sirvientes, mansiones con columnatas y armarios llenos de trajes para los bailes de fin de semana que celebraba la elite. Esas fantasías no la habían abandonado del todo, y posiblemente ésa era la razón por la que había encontrado en Howard un compañero natural, que a su vez la había identificado a ella con sus propios ideales y creencias. En su fuero interno durante los años que habían transcurrido desde entonces, se preguntaba si en el fondo habría visto la misión a Quirón como una forma de llevar a cabo esas fantasías de juventud que no tenían lugar en la Tierra.

¿Eran sus celos de ahora las primeras señales de advertencia procedentes de una parte de sí misma que ya podía ver la aparición de grietas en sueños que estaban condenados a desmoronarse en polvo y que era incapaz de admitir conscientemente? Si era sincera consigo misma, ¿empezaba a odiar a Howard en el fondo por permitir que sucediera? En el trato que ella siempre supuso implícito, le había confiado veinte años de su vida, y ahora él traicionaba esa confianza al permitir que todo aquello que él afirmaba representar le fuera arrebatado a ella. En todas partes, los terrestres se apresuraban a dejar de lado todo aquello por lo que habían luchado por preservar y llevar consigo a través de cuatro años luz de espacio, y se lanzaban de cabeza a adoptar las costumbres quironesas. La Junta, que en su mente quería decir Howard, no hacía nada para evitarlo. Una vez había leído una cita de una visitante británica a las Trece Colonias en 1763, Janet Schaw, que había comentado con desaprobación que el «igualitarismo más repugnante» reinaba en todos lados. Se prestaba bien a la situación actual.

Tragó saliva mientras rastreaba sus pensamientos y reflexionaba. Estaba racionalizando y ocultándose algo a sí misma, y lo sabía. Howard había llegado a casa suficientes veces enfadado y amargado porque había intentado implantar medidas para detener la decadencia y había sido

desautorizado. Hacía lo que podía, pero la influencia del planeta era omnipresente. Celia simplemente proyectaba y personificaba en él otra cosa... algo que se originaba muy profundamente en su interior. Incluso mientras sentía algo que empezaba a agitarse en las profundidades de su mente, le llegó una visión de Howard y ella, solos e inflexibles, aislados en su estanque mientras el río fluía por su camino, sin prestarles atención y sin preocuparse. Tras veinte años, no había nada por delante excepto vacío y olvido. La fría verdad acerca de la rabia que sentía contra Howard era que su protector en realidad estaba tan inerme como ella.

Ahora sabía por qué la Tierra le parecía tan lejana. Y también sabía por qué su mente, sabiamente, se lo había estado ocultando y protegiéndola de ello. Era miedo.

Entonces, lentamente, se percató de a qué había respondido inconscientemente su mente ante los tres rostros de niños de la escultura quironesa. El artista no era simplemente un experto, sino un maestro. Porque ahí también había miedo, no de una forma que fuera perceptible conscientemente, sino de una forma que se introducía subliminalmente en la mente del espectador y se aferraba a ella por sus raíces más profundas. Por eso se sintió inquieta durante todo el camino de regreso desde Franklin. Pero también había algo más. Podía sentirlo tironeando en los límites de su mente... algo incluso más profundo que todavía no comprendía. Volvió sus ojos de nuevo hacia la escultura.

Y mientras la contemplaba, descubrió qué era lo que los niños esperaban según se acercaba más y más aterradoramente desde la lejanía. La revelación le apretó el estómago. Incluso hacía quince años... era ella. Porque ella venía con el *Mayflower II*. Supo entonces que los quironeses estaban en guerra, y que la guerra sólo terminaría cuando ellos o los que habían sido enviados a conquistarlos hubieran sido eliminados. Y en su primer encuentro, Celia había sentido la impotencia de los suyos. Y la volvió a sentir, ahora que el último velo del enigma del artista era levantado y

revelaba, más allá del miedo y la turbación, un vislumbre de algo más poderoso e invencible que todas las armas del *Mayflower II* combinadas. Celia contemplaba su propia extinción.

Se levantó apresuradamente, cogió la escultura, y, con manos temblorosas, la volvió a depositar en su caja. Y luego enterró la caja en el fondo de un armario lo más lejos que pudo.

Capítulo dieciséis

Port Norday estaba a unos cuarenta kilómetros al norte de Franklin, más allá del cabo de la bahía de Mandel, sobre una extensión de costa rocosa hendida por el estuario de un río que se ensanchaba alrededor de una isla grande y varias de menor tamaño. En los primeros días de la colonia, cuando los fundadores habían empezado a aventurarse fuera de la base original para explorar los alrededores a pie, la habían encontrado a aproximadamente un día de viaje al norte, de ahí su nombre.

Había crecido en etapas desde construcciones que databan de finales de la primera década de la colonia, y para entonces los fundadores, habiendo aprendido de algunas de sus experiencias en Franklin, se habían sentido más inclinados a seguir el consejo de las máquinas, que básicamente era: «Va a ser un complejo industrial. Si hacéis tonterías no funcionará». El resultado era un diseño limpio, eficiente y funcional más acorde con lo que tenían en mente los planificadores de la misión de la *Kuan-yin*, con modificaciones apropiadas allí donde era necesario tener en cuenta las condiciones locales. Además de sus instalaciones industriales, el complejo incluía un puerto marítimo; una terminal aerospacial distribuida principalmente entre las islas, que estaban interconectadas por una red de túneles; un instituto de tecnología avanzada; y un pequeño sector residencial pensado más bien para dar alojamiento a corto y medio plazo a aquellas personas cuyos asuntos hiciera conveniente que estuvieran en las cercanías, que para acomodar a habitantes permanentes, aunque más de la mitad de la población llevaba allí años. Los quironeses, según parecía, tendían a tener vidas más orientadas a proyectos que a carreras, y se trasladaban muchísimo si les hacía falta.

La capacidad del complejo en sí preveía las predicciones

de demanda a largo plazo y sobrepasaba con mucho la demanda actual de las industrias esparcidas alrededor del área principal. Su planta energética principal era un sistema de fusión por confinamiento magnético de mil gigavatios que combinaba varias características de las configuraciones tipo tokamak, espejo y «toro ondulado» que habían aparecido hacia finales del siglo anterior, produciendo electricidad de manera muy eficiente al lanzar plasma ionizado a altas temperaturas y velocidades a través de una serie de inmensas bobinas magnetohidrodinámicas. Además, los neutrones rápidos que este proceso creaba en enormes cantidades eran redirigidos para crear más combustible de tritio a partir de litio, para crear isótopos fusionables de uranio y plutonio a partir de elementos fértiles obtenidos en otros lugares del complejo, y para «incinerar» mediante transmutación nuclear las pequeñas cantidades de material radiactivo subproducto del componente de fisión del sistema, cuyo ciclo de material fisible era cerrado e incluía un reprocesado completo de los productos del reactor.

El plasma que emergía de este proceso primario tenía la energía residual suficiente para proporcionar calor para alimentar una planta de extracción de hidrógeno, donde el agua de mar era «destilada» térmicamente para proporcionar las bases de toda una gama de combustibles sintéticos, un subcomplejo de extracción y procesado de metales primarios, un subcomplejo químico y una planta desalinizadora que aún no estaba operativa pero que se anticipaba a los proyectos de irrigación a gran escala que tendrían lugar en años venideros en el interior de la región.

El subcomplejo de extracción de metales hacía uso de las altas temperaturas de fusión disponibles in situ para reducir el agua de mar, rocas comunes y arenas, y todo tipo de desechos industriales domésticos a un plasma de iones elementales de gran carga que luego eran separados de manera limpia y simple mediante técnicas magnéticas; era algo así como un espectrómetro de masas a escala industrial.

En el subcomplejo químico se formaban una serie de productos como fertilizantes, aceites, combustibles y piensos para diversas industrias independientes, principalmente mediante recombinación de reactantes del estado plasma bajo condiciones en las que la radiación del plasma era obligada a un pico en una estrecha banda de frecuencia que favorecía la formación de las moléculas deseadas y optimizaba la producción sin exceso de subproductos indeseados, lo que era mucho más eficiente que fuentes termales de banda ancha de energía combinada. El método de plasma hacía inútiles las cubas y torres de destilación de tecnologías más anticuadas, y, sobre todo, permitía hacer en segundos reacciones en masa que en el pasado hubieran tardado días o semanas, y sin necesidad de catalizadores para acelerarlas.

Los quironeses también estaban experimentando con la transmisión de energía en forma de microondas a satélites por encima de Port Norday, para ser retransmitida alrededor del planeta y redirigida a la superficie según las necesidades. Este proyecto estaba en una fase temprana y era investigación pura; si se demostraba que funcionaba, se construiría una estación a escala completa en tierra, en otro emplazamiento para utilizar la técnica en la industria.

Bernard Fallows se había quedado bastante sorprendido cuando Chang le había llamado para confirmar que la madre de su amigo, Kath, había preparado una visita. Y se sorprendió aún más cuando Kath resultó no ser una técnico de bajo nivel o una trabajadora sin especialización, sino la responsable del funcionamiento de gran parte del proceso de fusión principal, aunque el puesto que ocupaba y quién le daba las directrices seguía siendo un asunto oscuro. E incluso más sorprendente aún había sido su buena disposición al recibirlos a él y a Jay en persona y dedicarles cerca de una hora de su tiempo. La imagen comparable de Leighton Merrick mostrándole a Chang y sus amigos el interior de la sección de propulsión del *Mayflower II* era impensable.

Estaba previsto que un grupo de quironeses hiciera una visita guiada de algunas secciones de la nave, cierto, pero era consecuencia de una invitación oficial que se extendía a los profesionales; no incluía a padres e hijos que quisieran hacer algo de turismo industrial personal. Quizá su posición como oficial de ingeniería especializado en técnicas de fusión tuviera algo que ver con el tratamiento especial que recibía, conjeturó Bernard.

No parecía haber ningún concepto de rango o estatus allí. Bernard había visto dar y aceptar órdenes, pero los papeles parecían puramente funcionales y libremente intercambiables dependiendo de quién se consideraba que estaba mejor cualificado para hacerse cargo de un asunto particular en determinado momento. Esto parecía decidirse por un consenso no expresado que los quironeses parecían haber desarrollado sin las luchas, envidias y conflictos que Bernard hubiera pensado inevitables. Hasta donde podía ver, no había ninguna estructura jerárquica piramidal en absoluto. Era un microcosmos del planeta entero, según empezaba a sospechar. Quizá no fuera tan sorprendente que la Junta estuviera teniendo problemas intentando localizar al gobierno. Lo que era sorprendente era no sólo que el sistema funcionara, sino que mostraba todas las señales de que lo hacía bastante bien.

—Sigo sin entender la política que hay detrás de todo esto —le dijo a los dos quironeses que les acompañaban a él y Jay hacia la cafetería en el edificio de la Administración frente al emplazamiento del reactor principal, donde iban a almorzar. Uno de ellos era un joven polinesio llamado Nanook, que trabajaba con instrumentación de control; el otro era una mujer algo más joven, de piel pálida y cabello rubio, llamada Juanita, que trabajaba con estadísticas y predicciones y que parecía estar más involucrada en el aspecto económico de todo el asunto. Kath se había marchado hacía un rato, explicando que esperaba a otro grupo de visitantes. Bernard abrió los brazos en un gesto

implorante:

—Quiero decir... ¿quién es dueño del lugar? ¿Quién decide las políticas de dirección?

Los dos quironeses se miraron extrañados.

—¿Dueño? —repitió Juanita. El tono sugería que la idea le era completamente nueva—. No estoy segura de lo que quiere decir. La gente que trabaja aquí, supongo.

—Pero ¿quién decide quién trabaja aquí? ¿Quién asigna los puestos de trabajo?

—Ellos mismos. ¿Cómo podría hacerlo otro por ellos?

—¡Pero eso es ridículo! ¿Qué impide que cualquiera que venga de la calle empiece a dar órdenes?

—Nada —dijo Juanita—. Pero ¿por qué iban a hacerlo? ¿Quién les prestaría atención?

—¿Y cómo sabe entonces la gente a quién escuchar? —preguntó Jay, igual de perplejo que su padre.

—Lo averiguan pronto —dijo Juanita como si eso lo explicara todo.

Entraron en la cafetería, que estaba bastante ocupada ya que era alrededor del mediodía, y se sentaron junto a una ventana que daba a un aparcamiento para voladores, más allá del cual discurría una autopista que recorría el margen más cercano del río. Una pantalla a un lado de la mesa proporcionaba un menú ilustrado y recitaba una serie de recomendaciones del chef para ese día. Juanita dictó sus pedidos a la pantalla. En el reservado de al lado, un robot con ruedas que había estado entregando los platos que guardaba en el compartimento caliente que formaba su sección superior cerró su puerta de servicio y se alejó.

Bernard no conseguía hacerse entender, por lo que veía.

—Tomemos a Kath como ejemplo —dijo volviéndose a Nanook—. Un montón de gente por aquí tiene que aceptarla como... jefa, a falta de una palabra mejor... en un montón de aspectos, de todas formas.

Nanook asintió.

—Cierto. Yo lo hago la mayor parte del tiempo.

—Porque sabe de lo que habla, ¿no? —dijo Bernard.

—Claro, ¿por qué si no?

—Así que supongamos que aparece alguien que cree que sabe tanto como Kath. ¿Qué pasaría si la mitad de la gente de por aquí cree lo mismo y el resto no? ¿Quién decide? ¿Cómo resolveríais algo así?

Nanook se frotó la barbilla y pareció dubitativo.

—Esa situación me parece demasiado inverosímil para que ocurra en realidad —dijo tras unos segundos—. No veo cómo es posible que apareciera alguien con la misma experiencia. Pero si ocurriera, y fuera cierto... entonces supongo que Kath tendría que mostrarse de acuerdo con él. Estaría en deuda. Y eso lo decidiría para todos los demás.

Bernard se lo quedó mirando con completa incredulidad.

—¿Me estás diciendo que Kath simplemente se retiraría? ¡Eso es una locura!

—Todos tenemos que pagar nuestras deudas —dijo Nanook sin contribuir a la comprensión de Bernard.

—Para empezar, si fuera tan tonta como para no hacerlo, no estaría donde está —añadió Juanita, intentando ayudar.

Eso tampoco explicaba nada, Jay seguía sin verlo.

—Sí, sería bonito que todo el mundo fuera razonable y racional acerca de todo en cualquier ocasión. Pero no es posible, ¿verdad? Los quironeses tienen los mismos genes que el resto del mundo. No puede ser algo radicalmente diferente.

—Jamás he dicho que lo fuera —respondió Nanook.

—¿Y qué pasa con los chalados? —preguntó Jay—. ¿Qué pasa con la gente que insiste en comportarse de manera irracional y desagradable cuando pueden, sólo por que sí?

—Tenemos de éstos —concedió Nanook—. Pero no muchos. La gente normalmente aprende desde muy temprano lo que es aceptable y lo que no. Tienen ojos, oídos y cerebros.

—Pero Jay sigue teniendo algo de razón —dijo Bernard, mirando a su hijo y asintiendo—. ¿Qué pasa con la gente que

no usa sus ojos, oídos y cerebro?

—No tenemos muchos de éstos —volvió a decirles Nanook—. Si no cambian rápidamente, tienden a no quedarse mucho tiempo por aquí. —Juanita miró a Bernard y luego a Jay como satisfecha de que ahora todo estuviera aclarado. No estaba nada claro.

—¿Por qué? ¿Qué les ocurre? —preguntó Bernard.

Nanook titubeó unos instantes como si temiera ofenderles explicando algo obvio. Hizo un ademán indiferente.

—Bueno... normalmente alguien termina pegándoles un tiro —contestó—. Así que nunca se convierten en un problema de verdad.

Durante unos momentos Bernard y Jay se quedaron demasiado conmocionados para decir nada.

—Pero... eso es una locura —protestó Bernard al fin—. La gente no puede ir por ahí disparando a todo el mundo que no le caiga bien.

—¿Qué otra cosa se puede hacer? —preguntó Juanita.

—No te pasa nada siempre que no te dediques a ir molestando a la gente —señaló Nanook—. Así que jamás afecta a la mayoría de la gente. Y cuando sucede... pues sucede.

Tras unos segundos de silencio, Jay volvió a hablar:

—Vale, puedo ver que a lo mejor es buena forma para librarse de algún loqueta de vez en cuando. Pero ¿qué hacéis cuando un grupo de ellos forma una banda?

—¿Cómo podrían, si para empezar apenas hay alguno de esos casos? —preguntó Juanita—. Ya te lo hemos dicho, si son así, no duran mucho.

—Y en cualquier caso, ¿para qué querrían formar una banda? —preguntó Nanook.

Jay se encogió de hombros.

—Por todas las razones por las que normalmente los chalados siguen a un líder aún más chalado, supongo.

—¿Como cuáles? —preguntó Nanook.

Jay volvió a encogerse de hombros.

—Para protegerse, quizá.

—¿Protegerse de qué?

Buen argumento, tuvo que confesarse a sí mismo Jay.

—¿Por seguridad? —intentó—. ¿Para hacerse ricos...? Bueno, lo que sea.

—Ya tienen seguridad —declaró Nanook—. Y si no son ricos ya, ¿cómo se supone que les va a ayudar otro chalado?

Bernard levantó las manos, exasperado.

—Bueno, digamos que simplemente están como puñeteras cabras. No necesitan razones. No importa por qué, pero digamos que ha ocurrido. ¿Qué haríais?

Nanook suspiró pesadamente.

—Hemos tenido una o dos cosas como éstas en ocasiones —confesó—. Pero nunca dura. Al final se forma una banda más grande que se libra de ellos. Al final se reduce a lo mismo... alguien termina pegándoles un tiro de todas formas.

Jay parecía preocupado, y Bernard horrorizado.

—No podéis dejar que la gente se tome la justicia por su mano de esa manera —insistió Bernard—. Violencia incontrolada... la ley de la jungla... y sabe Dios qué más. Simplemente no es civilizado... es la pura barbarie. Vais a tener que cambiar el sistema tarde o temprano.

—Lo estás entendiendo mal —dijo Nanook sonriendo débilmente para tranquilizarlos—. No es tan malo. Cosas como ésa no ocurren a diario... de hecho, casi nunca. Sólo a veces...

Juanita vio las expresiones en los rostros de Jay y Bernard.

—¿Afirmas que somos más violentos y bárbaros que vuestras sociedades? Jamás hemos tenido una guerra. Jamás hemos dejado caer bombas sobre casas llenas de gente que no tenía nada que ver con el asunto. Jamás hemos quemado, mutilado, cegado y volado los brazos y piernas de gente que nunca le hizo daño a nadie. Jamás le hemos disparado a

nadie que no lo mereciera. ¿Puedes decir lo mismo? Vale, el sistema no es perfecto. ¿Y el vuestro?

—Al menos no damos órdenes a otras personas para que arriesguen sus vidas en nuestro lugar —dijo Nanook, hablando con tranquilidad para apaciguar los ánimos. Juanita se estaba exaltando—. La gente que arriesga su vida es la que cree que merece la pena. Es sorprendente la cantidad de causas que no merecen la pena una vez que sabes que eres tú el que tendrá que pelear. —Meneó la cabeza lentamente—. No, esa clase de cosas no suceden a menudo.

—¿No tenéis problemas cuando los fanáticos empiezan a juntarse con causas por las que vale la pena morir? —preguntó Jay.

Nanook alzó los ojos y volvió a menear la cabeza.

—Los fanáticos son unos idiotas crédulos. Si los idiotas no aprenden, o no se callan, suelen morir jóvenes por aquí.

Un robot camarero llegó a la mesa y comenzó a servir su carga, al tiempo que charlaba sobre la calidad de las chuletas y las opciones para el postre. Bernard giró la cabeza para mirar por la ventana y pensar. Un grupo de figuras en el exterior atrajo su atención y se tensó de la sorpresa, todas ellas vestidas con uniformes militares, no lejos de la entrada principal en el área de aparcamiento de abajo. Los uniformes eran del ejército norteamericano. Algún tipo de delegación del *Mayflower II* estaba de visita, concluyó. Se le ocurrió inmediatamente que quizá fueran los visitantes con los que había ido a hablar Kath. Tras unos pocos segundos, volvió a mirar a la mesa y le preguntó a Nanook:

—¿Sabes algo acerca de otra gente de la nave de visita por aquí hoy?

Nanook parecía ligeramente sorprendido.

—Claro. Creí que lo sabías. Ha venido una gente de tu departamento para ver a Kath y a otros.

—¿Mi departamento?

—Ingeniería. Ahí es donde estás, ¿no?

Bernard frunció el ceño repentinamente.

—Así, así es. Y no sabía que iban a venir de visita. —Su preocupación se intensificó cuando se percató de las implicaciones—. ¿Quiénes son?

—Bueno, hay un general y un par más del ejército —dijo Juanita tras pensar un momento—. Y de Ingeniería viene... un tal Merrick, Leighton Merrick, eso es —miró a Nanook—. Y uno llamado Walters, ¿no...? Y otro tipo...

—Hoskins —dijo Nanook.

—Sí, Frank Hoskins —dijo Juanita—. Y al mando está ese hombre tan raro que dio aquel discurso y estaba al frente de lo de la *Kuan-yin*... Farnhill.

La preocupación de Bernard cambió a una profunda y perturbadora sospecha mientras escuchaba. Walters y Hoskins eran sus pares en rango y deberes; esto sólo podía significar que lo habían dejado fuera deliberadamente. Se quedó callado y dijo poca cosa más durante la comida mientras rumiaba y se preguntaba qué estaba pasando.

—Apuesto a que sí que lo hace —mantuvo Stanislaw—. Todas ellas lo hacen. Carson se lo hizo la pasada noche con una chavala en Cañaveral.

—¿Quién lo dice? —inquirió Driscoll.

—El mismo Carson. La muchacha tiene una casa en la ciudad... justo enfrente de la base.

—Carson no sabe qué hacer con ello —contestó Driscoll riéndose despectivamente—. Pero si todavía piensa que es para jugar.

—Sólo te digo lo que me dijo el tipo.

—Oh, en ese caso tiene que ser cierto, ¿no? Y ahora dime que Swyley es ciego al color.

A unos pocos metros de allí, el cabo Swyley hizo caso omiso de la mención a su persona mientras permanecía entre Fuller y Batesman, que estaban comparando apuntes sobre los mejores bares que habían descubierto en Franklin hasta la fecha, y observaba una aeronave que descendía lentamente hacia la isla grande del estuario. No veía ninguna razón por la que el transporte no debería ser gratis en

Quirón, como todo lo demás, y se preguntaba qué clase de conexiones se podrían hacer desde Port Norday hasta los confines más remotos del planeta. Interesante. La forma más fácil de comprobarlo probablemente sería preguntarle a cualquier ordenador quironés, ya que nadie en Quirón parecía guardar secretos acerca de nada.

A poca distancia del grupo en la dirección opuesta, Colman estaba hartándose tanto como los demás de estar allí. Era media tarde, y el grupo de Farnhill seguía en el interior sin dar señales de que fuera lo que fuese que estaban haciendo estuviera terminando. Las órdenes de la escuadra eran permanecer a la espera sin formar, lo que lo hacía más llevadero, pero las cosas empezaban a ponerse pesadas. Soltó un suspiro y por enésima vez caminó hacia la esquina del edificio para contemplar la porción superficial del complejo industrial. Tras él, Driscoll y Stanislau dejaron de hablar abruptamente acerca de la vida sexual de Carson cuando dos quironeses se detuvieron a charlar con ellos cuando iban de camino a la entrada principal.

Al menos los quironeses no se mostraban estirados, lo que aliviaba la monotonía. Una o dos horas antes, Colman había disfrutado de una larga conversación con un par de ingenieros de la planta de fusión del complejo quienes, para su sorpresa, parecían contentos de responder a sus preguntas sobre la planta. Incluso le habían ofrecido una visita guiada rápida. Lo encontró extraño, no por la forma en que los quironeses aceptaban a cualquiera independientemente de su rango o posición (ya se estaba acostumbrando a eso para ese entonces), sino porque sin duda ellos eran tan conscientes de las exigencias de la disciplina militar como él. Y sin embargo habían actuado deliberadamente como si no lo supieran, aunque fueran demasiado listos para creer que lo habían engañado. Los quironeses lo hacían todo el tiempo. Aquel hombre de la base Cañaveral prácticamente le había ofrecido a Sirocco un puesto con el equipo topográfico aunque sabía que Sirocco

no estaba en posición de aceptarlo. Cuanto más pensaba Colman en ello, más se convencía de que las acciones de los quironeses no eran ninguna coincidencia.

El comunicador de su cinto indicó una llamada de Sirocco, quien, junto a Hanlon y un par de los demás, estaban tomándose un descanso en el interior de un transporte que había despegado de Cañaveral.

—¿Qué tal va eso? —preguntó Sirocco cuando Colman respondió—. ¿La tropa todavía no se ha amotinado?

—Se quejan, pero no demasiado. ¿Alguna novedad por ahí?

—Todavía nada. Ya es hora de que te releven. Saldré dentro de un par de minutos para pasar un rato con Carson y Young. Dile a Swyley y a Driscoll que se retiren contigo. Son los que más tiempo llevan ahí.

—Lo haré. Nos vemos en un par de minutos.

Mientras devolvía el comunicador a su lugar, un murmullo ahogado recorrió la escuadra a sus espaldas, puntuado por uno o dos silbidos casi inaudibles. Se volvió para descubrir que el objeto de su aprobación era una mujer que salía por la entrada principal. Se detuvo un instante para mirar a su alrededor, vio a los soldados y empezó a caminar hacia ellos.

Tenía unos treinta y tantos, evidentemente una de los fundadores, y se movía con una elegancia señorial que era orgullosa y franca sin caer en la altivez. El cabello le caía hasta los hombros de forma natural y era de un vívido tono rubio que bordeaba el naranja a la luz del sol; su rostro era firme y bien formado, de una manera que le recordaba vagamente a Celia Kalens, aunque más juvenil, nariz y barbilla más suaves, y una boca que parecía que se reía con más espontaneidad. Era alta, de constitución media tirando a esbelta, pero bien proporcionada, y vestida con un traje de chaqueta y falda beis con rebordes en rojo óxido, elegante pero nada pretencioso, que revelaba unas pantorrillas en forma y bronceadas que se tensaban y relajaban

hipnóticamente mientras caminaba.

La mujer se detuvo y examinó con curiosidad sus caras durante un instante mientras los soldados se enderezaban y sacaban pecho de manera inconsciente.

—Ya sabéis que no tenéis que quedaros ahí de esa manera por lo que a nosotros respecta —dijo—. Podéis venir dentro si queréis. ¿Qué tal un café y algo de comer? —Las caras se volvieron instintivamente hacia Colman mientras se unía a ellos.

Colman empezó a sonreír automáticamente.

—Eso es una atención muy agradable, señora, pero tenemos órdenes y tenemos que permanecer aquí. Pero le damos las gracias. —Y luego frunció el ceño. Estaba ocurriendo de nuevo. Ella sabía puñeteramente bien que tenían que permanecer allí fuera.

Los ojos de ella se posaron brevemente en sus galones.

—¿Es usted el sargento Colman? ¿El que está interesado en Ingeniería?

Colman se la quedó mirando, sorprendido.

—Sí, lo soy. Cómo...

—He oído hablar de usted. —Sólo podía ser de boca de los quironeses con los que había hablado antes. ¿Por qué le mencionarían su nombre a ella? ¿Quién era? La mujer se acercó más y le sonrió—. Me llamo Kath. Tengo alguna conexión con los aspectos técnicos de lo que ocurre ahí dentro. Por lo que he oído, me imagino que encontrará este lugar muy interesante. Quizá cuando tenga algo de tiempo libre podría venir a conocer a algunas de las personas que trabajan aquí. Si quiere, se lo puedo decir a ellos.

Colman estaba completamente perplejo. Sacudió la cabeza como para aclararse las ideas.

—Qué... ¿Qué es lo que hace exactamente aquí?

La sonrisa de Kath se volvió traviesa como la de un duende, como si disfrutara de la confusión de Colman.

—Oh, se sorprendería.

Colman entrecerró los ojos, apenas consciente de los

murmullos envidiosos de su tropa.

—Bueno... sí, claro —dijo con cautela—. Si no supone ningún problema para nadie. Debe de haber hablado con los dos tipos que estuvieron aquí antes.

Kath asintió.

—Wally y Sam. Sólo hablé un poco con ellos porque tenía que volver junto a Farnhill y al resto de los suyos, pero por lo que dijeron, parece que sabe usted unas cuantas cosas sobre magnetohidrodinámica. ¿Dónde estudió?

—Oh, estuve en el Cuerpo de Ingenieros durante un tiempo, y supongo que he ido recogiendo unas cuantas cosillas de aquí y allí. —Si había estado acompañando al grupo de Farnhill en su visita, entonces desde luego que era algo más que una chica de los recados. Y entonces, ¿por qué demonios salía a hablar y mostrarse amable con los soldados del aparcamiento?

—¿Cuántos ingenieros más tienen aquí? —preguntó ella mirando al resto de la escuadra. Evidentemente era más una invitación para que se unieran a la conversación que una pregunta en serio. Se rebulleron incómodos e intercambiaron miradas aprensivas, incapaces de decidir si iba en serio o si simplemente se rebajaba a hablar con los soldados para divertirse riéndose de ellos.

Pero Kath hablaba con ellos sin reservas y de forma natural, y lentamente se empezaron a disipar sus inhibiciones. Empezó preguntándoles qué les parecía Franklin, y a los diez minutos ya los había cautivado a todos. Al rato estaban parloteando como escolares en una excursión de verano... incluyendo al grupo de relevo del transporte que había aparecido mientras tanto. El destacamento que iba a ser relevado parecía haberse olvidado de ello. Estaba pasando algo muy raro, se repitió Colman para sí.

Apenas se había apercebido de la figura de pelo alborotado que había aparecido en la entrada principal, cuando la figura lo reconoció a él y se paró en seco por la sorpresa. Colman captó la acción con el rabillo del ojo, y

volvió la cabeza automáticamente para encontrarse mirando a Jay Fallows. Antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, Bernard Fallows apareció a unos pasos por detrás, y se detuvo bruscamente. Era demasiado tarde para retroceder, e imposible pasar de largo. Pasaron unos cuantos segundos incómodos mientras Bernard mostraba todos los síntomas de estar pasando por una agonía de vergüenza y, al mismo tiempo, por una incapacidad aguda para hacer nada destinado a superarla. Colman no sentía que la prerrogativa de un primer movimiento fuera suya. Los ojos de Bernard iban de Colman a Kath, y Colman supo entonces que ya se habían conocido. Bernard parecía como si quisiera hablar con ella, pero que no podía con Colman presente.

Y entonces Jay, que había estado mirando a uno y otro, caminó hasta su padre y empezó a hablarle en voz baja y de manera persuasiva. Bernard titubeó, volvió a mirar a Colman, inhaló profundamente y por fin miró directamente a Colman a la cara.

—Mira, Steve, sobre aquella vez en la sala de bombas de la nave. Yo, eh... yo...

—Olvidalo —le interrumpió Colman—. Le pasa a todo el mundo. Dejémoslo estar con todo lo demás que es mejor que se quede allá arriba.

Bernard Fallows asintió y parecía aliviado, pero su expresión distaba mucho de ser alegre cuando se volvió hacia Kath, que se había separado de los demás y observaba la escena con curiosidad. Bernard parecía querer decir algo y no sabía por dónde empezar.

Jay evidentemente estaba desarrollando un gusto por la falta de rodeos quironesa.

—Tenemos cierta curiosidad por la gente que ha venido de visita —dijo Jay—. Especialmente mi padre. Es raro que no le hayan dicho nada al respecto.

Bernard pareció sobresaltarse, pero Kath no parecía ni ofendida ni sorprendida.

—Supuse que tendríais curiosidad —dijo asintiendo casi

para sí—. Nanook me lo contó. —Miró a Bernard—. No tenemos mucho tiempo para secretos —le dijo—. Farnhill dijo que es parte de una visita de intercambio, pero es simplemente una tapadera aunque no sabe que para nosotros es evidente porque jamás nos lo ha preguntado. Por eso tu jefe, Merrick, los acompaña... para evaluar si vuestros ingenieros serían capaces de manejar la planta. Ha escogido a Walters y Hoskins para ponerlos aquí por si la Junta sigue adelante con esa idea.

La sorpresa inicial de Bernard ante su candor pronto dio paso a una expresión de amargura cuando las palabras que oía confirmaron sus peores temores. Era como si se hubiera aferrado obstinadamente a un jirón de esperanza, la idea de que lo había entendido todo mal, y ahora que la esperanza había desaparecido, pareció desplomarse a la vista de todos. Jay se miró los pies mientras Colman luchaba en su interior en busca de algo que decir.

Kath los observó en silencio durante un segundo o dos. Pero por alguna razón, parecía encontrar la situación divertida. Bernard la miró con una expresión compuesta de incertidumbre y resentimiento.

—Creo que sé lo que estás pensando —le dijo ella—. Pero no te preocupes. No acataremos órdenes de Farnhill o Merrick. Hoskins no tiene mucha experiencia todavía con técnicas de alta densidad de flujo, y Walters es bueno pero descuida los detalles. Si la gente de aquí fuera a aceptar a alguien nuevo, sería a alguien que supiera lo que hace y que no dejara nada al azar, por minúsculo que fuera.

—Un momento... ¿qué estas insinuando? —preguntó Bernard, incrédulo con lo que le decían sus propios oídos y suspicaz al mismo tiempo.

Kath volvió a activar su sonrisa de duende.

—Eso es todo lo que estoy preparada para decir —replicó—. Por ahora, de todas formas. Sólo creí que te gustaría oírlo. —Se volvió a Jay para cambiar de tema—. Chang le contó cosas sobre ti a Adam, mi hijo, y Adam dice que

deberías hacerle una visita alguna vez, Jay. Vive en Franklin, así que no queda lejos. ¿Por qué no lo haces?

—Parece genial. Lo haré. ¿Cómo consigo la dirección...? en la red, claro.

—Eso es —sonrió Kath.

Jay miró a Colman, y luego miró a Bernard. Una nueva luz empezaba a aparecer en los ojos de Bernard cuando las implicaciones de lo que había dicho Kath empezaron a hacérsele claras. Jay titubeó, y luego decidió que su padre estaba del humor adecuado.

—Sabes, papá, éste es un lugar peligroso —dijo en tono ominoso—. La gente se dispara en todos lados y cosas así. Me podría meter en todo tipo de problemas si fuera por ahí yo solo. Estoy seguro de que te sentirías más feliz si tuviera protección profesional.

Bernard lo miró con suspicacia.

—¿Y ahora qué tramas?

Jay sonrió, sólo con un leve rastro de mansedumbre.

—Eh... ¿Te enfadarías mucho si le pidiera a Steve que viniera conmigo?

—Estoy segura de que a Adam le encantará —exclamó Kath. Miró a Bernard, expectante, de una forma que hubiera fundido el plato de reacción del *Mayflower II*.

Bernard miró a Kath, luego a Colman, luego a Jay, y luego de vuelta a Colman. Lo habían derrotado, y lo sabía. Pero tras el críptico comentario de Kath, no tenía muchas ganas de discutir.

—Las cosas no son tan malas, demonios. El chaval no tiene necesidad de tener a alguien a su lado para impedir que le metan un tiro —replicó. Jay, a su lado, puso cara larga. Y entonces Bernard continuó—. Pero desde luego que sí necesita a alguien que lo mantenga alejado de todas esas chicas que corretean por la ciudad. —Miró a Colman y el principio de una sonrisa seca apareció en las comisuras de su boca—. Mantén los ojos puestos en él, Steve. Se las sabe todas. —Volvió la cabeza para contemplar a su hijo con

resignación—. Y tú —gruñó—, vuelve a casa a tu hora y no digas nada de esto a tu madre.

Capítulo diecisiete

La filosofía simple y práctica del general Johannes Borftein era que todo en la vida llega al que lo busca, y si no pues se toma y ya está. Nadie iba a darle nada gratis, y nadie mantenía durante mucho tiempo algo si descuidaba la vigilancia. El nombre del juego era supervivencia. El no había hecho las reglas; estaban escritas en la naturaleza mucho antes de que él existiera.

Intentar ser civilizado y llevarse bien con todo el mundo estaba bien siempre y cuando funcionara, pero al final lo único que hacía que la gente se percatase de las palabras altisonantes que resonaban en las mesas de negociaciones era el número de divisiones (y ojivas) que las respaldaban. Y si, cuando todo lo demás fallaba, lo único que le quedaba a una nación para cuidar de sus intereses era defenderlos por la fuerza, entonces la mejor probabilidad de supervivencia estaba en comprometerse totalmente con la causa y usar todo método a mano; las medidas a medias resultaban fatales.

El precio a corto plazo era lamentable pero ¿desde cuando la naturaleza daba nada gratis? Y a largo plazo, ¿qué importaba de todas formas? Los soviéticos sufrieron veinte millones de bajas durante la segunda guerra mundial y emergieron para librar la tercera guerra mundial casi un siglo después. Y en ese conflicto los Estados Unidos habían perdido una cifra estimada de cien millones, y sin embargo habían vuelto restaurados como potencia en menos de la mitad de ese tiempo. En el mejor de los casos, el sentimentalismo de los políticos y los idealistas desencaminados subestimaban la resistencia de la raza, y en el peor, al tentar a los agresores con el cebo de presas fáciles, precipitaban las mismas guerras que deploraban. ¿Hubiera dejado tan fácilmente Hitler ese rastro de destrucción por toda Europa si

Chamberlain hubiera ido a Múnich con diez escuadrones de bombarderos pesados a la espera al otro lado del canal de la Mancha? Y cuando todas las palabras quedaban dichas y descartadas, ¿no era cierto que todo lo que valía la pena, según la historia, lo ganaban al final los generales?

Como cualquier adulto realista, Borftein había llegado a aceptar la verdad lamentable que en muchas ocasiones los planes y estrategias que aprobaba resultarían en muertes, a menudo de formas agónicas y terribles, pero había aprendido a «objetivizar su perspectiva» con el despego requerido por su profesión. Las cifras de muertos y heridos previstos para una operación eran presentados por sus analistas como «factor de pérdidas» y «factor de capacidad de combate reducida», respectivamente; una ciudad seleccionada para ser incinerada junto con sus habitantes había sido «designada»; y un área empapada de napalm y saturada de explosivos de gran potencia era objeto de «reconocimiento exploratorio agresivo»; y una aldea bombardeada como advertencia de los peligros de albergar insurgentes se convertía en objeto de una «reacción protectora». Así eran las reglas.

Como comandante de artillería cuando contaba con treinta y pocos años, había visto que la causa de Sudáfrica era una causa perdida en definitiva, y la había abandonado para ofrecer sus servicios y experiencia al emergente Nuevo Orden de la Gran Norteamérica, donde buscaban con ansia veteranos en tácticas de contrainsurgencia y en desórdenes civiles para ayudar en la «renormalización» del caos engendrado tras la guerra. Escalando rápidamente promociones en el seno de una elite a la que se confió el poder militar de la nueva nación, Borftein tuvo la visión de llegar a comandar una fuerza capaz de poner al mundo entero de rodillas. Pero la visión fue breve. Se presentó una oportunidad de oro cuando Asia, que en aquel entonces era el único rival serio, se vio dividida por las luchas intestinas por la supremacía entre China y la alianza India-Japón. Pero

la oportunidad se fue perdiendo mientras los políticos flaqueaban, y al final se perdió del todo con el éxito de China y la subsiguiente consolidación de la Federación del Este de Asia. Después de aquello, el futuro sólo contenía la perspectiva de una colisión directa entre las dos mitades del globo y más décadas sin gloria de tumultos y escaramuzas para hacerse con los pedazos que quedaran. Las condiciones para lanzar un gran designio global no volverían a darse en su vida. Y así había partido con el *Mayflower II* en busca de un destino más gratificante. Era irónico, pensaba para sí muchas veces, que la impaciencia y la inquietud lo hubieran conducido a una decisión que lo inmovilizaría en el espacio durante veinte años.

Su impaciencia empezaba a hacerse notar de nuevo, mientras Borftein estaba sentado en las salas del juez William Fulmire, magistrado supremo del *Mayflower II*, escuchando a Howard Kalens y Marcia Quarrey discutir sobre los puntos más abstrusos de la constitución de la Misión, mientras en la superficie los soldados fraternizaban abiertamente con los que podían convertirse en el enemigo, y a dos años de distancia en el espacio, la nave estelar de la FEA se acercaba día a día. Las noticias de la Tierra hablaban de un conflicto a tres bandas que arrasaba África, las naciones negras enfrentándose a los árabes del norte y los blancos del sur, fuerzas australianas desembarcando en Madagascar, y los europeos maniobrando desesperadamente para extinguir las llamas mientras la FEA las alimentaba con alegría. Esas noticias hacía mucho que debían haber sobrepasado a la Pagoda, y nadie sabía cuáles serían las intenciones de los que iban a bordo. No era momento de perder tiempo en párrafos de sintaxis ambigua y finuras legales.

Aunque las encuestas le seguían dando un cómodo margen, a Kalens le preocupaba que aunque fuera jefe ejecutivo, la división de poder en el Congreso de la Misión le impidiera ejercer la autoridad que creía que exigía la

situación. Sólo un líder fuerte con el poder de actuar decisivamente tendría oportunidad de resolver los problemas, y la constitución del *Mayflower II* estaba diseñada para impedir la aparición de alguien así. Su espíritu era un anacronismo heredado de la antigüedad cuando una recién fundada federación había buscado protegerse ante un espíritu de independencia colonial renovado, y el sistema de gobierno había encarnado ese espíritu de manera bastante efectiva. Ese era el problema.

Según lo veía Borftein, con él mismo y el ejército respaldándolo, Kalens tenía toda la autoridad que necesitaba... siempre y cuando, por supuesto, ganara las próximas elecciones. Pero tras hablar con Sterm acerca del asunto, Kalens había aceptado que una intentona de imponer abiertamente la autoridad sobre Quirón corría el riesgo de alienar a la población de la Misión. Se requería un enfoque más sutil.

—Al final, los instintos humanos se aferran a lo conocido y familiar —sermoneó Kalens a Borftein más tarde—. Un compromiso visible con el orden como alternativa al desorden de este planeta es la forma de mantener la cohesión. No podemos permitirnos ponerla en peligro. —Así que Borftein había aceptado jugar al juego a su manera, que se basaba en las precauciones insertadas en las leyes para afrontar las circunstancias anormales de un viaje de veinte años por el espacio.

Para permitir una respuesta rápida y efectiva ante las emergencias, el director de la Misión tenía el poder de suspender el proceso democrático representado por el Congreso y asumir la autoridad de manera total y única durante las situaciones de emergencia que declarara. Aunque esta prerrogativa era vista como una concesión a los factores desconocidos del vuelo interestelar y sólo aplicable hasta el final del viaje, el juez Fulmire había confirmado la interpretación de Kalens de que técnicamente seguía vigente hasta que el mandato de Wellesley expirara. La pregunta

ahora era: ¿podía extenderse esta prerrogativa a quien se convirtiera en el jefe ejecutivo de la nueva administración, y si era así, quién tenía poder para realizar una enmienda de ese tipo? El pleno del Congreso podría, por supuesto, pero no lo haría porque eso supondría votar su propio cese. ¿Podía hacerlo Wellesley bajo los privilegios de los que estaba dotado y que seguían vigentes técnicamente?

Kalens había argüido que Wellesley tenía la capacidad de hacerlo, según le habían dicho un par de abogados con los que había hablado el día anterior. Al mismo tiempo, sin embargo, los abogados le habían advertido que el asunto quedaría sujeto a sentencia de la judicatura, y Kalens había venido con la intención de obtener por adelantado un vislumbre del veredicto final, dando a entender que una resolución favorable no caería en el olvido en tiempos venideros. El intento le había salido por la culata de forma espectacular.

—¡No tomaré parte en artimañas de ese tipo! —exclamó el juez—. Todo esto es tremendamente irregular, como bien sabe usted. Una sentencia debe ser producto del proceso legal procedente, y sólo de ese proceso. Así es como debe solventarse el asunto. Lo que me pide es imperdonable.

—Nuestra gente tiene derecho a esperar la protección continuada de un sistema legal debidamente constituido, y este planeta no tiene ninguno —arguyó Kalens—. Hubiera creído que la ética de su profesión le haría cooperar con cualquier medida destinada a establecer uno. El propósito de esta enmienda es precisamente ése.

—Por el contrario, conferiría poderes virtualmente dictatoriales —restalló Fulmire—. Una legalidad establecida por medios ilegales carece de validez.

—Pero ya me ha confirmado que la cuestión de la ilegalidad no está presente —señaló Kalens—. La cláusula de emergencia se aplica hasta la celebración de elecciones.

—Pero no se especifica el derecho del director a extender ese privilegio a su sucesor —replicó Fulmire—. No puede

intentar sonsacarme ninguna forma de respaldo concerniente a la posible resolución de tal asunto. Mi presunción de poder darle tal respaldo sería altamente ilegal, así como cualquier acción consiguiente que usted emprendiera. Repito, no tengo nada más que decir.

—Entonces invoque los artículos de seguridad —dijo Borftein removiéndose en su sillón por el cansancio que le producía todo el asunto—. Es un asunto de seguridad, ¿no es así? Los quironeses nos lo han dejado a nosotros por omisión, y su seguridad está en juego además de la nuestra. La Pagoda está sólo a dos años de distancia. Alguien tiene que ponerse al timón de todo esto.

Fulmire hizo un gesto en dirección a los libros y documentos esparcidos sobre su mesa.

—Los artículos de seguridad permiten al Congreso votar la concesión de poderes excepcionales a la Junta en el caso de amenazas para la seguridad demostrables, y que la Junta delegue sus poderes extraordinarios al jefe del ejecutivo una vez que *hayan votado* tales poderes. No prevén que el jefe del ejecutivo asuma esos poderes por sí mismo, y por tanto tampoco puede hacerlo para su sucesor.

Se produjo un breve silencio, y el empate continuó. Entonces Marcia Quarrey se apartó de la ventana desde la que había estado contemplando el distrito de Columbia.

—Creía que antes había dicho que existía un artículo para asegurar el traspaso de poderes extraordinarios si lo requería la situación de seguridad —dijo con el ceño fruncido.

—Cuando estábamos discutiendo la cláusula de continuidad de cargo —sugirió Kalens.

Fulmire reflexionó durante un momento, y luego se reclinó en su sillón para ojear uno de los libros abiertos.

—Eso estaba bajo «situaciones de emergencia», no «seguridad» —dijo tras unos momentos, sin levantar la vista—. Bajo los artículos para emergencias que pudieran surgir *durante el viaje*, el director puede declarar disuelto el Congreso tras declarar que existe una condición de

emergencia.

—Sí, lo sabemos —dijo Quarrey—. Pero ¿no había también algo sobre los mismos poderes pasando al subdirector?

Fulmire giró la cabeza para consultar otra cláusula, y tras un momento asintió a regañadientes con la cabeza.

—Si el director es declarado incapacitado o queda excluido de cualquier otra manera de las labores de su cargo, entonces el subdirector automáticamente asume todos los poderes previamente otorgados al director —afirmó.

Kalens alzó bruscamente la cabeza, interesado.

—Así que si el director ha disuelto previamente el Congreso para ese entonces, ¿la misma situación persistiría bajo el nuevo director? —Pensó durante un momento y prosiguió—: Supongo que sí, seguramente. El objetivo, obviamente, es asegurar la continuidad de las medidas adecuadas tomadas en el curso de una emergencia.

Fulmire parecía turbado pero al final se vio obligado a asentir.

—Pero, para empezar, tal situación sólo podría darse si una condición de emergencia estuviera declarada de *antemano* —advirtió—. No se podría aplicar de ninguna manera a las presentes circunstancias.

—¿No cree que una nave llena de asiáticos que vienen hacia nosotros armados hasta los dientes es una emergencia? —preguntó Borftein sarcásticamente.

—Sólo el director tiene la prerrogativa de decidir eso —le dijo Fulmire con frialdad.

La discusión continuó durante un rato más sin lograr ningún avance posterior, pero Kalens parecía más pensativo y menos insistente. Al final, los demás se marcharon y Fulmire se quedó mirando con expresión preocupada su escritorio. Al fin activó la terminal situada junto a su sillón que había desactivado antes en respuesta a la petición de Kalens de «una o dos opiniones informales que preferiría que no quedaran registradas».

—¿Qué servicio desea? —preguntó la terminal.

—Comunicaciones —respondió Fulmire hablando con lentitud y con expresión pensativa todavía—. Encuentra a Paul Lechat y pónmelo si no está ocupado, por favor. Y dirige la llamada a un canal seguro.

Capítulo dieciocho

—Lo que sigo sin comprender es qué motiva a esta gente —le comentó Colman a Hanlon mientras caminaban con Jay camino de la casa de Adam—. Todos parecen trabajar duro, pero ¿para qué trabajar si nadie te paga nada?

Un vehículo rodante pasó cerca de allí y varios quironeses les saludaron desde las ventanillas.

—No puede ser exactamente eso —dijo Jay—. Esa mujer de la que estaba hablando le dijo a Jerry Pernak que un trabajo de investigador en la universidad se pagaba bastante bien. Así que algo tiene que haber.

—Bueno, lo que es seguro es que no se paga con dinero. —Colman volvió la cabeza hacia Hanlon—. ¿Tú qué dices, Bret?

Cuando Jay llamó esa mañana, Adam le había dicho que invitara a tantos terrestres como quisiera. Jay se puso en contacto con Colman en la escuela que el ejército usaba como barracones provisionales en Ciudad Cañaveral, pero Colman empezó a explicarle que había reservado la tarde para otras cosas... de hecho, pretendía averiguar más cosas sobre Port Norday mediante los ordenadores quironeses. Sin embargo, cambió de planes cuando Jay mencionó que Kath estaría allí de visita para ver a sus nietos. Después de todo, razonó Colman, no había mejor fuente de información sobre Port Norday que Kath. Como Hanlon estaba fuera de servicio, Colman lo había invitado a venir también a la excursión.

—Espero que no estés esperando una respuesta —dijo Hanlon—. Para mí es chino... —Entonces redujo el paso e inclinó la cabeza para indicar el otro lado de la calle—. Al que deberías preguntarle es a ese tipo —sugirió.

Los otros dos siguieron la dirección de su mirada para encontrarse con un quironés que llevaba un mono y un sombrero verde con una pluma roja pintando la parte inferior

de la pared de una de las casas. A su lado había una máquina con patas, un batiburrillo de contenedores, válvulas y tubos por un extremo y erizada de taladros, sierras y herramientas diversas por el otro. En frente había aparcado un vehículo de tierra con un brazo extensible multisección acabado en una plataforma de trabajo; y a unos metros del pintor un robot manchado de pintura, que parecía un aprendiz inexperto, lo observaba con atención. El quironés era uno de los más viejos que Colman había visto, con un rostro moreno y desgastado; pero lo que intrigó aún más a Colman fue la casa en sí, que estaba construida según los patrones propios de la Tierra de hacía cien años: construida con madera de verdad y cubierta de pintura. No era el primer anacronismo de ese tipo que había visto en Franklin, donde diseños de tres siglos de antigüedad coexistían felizmente con coches de levitación magnética y plantas modificadas genéticamente, pero no había tenido la oportunidad de estudiar uno de cerca antes.

El pintor miró al otro lado de la calle y se percató de que lo observaban.

—Buenos días —comentó, y continuó con su trabajo. La superficie que estaba pintando había sido limpiada a fondo, las oquedades habían sido rellenadas, la pared pulida y dada una capa de pintura base, un par de planchas habían sido reemplazadas y un alféizar reparado, todo ello como fase previa a la pintura. El trabajo de carpintería era limpio y eficiente, y las planchas de las paredes encajaban con precisión; el pintor trabajaba con movimientos lentos y pensados que dejaban la pintura sobre la madera sin brochazos discernibles o zonas de diferente intensidad. Los tres terrestres cruzaron la calle y se quedaron mirando un rato el trabajo del pintor.

—Buen trabajo —comentó Hanlon al final.

—Me alegro de que lo crea así —prosiguió el pintor.

—Es una casa muy bonita —dijo Hanlon tras otro breve silencio.

—Sip.

—¿Suya?

—Nones.

—¿De algún conocido? —preguntó Colman.

—Pues sí. —Eso pareció explicar algo a los terrestres hasta que el pintor añadió—. ¿Acaso no es como si, en cierto modo, todo el mundo conociera a todo el mundo?

Colman y Hanlon se miraron con expresiones confusas. Obviamente no llegarían a ningún lado si no eran más directos. Hanlon se limpió las manos sobre las perneras de su pantalón.

—Bueno, ah... no queremos ser entrometidos ni nada por el estilo, pero por pura curiosidad, ¿por qué la está pintando? —preguntó.

—Porque necesita que la pinten.

—¿Y por qué le importa el que la casa de otro necesite pintura o no?

—Soy un pintor —dijo el pintor por encima del hombro—. Me gusta ver un trabajo bien hecho. ¿Por qué si no lo haría? —Retrocedió un paso, examinó su obra con ojo crítico, asintió para sí, y dejó caer la brocha en una solapa de su taller ambulante, donde una garra empezó a hacerla girar en disolvente—. En todo caso, la gente que vive aquí hace fontanería, tienen un bar en la ciudad y uno de ellos enseña a tocar la tuba. A veces necesito que me arreglen las cañerías, me gusta ir a la ciudad a tomarme una copa de vez en cuando, y puede que un día uno de mis hijos quiera aprender a tocar la tuba. Ellos arreglan grifos, yo pinto casas. ¿Qué tiene de raro?

Colman frunció el ceño, se frotó el entrecejo y al final alzó las manos con un suspiro.

—No... no estamos haciendo la pregunta adecuada, se nos escapa. Pongámoslo de esta manera... ¿cómo puede *determinar* quién le debe qué a quién?

El pintor se rascó la nariz y se quedó mirando a la tierra por encima de su nudillo. Estaba claro que la idea le era

nueva.

—¿Cuándo sabe que ya ha hecho suficiente trabajo? —dijo Jay, intentando ponérselo más fácil.

El pintor se encogió de hombros.

—Pues lo sé. ¿Cómo saben ustedes que ya han comido lo suficiente?

—Pero suponga que varias personas tienen ideas diferentes sobre ello.

El pintor volvió a encogerse de hombros.

—Pues está bien. Diferentes personas valoran las cosas de manera diferente. No se le puede decir a otro que ya ha comido suficiente.

Hanlon se lamió los labios mientras intentaba comprimir sus ciento una objeciones en pocas palabras.

—Ah, sí, claro, pero ¿cómo se pueden hacer las cosas con un acuerdo como ése? Quiero decir, ¿qué impide a un tipo decidir que no va a hacer nada excepto tomar el sol tumbado en la hierba?

El pintor parecía dubitativo mientras inspeccionaba el alféizar, que era su siguiente paso.

—Eso no tiene mucho sentido —murmuró pasado un rato—. ¿Por qué querría alguien permanecer en la pobreza si no tiene por qué? Eso sería una extraña forma de vivir la vida.

—No se saldría con la suya, seguramente —dijo Jay con incredulidad—. Quiero decir, no le dejarías seguir yendo a los sitios a coger las cosas que quisiera. ¿No?

—¿Por qué no? —preguntó el pintor—. Uno sentiría lástima de alguien así. Lo mínimo que podrías hacer sería asegurarte de que estuviera alimentado y bien cuidado. Tenemos unos cuantos así, y eso es lo que pasa con ellos. Es una lástima, ¿pero qué se puede hacer en esos casos?

—No lo entiende —dijo Jay—. En la Tierra hay mucha gente que lo vería como el sueño de su vida.

El pintor le clavó la mirada durante un momento y asintió lentamente.

—Mmm... me imaginaba que debía ser algo por el estilo

—les dijo.

Cinco minutos después, los tres terrestres doblaron una esquina y empezaron a seguir un sendero que corría junto a un arroyo y que los llevaría a la casa de Adam. Estaban pensativos y se habían dicho poca cosa desde que se despidieron del pintor. Tras recorrer una corta distancia, Jay redujo el paso y al final se detuvo por completo, contemplando un grupo de altos árboles quironeses que se alzaban al otro lado del arroyo junto a unos cuantos olmos y arces más familiares que evidentemente eran de origen terrestre: modificados genéticamente por los robots de la *Kuan-yin* para crecer en suelo alienígena. Los dos sargentos esperaron, y tras unos segundos miraron en la dirección que miraba Jay con curiosidad.

Los troncos de los árboles quironeses estaban cubiertos por ásperas placas que se solapaban y parecían escamas de reptil antes que corteza, y las ramas se apiñaban juntas en lo alto cerca de las copas de una forma que recordaba a las secuoyas californianas, curvándose hacia fuera y hacia arriba para soportar cúpulas de follaje como las caperuzas de setas gigantes, pero que se volvía progresivamente amarillento hacia la cima, alrededor de la cual varias criaturas voladoras, dotadas de pelaje y del tamaño de un gato, daban vueltas en círculo sobre el árbol y parloteaban incesantemente entre ellas.

—No lo parece a simple vista, pero la cosa amarilla de ahí arriba no es parte de los árboles en absoluto —dijo Jay señalando las copas de los árboles—. Jeeves me lo contó. Es una especie completamente diferente... una especie de helecho. Sus esporas se alojan en los brotes cuando los árboles comienzan a brotar del suelo y permanecen durmientes durante muchos años mientras el árbol crece y así les da un viaje gratis hacia las alturas donde hay más luz solar. Invade los brotes de las hojas y se alimenta del sistema vascular del árbol.

—Mmm... murmuró Colman. La botánica no era su

fuerte.

Hanlon intentó parecer interesado, pero su mente seguía con el pintor. Tras unos segundos miró a Colman.

—Sabes, he estado pensando. La gente que en la tierra sería envidiada aquí son tratados de la misma manera que nuestros locos. ¿Crees que para los quironeses todos estamos locos?

—Da que pensar, sí —replicó Colman con vaguedad. La misma idea se le había ocurrido mientras hablaba el pintor. Realmente te hacía pensar.

El estruendo de algo frágil que golpeaba el suelo y el tintineo de porcelana fragmentada atravesaron la puerta que separaba la sala de estar de la cocina. Adam, que estaba repantingado sobre el sofá bajo el ventanal, gimió entre dientes. Con veinticinco años o así, era bastante mayor de lo que Colman había supuesto, y tenía una constitución delgada y fibrosa con un rostro de rasgos intensos acentuados por ojos negros y relucientes, una barba corta y bien recortada, y pelo negro ondulado. Estaba vestido con una camisa de tartán de color principalmente rojo, y vaqueros de color azul claro, lo que aumentaba la impresión de Colman de estar frente a una persona que entremezclaba una actitud poco formal ante los aspectos materiales de la vida con una apasionada dedicación a las tareas intelectuales.

A los pocos segundos apareció Lurch^[3] en el umbral, el robot doméstico que aparentemente formaba parte indispensable de cualquier entorno en Quirón en el que hubiera niños.

—Se cayó —anunció—. Lo siento muchísimo, jefe. Ya he pedido un reemplazo.

Adam gesticuló resignadamente con un brazo.

—Vale, vale. No te pongas en plan penitente. ¿Qué tal si lo limpias?

—Oh, sí. Tendría que haber pensado en eso. —Lurch giró en redondo y volvió a meterse en la cocina. Llegó el sonido

de una puerta que se abría y el estrépito de algo que era sacado de un armario.

—¿Eso pasa a menudo? —preguntó Colman desde su asiento, del que habían retirado una pila de libros y algunos pájaros disecados para hacerle sitio cuando había llegado hacía una hora.

—Es un desastre de torpe —dijo Adam en tono cansado—. Tiene un fallo en algún lugar de sus circuitos visuales... o algo así. No lo sé.

—¿No puedes hacer que lo arreglen? —preguntó Colman. Adam hizo un gesto de indefensión.

—¡Los niños no me dejan! Dicen que no sería el mismo si lo arreglara. ¿Qué puedo hacer?

—No le dejaríamos, es cierto —le dijo Kath a Lobby, de ocho años, que estaba sentado con ella al otro lado de la sala donde habían estado intentando dominar las complejidades del ajedrez—. Lurch es la mitad de la diversión de venir aquí.

—Tú no eres la que tiene que vivir con él, mamá —le dijo Adam.

Unas voces distantes se llamaban entre sí más allá de la ventana desde algún lugar del terreno boscoso que rodeaba la casa. Hanlon y Jay habían ido con Tim, el otro hijo de Adam, que tenía once años, y la novia de Tim para ver algo de la fauna de Quirón. Tim parecía ser una autoridad en el tema, sin duda había heredado ese rasgo de Adam, que estaba especializado en biología y geología y pasaba mucho tiempo recorriendo el planeta, normalmente con sus tres hijos.

O al menos con los tres que vivían con él. Adam tenía otros dos más que vivían con una «compañera de habitación» anterior llamada Pam en una base ártica en el extremo norte de Selene. El padre de Adam también vivía allí; se había separado de Kath hacía varios años. La compañera actual de Adam, Barbara, había volado a la base ártica para una visita de dos semanas y se había llevado a una hija (suya, pero no de Adam) que vivía con ellos en

Franklin. Barbara también tenía intención de visitar a los otros dos hijos de Pam y Adam, ya que Pam y ella eran buenas amigas. En Quirón no existía ninguna institución comparable al matrimonio, y no había normas sociales que impusieran relaciones monógamas o permanentes entre los individuos... o en general, no había normas que indicaran que los individuos tenían que ceñirse a ningún patrón de comportamiento predeterminado en absoluto.

Adam no pareció especialmente sorprendido cuando Hanlon expresó sus reservas sobre la sabiduría de tal actitud, y contestó que en Quirón las relaciones personales eran consideradas asuntos personales. Algunas parejas escogían comprometerse uno con otro y con su familia, otras no, y no era asunto de la sociedad ni de nadie comentar nada al respecto. En su opinión, dijo Adam, la idea de que alguien se arrogue la presunción de poder dictar estándares morales para los demás y que además se esforzara en imponerlos era «obscena».

Adam también tenía una hermana mayor, para sorpresa de los terrestres, que diseñaba instrumental de navegación para naves espaciales en un establecimiento ubicado en el interior de la península, un hermano gemelo que era arquitecto y que se rumoreaba que se estaba haciendo muy amigo de una pelirroja vivaz del *Mayflower II*, que Colman no podía ubicar, una hermana menor que vivía con otros dos adolescentes en alguna parte de Franklin, y otro medio hermano menor, que no era hijo de Kath, que estaba con su padre en Selene. Era muy confuso.

—Pero ¿este tipo de cosas no perturba a los niños cuando pasa? —preguntó Hanlon con inquietud.

—No tanto como quedarse encerrados en el interior de una caja con dos personas que no se soportan mutuamente —replicó Adam—. ¿Qué sentido tendría eso cuando tienen un centenar de familiares en el exterior?

—Nos morimos de ganas de conocer a tu hermana —dijo la novia de Tim, con un brazo sobre el de Tim por un lado y

el otro sobre el de Adam.

—Su madre también se muere de ganas —replicó Jay secamente.

Colman consiguió que Adam empezara a hablar sobre su trabajo y el entorno físico y biológico del planeta en general. Quirón tenía prácticamente la misma edad que la Tierra, dijo Adam, habiéndose formado junto a su estrella por el mismo tipo de onda de choque de gas interestelar que había precipitado la condensación del Sol y sus vecinos a partir de nubes de gases. Era una idea intrigante, sugirió Adam, que los cuerpos de la gente que ahora nacía en Quirón y en la Tierra incluían los mismos elementos pesados formados en la misma estrella de primera generación: la que había ocasionado la onda de choque cuando explotó al convertirse en supernova.

—Puede que hayamos nacido a años luz de distancia los unos de los otros —le dijo a Colman—. Pero la materia de la que estamos hechos proviene del mismo lugar.

La superficie de Quirón se había formado mediante el mismo tipo de proceso tectónico que había dado forma a la Tierra, y los científicos quironeses habían reconstruido la mayor parte de su historia de derivas continentales, creación de cordilleras, sedimentación, vulcanismo y erosión. Como la Tierra, poseía un campo magnético que se invertía periódicamente y que había dejado una historia coherente escrita en los suelos oceánicos cuando se expandían y enfriaban a partir de las fallas de las cordilleras oceánicas; el complicado ciclo de mareas inducido por los satélites gemelos de Quirón; y un análisis de los patrones sísmicos del planeta había resultado en un mapa de las fallas de transformación y zonas de subducción, junto a las cuales se encontraban la mayoría de los cinturones volcánicos y sísmicos.

La forma de vida más interesante era una especie de criaturas simiescas que poseían ciertos atributos felinos. Habitaban en una región al norte de Occidena y eran conocidos como «gatorilas», nombre acuñado por los

fundadores cuando siendo niños recibieron las primeras imágenes enviadas por las sondas de reconocimiento de la *Kuan-yin* hacía muchos años. Eran omnívoros que habían evolucionado a partir de carnívoros puros, poseían un orden social altamente desarrollado, y empezaban a experimentar con la manufactura de herramientas manuales simples. Los quironeses observaban con interés a los gatorilas, pero en general no interferían con ellos a menos que los atacaran, cosa que ocurría raramente porque los gatorilas se llevaban la peor parte en esos casos. Otras formas de vida peligrosas y notables incluían a los *daskrend*, sobre los que Jay ya le había hablado a Colman, varios reptiles venenosos e insectos de gran tamaño que se concentraban principalmente en los alrededores del sur de Selene y el istmo que lo conectaba a Terranova, aunque algunas especies se extendían tan lejos como el *Mediquironio*, un mamífero volador que habitaba en Artemia y que poseía unas garras mortíferas y un pico con colmillos y que se abalanzaba desde lo alto sobre cualquier cosa a la vista, y varias especies de depredadores de apariencia canina, felina y ursina que vagaban por extensiones de los cuatro continentes en grado variable.

Colman recordó lo que Jay había dicho acerca de la costumbre quironesa de ir armado fuera de los asentamientos, y supuso que se remontaba a los días en que los fundadores se habían aventurado por primera vez fuera de sus bases. Conociendo cómo eran los niños, supuso que eso debió de ocurrir cuando todavía eran bastante jóvenes, lo que significaba que debieron aprender a cuidar de sí mismos muy pronto, con máquinas o sin ellas. Eso probablemente tenía mucho que ver con el espíritu de confianza en uno mismo que era evidente entre los quironeses.

—¿Cómo podría ser de otra forma? —dijo Adam cuando Colman le preguntó al respecto—. Claro que tuvieron que aprender a usar armas. Ya sabes cómo son los chavales. Las máquinas no podían estar en todos lados en cualquier ocasión. Pregúntale a mi madre, no a mí.

Kath sonrió desde el otro lado de la habitación.

—Yo pertenecía a la primera remesa que fue creada. Había un centenar de nosotros. León, el padre de Adam, era otro de ese grupo. Llamábamos a la máquina que nos enseñaba a usar las armas Mickey Mouse porque tenía unos sensores que parecían unas enormes orejas negras. Maté a un daskrend cuando tenía seis años... o puede que menos. Se abalanzó contra León desde debajo de una roca, por eso los satélites no lo divisaron. Todavía cojea de una pierna hoy en día. —Emitió una risilla suave—. Pobre León, me recuerda a Lurch.

Colman abrió los ojos de par en par mientras escuchaba la historia.

—Nunca pensé en ello de verdad —admitió—. Pero supongo que... sí, tuvo que ser así. Vuestros niños de hoy no parecen muy diferentes, tampoco.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kath.

Colman hizo un gesto indefinido y movió la cabeza inconscientemente en dirección a Bobby y Susie.

—Tienen la cabeza sobre los hombros, tienen confianza en su inteligencia y confían en sus propios juicios. Eso es bueno.

—Bueno, me alegra oír que al menos un terrestre opina eso —dijo Bobby—. Ese hombre que estaba el otro día en la ciudad hablando sobre cosas invisibles en el cielo, diciendo que era malo tener niños no parecía opinar lo mismo. Dijo que sufriríamos para siempre después de muertos. ¿Cómo lo sabe? Nunca ha estado muerto. Es ridículo.

—En el mercado oí decir a una mujer que los muertos le hablaban —le contó Susie—. Eso es aún más ridículo.

—No todos son así, ¿no? —preguntó Bobby mirando esperanzado a Colman.

—No todos, supongo —replicó Colman con una sonrisa. Se volvió hacia Adam y luego hacia Kath—. Vosotros, eh... no parece que haya una religión organizada por aquí, al menos por lo que he visto. ¿Es cierto? —Al haber crecido teniendo

que aceptarlo como parte de su vida, no se le había escapado el detalle.

Adam pareció pensárselo durante largo rato.

—No... —dijo con lentitud al final—. Estamos sobre nuestra propia partícula de polvo en algún lugar de un gas de galaxias. Inventarnos ángeles guardianes para que nos hagan compañía no cambiaría ese hecho. Si lo hacemos bien o no es cosa nuestra. Si la fastidiamos, el universo de ahí fuera no se dará por enterado. —Hizo una pausa estudiando la expresión en la cara de Colman y luego prosiguió—: Tampoco es algo tan frío y desolador, si te paras a pensarlo. Ciertamente, significa que tenemos que arreglárnoslas sin hermanos mayores sobrenaturales que controlen a la naturaleza por nosotros y que resuelvan nuestros problemas, pero ¿y qué perdemos si no existieran de todas formas? Por otro lado, tampoco tenemos que temer todas las tonterías que se inventan junto con esas cosas. Eso significa que somos completamente libres de decidir nuestro propio destino y confiar en nuestra razón. Para mí, tampoco es una sensación tan mala.

Colman titubeó durante un segundo mientras contrastaba la filosofía de Adam con los dogmas que estaba acostumbrado a escuchar.

—Yo, ah... conozco a unas cuantas personas que dirían que eso es muy arrogante —aventuró.

—¿Arrogante? —Adam sonrió para sí—. Son ellos los que están seguros de «saber», no yo. Sólo estoy haciendo la mejor interpretación posible de los hechos que tengo. —Reflexionó un instante más—. De todas formas, la arrogancia y el orgullo no son la misma cosa. Estoy orgulloso de ser humano, por supuesto.

—También te dirían que la modestia es mejor virtud —dijo Colman.

—Y lo es —concedió Adam al instante—. Pero una cosa es modestia y otra negarse a uno mismo.

Colman miró inconscientemente a Kath en busca de su

opinión.

—Si lo que quieres decir son sistemas de creencias basados, pese a las evidencias superficiales en contra, en obsesión morbosa con la muerte, el odio, la decadencia, deshumanización y la humillación, entonces la respuesta a tu pregunta es no —dijo mirando a Colman. Miró a sus nietos—. Pero si la dedicación a la vida, al amor, al crecimiento y a los poderes de la creatividad humana entran dentro de tu definición, entonces, sí, se puede decir que Quirón tiene su religión.

Para cuando regresaron los demás todo el mundo estaba hambriento, y Kath y Susie decidieron prescindir de los servicios del chef automático de la cocina y llevar a cabo experimentos en el antiguo arte de la cocina, usando nada más que batidora, licuadora, ralladora, peladora, la cocinilla autorregulable y sus propias manos. El resultado fue declarado un éxito por acuerdo unánime, y durante la comida los terrestres hablaron principalmente de los acontecimientos más memorables del viaje mientras Kath mostraba curiosidad por saber más acerca del sistema de propulsión del *Mayflower II* con expectativas a la visita que estaba previsto que hiciera la delegación quironesa. Colman descubrió, sin embargo, que no podía añadir mucha más información a la que ya había recopilado ella.

Entonces surgió la pregunta de qué hacer durante el resto de la tarde.

—Tim nos ha estado contando cosas sobre esa academia de artes marciales a la que pertenecen él y la joven damita aquí presente —dijo Hanlon—. Parece ser un lugar interesante. Tengo la sospecha de que Jay suspira por ir a echarle un vistazo, y creo que iré a acompañarle.

—¿Yo? —exclamó Jay—. Iré contigo, por supuesto, pero pensaba que el que no podía resistirse eras tú.

—Bret es instructor de combate sin armas en el ejército —explicó Tim.

Adam se disculpó por no acompañarles aduciendo que

tenía trabajo que hacer, y Bobby y Susie querían ir a una comedia musical que tendría lugar en un par de horas. Colman supuso que Kath querría ir con ellos, lo que lo dejaría teniendo que decidir a cara o cruz qué espectáculo quería ver; pero para su sorpresa, Kath sugirió que fueran los dos solos a tomar una copa por ahí.

—De todas formas, ya la he visto más veces de las que puedo contar —le susurró a modo de explicación. ¿Y quién era él para rechazar una oferta así, se preguntó Colman? Pero al mismo tiempo no pudo evitar una sensación furtiva de que todo era muy extraño.

Kath sugirió un lugar en la ciudad llamado Las Dos Lunas, que era donde acudían habitualmente ella y sus amigos en busca de diversión y compañía, y que estaba a la distancia adecuada para dar un refrescante paseo vespertino. De camino pasaron por la casa ante la cual se habían parado Colman y sus compañeros ese mismo día, lo que le hizo mencionar el robot del pintor.

—Parecía como si estuviera aprendiendo el oficio —dijo Colman.

—Y probablemente fuera así —replicó Kath—. Es posible que el hombre que viste estuviera empleando un día o dos relajándose mientras ejercía su oficio. Es agradable tener máquinas que se ocupan de las cosas cuando se convierten en faenas que cansan.

—¿A la gente no le preocupa que la reemplace un chip?

—Si un chip puede hacer el trabajo de alguien, entonces probablemente la vida de ese hombre estaría mejor empleada haciendo otra cosa.

Tras un breve silencio, Colman volvió a hablar:

—Sobre todos esos robots... ¿exactamente cómo de listos son?

—Están controlados por sofisticados programas que se adaptan y aprenden distribuidos en los ordenadores de la red, eso es todo. No me imagino que la técnica sea muy diferente a la que estás acostumbrado.

—Así que no son inteligentes en realidad... ¿autoconscientes, o algo así?

Kath soltó una risa breve.

—Por supuesto que no... pero engañan, ¿verdad? Tienes que recordar que han evolucionado a partir de sistemas que fueron diseñados para adaptarse al entorno y enseñar a los niños. Uno proyecta muchas cosas en lo que cree que dicen.

—Pero parecen tener una intuición para hacer juicios de valor humano —objetó Colman—. Saben demasiado bien cómo piensa la gente.

Kath volvió a reírse.

—¿Sí? La verdad es que no, sabes. Si escuchas atentamente, no *producen* gran cosa propia, si es que lo hacen, aparte de información factual y objetiva. Le dan la vuelta a lo que les dices y te lo vuelven a lanzar como preguntas, pero tú no lo oyes de ese modo. Crees que te están diciendo algo que en realidad no dicen.

—Catalizadores —repuso Colman tras unos segundos de reflexión—. Sabes, tienes razón, ahora que lo pienso. Todo lo que hacen es hacer que ejercites el cerebro que no sabías que tenías.

—Lo has pillado —dijo Kath en tono poco serio—. Enseñar a niños. ¿No se trata de eso en el fondo?

Las Dos Lunas ocupaba un extremo del sótano y primera planta de una confusión de edificaciones en el centro de la ciudad frente al complejo de la terminal maglev. Atravesaba una cancha estrecha y profunda, y tenía una librería en el piso superior, y más arriba el edificio se convertía en residencial. Las Dos Lunas comprendía un gran bar bajo el nivel de la calle, donde la mayoría de las noches había espectáculos, y otros dos bares más tranquilos por encima. Kath sugirió uno de los bares más pequeños y tranquilos y Colman accedió, permitiéndose pensar por primera vez que podía pasar una velada romántica, aunque no comprendía en absoluto por qué debería tener esa suerte. Pero si pasaba, no iba a ser él el que protestara.

Por supuesto, Swyley, Stanislau, Driscoll y Carson tenían que estar allí. Ya no había forma de retroceder; Swyley lo había avistado nada más entrar incluso antes de que Colman se percatara de la presencia de los cuatro uniformes en la esquina.

—Qué pequeño es el mundo, jefe —comentó Driscoll con una sonrisa lasciva en la cara.

—Sí que lo es, sí que lo es —concedió Colman abatido.

No mucho después de que Colman y Kath se hubieran sentado, el radar de Swyley detectó al sargento Padawski y a un puñado de hombres de la compañía B entrando por la puerta principal. Hablaban en tono muy alto y parecían algo afectados por la bebida. Colman vio a Anita y a otra chica de la brigada con ellos, pegadas a los soldados y actuando de forma descarada y llamativa. Sacudió la cabeza con desespero, pero en el fondo no era asunto suyo. Tras unos tensos momentos de indecisión y debate, el grupo de recién llegados bajó al bar de abajo sin percatarse de la presencia del grupo de la compañía D. Entonces los ánimos se relajaron y Colman pronto se olvidó de ellos cuando unos cuantos conocidos de Kath se les unieron uno a uno y por parejas, y el pintor, que se había detenido a tomar una copa de camino a casa hacía unas dos horas, se acercó al reconocer a Colman.

Los quironeses usaban el respeto como moneda, empezó a entender Colman mientras escuchaba la charla a su alrededor. Respetaban el conocimiento y la experiencia en cualquier forma, y lo demostraban. Quizá era así, pensó, como la primera generación había buscado competir y obtener una identidad propia en su entorno gobernado por máquinas, donde cosas tales como la posición social de los padres, la riqueza y la herencia no significaban nada. Y lo habían preservado desde entonces en la forma en que había evolucionado su cultura.

Recordó que cuando tenía dieciséis años le dio al hijo de un senador nada más que lo que se merecía. Un par de

ayudantes del *sheriff* le enseñaron una dolorosa lección sobre el «respeto» en una celda de la cárcel del pueblo, y el ejército había intentado enseñarle «respeto» desde entonces. Pero todo eso había sido respeto al estilo terrestre. Empezaba a tener la sensación de que estaba aprendiendo el verdadero significado del respeto por primera vez. El respeto sólo podía ganarse, no podía imponerse. Un líder de verdad lideraba por la buena voluntad de sus seguidores, de la forma en que la gente del complejo de fusión seguía a Kath o los hijos de Adam a él, no por mandato. Los quironeses podían dar la espalda a los demás de una forma en la que gente como Howard Kalens jamás podría, como Colman sí podía con la gente de su sección. Ésa era su gente. Era imposible, pero empezaba a sentirse en casa aquí... algo que jamás había sentido en ningún otro lugar en toda su vida.

Porque por primera vez en su vida tenía la sensación de ser *alguien...* no sólo un «sargento del ejército de los Estados Unidos» o «número de serie 5648739210» o «varón blanco anglosajón», sino «Steve Colman, individuo, producto único del universo».

Era una sensación agradable.

Capítulo diecinueve

Paul Lechat, uno de los dos congresistas que representaban al módulo residencial de Maryland en la Cámara de Representantes, que formaba una segunda cámara y hacía de contrapeso a la Junta, tenía reputación de ser un moderado en la mayor parte de los temas. Aunque no era un científico, era un decidido defensor del progreso científico como único medio de aliviar los problemas perennes que afligían a la humanidad durante su historia, y un admirador del método científico, cuya eficacia probada, en su opinión, tenía más posibilidades de aplicación dentro de su profesión de lo que mantenía la tradición. Por tanto, siempre intentaba definir con claridad su terminología, acumular los datos de forma objetiva, evaluar las implicaciones de manera imparcial y poner a prueba sus evaluaciones sin ambigüedades. Como consecuencia descubrió que estaba de acuerdo con todo representante de grupos de presión hasta un punto, que mostraba interés hasta en determinado grado por todo asunto de interés especial, que simpatizaba con las minorías hasta un cierto límite y que estaba de acuerdo con toda facción aunque con algunas reservas. Desconfiaba de las racionalizaciones, era cauto con las extrapolaciones, suspicaz con las generalizaciones y escéptico con los dogmatismos. Respondía a la razón y la lógica antes que a la pasión y la emoción, mantenía la mente abierta en las controversias, basaba sus opiniones en lo que era estrictamente relevante, y las reconsideraba con rapidez si se veía con nueva información. El resultado era que tenía pocos amigos y ningún respaldo fuerte.

Pero sí que tenía principios fuertes y un carácter con tendencia a la discreción y a no ser impetuoso, que era la razón por la que el juez Fulmire se había sentido seguro al confiarle sus recelos sobre la situación que sospechaba que

estaba tomando forma entre bastidores, políticamente hablando.

Fulmire no estaba seguro de qué creía que podía hacer Lechat, pero identificaba instintivamente a Lechat con la mayoría silenciosa que, como era normal, se ocupaba solamente de los asuntos de la vida día a día mientras los elementos más vociferantes y extremos discutían y daban forma al destino colectivo. La comunidad financiera y comercial predecía solemnemente el caos por la tenencia de tierras en años venideros y quería que el gobierno asumiera la responsabilidad de llevar a cabo un estudio de terrenos sin usar, para parcelarlos bajo títulos de propiedad aprobados y ofertados mediante un sistema de hipotecas que magnánimamente se ofrecían a financiar. Los grupos manufactureros y de materiales industriales estaban de acuerdo con los banqueros en que habría que imponer un sistema monetario para mantener a raya «la desastrosa proliferación de la ineficiencia y el malgasto» y para promover la competencia «justa y honrada»; estaban en desacuerdo con los banqueros en el tema de las hipotecas, sin embargo, afirmando que los terrenos en Quirón pertenecerían a quien los ocupara «por virtud de precedente natural»; también estaban en desacuerdo acerca de los precios y tasas, los manufactureros pretendían la desregulación de la materia prima quironesa barata (es decir, gratis) y la protección de los precios de consumo, mientras que los proveedores de materia prima querían justo lo contrario. Las profesiones médica y educativa estaban ansiosas por quedar en descargo de sus obligaciones de enseñar a los quironeses cuando estaban bien y de tratarlos cuando no, pero estaban aún más ansiosos por un mecanismo que aumentara los impuestos para financiarlos, mientras que la profesión legal presionaba por la constitución de un sistema legal de verdad como primera medida, con la pretensión de facilitar la recaudación de impuestos. Los demás grupos admitían lo de los impuestos siempre y cuando

cada uno se asegurara mejores condiciones que los demás, exceptuando a los líderes religiosos, que de todas formas estaban exentos. Pero éstos se enfrentaban a los profesores por una maniobra para implantar sacerdotes en las escuelas con la intención de «exterminar de raíz la maldad y la decadencia que andan sueltas por el planeta»; con los doctores, debatiendo si las causas eran espirituales o culturales; con los abogados, debatiendo si convertir la práctica quironesa de la poligamia y la poliandria en ilegal; y con todos los demás discutiendo sobre el asunto de los subsidios «de emergencia» para erigir iglesias. Y así estaban las cosas.

Lo que preocupaba a Fulmire era el espectro de Kalens emergiendo en medio de todo eso como un dictador virtual, con Borftein apoyándolo y tirando de su correa para que lo dejaran suelto. Cada facción veía esta concentración de poder como un ariete de asedio que había que utilizar exclusivamente para su propia causa, y un instrumento que negar a toda costa a sus rivales. En una situación explosiva como ésta, podía suceder cualquier cosa, y Fulmire tenía visiones en las que Misión entera se desgarraba en peleas internas con grandes posibilidades de derramamiento de sangre cuando las frustraciones colmaran el vaso. La única fuerza que veía con algún potencial de ejercer una influencia estabilizadora era el consenso más moderado según lo representaba el conjunto de la población del *Mayflower II*; y Lechat, a lo mejor, podía proporcionar la forma de movilizarla antes de que las cosas se volvieran incontrolables.

Lechat estaba de acuerdo en que la cultura quironesa, lejos de ser un experimento ingenioso y retrasado que sería absorbido sin esfuerzo por el sistema terrestre, como se había supuesto desde el principio, estaba altamente desarrollada a su manera heterodoxa y no cedería fácilmente a los cambios. No se podía dejar colisionar a las dos poblaciones con la esperanza de que al final se estableciera un equilibrio. Algo, en alguna parte, estallaría antes de que

sucediera eso.

Los quironeses habían cumplido con la petición por adelantado del *Mayflower II* de alojamientos en la superficie y al mismo tiempo se habían anticipado a las necesidades futuras desarrollando Ciudad Cañaveral y áreas adyacentes en la dirección de Franklin en mayor medida de lo que requería la situación por el momento. Hasta el momento una cuarta parte de la población del *Mayflower II* se había mudado a la superficie, pero el tráfico estaba disminuyendo debido a que no estaban mudándose a moradas más permanentes con la rapidez que los quironeses habían supuesto, principalmente porque la Junta les había ordenado que se quedaran donde estaban. El espacio para alojar a más personas se estaba volviendo escaso, y los que quedaban en la nave, comprensiblemente, se estaban poniendo nerviosos.

Lechat le contó a Fulmire que ya no pensaba que fuera aconsejable intentar asentar una comunidad terrestre junto a la experiencia poco familiar de Franklin. Los terrestres necesitarían tiempo para reajustarse, y mientras tanto se aferrarían a las costumbres y formas de hacer las cosas que les eran familiares. La proximidad de Franklin sólo causaría tensiones. Lechat creía, por tanto, que la migración hacia la superficie debía detenerse por completo, abandonar los planes existentes, y establecer un nuevo asentamiento para los terrestres en algún lugar para el período de transición. Un área llamada Iberia, en la costa sur de Selene occidental, sería un lugar apropiado, en su opinión. Lechat no sabía qué ocurriría después de eso, pero dudaba mucho de que se pudieran hacer predicciones con seguridad sobre nada, pero a corto plazo sería la respuesta que habría que dar: para la población sería una oportunidad de asentarse sin influencias perturbadoras; y para los extremistas la oportunidad de calmarse y pensarse las cosas algo más.

Fulmire respaldó la idea y dijo que mucha otra gente empezaba a sentirse de la misma manera, lo que hizo que Lechat empezara a pensar en la formación de un movimiento

separatista oficial y buscar apoyos para presentarse como candidato de última hora a las elecciones. Poco después, empezó a sondear posibles apoyos, y como sus intereses lo ponían en contacto con la mayor parte de los científicos profesionales de la Misión, éstos estaban a la cabeza de la lista como potenciales reclutas. Entre los científicos estaba Jerry Pernak, cuyas investigaciones eran seguidas con interés por Lechat desde hacía varios años. Por tanto, Lechat invitó a Pernak y Eve Verrity a cenar con él una noche en el Françoise, un restaurante del distrito de Columbia frecuentado por gente de la política y los medios de comunicación, y les explicó su propuesta.

—No creo que pudiera funcionar —dijo Pernak sacudiendo la cabeza después de que Lechat hubiera terminado—. Y ninguna de las otras cosas que la gente pide a gritos aquí arriba tampoco funcionarían allá abajo. Todavía no les entra en la cabeza que algo que hayan experimentado anteriormente puede aplicarse a Quirón. Es un fenómeno completamente nuevo, con sus propias reglas.

—¿Qué quieres decir, Jerry? —preguntó Lechat al otro lado de la mesa. Era un hombre de altura media, de cuarenta y tantos años, pelo en retirada y de complexión seca y rosada. Tendía a enrojecer en la nariz y las mejillas de una forma que muchos considerarían indicativa de un temperamento feroz, pero que era completamente desmentido por su disposición plácida y forma de hablar suave.

Pernak alzó ligeramente una mano y sus rasgos plásticos se moldearon en una expresión más intensa.

—Hemos hablado de vez en cuando acerca de que la sociedad pasa por cambios de estado que disparan nuevas épocas de evolución social —dijo—. Pues bueno, eso es exactamente lo que ha ocurrido ahí abajo. No se pueden extrapolar ninguna de nuestras reglas a su cultura. No se aplican. No funcionan en Quirón.

Lechat no respondió inmediatamente. Eve Verrity

prosiguió a partir de ahí.

—Durante tres siglos hemos luchado por reconciliar las viejas ideas acerca de la distribución de la riqueza con el impacto de las nuevas tecnologías. El problema siempre ha sido que los procesos de condicionamiento tradicionales para persuadir a la gente de que acepte la idea de recursos finitos pasan de generación en generación como sabiduría convencional incuestionable hasta que al final parecen verdades absolutas. La riqueza siempre ha sido algo por lo que había que competir y luchar. Cuando los esclavos y los territorios pasaron de moda con la tecnología como principal fuente de riqueza, continuamos peleándonos por ella de la misma manera que siempre nos hemos peleado por todo lo demás, y todo el mundo creía que era un hecho natural e inevitable ley de vida. No podía separar las teorías viejas de los nuevos hechos. —Eve tomó un sorbo de su copa de vino, y luego continuó—: Pero los quironeses no crecieron con nada de ese lavado de cerebro. Empezaron de cero con la ciencia y la tecnología avanzadas a su alrededor y las aceptaron como naturales, y comprenden que las nuevas tecnologías crean nuevos recursos... ilimitados.

Lechat contempló pensativamente su plato mientras terminaba de masticar un bocado.

—Haces que parezcan como si todos fueran millonarios —comentó.

—Eso es exactamente lo que son —dijo Pernak—. En el sentido material, de todas formas. Por eso las posesiones no tienen un valor de estatus para ellos. Y por eso tampoco encontrarás líderes absolutos allá abajo.

—¿Y eso? —preguntó Lechat, perplejo.

—¿Por qué la gente sigue a líderes? —respondió Pernak—. Por la fuerza colectiva. ¿Para qué se necesita la fuerza colectiva? Porque en definitiva la fuerza sirve para controlar la riqueza e imponer ideas. Pero ¿para qué necesita líderes una raza de millonarios si tienen toda la riqueza material que necesitan, y no están interesados en imponer ideas a nadie

porque nadie les ha enseñado a hacerlo? Pues los quironeses no lo necesitan. No se puede empezar una cruzada allá abajo porque los quironeses no harían el más mínimo caso.

Lechat reflexionó durante un momento mientras seguía comiendo. Se le habían ocurrido ideas similares; sin embargo, seguía siendo incapaz de comprender enteramente cómo una cultura avanzada, sin preocupaciones por la defensa, pudiera funcionar de forma viable sin restricción alguna sobre el consumo. Iba en contra de todos los principios que le habían inculcado durante su vida.

Mientras pensaba en eso, le volvieron a la cabeza las palabras de Eve sobre lavado de cerebro. Sí, estaba dispuesto a admitir que había pasado por el mismo proceso que el resto del mundo, y que por eso era incapaz de disociar en su mente riqueza y estatus de las posesiones materiales. Pero incluso si una sociedad lo suficientemente avanzada podía proporcionar bienes materiales en tal abundancia que las restricciones carecían de sentido, seguía sin ver cómo eso podía equipararse a riqueza ilimitada. La misma idea era una contradicción, ya que «riqueza» por definición significaba algo que era altamente valorado y que escaseaba. En otras palabras, si en Quirón las posesiones no eran equiparables a la riqueza y por tanto satisfacían el impulso universal humano de ser considerado alguien de éxito, ¿qué era lo que lo hacía?

—Puedo entender tu argumento hasta cierto punto —dijo Lechat finalmente—. Pero la gente continúa acumulando posesiones mucho después de que hayan cesado de servir a cualquier propósito material porque tienen la necesidad de que se les reconozca.

—Completamente cierto —dijo Eve.

Lechat pareció perplejo.

—Ése era mi argumento, sí... ¿cómo satisfacen esa necesidad los quironeses?

—Lo acabas de decir tú mismo —le dijo Eve. Estudió la expresión de su rostro durante unos pocos segundos y luego

sonrió—. Sigues sin poder verlo, ¿verdad Paul?

Pernak esperó un momento más y luego se inclinó sobre la mesa.

—¡En Quirón la riqueza es la *competencia de cada uno!* —dijo—. ¿No te has dado cuenta? Trabajan duro, e intentan hacerlo lo mejor que pueden en todo momento. No importa tanto *qué* es lo que hacen siempre que lo hagan bien. Y todo el mundo se lo reconoce. Esa es su moneda, *reconocimiento*, como has dicho... el reconocimiento de la competencia. —Abrió las manos—. Y tiene muchísimo sentido. Acabas de decir que, de una forma u otra, eso mismo es lo que quiere todo el mundo. Pues bueno, los quironeses lo dan directamente en vez de indirectamente mediante símbolos. ¿Por qué complicarse la vida?

La sugerencia era tan extraordinaria para Lechat para responder en ese momento. Miró de Pernak a Eve y de Eve a Pernak, luego depositó el tenedor en su plato para digerir la información.

—¿Cuándo has visto un trabajo mal hecho en Quirón... una puerta que no encaja bien, o un motor que no arranca? —le preguntó Eve—. ¿Te has tropezado con algo parecido allá abajo? Hace que lo que usamos nosotros parezca basura. Estuve en una muestra comercial que algunas de nuestras compañías celebraron en Franklin para hacer algo de investigación de mercado. Los quironeses pensaban que era una broma. Tendrías que haber visto a los chavales de ahí abajo... pensaban que nuestras ideas sobre diseño y manufactura eran para partirse de risa. Los nuestros tuvieron que consignarlo todo como pérdidas irre recuperables.

—Así es como se hacen ricos —dijo Pernak—. Siendo buenos en lo que hacen y luego mejorando aún más—. ¿Quién sino un loco no haría nada y se quedaría en la pobreza por propia elección?

—¿Quieres decir que es por reputación o algo así? —preguntó Lechat, que empezaba a sentirse intrigado.

—Eso es una parte —replicó Pernak, asintiendo—. La

satisfacción que su cultura les condiciona a sentir es otra, pero estás empezando a ver la idea general.

Lechar volvió a coger su tenedor.

—Jamás se me hubiera ocurrido mirarlo de esa manera. Es una idea interesante, sin embargo. —Empezó a comer de nuevo, luego se detuvo y alzó la vista—. Supongo que así fue cómo la primera generación buscó el reconocimiento individual al principio... cuando las máquinas hacían todo el trabajo y las ideas tradicionales de riqueza no tenían razón de ser. Y ahora forma parte de su forma de pensar. —Asintió lentamente para sí y siguió con el razonamiento—. Un tipo de condicionamiento completamente diferente, absorbido desde los primeros años de vida... basado en el reconocimiento de los atributos individuales. Eso también explicaría la ausencia de prejuicios de grupo, ¿no? Jamás han tenido razones para sentirse amenazados por otros grupos.

—No tuvieron progenitores que les transmitieran esas ideas —concedió Pernak—. Clases, rangos, negros, blancos, chinos, soviéticos... para ellos da lo mismo. No les importa. Es *uno mismo* el que importa.

—Y ya sea por accidente o intencionadamente, han conseguido resolver un montón de otros problemas también —dijo Eve—. El crimen, por ejemplo. El robo y la codicia son imposibles, porque ¿cómo puedes robar la competencia de otro hombre? Oh, podrías intentar fingirla, supongo, pero no duraría mucho entre una gente tan perspicaz como los quironeses. Pueden detectar a un charlatán tan rápidamente como nosotros darnos cuenta de que nos han timado con el cambio. De hecho, para ellos es exactamente eso. Tienen sus momentos violentos, cierto, pero nada tan malo como lo que nos está llegando sobre lo que está ocurriendo en África según las transmisiones de la Tierra, o lo que ocurrió en 2051. Pero nunca se convierte en un problema realmente gordo. No hay motivo para que alguien quiera convertirse en aspirante a Napoleón. No podría ofrecer nada que la gente necesitara.

Tras otro breve silencio, Lechat dijo:

—Es un extraño sistema monetario, ¿verdad? Quiero decir, no es en absoluto aditivo, ni está sujeto a las leyes de la aritmética. Puedes pagar lo que debes y no quedar más pobre de lo que estabas antes. Parece... no sé... imposible.

—No está sujeto a la aritmética de números finitos —concedió Pernak—. ¿Y por qué tendría que estarlo? Nuestras ideas sobre el sistema monetario están respaldadas en que se basan en un patrón finito porque es lo único que conocemos. El patrón oro de los quironeses es el poder de sus mentes, que consideran un recurso infinito. Por tanto, hacen su contabilidad con cálculo de infinitos. Si le restas una cantidad al infinito, sigue siendo infinito. —Se encogió de hombros—. Es coherente. Sé que a nosotros nos suena a locura, pero encaja con su forma de pensar.

—Ciertamente hace que las cosas se vean de otra manera —concedió Lechat. Se volvió a reclinar, miró a un lado y otro y puso las manos sobre la mesa con resignación—. Así que ¿debo suponer que no cuento con vuestro apoyo en el asunto que os comenté antes?

—No es nada personal, Paul. Creemos que eres un gran tipo... —Pernak frunció el ceño y suspiró como pidiendo disculpas—. No veo que el separatismo sea la respuesta a nada a largo plazo. De hecho, para ser sinceros, tampoco veo que el Congreso dure mucho más. En ese planeta de ahí abajo, ya es un dodo.

—Puede que tengas razón, pero eso es a largo plazo —replicó Lechat—. Me preocupa más lo que pueda ocurrir a corto plazo. Necesito hacer algo al respecto.

—Esos métodos tenían validez antes de este cambio de estado —respondió Pernak—. Ahora no tienen lugar.

—¿Qué otro camino nos queda? —preguntó Lechat.

Pernak hizo un gesto de indiferencia.

—Quizá dejar que el sistema muera de forma natural.

—Puede que no quiera morir con tanta facilidad —señaló Lechat—. Deberías escuchar lo que se dice a unas pocas

calles de aquí en la sala de la que acabo de salir.

—No podrán detener nada, Paul —dijo Pernak—. Van en contra de la fuerza impulsora de la evolución. El rey Canuto^[4] tuvo el mismo problema.

—Mucha gente puede resultar herida antes de que abandonen esa idea —insistió Lechat.

Pernak arrugó la frente, frunció los labios y luego los separó para revelar los dientes.

—Entonces esa gente debería preocuparse por su propio futuro en vez de esperar a que otro les haga el trabajo. Es la forma antigua de hacer las cosas. Tienen que aprender a pensar a la manera quironesa. —Tras un segundo de vacilación, añadió—: Y eso es lo que vamos a hacer Eve y yo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, aunque supo la respuesta en el mismo instante que formulaba la pregunta.

Pernak miró de reojo a Eve durante un momento. Ella deslizó su mano por el brazo de él de manera reconfortante y sonrió. Ambos se volvieron a mirar a Lechat.

—Lo que todo el mundo hará cuando se den cuenta de cómo son las cosas —dijo Pernak. Sonrió, casi disculpándose—. Por eso no podremos ayudarte mucho, Paul. Nos vamos.

—Ya veo... —Lechat no podía fingir que estaba tan sorprendido como de haberlo sabido diez minutos antes.

—He ido a echar un vistazo a la universidad y a lo que hacen allí. No te lo creerías. Y ya tengo un puesto si lo quiero, por la sencilla razón de que la gente que está ahí dice que por ellos está bien. Te dan casa por nada... y una buena casa. O te construyen una de la manera que quieras. ¿Cómo puedes decir que no? Vamos a convertirnos en quironeses. Y lo mismo le pasará al resto cuando hayan dejado atrás el viaje. Entonces la gente como Kalens podrá gritar todo lo que quiera, pero ¿qué van a hacer cuando no quede nadie para hacerles caso? Como he dicho... hay que empezar a pensar como quironeses.

—Siguen teniendo el ejército... y un montón de cosas

muy desagradables almacenadas aquí arriba —le recordó Lechat.

El rostro de Pernak se agitó en una serie de contorsiones, y luego suspiró de nuevo.

—Lo sé. La idea también se me ha ocurrido, pero ¿qué hay que vaya a provocar problemas de verdad? Puede que haya uno o dos estallidos de ánimos antes de que esto acabe, pero este estado de cosas no puede durar. —Negó con la cabeza—. Estamos convencidos de que es el único camino. No podemos tomar decisiones por el resto de la gente, pero llegarán a la misma conclusión a su tiempo. Cualquier otra cosa sólo causaría problemas peores.

Lechat asintió, reacio.

—Bueno, suena bastante definitivo, supongo.

Pernak abrió las manos y asintió.

—Sí. Lo siento y todo eso, Paul, pero así son las cosas.

Lechat se les quedó mirando un par de segundos más, luego se irguió en su asiento y logró mostrar una sonrisa.

—Bueno, ¿qué puedo decir? Buena suerte a los dos. Espero que todo salga bien.

—Gracias —dijo Pernak.

—Confío en que sigamos siendo amigos y que permanezcamos en contacto —dijo Eve.

—Te aseguro que sí —le prometió Lechat.

En ese momento entró un camarero y empezó a retirar los platos.

—¿Han oído las noticias de la superficie? —preguntó el camarero mientras apilaba los platos y recogía unas pocas migas en una servilleta con la mano.

—¿Noticias? —Lechat miró al camarero, intrigado—. ¿Cuándo? Llevamos aquí durante la última hora. No había nada especial entonces.

—Salió hace unos quince minutos —dijo el camarero. Meneó la cabeza con tristeza—. Malas noticias. Ha habido un tiroteo... en algún lugar de Franklin. Al menos un muerto, uno de nuestros soldados, creo. Fue en un sitio llamado Las

Dos Lunas.

Capítulo veinte

El bar del sótano de Las Dos Lunas se había calmado algo tras la breve conmoción que siguió al tiroteo, aunque pasaría algún tiempo antes de que la situación revirtiera a algo parecido a la normalidad. Colman y Kath estaban apartados a un lado de la sala con los demás que habían llegado del piso de arriba, observando en silencio mientras el comandante al mando del destacamento de seguridad tomaba declaraciones a los quironeses que habían estado presentes. Los demás quironeses estaban sentados o de pie por la sala y miraban o hablaban entre ellos en voz baja. Parecían tomarse el asunto con bastante calma, incluyendo a las dos mujeres, ambas veinteañeras atractivas, que se habían visto involucradas directamente y que ahora estaban sentadas con un grupo de sus amigos bajo la vigilante mirada de dos guardias del DS. Ya se habían llevado el cuerpo del cabo Wilson de la compañía B, que había llegado con la gente de Padawski anteriormente. En un rincón alejado, el soldado Ramelly, del mismo pelotón que Wilson, estaba sentado reclinado hacia atrás sobre el respaldo y con la pierna apoyada sobre una silla; una pernera de sus pantalones había sido cortada a tijeretazos y un médico militar terminaba de limpiarle y vendarle la herida de bala del muslo. En el centro del bar dos quironeses limpiaban manchas de sangre del suelo y recogían los cristales rotos. Padawski estaba sentado con aspecto hosco con el resto de su grupo detrás de más soldados de la DS y Anita, pálida y conmocionada, estaba de pie a corta distancia.

Lo primero que Colman y sus compañeros habían oído fue un disparo procedente del piso inferior, seguido por gritos y sonidos de cristales rotos, y luego otro tiro. Para cuando llegaron a la sala de abajo, sólo segundos después, Wilson ya estaba muerto de un disparo entre los ojos y Ramelly estaba

en el suelo y la sangre le manaba de la pierna. Padawski y los demás se hallaban de pie e indecisos junto a la barra, frente al cañón de la automática del.38 que sostenía una de las jóvenes quironesas. Varias armas más habían aparecido en la habitación. Habían pasado unos cuantos segundos tensos antes de que Padawski reconociera que no tenía más opción que capitular, y el DS había llegado poco después con una rapidez encomiable.

Aparentemente, algunos de los amigos de Padawski tenían la idea de que las mujeres quironesas formaban parte de las mercancías a coger en Quirón, y dos de ellos habían insistido en su acoso lascivo a las dos muchachas del bar pese a que les habían dicho en términos progresivamente más claros que no estaban interesadas. Los soldados, que habían bebido mucho, se enfadaron y se volvieron incluso más desagradables en sus atenciones, sin prestar atención a las severas advertencias que llegaban del resto del bar. Se produjo una discusión, en el transcurso de la cual Ramelly agarró a una de las mujeres y la trató con bastante rudeza. La mujer sacó una pistola y le disparó en una pierna. No hubiera pasado nada más si Wilson no le hubiera arrebatado la pistola a la mujer para volverla contra los quironeses que estaban a punto de intervenir, y llegados a ese punto otro quironés le había disparado, matándolo al instante, desde el fondo de la sala.

El comandante del DS terminó de dictar a su compad sus notas sobre la declaración del último testigo y caminó hacia donde estaban sentadas las dos jóvenes y el hombre. Sus expresiones cuando lo miraron no eran ni de temor ni de pedir perdón, pero tampoco eran desafiantes. El hecho era lamentable pero había sido necesario, parecían decir sus caras, y no había nada de lo que sentirse culpables. En todo caso, parecían tener curiosidad por ver cómo los terrestres llevarían la situación, así como los demás quironeses de la sala.

—Uno de los nuestros ha muerto, y hay unos

procedimientos que debemos seguir —anunció el comandante—. Mis órdenes requieren que nos llevemos a ustedes tres con nosotros. Sería más fácil para todo el mundo si se prestan voluntariamente. Lo siento, pero no tengo elección.

—¿Es su intención que acatemos esa orden por la fuerza si nos negamos, comandante? —preguntó el quironés que había matado a Wilson. Era esbelto y de constitución atlética, tenía un rostro delgado pero fuerte, y estaba vestido con ropas oscuras que eran más prácticas que elegantes, y ceñidas sin ser apretadas. A Colman le recordaba al malo de una peli antigua del oeste. Los modales del quironés eran corteses y el tono que usaba informal, haciendo de su respuesta al comandante una pregunta y no un desafío.

El comandante le aguantó la mirada con firmeza.

—Mi deber es llevar a cabo mis órdenes lo mejor que pueda —replicó evitando una respuesta directa. Su tono decía que lamentaba las circunstancias tanto como cualquiera, pero que no podía ceder.

La muestra de tacto pareció funcionar. El quironés le mantuvo la mirada durante un momento más y luego asintió.

—Muy bien. —En su fuero interno, Colman suspiró de alivio. Las mujeres, evidentemente, estaban dispuestas a dejar que el hombre hablara por ellas. Intercambiaron asentimientos de cabeza rápidos y apenas imperceptibles y recogieron sus posesiones. Dos soldados del DS se acercaron para ayudarlas con una muestra de respeto que Colman encontró sorprendente.

El comandante titubeó durante un segundo.

—Ah... vistas las circunstancias, sería mejor si nos permitieran llevar sus armas por ustedes. ¿Les importa?

—¿Nos está diciendo que somos prisioneros? —preguntó el quironés.

—Preferiría no usar ese término —respondió el comandante—. Las ramificaciones legales no son de mi competencia. Pero nuestras autoridades desearán llevar a cabo una investigación, y las armas serán necesarias como

evidencia.

—Según *sus* leyes —observó el quironés.

—Era uno de *nuestros* soldados —dijo el comandante.

El quironés reflexionó sobre la explicación, y evidentemente le pareció suficiente, asintió y entregó su pistola. La muchacha que había herido a Ramelly hizo lo mismo. Curiosamente, pensó Colman, el comandante no le preguntó a su amiga si también iba armada. Mientras los guardas empezaban a hacerles señas a Padawski y a su grupo para que se pusieran de pie, el comandante se acercó a donde estaba Colman y los otros de la compañía D. Ya les había tomado los nombres y establecido que no habían sido testigos de primera mano del incidente.

—Podéis iros —les informó—. Si hay una vista, puede que se os pida que testifiquéis. En ese caso, la gente adecuada contactará con vosotros.

—Saben dónde encontrarnos —dijo Colman.

El comunicador de bolsillo de Kath sonó y lo sacó para responder a la llamada. Era Adam, que había oído las noticias y llamaba para comprobar que estaban bien. Colman la dejó hablando y se acercó a donde estaba Anita, cerca de la puerta y al borde del grupo que estaba a punto de marcharse.

—¿Por qué se te ocurrió mezclarte con esa panda? —murmuró Colman—. Despierta cuando todo haya acabado. Déjalos.

No había arrepentimiento en sus ojos cuando lo miró.

—Ya no es de tu incumbencia —siseó ella—. La forma en la que elijo divertirme y mi vida son asunto mío.

Colman soltó un resoplido con desprecio.

—¿A eso llamas divertirse?

—Ya sabes lo que quiero decir. No hacían nada. Sólo habían bebido un poco de más. Esas dos zorras no tenían por qué hacer algo así.

—Quizá deberías intentar verlo desde su punto de vista —dijo Colman.

Los ojos de Anita ardieron cuando la conmoción empezó a pasársele y fue reemplazada por la rabia.

—¿Por qué debería? Bruce ha muerto y Dan tiene un agujero en la pierna, ¿y tú me dices que vea las cosas desde *su* punto de vista? ¿Qué clase de hombre eres tú? —Hizo una mueca de desprecio por encima del hombro de Colman hacia Kath, que devolvía el comunicador a su bolsillo—. Puedo ver por qué lo dices. No *te* ha llevado mucho tiempo, ¿eh? ¿Se lo hace bien?

Colman ignoró el comentario.

—Piensa en ello —murmuró—. Por tu bien.

—Ya te lo he dicho, ya no es de tu incumbencia. Déjame en paz. No quiero hablar contigo. Vete y déjame en paz.

Padawski los miraba airadamente a unos metros de distancia, y parecía haber recuperado algo de su confianza ahora que el DS controlaba la situación.

—Apártate de ella, Ricitos de Oro —escupió—. Quédate con tus amables amiguitos asesinos. No nos olvidaremos de ti. —Volvió la cabeza hacia el resto de la sala—. Y eso también va por todos vosotros —advirtió en voz alta—. No nos olvidaremos de esto. Ya veréis.

—En marcha. —Uno de los soldados le dio en las costillas con la culata del arma y lo guió hacia las escaleras detrás de Anita y Ramelly, al que ayudaban a caminar el médico y otro soldado del DS. Colman observó hasta que todos se hubieron marchado, y luego volvió a reunirse con los demás.

—¿Es una amiga tuya? —inquirió Kath.

—Hace poco lo era. Pero ya no, supongo, a juzgar por lo que ha pasado.

—Es una muchacha guapa. ¿A qué se dedica?

—Especialista en comunicaciones de la brigada.

Kath enarcó las cejas con gesto de aprobación.

—Y también es lista, ¿eh?

—Podría aspirar a más que a desperdiciar su tiempo con esos vagos. Es de las que prefieren tomar el camino fácil... hasta donde lleve.

—Es una lástima —dijo Kath.

La música volvió a sonar de nuevo, la muchedumbre se dispersó de vuelta a las barras y las mesas y las conversaciones fueron retomadas. Colman y sus compañeros volvieron al piso superior, y Driscoll recolectó otra ronda de bebidas mientras los demás se sentaban donde estaban antes. Hablaron durante un rato sobre el incidente, decidieron que era mala cosa que hubiera ocurrido, se preguntaron qué pasaría luego, y al final cambiaron de tema.

—Supongo que en este lugar uno debe aprender moderación —comentó Stanislau, estudiando su vaso semivacío de cerveza quironesa, oscura y espumosa. Sacudió la cabeza lentamente—. Sabes, es una tontería, pero a veces me gustaría que nos hicieran pagar por las cosas.

—Sé exactamente lo que quieres decir —dijo Carson. Driscoll cabeceó para dar su mudo asentimiento también.

—No estoy seguro de estar de acuerdo contigo —dijo Swyley, lo que significaba que sí que lo estaba.

Colman estaba a punto de hacer un chiste acerca de ello cuando se dio cuenta de que lo decían en serio. Arrugó el entrecejo y dedicó una mirada interrogadora a cada uno de ellos por turnos.

—Es todo este asunto de no pagar por nada —dijo Stanislau al fin—. Venimos a este sitio y bebemos, vamos a restaurantes y comemos, salimos de las tiendas con todo tipo de cosas, y nada de ello nos cuesta nada. —Miró a todos en busca de apoyo moral, recibió de sobra y meneó la cabeza como intentando comprender algo pero en vano—. Al principio parecía demasiado bueno para ser cierto, pero al rato la novedad se pasa. Ya no es nada divertido, jefe. Nos está afectando a todos.

—Tenemos la sensación de que debemos algo, que debemos pagar lo que hemos tomado —confirmó Driscoll—. No queremos viajes gratis. Pero todo lo que tenemos son pedazos de papel que aquí no sirven de nada. ¿Qué se puede hacer?

—Ya encontraréis la manera —dijo uno de los quironeses sentados a la mesa, sin parecer perturbado en absoluto.

—Mejor tarde que nunca, supongo —comentó otro dirigiéndose al pintor, que todavía seguía allí. El pintor asintió pero no dijo nada.

—¿Qué significa eso? —preguntó Driscoll mirando al quironés que había hablado.

El quironés titubeó durante un momento, como si tuviera miedo de decir algo que pudiera resultar ofensivo. Kath consiguió que la mirara a los ojos y asintió para darle confianza.

—Bueno —empezó el quironés, pero luego se detuvo—. La mayor parte de la gente de aquí empieza a sentirse así cuando tienen unos diez años. No quiero ofender a nadie, pero así es la cosa.

Carson frunció el ceño y pensó en las implicaciones, para luego negar con la cabeza.

—Imposible —dijo—. Ningún sistema puede funcionar de esa manera.

Una expresión intrigada y pensativa cruzó la cara de Swyley mientras escuchaba. No dijo nada, lo que significaba que no estaba de acuerdo.

Capítulo veintiuno

Jean Fallows estaba empezando a odiar Quirón, a los quironeses, y todo lo que tuviera que ver con ese lugar sin ley, sin dios, alienígena y hostil. Tras veinte años de quehaceres diarios y rutina mensual de vida a bordo del *Mayflower II*, echaba de menos la calidez y la protección a la que se había acostumbrado y anhelaba volver al seno del entorno civilizado y cuerdo que comprendía. Entendía una forma de vida en la que los presupuestos y las necesidades dictaban las prioridades, en la que reglas claras marcaban los límites de comportamiento, y donde protocolos probados y de confianza definían el papel y la función... los suyos y los de todos los demás; no comprendía, o ni siquiera quería comprender, el revuelto océano de anarquía en el que se encontraba, en el que los individuos luchaban por mantenerse a flote como barquitos de papel en una tempestad, sin costas cartografiadas, ni calas ni puertos, y sin estrellas guía. No tenía lugar en un sitio así, y tampoco deseaba tener lugar en él. Secretamente soñaba con un milagro que hiciera que el *Mayflower II* diera la vuelta y la embarcara en otro viaje de veinte años de vuelta a la Tierra.

Cuando era una estudiante de posgrado en la Facultad de Biología de la Universidad de Michigan, el estado donde vivía, una vez tuvo ambiciones de especializarse en la bioquímica y genética de las formas de vida más primitivas. Esperaba que esos estudios la ayudaran a entender mejor cómo la materia inanimada se había organizado en una complejidad capaz de producir vida, y racionalizaba para sí que esos conocimientos contribuirían a alimentar a la población de la nueva América que aumentaba explosivamente. Y entonces había conocido a Bernard, cuyo entusiasmo juvenil y visiones de la reforma que englobaría al mundo habían despertado su conciencia política y la transportaron a una nueva dimensión de

relaciones y motivaciones humanas que antes apenas reconocía como tales. Las fuerzas que darían forma al mundo y forjarían los destinos de sus pueblos no se encontraban, según se había dado cuenta, en bandejas de cultivos bacterianos o precipitados de centrifugación, sino en las mentes, corazones y almas de la gente que se había despertado, organizado y movilizado. Y así habían ido de convención en convención juntos, y hablado desde las mismas tarimas, jaleado juntos en los mítines, aplaudido los discursos de los líderes, y finalmente habían partido juntos de la Tierra para ayudar a construir una extensión de la sociedad modelo en Quirón.

Pero sin un flujo constante de nuevos conversos para sostenerlo, el entusiasmo de sus años de actividad política había desaparecido. Durante un período se había sumergido en su vocación original asistiendo a cursos de especialización en el módulo Princeton sobre temas tales como técnicas de corte y empalme de material genético, y extendiendo sus actividades más tarde para incluir algo de investigación y enseñanza a nivel de instituto. Su trabajo de investigación en Princeton y su actividad de enseñanza la habían puesto en contacto con Jerry Pernak, que se dedicaba a la investigación, y Eve Verrity, que era una administrativa del Departamento de Educación en aquel entonces. De hecho, fue Jean quien los presentó.

En los años siguientes a los nacimientos de Jay y Marie, había intentado mantenerse al día en su carrera asistiendo a conferencias y clases en Princeton e imponiéndose a sí misma un programa de lecturas, pero según pasaba el tiempo, su asistencia se volvió cada vez menos frecuente y la lectura era continuamente pospuesta para mañanas que sabía que nunca vendrían. Se encontró leyendo artículos sobre decoración del hogar en vez de sobre mecanismos de transcripción del ADN, se identificaba con más facilidad con las imágenes de las comedias domésticas ligeras que obtenía de la base de datos que con tutoriales sobre diferenciación

celular, y pasaba más tiempo con amigas con las que intercambiaba recetas que con las que discutía estadísticas de rasgos heredados. Pero había criado a dos niños de los que se sentía orgullosa. Tenía derecho a la merecida recompensa por los sacrificios que había hecho. Y ahora Quirón amenazaba con arrebatarse esas recompensas.

La idea la hizo estremecer de resentimiento mientras estaba sentada en el sofá frente a la gran pantalla mural, contemplando la cara de Howard Kalens mientras éste denunciaba la «política de indecisión» de Wellesley como uno de los factores que contribuyeron a la muerte de aquel soldado la noche anterior, y pedía «una iniciativa positiva para hacerse con el firme control que exige la situación».

—Un muchacho de veintitrés años —había dicho Kalens unos minutos antes— que nos fue confiado cuando era niño para que se le diera la oportunidad de una nueva vida en un mundo libre de cadenas y grilletes... para vivir su vida con orgullo y dignidad según el deseo de Dios. Una vida cortada cuando apenas había vislumbrado este mundo o respirado su aire. Bruce Wilson no murió ayer. Su vida terminó cuando tenía tres años.

Aunque Jean sentía simpatía por el soldado, el curso de acción que Kalens parecía estar proponiendo, con sus presagios de más problemas e, inevitablemente, más muertes, le preocupaba aún más. ¿Por qué siempre tenía que ser así? Todo lo que quería era sentirse cómoda y segura, ver cómo crecían sus hijos para convertirse en adultos decentes, respetables y responsables que se entretejerían a sus alrededor formando el protector capullo de la familiaridad... tanto por su propio bienestar como el de ellos. Eso es lo que quería y lo que se le debía por todos los sacrificios que había hecho. No amenazaba a nadie. ¿Por qué, si las disputas de los demás no tenían nada que ver con ella, amenazaban con arrastrarla?

Esa mañana Paul Lechat, en quien jamás había pensado como alguien especialmente notable en ningún aspecto,

había anunciado su candidatura tardía a las elecciones y pidió la fundación de una colonia terrestre separada en Iberia, en algún lugar de Selene. Quería permitir a la gente de la Tierra conservar su propio modo de vida sin influencias perturbadoras en el futuro inmediato, y posiblemente convertir tal institución en permanente si había suficiente gente de esa opinión. Para Jean el anuncio le había parecido una bendición del cielo, y a muchos otros también, si la cantidad de apoyo popular que se había materializado desde todos lados era significativo.

¿Por qué nadie lo podía ver de esa manera? Era tan obvio. ¿Por qué siempre había alguien obstinado que valoraba más el interés político que lo que el sentido común dictaba que sería mejor para todos, como Kalens, que incluso ahora mismo reaccionaba ante Lechat como una amenaza y urgía a sus seguidores a la acción?

—¿Vamos a huir y escondernos en el extremo más lejano del planeta por miedo a ofender a una raza desorganizada e indisciplinada que nos debe todo lo que dan por sentado en sus vidas y que malgastan alegremente como si nada tuviera valor o hubiera que ganarlo con esfuerzo? —preguntaba Kalens desde la pantalla—. ¿Qué ciencia y esfuerzo concibieron la *Kuan-yin*, y con ella las mismísimas máquinas que han creado la prosperidad de Quirón? ¿Qué conocimientos y habilidades crearon a la mismísima raza quironesa, que ahora reclama todo lo que les rodea como suyo y que nos expulsaría como mendigos del banquete que nosotros mismos hemos servido? —Hizo una pausa de un segundo para dar un efecto dramático, y frunció indignado el ceño bajo su corona de pelo plateado—. ¡Yo digo no! No me echarán de esa manera. Ni siquiera pensaré en tal posibilidad. Digo, públicamente y sin reservas, que una sugerencia de ese tipo sólo puede ser considerada una rendición ante una cobardía moral que está más allá del desprecio. Hemos venido hasta aquí, tras cruzar cuatro años luz de espacio, y aquí nos quedaremos, para compartir lo que

es nuestro, —siguió—, y para disfrutar de lo que no es más que lo que se nos debe. —Un aplauso atronador siguió al discurso. Jean ya había oído más que suficiente y le pidió a Jeeves que apagara la pantalla.

Durante un instante, tras escuchar a Lechat, había albergado la esperanza de que su anuncio precipitara una oleada de opinión popular que obligara a una política oficial más ilustrada, pero la esperanza se había desvanecido unas tres horas después cuando Eve y Jerry pasaron para despedirse brevemente antes de irse a vivir la vida a la manera quironesa. Aparentemente había más gente que hacía lo mismo, y había rumores incluso de deserciones en el ejército. Jean no había podido evitar la sensación de que Eve y Jerry también estaban desertando de ella, pero había logrado mantener la compostura y desearles buena suerte. Era como si Quirón conspirara contra ella personalmente para desgarrar su mundo y destruir toda faceta de la vida que conocía.

La casa a su alrededor era otra parte de lo mismo. Ya no la veía como el sueño hecho realidad que había sido el día que se mudaron del *Mayflower II*, sino como otra parte de la misma conspiración: un soborno de poca monta para seducirla de forma que vendiera su alma de la misma forma que un puesto en la universidad y el cebo de un hogar gratis habían seducido a Eve y Jerry. Quirón no la dejaba en paz. Quería que fuera como él. Era como un virus que invadía una célula viva y se hacía con los procesos vitales de ésta para producir más copias de sí mismo.

Se estremeció ante la idea y se levantó del sofá para ir a buscar a Bernard. Sin duda estaría en la habitación del sótano que él y Jay habían convertido en taller como suplemento a la instalación comunal de la población. Bernard había estado mostrando más interés por la locomotora de Jay últimamente de lo que había mostrado en el *Mayflower II*. Jean sospechaba que lo hacía para inducir a Jay a pasar más tiempo en casa y apaciguar algunos de los recelos que tenía

ella. Pero su entusiasmo no había impedido a Jay ir por su cuenta a Franklin unas cuantas veces, a veces hasta bastante tarde, tras pasar horas en el cuarto de baño peleándose con su pelo, emparejando camisas y pantalones en combinaciones interminables con un gusto que Jean jamás había sospechado que tenía, y experimentando con corbatas, cosa que jamás antes se había molestado en hacer a menos que se lo ordenaran. Fuera lo que fuese que planeaba, Marie, al menos y gracias a Dios, se las arreglaba para mantenerse ocupada con sus propias amigas y permanecer dentro del complejo residencial.

Cuando Jean apareció en la puerta, Bernard jugueteaba con un conjunto de correderas y palancas que estaba comprobando sostenidas por una pinza de fijación. Lo observó mientras tiraba de una diminuta varilla que a su vez hacía que las demás piezas se deslizaran y movieran al unísono con suavidad, aunque qué eran o cuál era el propósito de las piezas era un completo misterio para Jean. Bernard volvió a tirar de la varilla para devolver las piezas a su posición inicial, entonces alzó la vista y sonrió.

—Tengo que quitarme el sombrero ante la educación militar —dijo—. Diré algo a favor de Steve Colman; desde luego, sabe lo que hace. Nuestro hijo ha hecho un trabajo de primera clase con esto. —Se percató de la expresión en la cara de Jean y su gesto se volvió más serio—. Ah, vamos cariño, intenta no tomártelo así. Ya sé que todo es muy extraño. ¿Qué esperabas después de veinte años? Necesitas tiempo para acostumbrarte. Todos lo necesitamos.

—No te importa, ¿verdad? Esto... la forma en que son las cosas... no te molesta para nada. Eres como Eve y Jerry. — Aunque sabía que Bernard intentaba mostrarse comprensivo, era incapaz de impedir que se filtrara cierta dureza en sus palabras.

—Jerry dijo algunas cosas interesantes, y tienen sentido —respondió Bernard, depositando la pinza sobre el banco de trabajo y enderezándose en su taburete—. Los quironeses

tienen unas costumbres bastante extrañas, pero también tienen un montón de respeto... hacia nosotros así como entre ellos. Esa no es una mala forma de ser. Ciertamente, vamos a tener que aprender a llevarnos con ellos en algunas cosas a las que no estamos acostumbrados, pero hay compensaciones.

—¿Fue respeto lo que le mostraron a ese chico que mataron la noche pasada? —preguntó Jean con amargura—. Y nuestra propia gente dice que no van a presentar cargos contra el hombre que lo hizo. ¿Qué forma de vivir es ésta? ¿Se supone que tenemos que dejar que nos dicten cómo tenemos que comportarnos disparando a cualquiera que traspase lo que *para ellos* es aceptable? ¿No vamos a hacer nada hasta que recibamos una llamada diciéndonos que Jay está en el hospital, o algo peor, porque ha dicho algo que no debía?

Bernard suspiró y se esforzó por mantener un tono de voz razonable.

—Vamos, vamos... Ese «chico» desobedeció órdenes estrictas de no emborracharse, y empezó a maltratar a la muchacha mucho después de recibir numerosas advertencias para que la dejara en paz. Y el hijo de Van Ness estaba justo entre la gente que fueron a intentar calmar las cosas. Y tú ¿qué hubieras hecho si un borracho descontrolado estuviera blandiendo una pistola en la cara de tu hijo? ¿Qué hubiera hecho cualquier otra persona?

—¿Cómo sabes que es cierto? —le desafió Jean—. No estabas allí. Y no se parece mucho a lo que contó Kalens hace un momento. Y muchos parecían estar de acuerdo con él.

—Está jugando la carta de las emociones, Jean. Lo estuve viendo aquí abajo durante unos minutos pero no pude soportarlo. Todo lo que le interesa es apuntarse unos cuantos puntos contra Wellesley y ganar a Lechat en apoyo. Y todo eso de que los quironeses dicen que todo es suyo... ¡es pura basura! Quiero decir, no podría estar más alejado de la

realidad, en serio, pero nadie se para a pensarlo. —Arrugó la frente para sí durante unos instantes. Era cierto que no había estado en Las Dos Lunas, pero había llamado a Colman temprano esa mañana y éste le había dado lo que parecía un relato sincero de lo que había pasado. Pero con Jean en el estado que estaba, no quería mencionarlo—. De todas formas, los hechos sobre el tiroteo están registrados —dijo—. Sólo tienes que preguntarle a Jeeves.

Jean pareció olvidarse del asunto. Miró a Bernard con indecisión durante unos instantes, y luego dijo:

—En realidad no tiene nada que ver con todo eso. Es que... oh, no puedo expresarlo de otra manera... Se trata de ti.

Bernard no parecía tan sorprendido como debiera.

—¿Quieres hablarlo?

Jean se llevó una mano a la frente y negó con la cabeza como si le desesperara tener que explicar lo obvio.

—Cuando te conocí, no te hubieras quedado sentado aquí jugando con trenes mientras pasaba todo eso ahí fuera —contestó al fin—. ¿No lo entiendes? Lo que está ocurriendo ahí fuera, ahora, es *importante*. Te afecta a ti, a mí, a Jay, probablemente a Marie, y a cómo vamos a vivir... probablemente para el resto de nuestras vidas. Hace veinte años, los dos estaríamos *haciendo* algo. ¿Por qué estamos aquí sentados encerrados y dejando que otros, vanos, arrogantes, avariciosos y sin escrúpulos, decidan sobre nuestras vidas? ¿Por qué no estamos haciendo algo? Eso es. No lo soporto.

Bernard no contestó pero dejó que su expresión hiciera la pregunta por él.

Jean alzó la mano en un gesto implorante.

—¿Para ti no tiene sentido lo que decía esta mañana Paul Lechat? ¿No es la única forma? Pues bueno, va a necesitar *ayuda* para hacerlo. Esperaba que te pusieras en la fila y descubrieras si hay algo que podamos hacer. Pero apenas has hablado de ello. Demonios, ya sé que yo también tengo

veinte años más, pero al menos no he olvidado todas las cosas de las que solíamos hablar. Íbamos a ayudar a construir un nuevo mundo... nuestro mundo, de la forma en que debe ser. Bueno, ya hemos llegado. Se acabó el viaje. ¿No es hora de empezar a pensar en cómo pagar el pasaje?

Bernard se levantó, caminó lentamente hasta quedarse mirando el bastidor de herramientas durante largo tiempo antes de responder. Al final emitió un largo suspiro y se volvió para encararse con Jean, que había avanzado un paso hacia el interior de la habitación.

—Todavía podemos construirlo —dijo—. Pero las cosas no funcionan de la manera que creíamos que funcionarían. Jerry tiene razón... toda esta sociedad ha pasado por un cambio de estado evolutivo. No puedes hacerla retroceder de la misma manera que no puedes hacer que los pájaros vuelvan a ser reptiles. —Bernard se acercó un paso hacia ella. Su voz adoptó un tono persuasivo, animoso—. Mira, no quiero decir nada más hasta que yo mismo no tenga las cosas algo más claras, pero no tenemos por qué vernos metidos en nada de todo eso, ninguno de nosotros. Kalens y los demás pertenecen a todo lo que hemos dejado atrás. Ya no los necesitamos. ¿No ves que esto no puede durar?

—¿De qué estás hablando, Bernard?

—Cuando fui a Port Norday con Jay, descubrí que están planeando un nuevo complejo más al norte. Van a necesitar ingenieros... ingenieros de fusión. Prácticamente me dijeron que no tendría problemas en conseguir una plaza allí, un puesto de importancia, quizá. Piensa en ello... inuestro propio hogar, como siempre hemos dicho, y no más mierda por parte de Merrick ni de ninguno de ellos! —Bernard alzó las manos hacia lo alto—. Podría ser *yo mismo* por primera vez en mi vida... y tú también, cualquiera de nosotros. No tenemos por qué escucharlos diciéndonos qué somos y lo que tenemos que ser una y otra vez. Eso no... —Las palabras murieron cuando vio que no estaba consiguiendo el efecto que esperaba. Jean se retiraba hacia la puerta, sacudiendo la

cabeza en protesta silenciosa.

—A ti también te está afectando —susurró tensamente—. Como le ha pasado a Eve y Jerry. ¡Cómo odio este lugar! ¿Es que no ves lo que nos está haciendo?

—Pero cariño, todo lo que...

Jean se giró en redondo y corrió hacia el ascensor. Quirón les estaba robando su vida, sus hijos, sus amigos. Y ahora incluso su marido. Durante un instante deseó que el *Mayflower II* hiciera llover sus bombas y borrara a todos los quironeses de la superficie del planeta. Entonces podrían empezar de nuevo, de forma limpia y decente. Avergonzada por la idea, la expulsó mientras volvía a la sala de estar. Se fijó en el armarito que había al otro lado de la sala, y tras un momento de vacilación, fue a servirse una bebida fuerte en vaso grande.

Capítulo veintidós

—Es asombroso, sí que lo es —dijo Shirley en tono de admiración al tiempo que se inclinaba hacia delante para tener mejor vista de la mesa por encima del hombro de su hija, Ci, que estaba sentada en el suelo—. Debe de ser una mutación genética que hace que los dedos segreguen pegamento o algo así.

—Dedos pegajosos sería lo último que querría —murmuró Driscoll sin alzar la vista mientras sus manos enderezaban diestramente el mazo, ejecutaban una serie de cortes y barajaba las cartas haciéndolas volar, y luego hacía que planearan por la mesa con un movimiento que parecía como si se estuvieran repartiendo ellas solas.

—Bueno, veamos qué tenemos aquí —dijo Adam recogiendo su mano y abriéndola en un abanico estrecho. A las otras bandas de la mesa estaban Paula, una de las civiles del *Mayflower II*, y Chang, el amigo de piel oscura de Adam quien hizo lo mismo.

—No hay necesidad de mirar —les dijo Driscoll con despreocupación—. Tienes una pareja de reyes. —Adam resopló y tiró las cartas boca arriba sobre la mesa para revelar los reyes de corazones y espadas y otras tres cartas.

—¿Y yo? —preguntó Ci, mirando a Driscoll. Se inclinó hacia un lado para dejar ver a su madre la mano que sostenía.

Driscoll la miró fijamente.

—Tres reinas, y puedo superarlo —dijo. Ci y Shirley intercambiaron miradas de perplejidad.

Paul lo miraba con una expresión traviesa.

—¿Crees que puedes superar la mía? —preguntó en tono inquisitivo.

—Claro —le dijo Driscoll. Sus ojos resplandecieron por un instante—. Si quieres saberlo, te ganaría con ases.

—¿Estás seguro, Tony? —preguntó Paula—. No querrás apostar, ¿verdad? —Paula volvió la cabeza para sonreírle taimadamente a su amigo Terry, también del *Mayflower II*, que observaba desde atrás.

Driscoll le aguantó la mirada calmadamente.

—Creo que me arriesgaré —dijo—. Sí, si esto fuera en serio, apostaría dinero de verdad.

—¿Cuánto? —preguntó Paula.

Driscoll hizo un ademán indiferente.

—¿Cuánto apostarías tú?

—¿Veinte?

—Vale, lo cubriría.

—¿Cincuenta?

—Sigo cubriéndolo.

—¿Cien?

—Cien.

Paula tiró cuatro ases sobre la mesa con una sonrisa malévola.

—¡Has *perdido*! Eh, ¿qué os parece? Acabo de dejarlo limpio. Sabía que iba de farol.

—Y un carajo iba de farol —dijo Driscoll y puso cinco ases más sobre la mesa y la habitación estalló en risas y aplausos.

—Eh, a mí no me has preguntado —dijo Chang—. Yo lo supero.

—¿En serio?

Chang tiró sus cartas y le apuntó con dos dedos negros desde su lado de la mesa.

—Una Smith and Wesson supera a cinco ases. —Sonrió y se levantó—. ¿Alguien quiere otra copa? —Un coro de asentimientos se alzó de la mesa y Chang se dirigió al bar situado al otro extremo de la habitación.

Driscoll le había tomado la palabra a Shirley sobre su invitación para ponerse en contacto con ella cuando estuviera en el planeta, y ella le había pedido que acudiera a la fiesta que daba en Franklin, al mismo tiempo que le decía que invitara a quien quisiera. Así que Driscoll había invitado a

Colman, Swyley, Maddock y Stanislau, y entre todos habían convencido a Sirocco para que viniera también, y Sirocco había sugerido llevar a algunas de las muchachas del *Mayflower II*. Adam, que resultó ser un amigo de Ci, también estaba invitado junto a Kath, y con ellos habían traído al hermano gemelo de Adam, Casey, y a la amiga que Casey tenía en el *Mayflower II*... la vivaz mujer que Colman no había podido ubicar anteriormente.

Resultó ser una pelirroja bien formada llamada Verónica, y que vivía en un apartamento en el módulo Baltimore. De hecho, su cara no le era del todo desconocida, pero antes de eso Colman no había sabido quién era. Parecía tan intrigada por Colman como Colman por ella cuando habían hablado al principio de la velada.

—Sí, he estado allí —le había dicho él en respuesta a la pregunta que le había formulado ella con un destello malévolamente travieso en los ojos—. No hay muchos lugares que no acabes visitando en veinte años.

—Bueno, ¿qué es lo que hacía un sargento tan guapo como tú en el módulo Baltimore?

—¿A quién le interesaría saberlo?

Tras estudiar su expresión impasible durante unos pocos segundos, Verónica había dicho en voz baja:

—Eres tú, ¿no?

—Incluso suponiendo que supiera qué es lo que quieres decir, no sé qué esperas que responda. —Así que ahora ambos ya lo sabían. Cada uno había puesto a prueba la discreción del otro, y ambos respetaban lo que habían encontrado en el otro. No hacía falta decir nada más.

Con todos los bares públicos declarados prohibidos para los soldados del *Mayflower II* tras el tiroteo, la fiesta no podía haberse celebrado en un momento más oportuno, pensó Colman mientras se apoyaba sobre la barra del bar y le daba vueltas a su vaso, recorriendo la habitación con la vista. Swyley y Stanislau estaban detrás de él en un rincón con un grupo de quironeses y quironesas y parecían interesados en

los medios de transporte del planeta; Sirocco estaba con otro grupo en el centro de la habitación discutiendo las noticias de la guerra con otro grupo, y Maddock, que parecía ligeramente desaliñado, estaba tirado sobre un diván en la parte más alejada con un brazo por encima de Wendy, otra chica del *Mayflower II*, que parecía dormida. Era especialmente agradable escapar un rato de la tormenta política desatada por el tiroteo que estaba dividiendo en facciones a la Misión. Kalens quería imponer la ley terrestre sobre Franklin, Lechat quería que todo el mundo se mudara a Iberia, alguien llamado Ramisson quería disolver el Congreso y que la Misión se integrara entre la población quironesa, y en algún lugar en medio de todo eso estaba Wellesley intentando trazar un rumbo entre los demás. A un extremo estaba la gente que ignoraba la directriz de permanecer en el área de Cañaveral y se mudaban, mientras en el otro había quienes apoyaban a Kalens haciendo manifestaciones antiquironesas con exigencias de política de mano dura. Padawski y el grupo que había estado con él en Las Dos Lunas, incluyendo a Anita, estaban confinados en la base militar de Cañaveral, pendientes de una vista por los cargos de desobedecer órdenes y conducta desordenada. Además, Ramelly había sido acusado de agresión, y Padawski por ser incapaz de mantener la disciplina entre los miembros de su unidad así como de proferir amenazas en público. Las amenazas eran la principal razón por la que el grupo seguía confinado, ya que algunos políticos estaban preocupados por la posible reacción de los quironeses si se les permitía salir. Colman no veía ningún riesgo de represalia, ya que ninguno de los quironeses con los que había hablado parecía darle mucha importancia al incidente. Sólo deseaba que más políticos pudieran ver las cosas de la misma manera en vez de sacar las cosas de quicio intencionadamente para conseguir sus fines. Si se hubieran mantenido fuera del asunto y dejado que el ejército se ocupara de su gente a su manera, probablemente la cosa ya estaría olvidada, pensó

para sí.

Kath se había acercado para hablar con Adam, Casey y Verónica, que estaban sentados juntos más allá de la mesa en la que actuaba Driscoll. Aunque empezaba a sentirse más cómodo con ella de lo que estaba en un principio, Colman todavía tenía que esforzarse por aceptar la sensación de ser aceptado libremente y con naturalidad por alguien como ella, y a ser tratado como si fuera alguien especial del *Mayflower II*. La primera vez que había paseado con ella desde la casa de Adam a Las Dos Lunas se había sentido un poco como Lurch, el robot torpón de Adam: torpe, fuera de lugar e inseguro acerca de qué hablar o cómo manejar la situación. Pero durante toda esa noche, pese al episodio del tiroteo, de vuelta a casa de Adam, y cuando se había reunido con ella en la ciudad para almorzar cuando estuvo fuera de servicio al día siguiente, ella había continuado mostrando la misma actitud desenfadada. Gradualmente, Colman había relajado sus defensas, pero todavía le seguía asombrando que alguien que era la directora de una planta de fusión, o lo que fuese que hacía exactamente, actuara de esa manera con un sargento de ingeniería degradado a una compañía de infantería. ¿Por qué lo hacía? Y ya que estábamos, ¿qué interés, más allá de lo simplemente social, podría tener un quironés en cualquier terrestre?

—Porque te está seduciendo —dijo una voz a sus espaldas.

Colman se volvió, apoyado en su codo, y se encontró con Swyley apoyado sobre la barra, contemplando con la mirada fija y perdida las botellas en los estantes. Colman enarcó las cejas. Si hubiera sido cualquier otro, hubiera estado más sorprendido, pero la habilidad de Swyley para leer mentes era simplemente otra de sus artes misteriosas que la compañía D daba por sentada sin preguntas. Tras unos segundos, Swyley prosiguió—: Nos están seduciendo a todos. Así es como libran esta guerra.

Colman no dijo nada, sino que permitió que Swyley

leyera la pregunta en su cabeza. Y Swyley la respondió.

—No fabrican bombas y organizan ejércitos. Es demasiado desagradable, y demasiada gente inocente resulta herida. Van a por la base. Hacen que la gente empiece a pensar y hacerse preguntas que nunca le han enseñado cómo formularlas en su vida, y van minando los cimientos bloque a bloque hasta que el techo se derrumba. —Hizo una pausa y continuó mirando a la pared—. Tú eres un ingeniero, y ella dirige parte de un complejo de fusión. Si quieres salirte, ya tienes un lugar adonde ir. Eso es lo que te está diciendo.

Colman había empezado a ver partes de un patrón de ese estilo, aunque no con la precisión que Swyley había anunciado. Lo que Swyley decía podía ser cierto, pero Colman estaba seguro de que, en el caso de Kath, Swyley, por una vez, había pasado algo por alto, algo más personal que las motivaciones políticas.

Una mano descendió sobre su brazo y se deslizó para acariciar tentadoramente la base de su nuca. Se volvió para encontrarse con que Kath había vuelto.

—Parece que estéis empezando una despedida de soltero —dijo—. Tengo que impedir que esa idea se extienda demasiado.

Colman le sonrió.

—Bien pensado. Estábamos empezando a hablar del trabajo. —Inclinó la cabeza hacia donde Verónica seguía hablando animadamente entre los hijos gemelos de Kath, disfrutando visiblemente de la ocasión—. Ahí hay alguien que parece todo un éxito.

—Es de lo más divertida —concedió Kath—. Está convenciendo a Casey para que le enseñe a ser una arquitecta. Y podría lograrlo. Es una mujer inteligente. ¿La conoces desde hace mucho?

Colman sonrió reservadamente.

—Sólo la he visto por ahí. Esto puede parecer extraño, pero jamás la había conocido en persona.

—¿Después de veinte años en la misma nave? Eso no es posible.

Colman se encogió de hombros.

—Cosas raras suceden en alta mar, dicen, y supongo que cosas más raras aún suceden en el espacio.

—Y tú eres el cabo Swyley, que ve cosas que no están ahí —dijo Kath adelantándose un paso—. Tu capitán Sirocco me contó lo de tu habilidad. Me cae bien. También me contó cómo arruinaste las maniobras allá en la nave. A mí me pareció maravilloso.

—Si vas a perder de todas formas, bien puedes ganar —replicó Swyley—. Si ganas de la forma equivocada, has perdido, y si vas a perder haz lo que hazas, entonces ¿por qué no disfrutarlo?

—¿Qué ocurre si ganas de la forma correcta? —le preguntó Kath.

—Entonces pierdes ante el sistema. Es como jugar contra Driscoll... el sistema se saca sus propios ases de la manga.

En ese momento una de las muchachas quironesas del grupo de la esquina cogió a Swyley suavemente del brazo.

—Creía que ibas a traernos unas copas —dijo—. Nos estamos secando todos. Te echaré una mano. Y entonces podrás volver y contarnos más cosas sobre la mafia. La conversación se estaba volviendo interesante.

Colman abrió los ojos desorbitadamente por la sorpresa.

—¿Él? Pero ¿qué sabe él de la mafia?

La muchacha le dedicó una mirada rara.

—Su tío dirigía todo el West Side de Nueva York y se hacía con unos beneficios de medio millón. Cuando lo descubrieron, tuvo que gastárselo todo en conseguir una plaza en la nave ¿No lo sabías?

Durante un segundo Colman sólo pudo quedarse mirándola boquiabierto. Sabía que a Swyley cuando era un niño lo había traído al *Mayflower II* un tío suyo que había muerto a los quince años de viaje, pero eso era todo.

—Eh, ¿cómo es que nunca nos contaste esa parte?

—Nunca me lo preguntasteis —respondió Swyley por encima del hombro.

Se volvió, sacudiendo la cabeza con exasperación, y miró a Kath de nuevo. Ahora que Swyley se había retirado de la barra, su lenguaje corporal mostraba algo más íntimo. Colman le sostuvo la mirada mientras sus ojos verdigrises recorrían su rostro, con calma pero buscando algo en su expresión. Colman repentinamente fue muy consciente del cuerpo firme y pleno de Kath bajo su ceñido vestido rosa, del indicio de perfume en ese cabello suave que caía en rizos, y la suavidad de la piel de sus brazos bronceados y bien formados. En su interior sabía que había visto venir esto durante toda la velada, pero sólo ahora estaba preparado para aceptarlo conscientemente. Toda la seguridad que necesitaba estaba en el brillo de los ojos de ella, pero el condicionamiento de toda una vida había erigido barreras que era incapaz de derribar. Durante unos segundos que parecieron durar una eternidad se sintió como si estuviera en uno de esos sueños donde sabía lo que quería decir y hacer, pero su boca y su cuerpo estaban paralizados. Sabía que era un reflejo disparado por hábitos de pensamiento arraigados, pero al mismo tiempo estaba inerme para superarlo.

Y entonces se dio cuenta de que Kath sonreía de una manera que decía que no había necesidad de explicar o racionalizar nada. Seguía mirándole fijamente a los ojos, y dijo en un tono que no era para que lo escuchara nadie más:

—Nos gustamos mutuamente como personas, y nos admiramos mutuamente por lo que somos. No es nada de lo que haya que sentirse avergonzado en Quirón. Las personas que se sienten de esa manera normalmente hacen el amor, si es lo que quieren. —Hizo una breve pausa y continuó—: ¿No es eso lo que quieres?

Durante un segundo más, Colman siguió indeciso, y entonces se encontró respondiendo a la sonrisa de Kath con otra cuando al fin fue consciente de lo que implicaba la luz elusiva que resplandecía en los ojos de ella: era un individuo

libre en un mundo libre. Y repentinamente la barrera se derrumbó.

—Sí —respondió. No había nada más que decir.

—Sólo vivo en Port Norday durante la semana laboral —dijo Kath—. También tengo un sitio en Franklin. No está lejos de aquí.

—Mañana entro de servicio temprano —dijo Colman sonriendo, y ella volvió a mostrar su sonrisa de duende travieso.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí todavía? —se preguntaron los dos al mismo tiempo.

Capítulo veintitrés

Kath dejó de hablar y se apoyó en un brazo para servirse una copa de vino de la botella que había sobre la mesilla de noche, y Colman se tumbó de espaldas sobre la suavidad de las almohadas para mirar la habitación con satisfacción mientras saboreaba una cálida y agradable sensación de relax que hacía tiempo que no sentía. Era una habitación acogedora, alegremente femenina, con montones de cobertores y cortinajes satinados, alfombrillas esponjosas, colores pastel y montones de adornos dispuestos en las estanterías y repisas. En muchas cosas le recordaba al apartamento de Verónica en el módulo Baltimore. En la pared de enfrente había una foto de dos sonrientes muchachos de aspecto pícaro de unos doce años, que pese a los años reconoció como Casey y Adam, y esparcidas por la habitación había más imágenes que supuso que eran del resto de la familia de Kath. La que había en un portarretratos sobre el tocador se parecía a Adam, aunque no tanto a Casey, y era de un hombre de la edad de Colman con pelo oscuro y barba. Tenía que ser León, supuso Colman, aunque se abstuvo de preguntar, más por las restricciones de su propia cultura que por miedo a molestar a Kath. El cuadro, que representaba una escena rústica de la Nueva Inglaterra del siglo XX, se lo había regalado un amigo, según había dicho Kath cuando él lo comentó; le interesaba. Desde que había llegado a Quirón había visto muchos recordatorios de ese tipo de formas de vida que nadie en Quirón había conocido. Al preguntarle a los quironeses, había descubierto que la sensación de nostalgia acerca del planeta en el que estaban sus orígenes, que sólo conocían de segunda mano por las máquinas, estaba lejos de ser algo poco común entre los quironeses.

Kath se apartó de la mesilla, se sentó en la cama para dar un sorbo de vino, y luego le pasó la copa y se acurrucó

bajo su brazo.

—Supongo que te debe parecer muy extraño, Steve, que seamos descendientes de máquinas y ordenadores. —Se rió suavemente—. Apuesto a que hay montones de personas en tu nave que creen que somos realmente alienígenas. ¿Creen que caminamos como Lurch y que hablamos con voces monótonas y metálicas?

Colman sonrió y bebió de la copa.

—No es tan malo. Pero algunos de ellos sí que tienen ideas raras... o tenían, de todas formas. Hay mucha gente que no puede imaginarse que los niños criados por máquinas no puedan ser otra cosa que... «inhumanos», supongo que dirías tú, fríos, ese tipo de cosas.

—No fue para nada así —dijo ella—. Aunque supongo que no debería opinar mucho, ya que en realidad no tengo nada con lo que comparar. Pero era... acogedor, amistoso... montones de cosas divertidas y siempre había cosas interesantes que aprender. La verdad es que no echo de menos que me llenaran la cabeza con algunas de las cosas de las que, por lo visto, luego un montón de niños terrestres se pasan luego la vida intentando deshacerse. Nos conocemos y respetamos entre nosotros por aquello en lo que somos buenos, y gente diferente es captada como líder en diferentes cosas. Nadie puede ser un experto en todo, así que la noción de un «jefe» absoluto y permanente, o como quieras llamarlo, nunca arraigó aquí.

—¿Cuánto tiempo pasaste en la *Kuan-yin* antes de bajar a vivir a la superficie, Kath?

—Era muy joven. No estoy segura de poder recordarlo sin mirar los registros. El espacio y las instalaciones por aquel entonces eran limitados, y las máquinas bajaron a los primeros grupos tan pronto como tuvieron lista la base.

—La nave ha cambiado un montón desde entonces —comentó Colman—. Me di cuenta el día que bajamos a ella desde el *Mayflower II* poco después de llegar... cuando Shirley y Ci conocieron a Tony Driscoll. El extremo delantero

debe de ser al menos el doble de grande de lo que era.

—Sí, la gente lleva haciéndole todo tipo de cosas a la nave desde los últimos diez o quince años.

—¿Qué son los cambios en la parte de atrás? —preguntó Colman con curiosidad—. Parece todo un nuevo sistema de impulsión.

—Lo es. Un equipo de investigación está modificando la *Kuan-yin* para probar un impulsor de antimateria. De hecho, el proyecto está bastante avanzado. En la Tierra están haciendo ese mismo tipo de cosas, ¿no?

Colman enarcó los ojos con sorpresa.

—Cierto, pero... iguau! No tenía ni idea de que algo así estuviera aquí tan avanzado. —Los experimentos e investigaciones para controlar la liberación potencial de la energía de antimateria llevaban en marcha en la Tierra desde el segundo cuarto del siglo, principalmente en conexión con programas armamentísticos. Lo que hacía atractiva la antimateria era el rendimiento energético teórico al reunir materia y antimateria... la conversión total de masa en energía, lo que empequeñecería incluso la fusión termonuclear. En su aplicación a bombas y haces de radiación, el proceso tenía posibilidades devastadoras, y hacía mucho que se había teorizado que un haz de ese tipo sería un método altamente efectivo de propulsor para una nave espacial.

Si los quironeses ya estaban adaptándolo a la *Kuan-yin*, eso significaba que habían resuelto un montón de problemas que allá en la Tierra seguían siendo objeto de discusiones, pensó Colman. El planeta entero, según se dio cuenta al pensar en ello, era un generador industrial de progreso, sin las trabas de tradiciones irracionales o los intereses de grupos reaccionarios que lo mantuvieran a raya. Si el patrón continuaba, Quirón se convertiría en un mundo completamente poblado, y dejaría a la Tierra, comparativamente hablando, en el neolítico al cabo de un siglo.

—¿La habéis llevado a alguna parte? —preguntó, volviendo la cabeza hacia Kath—. La *Kuan-yin*, quiero decir... ¿ha estado en algún otro lado desde que llegó a órbita?

Kath asintió.

—A ambas lunas, y hemos enviado misiones a todos los otros planetas de Alfa. Pero de eso hace ya un tiempo. Con el motor original. Hay un programa planeado para establecer bases permanentes por todo el sistema, pero hemos retrasado la construcción de naves hasta que decidamos qué tipo de energía usarán. Por eso están convirtiendo a la *Kuan-yin* en un campo de pruebas. No sería muy inteligente construir un montón de motores de fusión cuando podrían quedar obsoletos en diez años. Hay muchas cosas que hacer en Quirón mientras tanto, así que no hay prisa. —Volvió la cara hacia él y se frotó la mejilla contra su hombro—. De todas formas, ¿por qué estamos hablando de esto? Me dijiste que tenía que evitar que te pusieras a hablar del trabajo. Bueno, vale, lo acabo de hacer. Dejémoslo.

Colman sonrió y le acarició el pelo.

—Tienes razón. ¿De qué quieres hablar?

Kath se acurrucó más contra él y le pasó un brazo por el pecho.

—Cuéntame cosas sobre la Tierra. Ya te he contado cómo crecí. ¿Cómo fue para ti?

Colman sonrió con pesar.

—No provengo de una buena familia de abolengo, ni tengo un gran árbol familiar lleno de famosos antepasados de los que hablar —le advirtió.

—No estoy interesada en nada por el estilo. Sólo quiero oír cosas sobre alguien que creció allí y que proviene de allí. ¿De dónde vienes?

—De una ciudad llamada Chicago, originariamente. ¿Has oído hablar de ella?

—Claro. Está en los lagos.

—Cierto... el lago Michigan. Creo que fui un accidente no muy bien recibido. A mi madre le gustaba la vida alegre...

muchos novios, pasarse la noche entera de juerga. Supongo que yo era un obstáculo para ella.

—¿Tu padre también era así?

—Nunca averigüé quién era. Por lo que sé, tampoco lo sabe nadie.

—Oh, ya veo.

Colman suspiró.

—Así que me escapaba una y otra vez de casa y me metía en todo tipo de problemas estúpidos, y al final la mayor parte de mi educación transcurrió en instituciones estatales para niños problemáticos. A veces intentaban mandarme con familias de diferentes lugares, pero nunca funcionaba. Los últimos lo intentaron con muchísimas fuerzas. Me adoptaron legalmente, y así fue como obtuve mi apellido. Más tarde nos mudamos a Pennsylvania... mi padre adoptivo era un ingeniero especializado en magnetohidrodinámica, lo que probablemente fue lo que hizo que me interesara por ese tema... pero hubo problemas y acabé en el ejército.

—¿Fue allí donde aprendiste ingeniería? —preguntó Kath.

—Eso fue después... tras haber estado ya un tiempo en la nave. Al principio estuve en infantería... vi algo de combate en África. Me pasé la mayor parte del viaje en el Cuerpo de Ingenieros, sin embargo... hasta hace un par de años.

—¿Qué fue lo que te hizo alistarte en el viaje?

Colman hizo un gesto de desconocimiento.

—No lo sé. Supongo que así no había muchas probabilidades de que consiguiera empeorar mi vida más de lo que lo había hecho.

Kath se rió y rodó para quedarse mirando al techo.

—Eres exactamente igual que nosotros —dijo—. Tú tampoco sabes de dónde provienes.

—Eso le ocurrió a mucha gente —le dijo Colman—. Las cosas eran un desastre después de la guerra... ¿Importa acaso?

—Supongo que no —dijo Kath. Se quedó en silencio durante un rato y luego volvió a hablar en un tono más distante—. Pero en realidad no es lo mismo. Quiero decir, debe de ser maravilloso haber nacido allí de verdad... saber que eres descendiente directo de todas esas generaciones, remontándose al principio de todo.

—¿De qué?

—¡De la vida! De la vida en la Tierra. Tú eres una parte de eso. ¿No es una sensación excitante? Tiene que serlo.

—Y tú también —insistió Colman—. Los genes quironeses fueron repartidos del mismo mazo que los demás. Vale, los códigos fueron convertidos en electrónica durante un tiempo, y luego reconvertidos en ADN. ¿Y qué? Un libro que está almacenado en la base de datos sigue siendo el mismo libro cuando lo sacas.

—Técnicamente tienes razón —concedió Kath. Alzó la cabeza para mirar las imágenes de sus hijos en la pared con una expresión ausente en los ojos—. Puede que estén esparcidos por todo el planeta, y su forma de vida puede resultar extraña comparada con la que estás acostumbrado, pero a su manera son una familia feliz —murmuró—. Pero sigue sin ser lo mismo. Nada de todo esto parece tener conexión con lo que había ocurrido cincuenta años antes. ¿No crees que es... oh, no sé, como una especie de vergüenza, de algún modo?

Lo que le pasaba a Kath por la mente no le resultó claro a Colman hasta una hora después, cuando estaba dentro del coche maglev que lo llevaba de vuelta a Cañaveral, con la sombría perspectiva de quizá una hora de sueño como mucho antes de entrar de servicio al amanecer con un día duro por delante.

¿Familia?

¿La Tierra?

Se enderezó en su asiento cuando le llegó la revelación de cómo encajaba todo. Puede que Swyley ya lo hubiera descubierto, después de todo.

¡Así que ésa era la razón por la que una quironesa querría relacionarse con un terrestre!

Los quironeses habían puesto a disposición del ejército como barracones provisionales para las fuerzas militares con base en la superficie un complejo recientemente edificado, diseñado como escuela y que se pretendía que fuera ocupado posteriormente cuando Ciudad Cañaveral se expandiera. Incluía un bloque principal administrativo y social, que el ejército usaba principalmente para propósitos administrativos y sociales, diversos bloques residenciales e instalaciones educativas, la mayor parte de los cuales se usaban para alojar a las tropas, con una parte que servía como centro de detención, un gimnasio y un centro deportivo que se habían convertido en almacenes, armerías y centro para vehículos; y un comedor comunal que permanecía inalterado.

Pasaban de las 04.00 hora local cuando Colman regresó a la habitación que compartía con Hanlon en el Centro Omar Bradley^[5], que en el sistema de veinticuatro «horas largas» quironesas era una hora tan miserable como lo hubiera sido en la Tierra. Con la habitación para él solo, ya que Hanlon estaba de guardia, se introdujo agradecidamente entre las sábanas sin molestarse en ducharse para poder sacar todo lo que pudiera de la oportunidad de dormir sin que le molestaran hasta la llamada de las 05.30.

Le parecía que su cabeza apenas había tocado la almohada cuando una conmoción sacudió la habitación y un sonido atronador en sus oídos lo tuvo en pie antes de que se percatara siquiera de que estaba despierto. Llegaron más explosiones en rápida sucesión desde el exterior del edificio, seguidas por el sonido de disparos, gritos y pies que corrían. Segundos después, una sirena empezó a gemir y el altavoz en la habitación gritó:

—¡Alerta general! ¡Alerta general! ¡Hay un intento de fuga en el centro de detención! ¡Todos los oficiales y hombres a sus puestos de alerta general!

Lo que siguió a continuación fue un desastre general.

Colman encontró a Sirocco en las oficinas militares, actuando por iniciativa propia tras recibir órdenes contradictorias del personal del general Wesserman. Sirocco ordenó a la mayor parte del personal de la compañía D que aseguraran el bloque contra intrusiones y acordonaran las rutas que lo atravesaban hacia el exterior. Envío a Colman con un destacamento mixto de la primera y tercera secciones para ayudar de cualquier manera que vieran adecuada. Encontraron rápidamente una escuadra del DS que los llevaron a la verja oeste, una entrada más lateral y más pequeña al campus, que era donde se suponía que estaba la acción. Colman quería apostar centinelas alrededor del depósito de vehículos motorizados, donde había varias aeronaves de carga procedentes del *Mayflower II*, pero quien le daba las órdenes era un superior, y le dijeron que otra unidad del DS se estaba ocupando de eso. Entonces se apagaron todas las luces.

La mitad del ejército parecía haber convergido en la verja oeste, en donde un grupo de fugitivos había sido atrapado y se defendían a tiros. Cuando la confusión llegó a su cenit, una serie de tronantes explosiones anegaron de humo el centro de detención y el depósito. Cuando el humo se aclaró, uno de los transportes había desaparecido. Nadie había estado vigilando el depósito de vehículos.

El grupo de la verja oeste se rindió poco después y resultó ser unos pocos y un montón de sistemas de señuelos. El radar captó el transporte atravesando a gran velocidad y poca altitud el Mediquirionio, y dos interceptores terrestres con base en Cañaveral fueron enviados en su persecución. Lo alcanzaron justo cuando llegaba a la costa más lejana y le hicieron dar la vuelta disparando dos misiles de advertencia, para luego escoltarlo de vuelta a Cañaveral, donde sus ocupantes fueron entregados al departamento de seguridad para que los custodiaran.

Pero la historia que se desenmarañó durante el

transcurso de la mañana gracias a las investigaciones subsiguientes no era ningún alivio. Apparentemente Padawski le había dicho al líder del grupo de la verja oeste, un tal soldado Davis, que la verja oeste sería el punto de reunión para una incursión en el depósito de vehículos. O bien Davis había sido engañado deliberadamente para atraer la persecución o Padawski había cambiado de planes en el último minuto, y el grupo de Davis se había quedado atrás. Pero sólo había unos pocos en el transporte cuando aterrizó, y Padawski no estaba entre ellos. Los ocupantes afirmaban que cuando se habían hecho con la aeronave, Padawski les había comunicado por radio que se marcharan mientras podían porque estaba atrapado con el grupo principal cerca del centro Omar Bradley. Pero Sirocco había tenido bien cubierto el Omar Bradley, y nadie se había acercado a él. Y en algún momento en medio de todo eso, Padawski y otros veintitrés, todos con armamento pesado, se habían desvanecido.

Dos fugitivos y un guardia habían muerto en la verja oeste, y dos guardias habían sido heridos de gravedad en el centro de detención. Seis de las mujeres que estaban bajo detención habían desaparecido, Anita entre ellas.

—Ha sido una gloriosa cagada de principio a fin —declaró Sirocco, tironeándose del bigote mientras discutía con Colman sobre los sucesos de aquella noche—. Fueron mal demasiadas cosas que no deberían haber ido mal... No había nadie vigilando los aviones, nadie guardando la sala de generadores, varias unidades con órdenes de ir todas al mismo sitio y ninguna unidad en absoluto en otros... ¿Y cómo se hicieron con las armas? No me gusta, Steve. No me gusta nada. Algo en todo esto huele muy raro.

Capítulo veinticuatro

Pese al breve tiempo que había pasado en la universidad de Franklin, Jerry Pernak había aprendido que la física teórica y experimental de los quironeses se había apartado considerablemente de las corrientes principales de estudio en la Tierra. No era tanto que los científicos quironeses hubieran superado a sus contrapartidas terrestres; sino que, cosa posiblemente nada sorprendente teniendo en cuenta la ausencia de hábitos tradicionales de pensamiento o autoridades cuyas venerables opiniones no podían ser cuestionadas hasta después de muertas, habían ido en una dirección completamente inesperada. Y algunas de las cosas con las que se habían tropezado durante el camino habían dejado a Pernak asombrado.

La controvertida idea defendida por Pernak, de que el *Big Bang* no representaba un acto de creación absoluta sino una singularidad que marcaba un cambio de estado a partir de una fase más temprana (si tal término podía aplicarse en realidad) en la que las leyes familiares de la física, junto con los mismísimos conceptos de espacio y tiempo fracasaban al aplicarse era representativa de las opiniones generalizadas en la Tierra por entonces. De hecho, aunque las extrañas condiciones que habían reinado antes del *Big Bang* no podían ser descritas mediante ningún modelo conceptual explicable, un vislumbre de algunas de sus propiedades empezaba a emerger a partir del simbolismo abstracto de ciertas ramas de la física matemática teórica.

La desconcertante proliferación de entidades, primero de bariones y mesones, y posteriormente de quarks, que supuestamente iban a simplificar los anteriores, que había plagado los estudios sobre la estructura de la materia a finales del siglo XX, había sido reducida a una ordenada jerarquía de «generaciones» de partículas. Cada generación

contenía exactamente ocho partículas: seis quarks y dos leptones. La primera generación comprendía los quarks «arriba» y «abajo», y cada uno aparecía en las tres variantes de cargas de color peculiares de la fuerza nuclear débil para dar seis en total; más el electrón y el neutrino tipo electrón-neutrino. La segunda generación estaba compuesta por los quarks «extraño» y «encanto», y cada uno de ellos aparecía otra vez con tres colores posibles; más el muón y neutrino muónico. La tercera generación contenía los quarks «cima» y «fondo»; las partículas tau y el tau-neutrino; y así.

Lo que distinguía a las generaciones era que cada miembro de cada una poseía un compañero correspondiente en todas las demás que era idéntico en todas sus propiedades excepto en la masa; el muón, por ejemplo, era un electrón, sólo que dos veces más pesado. De hecho, los miembros de cada generación eran, según se habían percatado los científicos, exactamente las mismas entidades de «estado base» de la primera generación elevadas a estados sucesivamente mayores de excitación. En principio, no había límite al número de generaciones superiores que se podían producir proporcionando la suficiente energía de excitación, y los experimentos tendían a confirmar esa predicción. Sin embargo, todas las variantes exóticas creadas podían describirse mediante los mismos ocho quarks y leptones de estado base, más sus respectivas antipartículas, junto con los cuantos de campo con los que interactuaban. Así, tras un montón de trabajo que había mantenido ocupados a los científicos de todo el mundo durante casi un siglo, se había logrado una gran simplificación. Pero ¿eran los quarks y leptones el fin de la historia?

La respuesta resultó ser que no cuando dos equipos de físicos ubicados en extremos opuestos del mundo, uno dirigido por el profesor Okasotaka del Instituto para las Ciencias de Tokio y otro en Stanford dirigido por un americano llamado Schriber, desarrollaron teorías idénticas para unificar quarks y leptones y las publicaron al mismo

tiempo. Resultó que las dieciséis entidades y «antientidades» de las generaciones de estado base se podían explicar en base a dos componentes que en sí mismos poseían una sorprendente escasez de propiedades: cada uno tenía un momento angular de spin de un medio, y uno tenía una carga eléctrica de un tercio mientras que el otro no poseía ninguna. Las otras propiedades que se creían fundamentales, tales como la carga de color de los quarks, el «sabor» de los quarks, e incluso la masa, para asombro y consternación de algunos, pasaron a ser consecuencias de las formas en que se *configuraban* las combinaciones de esos dos elementos básicos, de forma parecida a como una melodía es una sucesión ordenada de notas, pero no puede expresarse como la propiedad de una sola nota.

Por tanto, sólo había dos componentes, cada uno de los cuales tenía un «anticomponente». Un quark o leptón estaba formado por un triplete de tres componentes o bien tres anticomponentes. Había ocho combinaciones posibles: dos componentes tomados de tres en tres y otras ocho posibles combinaciones de anticomponentes tomados de tres en tres, lo que daba como resultado dieciséis entidades y antientidades de la generación de partículas de estado base.

Con dos tipos de componente o anticomponente a escoger por cada triplete, un triplete podía estar constituido bien por tres del mismo tipo, o dos de un mismo tipo más uno del otro. En el último caso, había tres permutaciones posibles de cada combinación de dos-más-uno, lo que daba las tres cargas de color que poseían los quarks. La combinación tres-iguales sólo podía configurarse de una forma y correspondía a los leptones, que era la razón por la que los leptones no tenían carga de color y no reaccionaban a la fuerza nuclear fuerte.

Entonces un quark o leptón siempre eran tres componentes o tres anticomponentes; la masa aparecía como consecuencia de que no había mezcla de componentes en un triplete. Las combinaciones mixtas no exhibían masa, y

describían las partículas vector que mediaban en las fuerzas básicas: el gluón, el fotón, los bosones de vector carentes de masa, y el gravitón.

Okasotaka propuso la palabra japonesa *kami* para los dos componentes básicos, según la antigua deificación japonesa de las fuerzas de la naturaleza. Los dioses japoneses poseían dos almas; una de naturaleza pacífica, *nigi-mi-tama*; y otra de naturaleza violenta, *ara-mi-tama*; y siguiendo ese patrón, Okasotaka bautizó a sus dos especies de *kami* como «*nigiones*» y «*araones*», nombres que un comité sobre estándares internacionales ratificó y consagró en la nomenclatura oficialmente reconocida de la física. Schriber encontró una ayuda mnemotécnica para las diferentes combinaciones de tripletes, tarareando para sí cosas como «di-da-dá» para el quark «arriba», «da-di-dí» para el antiquark «abajo», y «da-da-dá» para el positrón y por tanto los llamó «das» y «dis», por lo que sus estudiantes pronto acuñaron el término «tararí» como genérico para ambos componentes, y muy a pesar de los custodios de la dignidad científica esas versiones acabaron siendo de uso común entre la comunidad científica, que pronto se cansaron de recitarse «*nigi-nigi-ara*» y cosas así entre ellos. La comunidad científica fue mucho menos receptiva a la afirmación de Schriber de que al final había conseguido la unificación de la mecánica cuántica con la relatividad.

Debido al problema de que ambas palabras comenzaban por la misma letra, el «di» acabó siendo designado con la U y el «da» con la E. El da tenía un tercio de carga, y el di ninguno. Dos das y un di hacían un quark arriba, sus tres cargas de color posibles representadas por las tres permutaciones posibles, UUE, UEU y EUU. De manera similar, dos dis y un da resultaban en un antiquark abajo en sus tres posibles colores como UEE, EUE, y EEU; de la misma manera dos «antidás» y un «antidí» daban un antiquark arriba; y dos antidís y un antidá, el quark abajo. Tres das juntos portaban una unidad de carga pero ningún color y daban como

resultado el positrón, designado como $\bar{U}\bar{U}\bar{U}$, y tres antídás, cada uno de ellos con «anticarga», es decir, negativa, formaban el electrón normal, UUU . Tres dis juntos no tenían carga, y formaban el electrón-neutrino, y tres antídís asociados completaban la generación de estado base como el electrón-antineutrino. De todo ello se deducía, entonces, que los «antitararís» no necesariamente producían antipartículas, y los tararís no siempre creaban una partícula. Los tararís predominaban sobre los antitararís, pese a todo, en la constitución de la materia normal; el protón, por ejemplo, compuesto de dos quarks arriba y un quark abajo, quedaba representado por un trío de «tarariplete» como UUE ; UEU o $\bar{U}\bar{E}\bar{U}$, dependiendo de las cargas de color asignadas a los tres quarks constituyentes.

Este esquema explicaba al fin una cierta cantidad de cosas que previamente habían sido sólo curiosas coincidencias empíricamente observadas. Explicaba por qué los quarks venían en tres colores: cada combinación de uno-más-dos de das y dis tenía tres y sólo tres permutaciones posibles. Explicaba por qué los leptones eran «blancos» y no reaccionaban a la fuerza fuerte: sólo había una posible permutación de UUU o EEE . Y explicaba por qué las cargas eléctricas de quarks y leptones eran iguales: eran portadas por los mismos tararís. Además, posteriores estudios sobre la «taradinámica» permitieron las primeras especulaciones sobre qué había activado la cerilla para producir el *Big Bang*.

Los indicadores matemáticos señalaban a un dominio anterior habitado por un «fluido» de pura «taramateria», de tamaño indeterminado y de propiedades peculiares, ya que el espacio y el tiempo estaban enlazados como una dimensión compuesta que no permitía ningún proceso análogo a algo describible en términos físicos familiares. Había bases sólidas para suponer que si un nódulo en expansión de espacio y tiempo desenmarañado fuera introducido arbitrariamente mediante algún mecanismo (algo que algunos presentaban con el símil de la aparición de una burbuja en agua de soda

aunque no era una analogía precisa) la «presión» reducida en el interior de la burbuja dispararía la condensación de la taramateria fuera del «taraespacio» como una explosión de tararís y antitararís, los tararís preservando el aspecto «paratemporal» y los antitararís el aspecto «antitemporal» del dominio atemporal desde el que se originaron. Su afinidad mutua precipitaría la combinación en un denso fluido de fotones en el que la paratemporalidad quedaría reestablecida, lo que encajaba con la relatividad al explicar por qué el tiempo no pasaba para los fotones en movimiento y dando cuenta de la extraña conexión percibida en el universo entre el flujo del tiempo y la velocidad de la luz. Las condiciones de altísimas energías del fluido primordial de fotones, la densidad del cual debió acercarse a la del núcleo atómico, favorecerían la formación de entidades de «tarariquetes» para dar lugar a la materia interactuando bajo condiciones dominadas por la fuerza nuclear fuerte, que se manifestó para restaurar la simetría de norma no abeliana respecto a la variancia introducida por la separación de espacio y tiempo. Tras eso, la evolución del universo continuó según principios bien entendidos.

Las teorías favoritas en la Tierra en ese momento atribuían el predominio de la materia, en oposición a la antimateria, en el universo a un desequilibrio de una parte por billón en las reacciones producidas en la fase más temprana del *Bang*, en las que la energía disponible produjo copiosas cantidades de partículas exóticas que no se encontraban en el universo actual, cuyos patrones de desintegración violaban la conservación del número bariónico. En el universo actual, rara vez aparecían sólo como fugaces «partículas virtuales» y eran responsables de la casi inconmensurable, pero medida, vida media de 10^{31} años del protón.

Se creía que las partículas virtuales eran virtuales porque las condiciones del universo presente no podían proporcionar

la energía necesaria para sostener tararipletes. La única forma de crear antimateria, por tanto, era concentrar la cantidad de energía suficiente en un punto para separar los componentes de un par virtual antes de que se reabsorbieran el uno en el otro y sostener así su existencia, lo que en la práctica significaba proporcionar como mínimo energía equivalente a su masa, como de hecho se hacía en el interior de los aceleradores gigantes. Ésa era la razón que había tras el extendido escepticismo sobre la posibilidad de una ganancia neta de energía al aniquilar la antimateria posteriormente. Como mucho, se tenía la sensación de que el proceso serviría como una batería para almacenar energía de una forma bastante complicada, y además, no sería una batería particularmente eficiente; la energía que había que emplear en el acelerador estaría mejor usada si se aplicaba directamente a aquello que se quería hacer con la antimateria.

En esa última parte los físicos quironeses habían desarrollado una ruta diferente. Los quironeses habían dado el notable paso de extender la equivalencia masa-energía para abarcar al espaciotiempo mismo: los tres eran simplemente diferentes expresiones de una misma «cosa». Una onda de choque que se formara en el interior del dominio primordial de la taramateria, según habían descubierto, podía crear un gradiente de energía suficiente para «desgarrar» un elemento del espaciotiempo enmarañado sobre sí mismo y descomponerlo en las dimensiones familiares que los científicos terrestres se habían visto obligados a postular arbitrariamente.

La subsiguiente expansión del espacio derivaba directamente de la relación quironesa de equivalencia masa-energía-espacio: el fluido de fotones, al enfriarse, se transformaba en espacio así como en tararipletes de materia; la proporción dependía de la temperatura y cambiaba de una que favorecía a los tararipletes a otra que favorecía al espacio según se enfriaba el universo. Por tanto, el viraje al

rojo de las galaxias no estaba causado por un espacio en expansión; los quironeses le habían dado la vuelta por completo al principio y habían concluido que la expansión del espacio era un producto de alargar las longitudes de onda. En otras palabras, la radiación definía al espacio, y mientras se enfriaba a longitudes de onda más cortas, el espacio crecía. Por tanto, los quironeses habían completado la síntesis de la taradinámica con la relatividad general al relacionar las propiedades del espacio con el fotón así como las propiedades del tiempo. Las «islas» de taratripletas de materia dejados atrás por el fluido de fotones al enfriarse permanecían dominadas internamente por la fuerza nuclear fuerte, mientras que la gravitación se convertía en la fuerza dominante en el reino macroscópico creado fuera, y en muchos aspectos continuaron comportándose como microcosmos del dominio a partir del cual se habían originado.

Aún más notable era otra predicción que se desprendía de las relaciones de simetría quironesas, que requerían la creación de un «antiuniverso» junto con el universo, poblado por antimateria y que consistiría en un reino extraordinario en el que el «antitiempo» corría hacia atrás y el «antiespacio» se contraía a partir de un volumen inicial cero. Los universos, como las partículas, eran creados a pares. Y era la dualidad de los universos, cada uno exhibiendo un espaciotiempo descompuesto en dos dimensiones discretas, lo que daba origen a la dualidad de doble sentido manifiesta en los tararís y antitararís. Los das, dis, antidás y antidís eran simplemente proyecciones paraespaciales, paratemporales, antiparaespaciales y antiparatemporales de la misma entidad fundamental que existía en el dominio atemporal y aespacial del tarariespacio.

Y, lo más asombroso de todo, sólo hacía falta un «hipertararí» en el tarariespacio para dar cuenta de todas las proyecciones percibidas como das, dis, antidás, y antidís y ambos universos. Un universo proporcionado, de hecho, para

actuar como una pantalla en la que se repetían las mismas proyecciones una y otra vez como consecuencia de la separación de las dimensiones del espacio y el tiempo de la pantalla en sí, lo que por supuesto era la razón por la que un da era exactamente igual a otro da, y cualquier di exactamente igual a cualquier otro di. Era como si una máquina de escribir creara papel mientras escribía, dejando que los habitantes del universo plano que había creado se preguntaran estupefactos por qué todas las letras que encontraban una tras otra en su propio «planotiempo» tenían la misma forma.

Más tararís que antitararís se verían proyectados al universo normal, y más antitararís que tararís al antiuniverso, y eso, según la versión quironesa, era la razón por la que el universo estaba compuesto de materia y no de antimateria; lo contrario, por supuesto, se aplicaba al antiuniverso. La forma de obtener antimateria, por tanto, según razonaron los científicos quironeses, era hacer que una pequeña parte del universo se pareciera a un antiuniverso de tal forma que se pudiera engañar al tarariespacio para que proyectara antitararís en vez de tararís en él. En otras palabras, en vez de emplear enormes cantidades de energía para crear antitararís de la nada, cosa inevitable según pensaban la mayoría de los científicos terrestres, ¿se podía «invertir» los tararís en antitararís en la materia que ya se tenía de antemano?

Para asombro incluso de ellos mismos, habían descubierto que podían. El enfoque quironés consistió en usar impulsores de fusión inerciales de alta energía para producir concentraciones de plasma lo suficientemente altas para «hervir» y convertirse en un fluido de fotones puro que recreaba en el interior de un volumen diminuto las condiciones de los primeros instantes del *Big Bang*. Dentro de esa región, el espacio y el tiempo se reacoplaban y se contraían hacia el interior con el núcleo en implosión para simular por un instante las extrañas condiciones invertidas de

un antiuniverso, y en ese instante una gran porción de los tararís liberados en el proceso se transformaban en antitararís que, bajo las condiciones dominantes de alta energía, se combinaban preferentemente en antiquarks y antileptones antes que en radiación. Había algo de pérdida debido a las aniquilaciones con las partículas de materia que también se formaban en menor medida, como sin duda había ocurrido en el *Big Bang* en sí, pero el resultado neto era una impresionante ganancia de energía en relación con la energía invertida en fomentar el proceso, y los quironeses ya habían demostrado la validez de su modelo con éxito en una instalación de investigación situada en el extremo más alejado de Oriena.

Lo que significaba que podían «comprar» cantidades sustanciales de antimateria a bajo precio. En la práctica, habían aprendido a controlar los «minibangs» con los que Pernak llevaba años especulando.

La teoría abría reinos completamente nuevos, según empezaba a apreciar Pernak, que se hallaba sentado hacia atrás en su despacho para darle a su mente un descanso en la tarea de absorber la información de la pantalla mural que tenía enfrente. Lo que empezaba a vislumbrar no sólo afectaba a la física; era una filosofía existencial completamente nueva que venía junto con la interpretación física.

La mente quironesa no tenía espacio para la lúgubre imagen que habían conjurado las generaciones anteriores de pensadores terrestres, la de un universo creado por un accidente único de la naturaleza, brillando brevemente como una chispa en la noche para apagarse en el infinito y congelarse a manos de la parálisis imparable, helada e inmisericorde de la entropía. Para un quironés, el universo no era sino un átomo de un Universo posiblemente infinito de universos hermanos, cada uno de los cuales coexistía en todo punto del espacio con el reino-origen que había engendrado a su familia con la abundancia de una nube de tormenta de

verano precipitando gotas de lluvia. Mediante ese reino-origen cualquier universo podía conectarse con cualquier otro, y al conectarse al reino-origen, como había verificado el proyecto antimateria, cada uno de esos universos podía ser sostenido, nutrido y mantenido a partir de un hiperdominio infinito e ilimitado tan vasto e inimaginable que todo lo que existía, desde los microbios a los quásares detectables más lejanos, era una simple sombra de una mota de ese dominio.

Pernak se levantó del escritorio en el que había estado trabajando y se acercó a la ventana para contemplar el césped enmarcado por los dos brazos que formaban las alas delanteras del edificio. Ya habían empezado a aparecer muchos de los estudiantes y miembros del personal universitario, algunos relajándose sentados al sol, y otros jugando en grupos aquí y allá mientras se acercaba el descanso de mediodía. Estaba acostumbrado a vivir entre gente que expresaba sentimientos de insignificancia y miedo frente a un universo que percibían como frío y vacío, dominado por las fuerzas de la desintegración, la descomposición y, al final de todo, la muerte; un universo en el que la frágil singularidad llamada vida se aferraba precaria y fugazmente a una existencia que no tenía lugar en el orden de las cosas. La ciencia había sondeado el principio de todas las cosas que podían ser conocidas, y ésa era la sombría respuesta que habían encontrado escrita.

Los quironeses, por el contrario, veían un universo rico y vibrante que manifestaba en cada nivel de estructura y escala de magnitud la misma fuerza irresistible de autoorganización que había construido átomos a partir del plasma, moléculas a partir de átomos, luego la vida, y desde ahí había producido el fenómeno supremo de la mente y todo lo que la mente podía crear. Las débiles ondas que iban en contra de la corriente de la evolución eran tan incapaces de detenerla como una brisa de detener el fluir de un río; la promesa del futuro eran nuevos horizontes que se abrían infinitamente hacia una vista de mayores conocimientos,

recursos con los que nadie había soñado, y perspectivas sin límite. Lejos de haber sondeado el principio de todas las cosas que se podían conocer, los quironeses sólo estaban empezando a aprender.

Y por tanto, los quironeses rechazaban el culto a la muerte de la inevitabilidad del estancamiento universal final y la degeneración de todo. De la misma manera que un organismo muere si se le priva de comida, o una ciudad que es abandonada por sus habitantes se derrumba y convierte en polvo, la entropía sólo aumenta en sistemas cerrados que están aislados de fuentes de energía y vida. Pero el universo quironés ya no era un sistema cerrado. Como el brote de una semilla enterrada en suelo y bañada por la luz solar y el agua, o un gameto que se divide y toma forma en el útero, era un organismo que crecía y medraba... un sistema abierto alimentado por una fuente inagotable.

Y para un sistema así la regla universal no era la muerte, sino la vida.

De forma extraña, era precisamente esa comprensión que comenzaba a adquirir de la dedicación de los quironeses a la vida lo que perturbaba a Pernak. Lo perturbaba porque cuanto más descubría de su historia y su manera de ser, más entendía la tenacidad y la ferocidad con que defenderían su libertad para expresar esa dedicación. La defendían individualmente, y era incapaz de imaginar que no la defendieran con la misma determinación colectivamente. Sabían desde hacía más de veinte años que el *Mayflower II* estaba de camino, y por debajo de su simpatía informal no eran para nada una raza pasiva y sumisa que confiara su futuro al azar y a la bondad de los demás. Eran realistas, y Pernak estaba convencido de que se habrían preparado para hacer frente a lo peor que pudiera suceder en esa situación. Aunque nadie le había mencionado la palabra armas, por lo que empezaba a ver de las ciencias quironesas, sus medios para afrontar lo peor podían ser verdaderamente poderosos.

Se contentaba con saber que los quironeses jamás

provocarían hostilidades porque no tenían miedo a los terrestres y los aceptaban de buena gana, como todo lo que había ocurrido desde la llegada de la nave había demostrado ampliamente. No consideraban que la forma en la que los terrestres elegían vivir su vida fuera asunto suyo, pero no permitirían que su propia forma de vida fuera influenciada, y no les preocupaba la perspectiva de tener que competir por los recursos porque bajo su punto de vista los recursos eran virtualmente infinitos. Pero se sentía mucho menos seguro de los terrestres... al menos de algunos de ellos. Kalens seguía emitiendo discursos inflamados y tenía un buen número de seguidores, y el juez Fulmire estaba bajo el ataque directo de unos cuantos sectores indignados por su decisión de no presentar cargos en el caso del tiroteo del soldado Wilson. Y más recientemente, Pernak había oído historias entre los quironeses sobre tipos que parecían gente de inteligencia militar de paisano circulando por Franklin y haciendo preguntas que parecían destinadas a identificar quironeses extremistas, rencorosos o resentidos y con personalidades fuertes... en otras palabras, el tipo de persona que encajaba con los perfiles de reclutas clásicos para convertirse en agitadores u organizadores de acciones de protesta. El esfuerzo no debió de dar mucho resultado, ya que los quironeses parecían más divertidos que interesados, pero quedaba el hecho de que alguien parecía interesado en explorar el potencial para fomentar el descontento entre los quironeses. La razón probable no requería muchas suposiciones: la historia política de la Tierra estaba repleta de casos en los que las autoridades provocaban disturbios deliberadamente para poder justificar las duras respuestas a los ojos de su propia gente. Si había alguna facción, y posiblemente una bastante poderosa, maniobrando para crear una confrontación, y si lo que Pernak empezaba a vislumbrar de los quironeses era algo por lo que guiarse, esa facción se iba a llevar unas cuantas sorpresas muy desagradables. Eso no preocupaba tanto a Pernak como

pensar que había mucha gente que podía resultar malparada en el proceso. Sabiendo lo que sabía, sentía que no podía permitir quedarse sentado al margen y dejar que las cosas siguieran ese curso.

Quizá se había apresurado demasiado, y quizá había sido un poco ingenuo, cuando él y Eve hablaron con Lechat, admitió para sí. Seguía creyendo, como creía entonces, que los terrestres se fundirían tranquilamente con la sociedad quironesa a su tiempo si les dejaban hacerlo en paz, pero parecía evidente que no todo el mundo los dejaría en paz. Y también seguía sin ver que el separatismo permanente fuera la respuesta, pero en el futuro inmediato se sentiría más cómodo viendo a alguien sensato y que comprendiera la situación al mando... como Lechat. Al pensar en ello, Pernak lamentó su respuesta a la petición de apoyo de Lechat. Pero ya era demasiado tarde para cambiar nada. No sabía exactamente qué podía hacer para ayudar, pero estaba conociendo a muchos quironeses y empezaba a comprender su forma de pensar. Seguramente ese conocimiento podría servir a un propósito útil.

Lechat estaba arriba, en el *Mayflower II*, y Pernak se sentía remiso a visitarlo allí, ya que era un «desertor» y no estaba seguro de qué tipo de recepción podía esperar por parte de las autoridades. El ejército había estado enviando escuadras del DS para traer de vuelta a los desertores del ejército... y los rumores decían que no todas esas escuadras del DS enviadas a tales misiones habían vuelto. Así que algo cercano al pánico podía estar extendiéndose en los niveles superiores de la cadena de mando. Sin embargo, tampoco le parecía prudente confiar las cosas que quería debatir a las comunicaciones electrónicas. Pero Eve había dicho algo sobre que Jean Fallows se había convertido en una partidaria muy activa de Lechat y en una organizadora de su campaña... Ese sería un buen lugar por donde empezar.

Asintió para sí. Eso sería lo que haría. Llamaría a Jean y luego iría a Cordova Village para hablar con ella y Bernard.

Capítulo veinticinco

Leighton Merrick pegó los dedos para formar una columna que aguantara el arco gótico de sus cejas y se quedó mirando la mesa del escritorio mientras escogía sus palabras.

—Ah, he estado mirando su expediente, Fallows —dijo cuando alzó la vista al fin—. Demuestra una continuada atención al detalle en todo momento... todo revisado y completo, y apropiadamente documentado. Encomiable, muy encomiable... la clase de expediente que deberíamos tener más en este servicio.

—Gracias, señor. —Era obviamente una maniobra para congraciarse. Bernard mantuvo el rostro inexpresivo y se preguntó qué iba a pasar continuación.

Merrick permitió que sus manos le cayeran hasta el pecho.

—¿Y cómo se está asentando? ¿Su familia se adapta bien?

—Casi sin problemas, considerando que han pasado veinte años. —Bernard se permitió una ligera sonrisa—. Para Jean algunas cosas son demasiado extrañas, pero estoy seguro de que las superará.

—Bien, muy bien. ¿Y cómo ve usted la cuestión de nuestras relaciones con los quironeses en general?

—Los encuentro refrescantemente francos y directos. Con ellos uno sabe dónde está en todo momento. —Bernard se encogió ligeramente de hombros—. Considerando el poco tiempo que llevamos aquí, creo que todo ha ido sorprendentemente bien. Desde luego que podría haber ido mucho peor.

—Hmmm... —La réplica no era lo que Merrick esperaba—. No todo, claro —dijo—. ¿Y la muerte del cabo Wilson hace una semana?

—Fue una desgracia —afirmó Bernard—. Pero en mi opinión, se lo buscó.

—Puede ser, pero no es eso lo que quería plantear —dijo Merrick—. Seguramente no aprobará la ley de la selva que sustituye a la verdadera ley entre esa gente. ¿Está diciendo que deberíamos exponer nuestra propia gente a la perspectiva de que les peguen un tiro en la calle si ocurre que le caen mal a alguien?

Bernard suspiró. Como siempre, Merrick parecía determinado a retorcer sus respuestas hasta que se amoldaran a lo que quería oír.

—Por supuesto que no —replicó Bernard—. Pero creo que la gente está exagerando la situación. El incidente no es representativo de lo que podemos esperar. Los quironeses actúan tal y como son tratados. La gente que se ocupa de sus asuntos y no se sale de tiesto molestando a otros no tiene nada que temer.

—Así que todo el mundo se convierte en su propia ley —concluyó Merrick.

—No, las leyes están ahí, implícitas, y se aplican a todo el mundo, pero hay que aprender a leerlas. —Bernard frunció el ceño. Eso no le había salido exactamente como quería. Era una invitación a la clásica respuesta de que dos personas diferentes leerían cosas diferentes. La diferencia, precisamente, estaba en que los quironeses podían hacer que funcionara—. Lo único que digo es que no creo que el problema sea tan malo como algunos quieren hacernos creer —explicó, sintiendo al mismo tiempo que la explicación era insuficiente.

—Supongo que ha oído las últimas noticias sobre esos soldados que se escaparon de los barracones —dijo Merrick.

—Sí, pero esa situación no puede durar. Si el ejército no los encuentra pronto, lo harán los quironeses.

Padawski y sus seguidores habían aparecido de alguna manera al otro lado del Mediquironio, zona que estaba escasamente poblada; y parecían estar asentándose como

bandoleros en los montes. Era difícil ver qué pretendía alguien dedicándose al bandidaje en un mundo como Quirón, pero la venganza contra los quironeses parecía tener mucho que ver; dos haciendas aisladas habían sido atacadas, invadidas y saqueadas; y en el transcurso de esas incursiones habían muerto cinco quironeses y un soldado. Tres quironesas, incluyendo una muchacha de quince años, habían sido violadas. El ejército registraba la zona desde el aire y con grupos de búsqueda a pie, pero sin éxito hasta la fecha, los renegados estaban bien entrenados en las artes de la ocultación. Los satélites eran de uso limitado si no se sabía exactamente dónde mirar, especialmente si el terreno era abrupto.

Pero Bernard sospechaba que los quironeses eran completamente capaces de hacer frente al problema sin ayuda del ejército. La población quironesa parecía haber producido expertos en cualquier cosa, incluyendo unos cuantos tiradores y rastreadores muy capaces que en años pasados habían sido convocados ocasionalmente para desanimar, y si era necesario, eliminar, a los elementos problemáticos persistentes. Van Ness, por ejemplo, el hombre que había matado a Wilson con un tiro limpio desde el otro lado del bar, no era ningún aficionado, obviamente. Y resultó que Van Ness, aparte de ser un cartógrafo y un comerciante de madera, también era un explorador y cazador experimentado que enseñaba disciplinas marciales de combate con y sin armas en la academia de Franklin que Jay había visitado. De hecho, Colman había pasado una tarde en los montes del interior de la península de Mandel observando algunas de las actividades al aire libre de la academia y había vuelto convencido, según había dicho Jay, de que algunos de los quironeses eran tan buenos como los mejores francotiradores del ejército.

Pero Merrick no parecía inclinado a seguir ese aspecto del asunto.

—Pese a todo, hay quironeses que están siendo

asesinados —dijo—. ¿Cuánto durará su paciencia, y cuánto tiempo pasará antes de que veamos a algunos de ellos emprender acciones de retribución indiscriminada contra nuestra gente? Después de todo, eso sería consecuente con su actitud anarquista y violenta, que usted parece aprobar.

—Jamás he dicho nada por el estilo. El meollo del asunto es que no son indiscriminados. Y eso es precisamente lo que a un montón de gente por aquí no le entra en la cabeza, y la razón por la que no tendrían nada que temer. Los quironeses no trazan una línea alrededor de todo un grupo de gente y piensan que todos los que hay dentro de esa línea son iguales. No han empezado a odiar a todos los soldados simplemente porque sucede que llevan la chaqueta del mismo color que la banda que está cometiendo atrocidades allá abajo, y tampoco empezarán a odiar a todos los terrestres. No piensan de esa manera.

Merrick se lo quedó mirando con frialdad durante unos segundos sin parecer muy satisfecho.

—Bueno, todo lo que puedo decir es que no todo el mundo comparte su envidiable fe en la naturaleza humana... incluido yo, añadido. La política oficial que me ha llegado de la Junta, cuyo deber también es apoyar tanto como el mío, independientemente de nuestras opiniones personales, es que no se puede descartar una reacción violenta por parte de los quironeses. Por tanto, debemos tener en cuenta tal posibilidad al enfrentarnos al futuro.

Bernard abrió las manos con resignación.

—Muy bien, veo que tiene sentido el estar preparados. Pero no veo cómo afecta eso a nuestra planificación aquí en Ingeniería.

Merrick arrugó las cejas durante un momento y luego pareció abandonar todo intento de enfocar sutilmente el tema.

—Hay aproximadamente diez mil de los nuestros en Ciudad Cañaveral y sus alrededores más cercanos —dijo mirando directamente a Bernard—. Dependen en gran

medida de todo tipo de servicios e instalaciones quironeses, desde la energía para sus hogares hasta la comida. Si hubiera un estallido de problemas a gran escala, quedarían completamente a merced de los quironeses. —Alzó una mano para detener cualquier objeción—. Así que claramente no podemos tolerar tal estado de cosas. Por tanto, se ha decidido que, como medida puramente preventiva para proteger a nuestra gente si se da el caso, debemos ser capaces de garantizar la continuidad de los servicios esenciales si las circunstancias lo exigen. Ya que no estamos hablando de un entorno tecnológicamente atrasado, será necesario un considerable grado de experiencia en procesos industriales modernos para llevar a cabo esa obligación, lo que nos otorga, a Ingeniería, un papel indispensable. Espero que comprenda mi punto de vista.

Los ojos de Bernard se estrecharon una fracción. Encajaba con lo que había dicho Kath acerca del complejo de fusión, si se quitaban de en medio las racionalizaciones. ¿Qué estaba haciendo Merrick? ¿Aumentando el número de la supuesta fuerza de supervisión porque la Junta había decidido seguir adelante con el plan, usando a Padawski como excusa?

—No estoy seguro de verlo así —replicó—. Parece como si estuviera hablando de tomar el control de alguna instalación quironesa. ¿Eso simplemente no empeoraría las cosas?

—No he hecho mención alguna de tomar el control de nada. Sólo digo que deberíamos estar familiarizados lo suficiente con su funcionamiento para garantizar esos servicios si se nos exige que lo hagamos. Ahora que hemos tenido la oportunidad de echar un vistazo a Port Norday y a otras instalaciones, tengo bastante confianza en que seríamos capaces de dirigirlos. No quería quitarle mucho tiempo a los demás en la ocasión anterior, pero ya que la cosa parece factible, me gustaría que fuera a echar un vistazo a Norday. Debería llevarse a Hoskins con usted. Vino

con nosotros la última vez, por nosotros, pero refrescar la memoria no le hará ningún daño y le ayudaría tener a alguien a su lado que sabe moverse por allí. Eso era de lo que realmente quería hablarle. —Merrick hablaba en un tono informal, de una manera que parecía presuponer que la cosa era de conocimiento público aunque a Bernard todavía no le habían contado nada de manera oficial; pero al mismo tiempo miraba a Bernard de una forma curiosa, como si fuera incapaz de suprimir por completo la expectación ante una objeción que sabía que se produciría.

Bernard decidió seguirle el juego para ver qué ocurría.

—Discúlpeme... ¿qué quiere decir con eso de la última vez? Debo haberme perdido algo.

Las cejas de Merrick se alzaron en una expresión de sorpresa que era quizá demasiado apresurada.

—La última vez que fuimos a ver el complejo de Port Norday. —Bernard se lo quedó mirando inexpresivamente. Merrick parecía apenado—. No me diga que no lo sabía. Fui con Walters y Hoskins hace ya un tiempo. ¿Walters no le contó nada?

—Nadie me dijo nada.

La expresión apenada de Merrick se agudizó y chasqueó la lengua.

—Tch, tch, eso es inexcusable. Qué lamentable. Déjeme ver... no puedo recordar exactamente cuándo fue, pero usted estaba de servicio. Por eso no pude incluirlo en aquel momento. —Eso era una mentira descarada; Bernard había estado allí ese día, con Jay, y estaba fuera de servicio—. Pero de todas formas, eso se puede arreglar pronto. El lugar le va a parecer fascinante. Hay una mujer que dirige la mayor parte de los procesos primarios... una dama notable... así que puedo prever algo de compañía interesante además de un entorno interesante. Lo que me gustaría que hiciera sería que acordara algo con Hoskins lo antes posible. Me temo que estaré muy ocupado en los próximos días.

Obviamente había algo inusual en marcha. Poco

dispuesto a abandonar el tema así, Bernard continuó.

—¿Y Walters también, quizá? También le vendría bien refrescar la memoria.

Merrick inhaló profundamente y su expresión se volvió grave.

—Mmm... Walters. Eso me recuerda lo otro que tenía que decirle —dijo en tono serio—. El oficial Walters ya no está con nosotros. Él y su familia desaparecieron de Cordova Village hace dos días y no se ha sabido nada de ellos desde entonces. No se presentó ayer. Suponemos que se ha ocultado. —Meneó la cabeza con desaprobación—. Decepcionante, Fallows, muy decepcionante. Le suponía más carácter.

¡Así que era eso! El niño bonito de Merrick lo había dejado tirado, y necesitaba un reemplazo. A Merrick le importaban un carajo las habilidades de Bernard como ingeniero; sólo estaba interesado en salir de lo que para él suponía un apuro embarazoso. Mientras Bernard repasaba mentalmente toda la sarta de manipulaciones que llevaba oyendo desde que se había sentado, sus recuerdos de la franqueza de Kath le volvieron como un soplo de aire fresco.

—Se lo puede meter donde le quepa —se oyó decir a sí mismo antes incluso de darse cuenta de que estaba hablando.

—¿Cómo? —Merrick se puso rígido en su silla—. ¿Qué ha dicho usted, Fallows?

—He dicho que se lo puede meter donde le quepa. —Repentinamente la sensación intimidante que había perseguido a Bernard durante años había desaparecido. El papel al que había permitido que lo retorcieran y amoldaran se marchitó y cayó como si se desprendiera de una piel vieja. Por primera vez, era *él mismo*, y estaba libre para afirmarse como individuo. Al otro lado del escritorio, la catedral de granito se resquebrajó en escombros para revelar... que no había nada dentro de ella. Era un farsante, al igual que todos los demás farsantes de los que llevaba huyendo durante toda

su vida. Ahora, había dejado de huir.

Bernard se relajó en la silla y aguantó la mirada indignada de Merrick con expresión tranquila.

—Nadie va a ir a cerrar ese complejo, y usted lo sabe —dijo—. Guárdese la propaganda. He ayudado a la nave a llegar hasta aquí sana y salva, y hay multitud de subordinados que se merecen una promoción—. Ya he cumplido con mi trabajo. Lo dejo.

—¡Pero no puede! —escupió Merrick.

—Acabo de hacerlo.

—Tiene un acuerdo contractual.

—He servido durante siete años, lo que me sitúa en posición de una opción trimestral de renovación. Por tanto, le debo un máximo de tres meses. Vale, se lo concedo. Pero también tengo más de tres meses acumulados de vacaciones del viaje, que me tomo ahora mismo. Lo tendrá confirmado por escrito dentro de cinco minutos. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Y le puede decir a contabilidad que no se preocupen demasiado por el finiquito —dijo mirando por encima del hombro—. No lo necesitaré.

Más tarde, esa misma noche, Bernard regresó a casa desde la base de lanzaderas para encontrarse a Jerry Pernak esperándole. Pernak le explicó durante la cena que había reconsiderado su oposición a la política separatista de Lechat. Había oído decir a Eve que Jean estaba activamente involucrada, se preguntaba si Bernard también lo estaba, y quería cooperar.

Bernard no veía la razón del cambio de opinión de Pernak.

—Pensaba que tú y Eve ya lo teníais todo claro antes de marcharos —dijo mientras continuaban hablando con unas bebidas en la mano tras la cena en el área a bajo nivel de la sala de estar—. Mira lo que está ocurriendo... Tú te has marchado, y otra gente también lo está haciendo. Tenías razón. Deja la situación tranquila y todo se enmendará por sí solo.

—Eso es lo que tú desearías —dijo Jean con un indicio de acusación en su tono—. Te gustaría que fuéramos como ellos. Pero ¿has pensado bien en lo que eso significaría? Ni moral, ni orden, ni nada. Quiero decir, ¿qué forma de educar a Jay y Marie sería ésa?

Jay y Marie eran sus últimas armas. Bernard sabía que estaba racionalizando sus propios miedos ante el cambio que se avecinaba, pero no iba a convertirlo en una discusión pública.

—Me gustaría que tuvieran la oportunidad de tener la mejor vida posible, de eso puedes estar segura. Y tienen esa oportunidad justo aquí. No tenemos que irnos al otro lado del planeta para recrear parte de un mundo al que ya no pertenecemos. No duraría. Todo eso se acabó. Tienes que enfrentarte a ello, cariño.

—Seguimos siendo las mismas personas —dijo Jay desde el otro extremo del sofá, sin mirar a su madre—. Eso no cambiará. Si vas a hacer el idiota, lo puedes hacer en cualquier parte. —Para sorpresa de Bernard, Jay había mostrado un gran interés en la conversación durante la cena y había optado por sentarse con ellos después. Y ya era hora, pensó Bernard para sí.

Jean sacudió la cabeza, negándose a contemplar esa perspectiva.

—Pero ¿por qué tiene que haberse acabado todo? —Miró con gesto implorante a Bernard—. Fuimos felices durante todos esos años en la nave ¿no es cierto? Teníamos nuestros amigos, como Jerry y Eve, tuvimos a nuestros hijos. Tú tenías tu trabajo. ¿Por qué este planeta debería quitarnos todo eso? No tienen derecho. Jamás quisimos nada de ellos. Es... está mal.

Bernard sintió que la sangre le afluía a la nuca. La apariencia desvalida que ella intentaba proyectar estaba tocándole una fibra sensible. Volvió a llenar su vaso con movimientos lentos y precisos mientras se esforzaba por mantener sus emociones bajo control.

—¿Qué te hace estar tan segura de que para mí todo eso era tan maravilloso? —preguntó—. ¿No estás arrogándote ese mismo derecho a decirme a mí qué es lo que debería querer? —Dejó la botella sobre la mesa con un golpe seco y alzó la vista—. Pues bueno, a mí no me pareció tan maravilloso, y no quiero saber nada más de ello. Hoy le dije a Merrick que se metiera su trabajo por donde le cupiera.

—¿Que tú qué? —jadeó Jean, horrorizada.

—Le dije que se lo metiera por donde le cupiera. Ahora podemos ser nosotros mismos. Voy a pasar tres meses estudiando dinámica de plasma en Norday, y tras eso trabajaré en la construcción del nuevo complejo que están planeando levantar más al norte junto a la costa. Podemos mudarnos todos a Norday y vivir allí hasta que encontremos algo más permanente.

Jean hizo un gesto de protesta con la cabeza.

—Pero no puedes... No iré. Quiero ir a Iberia.

—¡Llevo años aguantando el tener que hacer todo lo que quieren para volver a empezar en Iberia! —tronó repentinamente Bernard, dando un porrazo con el vaso sobre la mesa. Su rostro se había vuelto carmesí—. He odiado cada puñetero minuto. ¿Quién me ha preguntado alguna vez qué era lo que yo quería? Nadie. Estoy cansado de que todo el mundo dé por sentado que saben quién soy y qué es lo que tengo que hacer. Me aguanté porque te quiero, y quiero a nuestros hijos, y porque no tenía otra opción. Pues bueno, ahora tengo otra opción, y esta vez *me lo debes*. ¡Digo que nos vamos a Norday, y por Dios que nos vamos a Norday!

Jean estaba demasiado conmocionada para hacer nada excepto quedar mirándose con indisimulado asombro. Pernak parpadeó un par de veces y esperó unos segundos a que la atmósfera se descargara por sí sola.

—El problema no es tan simple —dijo Pernak al fin, obligando a su voz a permanecer firme—. Si dejaran en paz a todo el mundo para que hiciera su elección, estaría de acuerdo contigo, pero eso no va a ocurrir. Hay una facción en

activo en alguna parte y está maniobrando para crear problemas, y por lo que he visto de los quironeses, eso puede significar *grandes* problemas. Lo de Iberia al menos mantendría a todo el mundo separado hasta que se acabara el intercambio de golpes, y eso es todo lo que quiero decir. Estoy de acuerdo contigo, Bern; tampoco creo que dure mucho a largo plazo, pero mis preocupaciones no son a largo plazo. —Le dirigió una mirada de disculpa a Jean—. Lo siento, pero eso es lo que creo.

Bernard, un poco más calmado con el cambio de tema, volvió a coger su vaso, dio un largo sorbo e hizo un gesto de incredulidad.

—¿No estás reaccionando un poco exageradamente, Jerry? ¿Exactamente de qué tipo de problemas estás hablando? ¿Qué hemos visto? —Miró a un lado y otro como buscando apoyos—. Un idiota al que jamás había que haber dejado salir de una jaula se llevó su merecido. Lo siento si parezco insensible, pero eso es lo que opino. Y eso es todo lo que hemos visto.

—¿Has visto las noticias de esta noche? —preguntó Jean—. Tres de la banda de Padawski se escindieron y luego se entregaron, pero los soldados encontraron otros dos cuerpos... de quironeses. ¿Cuánto puede durar esto antes de que empiecen a ir contra nosotros aquí en Cañaveral?

Bernard meneó la cabeza de una forma que decía que rechazaba la sugerencia por completo.

—No lo harán. No son como nosotros. Simplemente no piensan de esa forma.

—¿Y por qué estás tan seguro de que no harán algo así?

—Estoy empezando a comprenderlos.

—Y yo estoy empezando a comprenderlos mejor —dijo Pernak a ambos. Algo en su tono hizo que giraran las cabezas para mirarlo con curiosidad. Abrió las manos sobre sus rodillas—. No es exactamente ese tipo de problemas los que me preocupan. Pero si esto va más allá de eso... si el ejército empieza a ponerse paranoico, y especialmente si

empieza a sacar las armas que hay en la nave, si suceden cosas así, no contaremos los cuerpos de uno o dos a la vez.

Bernard lo miró, inseguro.

—No te sigo, Jerry. ¿Por qué tendrían que intensificarse las cosas de esa manera? Los quironeses no tienen nada de ese calibre, de todas formas.

—He visto lo que están haciendo en algunos de los laboratorios, y créeme, Bern, no te creerías las cosas que he visto —dijo Pernak—. Estos tipos desde luego no son estúpidos, y tampoco son de la clase de personas que se quedan tumbados y dejan que otros les pasen por encima. Tienen el conocimiento técnico para igualar cualquier cosa que tenga el *Mayflower II*, y puede que para devolvérsela con creces. Hace veinte años que saben qué se podían esperar. El resto te lo puedes imaginar tú mismo.

Bernard se quedó mirando a su vaso durante unos segundos, y luego volvió a negar con la cabeza.

—No me lo trago —dijo—. Jamás hemos visto nada remotamente parecido a armas estratégicas ni oído mencionar algo por el estilo. ¿Dónde se supone que están?

—Sólo hemos visto Franklin —replicó Bernard—. Ahí fuera hay todo un planeta.

—Ves cosas donde no las hay —dijo Bernard—. Vamos, Jerry, eres un científico. ¿Dónde están las pruebas? ¿Desde cuándo has empezado a creer en cosas que no tienen ni una pizca de evidencia material que las apoyen?

—Instinto —dijo Pernak—. Las armas tienen que existir. Te lo digo, conozco la forma de pensar de esa gente.

Jay se levantó y salió de la habitación en silencio. Bernard lo siguió con la mirada, por curiosidad, durante unos segundos, y luego volvió a mirar a Pernak.

—Pero es un argumento con una base puñeteramente endeble para empezar a enviar a la gente a Iberia, ¿no? Y además, si tienes razón, entonces diría que el mejor lugar para quedarse sería aquí mismo... junto a los quironeses. De esa forma es menos probable que se le ocurra a alguien

empezar a repartir bombazos, ¿no es verdad? —Se volvió para sonreírle brevemente a Jean—. Creo que después de todo Jerry ha respaldado mi argumento.

Pernak no sonrió.

—¿Qué pasa con esa nave a treinta y dos mil kilómetros sobre nuestras cabezas? —dijo él.

Antes de que Bernard pudiera responder, Jay volvió trayendo el cuadro del paisaje que había adquirido en Franklin durante su primera expedición de exploración. Lo apoyó contra un extremo de la mesa y lo sostuvo de forma que todos pudieran verlo.

—¿Alguien ve algo inusual? —les preguntó.

Pernak y Jean se miraron, perplejos. Bernard contempló obedientemente la imagen durante unos segundos, y luego miró a Jay.

—Parece un cuadro bastante bonito de unas montañas —dijo—. ¿Tiene algo que ver con lo que estábamos hablando?

Jay asintió y señaló una de las lunas de Quirón, que aparecía entre las nubes cerca de una esquina del cuadro.

—Ésa es Remo —dijo—. El cuadro se pintó hace un año, y si miras con atención verás que quien fuera que lo pintó lo hizo con mucho ojo para el detalle. Pasé muchísimo tiempo leyendo cosas sobre este sistema estelar y sus planetas, y cuando me fijé en Remo en este cuadro, me di cuenta de que había algo raro. —El dedo de Jay se movió para indicar una región lisa de la superficie de Remo, encajada entre dos rasgos prominentes más oscuros, probablemente cráteres—. Estaba seguro de que en las imágenes más recientes que había visto en la base de datos quironesa esos dos cráteres estaban conectados por otro, y esta área inalterada de aquí es... grande, de varios cientos de kilómetros de diámetro. Cuando fui a comprobarlo, descubrí que tenía razón... hay un cráter enorme en esa luna, y hace un año no estaba.

Bernard frunció el ceño ante las implicaciones de lo que decía Jay.

—¿Le has preguntado a Jeeves al respecto? —inquirió.

—Sí. Jeeves dijo que fue ocasionado por un accidente con un experimento por control remoto que los quironeses llevaban a cabo allí porque era demasiado arriesgado... algo relacionado con sus investigaciones con antimateria. —Jay arrugó la cara y se alborotó el flequillo con los dedos—. Pero es lo que se puede esperar que digan, ¿no?... y los quironeses no cometen muchos errores. —Miró al círculo de caras horrorizadas que le miraban fijamente—. Pero lo que decías me hizo pensar que ese cráter es exactamente lo que obtendrías en la prueba de un arma de gran poder...

Bernard, Pernak y Jean se quedaron mirando al cuadro durante mucho tiempo. Los ojos de Pernak mostraban seriedad, y Jean empezó a morderse el labio aprensivamente. Al final, Bernard asintió y miró a los otros dos.

—Vale, estoy con vosotros —les dijo—. La mayoría de la gente que está ahí fuera dando grandes discursos no está preparada para vérselas con algo como esto. Ni creo que Iberia tenga ya mucha importancia, pero necesitamos a Lechat allí... y rápido.

Capítulo veintiséis

La primera bomba explotó en el centro de Ciudad Cañaveral en las primeras horas de la madrugada, causando graves daños a la terminal maglev donde la línea procedente de la base de lanzaderas se unía a la ruta principal de Franklin hacia el resto de la península. Las investigaciones subsiguientes de los expertos demostraron que los explosivos venían en un coche que salía de Franklin. Los únicos ocupantes del coche en ese momento eran tres terrestres que regresaban de una juerga hasta altas horas de la noche en la ciudad. Murieron al instante.

La segunda detonó poco después cerca de la puerta principal de los barracones militares. No murió nadie, pero dos centinelas fueron heridos, ninguno de ellos de gravedad.

La tercera bomba destruyó una aeronave VTOL quironesa de transporte en su rampa en el interior de la base de lanzaderas un par de horas después del amanecer, matando a dos de los quironeses que trabajaban allí e hiriendo a tres más. Aunque el vehículo estaba vacío, se hallaba preparado para partir dentro de una hora llevando consigo a un grupo de veintidós terrestres, oficiales, especialistas técnicos y militares, de visita a una instalación de manufactura e investigación de vehículos espaciales a unos ocho mil kilómetros hacia el interior de Occidena.

Hacia el mediodía, los programas de noticias terrestres interpretaban el suceso como la reacción quironesa ante las atrocidades de Padawski y como un aviso a los terrestres de lo que les esperaba si Kalens era elegido al frente de la nueva administración tras su última intervención pública en la que se comprometió a imponer la ley terrestre en Franklin como un primer paso en la «reestabilización» del planeta. Las entrevistas en las que los quironeses negaban desapasionadamente y sin adornos que tuvieran algo que ver

con los incidentes tuvieron escasa repercusión en los medios. Las reacciones entre los terrestres eran variadas. A un extremo estaban los mítines de protesta y las manifestaciones antiquironesas, que en algunos casos se descontrolaban y se convertían en ataques contra quironeses y propiedades quironesas. Y al otro extremo, un grupo de unos doscientos terrestres que creían que los atentados eran obra de extremistas antiquironeses anunciaron que se iban en masa y tuvieron que ser detenidos por un cordón militar. Antes de que pudieran dispersarse, fueron atacados por un grupo de antiquironeses y en la consiguiente refriega los quironeses parecieron ser espectadores impasibles mientras terrestres luchaban contra terrestres, y fuerzas antidisturbios intervinieron para separarlos.

En una reunión de urgencia del Congreso, Howard Kalens denunció de nuevo la «escandalosa política de apaciguamiento ante lo que al fin hemos visto como terrorismo anarquista y pistolero» y exigió que se declarara el estado de emergencia. En el tormentoso debate Wellesley se mantuvo firme en insistir que, aunque por muy alarmantes que fueran los acontecimientos, no constituían una amenaza comparable a los peligros del vuelo que las cláusulas de emergencia intentaban cubrir; no justificaban recurrir a tales extremos. Pero Wellesley tenía que hacer algo para satisfacer el clamor procedente de todos lados pidiendo medidas de protección para los terrestres en la superficie.

Paul Lechat volvió a sacar el tema del separatismo. Durante un momento pareció como si pudiera conseguir una mayoría cuando unos cuantos representantes de los intereses comerciales empezaron a abandonar el bando de Kalens. Pero el momento no estaba a favor de Lechat, y Borftein torpedeó la moción nada más presentada con una desmoralizadora imagen en la que huían por medio planeta como mendigos que habían sido expulsados de la puerta trasera de la casa de alguien. Ramisson, que había estado a la cabeza del movimiento para la integración sin obstáculos

en el sistema quironés, hizo un llamamiento a la calma, pero era obvio que sabía que los ánimos estaban en su contra y que hablaba más para satisfacer a sus seguidores que por convicción de que pudiera influir en algo. La asamblea escuchó como era su deber e hizo caso omiso.

Al final Kalens congregó a todo el mundo bajo su bandera con el consenso de una proposición para declarar formalmente un enclave terrestre dentro de Ciudad Cañaveral, delimitado por una frontera clara en el interior de la cual se proclamaría y aplicaría la ley terrestre. La propuesta de Iberia llevaría meses, le dijo a Lechat, y el asunto inmediato a resolver era la seguridad de los terrestres. En cualquier caso, no se podría llevar a cabo sin un referéndum. El enclave preservaría intacta una comunidad funcional e internamente consistente que podía ser transplantada en otro momento si el resultado del referéndum así lo decía, y por tanto representaba también un paso en la dirección que pretendía Lechat tanto como era posible dar de manera realista en ese momento. Lechat se vio obligado a mostrarse de acuerdo hasta cierto punto y a aceptar la propuesta.

Evidentemente Kalens llevaba trabajando en los detalles desde hacía tiempo. Recuperó el apoyo de los comerciales proponiendo que la economía de «guardería» de los quironeses quedara excluida del enclave, y se ganó a los intereses profesionales con un plan para vincular todo intercambio de bienes y servicios realizados dentro de las fronteras del enclave a una moneda especial a ser emitida por el banco del *Mayflower II*. Los quironeses que vivieran y trabajaran dentro de los límites tendrían libertad par salir y entrar y para convertirse en residentes, si así lo deseaban, siempre y cuando reconocieran y acataran la ley terrestre. Si no lo hacían, quedarían sujetos a las mismas imposiciones que todos los demás. Si la integridad se veía amenazada por fuerzas externas, el enclave sería defendido como un territorio nacional.

Wellesley tenía reparos en dar su asentimiento, pero se encontraba en una posición difícil. Al presentar primero, y luego retirar, la proposición de estado de emergencia, Kalens apareció ante los ojos de muchos como la voz del compromiso razonable, que era precisamente lo que Kalens quería. Wellesley no tenía ninguna respuesta efectiva ante un comentario de Kalens acerca de que si no se hacía algo ahora mismo sobre las deserciones Wellesley bien podría llegar al final del mandato con dudoso honor de capitanear una nave vacía: las deserciones eran tanto una espina en el costado de Wellesley como del resto del mundo.

Eso tocaba lo que realmente subyacía en el fondo de todo. La sugerencia inexpresada, implícita en las palabras de Kalens, y a la que todo el mundo había respondido (aunque pocos lo hubieran admitido abiertamente), era que el edificio social al completo del que dependían todos sus intereses amenazaba con derrumbarse, y el atractivo real de un enclave con fronteras bien definidas era más para disuadir a los terrestres de marcharse que de impedir la entrada de quironeses con bombas. Ahora que Kalens se había atrevido, tanto como era posible a formular en voz alta lo que yacía en el fondo de sus mentes, todos los grupos de intereses y facciones lo respaldaban, y Wellesley lo sabía. Si Wellesley se oponía, se arriesgaba a que lo despojaran del cargo. Así que cedió, y la resolución fue aceptada unánimemente.

Marcia Quarrey presentó entonces la cuestión de un gobernador, responsable ante Wellesley pero físicamente emplazado en la superficie en el interior del enclave para administrar sus asuntos. Quizá la división de autoridades entre los miembros de la Junta sentados a treinta y dos mil kilómetros de distancia del planeta había contribuido a las dificultades experimentadas desde el descenso, y delegarlas en una sola persona que tenía la ventaja de estar sobre el terreno remediaría un montón de defectos. Las opiniones estaban a favor, y Quarrey propuso al subdirector Sterm para el nuevo cargo. Sterm, sin embargo, declinó alegando que

una gran parte del trabajo conllevaría contactos quironeso-terrestres, y ya que existía un director de Relaciones con esa misma responsabilidad, la forma razonable de evitar futuros conflictos sería unificar ambas funciones. Por tanto, proponía a Howard Kalens; Quarrey lo secundó, y la votación fue a favor por un amplio margen.

Y así se decidió que se proclamara oficialmente la primera extensión del Nuevo Orden en el planeta Quirón, y Howard Kalens sería su ministro. Había conseguido el primer punto de apoyo para su imperio.

—Es el principio —le dijo a Celia aquella noche—. Dentro de diez años se habrá convertido en la capital de todo un mundo. Con un ejército a mi mando, ¿qué podrá hacer una chusma con pistolas para detenerme?

Esa misma noche, a un lado del área de aterrizaje iluminada por focos de los barracones militares de Cañaverál, Colman estaba junto a un destacamento de la compañía D, observando en silencio cómo se acercaba un transporte quironés que había despegado hacía menos de veinte minutos desde el otro lado del Mediquironio. Sirocco estaba a su lado, el coronel Wesserman y varios ayudantes estaban agrupados a unos cuantos metros de distancia.

La aeronave se posó suavemente, y un par de puertas dobles se deslizaron hasta la mitad del flanco más cercano al grupo de recepción. Un quironés alto, fornido y de barba rojiza que llevaba una parka oscura con una canana entrecruzada saltó del aparato, seguido de otro vestido de manera similar pero de constitución más esbelta y felina. Se hicieron visibles más figuras en el interior cuando se encendió la luz de la cabina. Dispuestas ordenadamente en el suelo entre las figuras, había dos hileras de fardos envueltos en plásticos del tamaño de sacos de dormir.

Los oficiales intercambiaron algunas palabras con los quironeses, y luego Portney y Wesserman se acercaron al aparato para examinar el interior. Tras unos segundos, Portney asintió para sí, luego giró la cabeza y volvió a asentir

en la dirección de Sirocco. Sirocco hizo un gesto y una de las dos ambulancias que esperaban se acercó al aparato quironés. Dos soldados abrieron las puertas traseras. Otros cuatro subieron al interior del aparato y empezaron a descargar cuerpos. A medida que era sacada cada bolsa de cadáveres, Sirocco abría la parte superior brevemente mientras un ayudante comparaba el rostro con las imágenes de la pantalla de la unidad de comunicaciones y otro comprobaba los números de las chapas de identificación en una lista que tenía en la mano, tras lo cual el cuerpo era transferido a la ambulancia.

Habían escapado veinticuatro en total; nueve se habían entregado o habían muerto en encuentros con los quironeses. Anita no se contaba entre éstos. Colman contó quince sacos, lo que significaba que tenía que estar en uno de ellos.

Tras observar el macabro ritual durante varios minutos, se volvió para estudiar al quironés de la barba pelirroja, que permanecía impasible casi a su lado. Parecía tener veintimuchos años o estar a principio de la treintena, pero su rostro rubicundo, incluso bajo la pálida luz de los reflectores, tenía las líneas de un hombre de mayor edad y parecía curtido por la intemperie. Sus ojos eran claros, brillantes y alertas, pero no transmitían nada de lo que pasaba por su cabeza.

—¿Cómo ocurrió? —murmuró Colman en voz baja, acercándose un paso.

El quironés respondió en un tono grave e inexpresivo y arrastrando las palabras sin girar la cabeza.

—Los rastreamos durante dos días, y cuando aparecieron suficientes de los nuestros, nos acercamos mientras otro grupo aterrizaba frente a ellos detrás de un risco para ponerlos en movimiento. Cuando se metieron en el barranco, cubrimos ambos extremos y les hicimos saber que estábamos allí. Les dimos todas las oportunidades... que si salían tranquilamente todo lo que haríamos sería entregarlos.

—El quironés inclinó la cabeza brevemente y suspiró—. Supongo que algunos no saben cuándo abandonar.

En ese momento Sirocco abrió otra bolsa; Colman vio la cara de Anita en el interior. Estaba blanca, como el mármol, y cerosa. Tragó saliva y se quedó mirando hieráticamente. Los ojos del quironés se posaron brevemente sobre su cara.

—¿Alguien a quien conocías?

Colman asintió tensamente.

—De hace tiempo, sí, pero...

El quironés lo estudió durante un segundo o dos más, luego gruñó suavemente desde el fondo de su garganta.

—No fuimos nosotros —dijo—. Tras decirles que estaban atrapados, algunos de ellos empezaron a disparar. Cinco intentaron escapar hacia nosotros ondeando una camisa blanca para decirnos que querían entregarse. No disparamos, pero un par de los suyos les dispararon por la espalda mientras corrían. Ella era uno de esos cinco. —El quironés volvió la cabeza y escupió en las sombras bajo la panza de la aeronave—. Después de eso, la mitad de los que quedaban empezaron a dispararle a la otra mitad... quizá por lo que habían hecho, o quizá porque también querían entregarse... y al final sólo quedaban tres o cuatro. No habíamos hecho nada de nada. Padawski era uno de ellos, y había un par más igual de locos y malvados que él. No había mucho problema.

Más tarde, Colman pensó en Anita mientras regresaba de vuelta en una bolsa para cadáveres porque había elegido seguir a un demente en vez de usar su propia cabeza para decidir su vida. Los quironeses no veían a sus hijos volver a casa en bolsas, reflexionó; no les enseñaban que era noble morir por viejos obstinados que jamás tendrían que enfrentarse al cañón de un arma, o enviarlos a ser masacrados a miles por defender las obsesiones de otros. Los quironeses no luchaban de esa manera.

Por eso Colman no tenía duda alguna de que los quironeses no tenían nada que ver con los atentados. Había hablado con Kath, y le había asegurado que ningún quironés

habría participado en algo así. Era un acto de fe, y lo sabía, pero Colman creía que Kath sabía la verdad y la había dicho. Los quironeses habían reaccionado contra Padawski de la manera en que instintivamente sabía que lo harían: de forma específica, con economía de esfuerzos, y con una precisión quirúrgica que no había involucrado a los inocentes.

Así era como luchaban. Observaban mientras sus oponentes se debilitaban en número de uno en uno o de dos en dos, y habían esperado a que los restantes se hubieran vuelto los unos contra los otros hasta casi aniquilarse. Entonces habían actuado.

Se dio cuenta de que esperaban y observaban mientras le ocurría lo mismo a la Misión del *Mayflower II*. ¿Cuándo y cómo actuarían? Y, se preguntó, cuando actuaran, ¿en qué bando estaría él?

Tercera parte

Phoenix

Capítulo veintisiete

La forma en que los quironeses se habían hecho cargo del incidente Padawski y la falta de reacción organizada entre ellos ante la histeria inicial de los terrestres condujeron a muchos de éstos a inclinarse por absolverlos en privado de toda culpa en los atentados, pero los terrestres evitaban pensar en la pregunta implícita que entonces era evidente. El regusto de culpabilidad y no poca vergüenza que persistió en muchas bocas apartó a los extremistas terrestres de la mayoría, y las relaciones con los quironeses pronto volvieron a la normalidad. Sin embargo, los engranajes que se habían puesto en movimiento durante ese tiempo continuaron girando pese a todo, y cinco días después se declaraba oficialmente la creación del territorio de Phoenix.

De poco más de diez kilómetros cuadrados, pero de contorno irregular, Phoenix incluía la mayor parte de Ciudad Cañaveral con su distrito central y los barracones militares, los complejos residenciales de los alrededores como Cordova Village que albergaban principalmente a terrestres, y una selección de instalaciones industriales, comerciales y públicas escogidas para convertirse en el núcleo de la comunidad autosuficiente. Además, un área de veinticinco kilómetros cuadrados de terreno abierto en su mayoría en el lado más alejado de Franklin fue marcada para su futura anexión y desarrollo. El derecho de tránsito a través de Phoenix quedó asegurado para los quironeses que usaran la línea maglev entre Franklin y la península de Mandel, a cambio de lo cual Phoenix reclamaba un corredor de paso franco hasta la base de lanzaderas, que sería compartida como recurso conjunto.

Se establecieron puestos de control en las verjas de la frontera, y se alzaron vallas y barreras guardadas por patrullas armadas. Se proclamó la legitimidad de las leyes terrestres en el interior, y se prohibió la posesión de armas

sin autorización; se obligó a los residentes permanentes a registrarse; todas las personas censadas con mayoría de edad para votar tenían el derecho de participar en el sistema democrático, y así se confirió a los quironeses el derecho de elegir a líderes que no querían y la obligación de aceptar a los que les terminaban imponiendo de todas formas.

Se introdujo una moneda y se declaró la única forma reconocida de transacción. Todos los bienes que entraban en Phoenix estaban sujetos a una tasa de aduana igual a la diferencia entre su precio de adquisición y el precio medio de su equivalente terrestre, más un recargo de importación, lo que significaba que lo que la gente se ahorra en Franklin se lo pagaban al gobierno al volver a casa. Los manufactureros terrestres perdieron así la ventaja de la materia prima quironesa gratis, pero ganaron un mercado cautivo, cosa que necesitaban desesperadamente ya que sus productos no se habían estado vendiendo bien; y se podía esperar que el mercado creciera sustancialmente cuando todo Franklin fuera anexionado, que no lo requería gran perspicacia para ver que no estaba muy abajo en la lista de tareas por hacer de Kalens. Los contratistas terrestres y los profesionales fueron menos afortunados y alzaron aullidos de protesta mientras los quironeses continuaron alegremente arreglando duchas, dando clases y empastando dientes por nada, y se tuvo que sacar apresuradamente una ley que convertía en ilegal el prestar servicios sin compensación directa. En respuesta a este absurdo, el escéptico público terrestre se volvió cínico y procedió a inundar los tribunales, que ya estaban sobrecargados por los cientos de sonrientes quironeses que hacían cola para ser arrestados, con un diluvio de pleitos contra cualquiera que echara una mano en cualquier cosa, y un grupo de esposas de abogados puso en marcha su propia protesta haciendo una lista de tarifas para favores conyugales.

El contrabando aumentó explosivamente hasta adquirir proporciones epidémicas, y las confiscaciones terminaron

llenando todo un almacén con bienes que los funcionarios no se atrevían a admitir en el mercado y con los que no sabían qué hacer después de que los quironeses declinaran la petición de parte de un perplejo funcionario del erario de que se lo llevaran todo. Los quironeses fuera de Phoenix continuaban satisfaciendo todo pedido o petición de cualquier cosa que estuviera disponible; los constructores terrestres que habían comenzado a trabajar en nuevos complejos residenciales fueron descubiertos usando mano de obra quironesa sin referencias en sus libros de cuentas; todo negocio se convenció de que sus competidores hacían trampas, y por tanto no pasó mucho antes de que las sesiones de ambas cámaras del Congreso degeneraran en un manicomio de acusaciones y contraacusaciones de prácticas ilegales, tratos ocultos y cualquier otra forma de negocios sucios imaginable.

El cinismo se convirtió en rebelión a medida que los terrestres empezaron a percibir Phoenix no como un enclave protector, sino en el peor de los casos como una prisión y, en el mejor, una institución psiquiátrica. Se encontraban apartamentos vacíos y más caras desaparecían cuando las expediciones a Franklin empezaron a volverse progresivamente viajes de un solo sentido. Se emitieron pasaportes y se restringió la movilidad a los terrestres mientras los quironeses atravesaban libremente los puestos de control sin ser detenidos por los guardias que no tenían manera de saber quiénes eran residentes y quiénes no, ya que ninguno se había molestado en registrarse. De todas formas, a los centinelas tampoco les importaba mucho para ese entonces; el hacer la vista gorda se convirtió en algo crónico y la mayoría de ellos no eran encontrados en sus puestos cuando aparecían sus relevos. Se publicó una orden asignando al menos un DS a cada destacamento de guardia. La efectividad de esta medida quedó reducida en gran parte por una red de voluntariosos quironeses que se materializó de la noche a la mañana para ayudar a los terrestres a evadir

a sus propios guardas.

La difusión en la membrana que rodeaba Phoenix creó una presión osmótica que hacía que tuviera que bajar más gente del *Mayflower II*, y pronto hubo escasez de mano de obra, haciendo imposible que la nave mantuviera su flujo de provisiones hacia la superficie. La avergonzada administración de Phoenix se vio obligada a acudir a los quironeses por comida y otros artículos esenciales, que insistieron en pagar aunque sabían que no existían acuerdos recíprocos para intercambio monetario. Los quironeses aceptaron de buen humor los pagarés que les ofrecían y dejaron a los terrestres que se preocuparan de resolver el sinsentido de tener que pagar ellos mismos sus tasas de aduana.

Nadie hablaba ya acerca de anexionarse Franklin, las probabilidades de Howard Kalens de ser elegido para perpetuar la farsa cayeron tan en picado que eran indistinguibles de cualquier otra; y Paul Lechat, reconociendo lo que veía como un adelanto de lo inevitable, dejó de insistir en otra representación de la obra en Iberia, o al menos ésa fue la razón que dio públicamente. Irónicamente fue Ramisson el único candidato de los integracionistas que emergió con una plataforma capaz de atraer una mayoría, pero eso sólo era en teoría, porque sus votantes potenciales tendían a evaporarse tan pronto como eran convertidos. Pero también era obvio, según se acercaba la fecha de las elecciones, que el interés serio de la gente disminuía hasta desaparecer, e incluso los mítines de campaña se convirtieron en rituales realizados sin demasiado empeño para beneficio, como bien sabían los oradores, de aburridos técnicos de estudio y cámaras indiferentes.

Pero Kalens parecía haber perdido el contacto con la realidad que se desarrollaba inexorablemente a su alrededor. Continuaba exhortando apasionadamente a sus inexistentes legiones a realizar un último esfuerzo supremo, haciendo promesas de futuro y de compromiso para una audiencia que

no le escuchaba y pintando grandiosas imágenes de la gloriosa civilización que construirían juntos. Había elegido como su residencia oficial un edificio grande e imponente en el centro de Phoenix que anteriormente había sido utilizado como museo de arte. Lo había decorado como un palacio en miniatura y en él procedió a instalarse con su esposa, sus tesoros y un personal de servicio quironés que acataba sus órdenes al instante, pero con una cierta expresión de diversión que a Kalens le pasaba completamente desapercibida. Era como si la frontera que rodeaba Phoenix se hubiera convertido en un escudo para mantener fuera el mundo y preservar en su interior los últimos vestigios del sueño que era incapaz de abandonar; donde la realidad se desviaba de su visión, su mente se cegaba a las diferencias. Seguía teniendo algunos partidarios acérrimos, principalmente entre aquellos que no tenían ningún otro sitio al que ir y que se habían agrupado buscando protección. Entre ellos se contaba una gran parte de la fraternidad financiera y comercial que era incapaz de aceptar con resignación que su forma de vida estaba acabada; el obispo del *Mayflower II*, que presidía un rebaño de fieles que se estremecían de asco ante la perspectiva de abandonarse a las malvadas costumbres quironesas; gente procedente de todos los sectores de la sociedad cuyos caracteres les hacían mantenerse en sus posiciones hasta el final. Y por encima de todos estaba Borftein, que no tenía otro sitio donde entregar esa lealtad que su vida había convertido en algo compulsivo. Borftein estaba al frente de una fuerza que aún era formidable, su columna vertebral formada virtualmente por todos los DS de Stormbel. Como esos elementos necesitaban creer, permitían a Kalens que los convenciera de que la presencia de los quironeses dentro de Phoenix era la causa de todo lo que había salido mal. Si los quironeses eran expulsados del organismo, se restauraría la salud del mismo, los terrestres ausentes regresarían, la normalidad reinaría y el camino hacia la perfección de sueño quedaría libre y sin

obstáculos.

Se proclamó un decreto sobre tenencia de tierras, declarando que todos los derechos sobre las propiedades eran transferidos a la administración civil y que los títulos de propiedad legalmente reconocidos para propiedades ya existentes y futuras podían comprarse a precios de mercado para los terrestres y a cambio de tarifas nominales para los residentes quironeses registrados oficialmente, una concesión que se consideró esencial para que la gente se lo tragara. El empleo en empresas terrestres permitiría a los quironeses ganar el dinero para pagar los títulos de propiedad de los hogares que el gobierno ahora decía que poseía y que quería venderles, pero tenían razones para sentirse agradecidos, según se decía, al estar exentos de pagar los precios que para los terrestres recién llegados supondrían hipotecarse si querían adquirirlos. Al mismo tiempo, bajo el decreto de extranjería, a los quironeses de fuera se les permitiría la entrada a Phoenix sólo tras adquirir visados que restringían sus actividades comerciales a trabajos pagados o a transacciones monetarias aprobadas, para las cuales se emitirían los correspondientes permisos, o para propósitos sociales no comerciales. Así los quironeses que vivían o entraban en Phoenix, dejaban de ser, de hecho, quironeses, y así se solucionaba el problema.

Los que quebrantaran los privilegios de sus visados se enfrentaban a la exclusión permanente. Los quironeses residentes que no cumplieran con la obligatoriedad de registrarse tras el período de tres días de gracia estarían sujetos a la expulsión y confiscación de sus bienes para su reventa a precios preferentes a los inmigrantes terrestres.

La mayoría de los terrestres no tenían ninguna duda de que los quironeses no harían caso en absoluto, pero no veían a Kalens llevando a cabo sus amenazas. Tenía que ser un farol... una última jugada desesperada por parte de un grupito que creía que podía dormir para siempre intentando mantener juntos los últimos fragmentos de un sueño que se

disolvía a la luz de un nuevo amanecer.

—Kalens debería haber estudiado algo de evolución —le comentó Jerry Pernak a Eve cuando escuchaban las noticias mientras desayunaban—. Los mamíferos ya están aquí, y se cree que puede reconvertirlos en dinosaurios a golpe de decreto.

Bernard Fallows se apoyó contra la puerta corredera de cristal de la sala de estar y contempló el césped trasero de la casa mientras se preguntaba cuándo quedaría libre para empezar su nueva carrera en Port Norday. Había sacado el asunto a colación con Kath, ya que sabía que ella lo esperaba, y le había dicho simplemente que la gente de allí que lo había conocido esperaba poder trabajar con él. Pero se había mostrado de acuerdo con Pernak y Lechat en que hacía falta un núcleo de gente capaz de tomar el control de los acontecimientos de manera racional y que tendría que estar disponible hasta que la última posibilidad de amenazas extremistas contra los quironeses desapareciera; y que la Plataforma Integracionista de Ramisson, con la cual Lechat se había aliado, necesitaba apoyo para permitir que el viejo régimen se extinguiera a sí mismo mediante sus propios procesos.

Ahora Jean veía las cosas de manera diferente, especialmente desde que Pernak le había descrito las oportunidades que había en la universidad para que volviera a la bioquímica, algo que Bernard creía que hacía mucho que había desaparecido de la vida de Jean. Volvió la cabeza para mirar a la habitación donde estaba ella, sentada en el sofá bajo la pantalla mural, iniciando a Marie en los misterios de la transcripción proteínica, con diagramas cortesía de Jeeves, y sonrió para sí; Jean se estaba volviendo más impaciente que él. Habían pasado algunos días desde que le contó que estaba en contacto con Colman y que antes de que las restricciones de viaje fueran reforzadas, Colman había acompañado a menudo a Jay en las visitas que hacía a los amigos que tenía entre los quironeses de Franklin, a lo que

Jean había respondido que le vendría bien a Jay, y que quería conocer a los quironeses en persona. Quizá incluso le consiguieran un buen novio a Marie, había dicho ella bromeando.

—Uno *bueno* —había añadido en respuesta al asombro de Bernard—. Nada de esos donjuanes adolescentes que corretean por ahí. Por ahí sí que no paso.

Jean lo vio mirándola y se levantó para acercarse a la ventana, dejando que Jeeves se ocupara de las múltiples preguntas de Marie. Se puso a su lado y miró hacia los árboles situados al otro lado del césped y las colinas que se alzaban a lo lejos al sol, más allá de los tejados.

—Va a ser un mundo tan hermoso —dijo—. No estoy segura de poder aguantar más esta espera. Ya debería de haberse acabado.

Bernard alzó la vista y negó con la cabeza.

—No hasta que esa nave de ahí arriba sea desarmada. —Tras una pausa, se volvió para mirarla a la cara—. ¿Así que ya no te asusta?

—Creo que en realidad nunca me asustó. A lo que tenía miedo estaba en mi propia cabeza. —Miró a su marido de arriba abajo: brazos morenos por el sol y fuertes contra el blanco de la camisa informal que llevaba puesta, su rostro más joven, más tranquilo, pero más seguro de sí mismo de lo que ella podía recordar en mucho tiempo. Estaba apoyado contra el marco de la puerta. Ella sonrió—. Kalens puede que tenga que esconderse en una concha —dijo—. Pero yo ya no necesito la mía.

—Así que te alegras de poder vértelas con esto —contestó Bernard.

—Podemos vérnoslas con cualquier cosa que se nos venga encima —le dijo ella.

Capítulo veintiocho

Celia Kalens se alisó el corpiño de seda negra estilo kimono sobre su vestido de fiesta de lamé dorado, y luego se reclinó en su asiento mientras un camarero con chaquetilla blanca retiraba los platos de la cena de la mesa. Era completamente irreal, se volvió a decir mientras contemplaba el interior de la lujosa suite residencial de Matthew Sterm. El predominio de cuero marrón, madera pulida con metal mate, alfombras y colores apagados se combinaba con las estanterías de volúmenes encuadernados visibles en el estudio para crear una atmósfera de distinguida opulencia masculina. Había contactado con él para decirle que tenía que hablarle en privado, nada más, y al minuto había sugerido una cena para dos en una suite como lugar «incuestionablemente privado, y decididamente más agradable que cualquier otra alternativa». Las maneras de Sterm, suaves pero imponentes, le habían hecho imposible el no aceptar. Le dijo a Howard que volvía a la nave para pasar la noche con Verónica, que estaba celebrando su divorcio (lo que al menos era cierto). Aunque en realidad Verónica lo estaba celebrando en Franklin con Casey y su hermano gemelo, se había prestado a confirmar la coartada de Celia si alguien preguntaba. Así que allí estaba Celia, e incluso para sorpresa suya, vestida para la ocasión.

Sterm, en un esmoquin color burdeos y corbata negra, la observaba en silencio con sus impenetrables ojos de color castaño líquido mientras el camarero llenaba dos copas de coñac, puestas junto a la garrafa en una mesilla baja, y luego desapareció empujando el carrito de servir. Durante la comida, Sterm había hablado de la Tierra y del viaje, y Celia se había dejado llevar, esperando que fuera él quien sacara a colación el asunto de su visita. Finalmente, Sterm se levantó, rodeó la mesa y le retiró la silla a Celia para que pudiera

levantarse. Volvió a experimentar otra vez la fugaz sensación de ser una marioneta que bailaba al son de la coreografía de Sterm. Se observó como una espectadora de sí misma mientras él la conducía hasta un sillón y le entregaba una de las copas. Entonces Sterm se aposentó cómodamente a un lado del sofá, cogió su copa y la sostuvo cerca de su cara para saborear el buqué.

—Confío en que cuente con tu aprobación —dijo. Celia había sugerido coñac cuando Sterm le había preguntado cuál era su preferencia para un licor de sobremesa.

Celia dio un sorbo. Era suave, cálido y añejo.

—Es excelente —respondió ella.

—Tengo siempre una pequeña reserva —le informó Sterm—. Proviene de la Tierra... de la región de la Grande Champagne del Charante. Encuentro que la variedad de uva Saint Emilion produce un sabor que es sumamente de mi agrado. —Su precisa pronunciación del francés y su clara articulación de las consonantes eran extrañamente fascinantes.

—Tengo entendido que las blancas producen el mejor coñac —dijo Celia—. ¿Y no es también muy importante a su vez la cantidad de caliza del suelo?

Las cejas del regio rostro de emperador romano de Sterm se alzaron con aprobación.

—Veo que el tema no te es desconocido. Mis elogios. Lamentablemente, la rareza en la excelencia no se halla reducida a las uvas.

Celia sonrió por encima de su copa.

—Gracias. Es inusual encontrar tal apreciación.

Sterm estudió el líquido ambarino durante unos segundos mientras lo hacía remolinear lentamente en su copa, y luego alzó la vista.

—Sin embargo, estoy seguro de que no has recorrido treinta y dos mil kilómetros sólo para hablar de cosas de ese estilo.

Celia depositó su copa sobre la mesa y descubrió que

necesitaba un momento para reorientar sus pensamientos, aunque había sabido que el momento llegaría.

—Me preocupa esta última amenaza de expulsar a los quironeses de Phoenix. No es el farol que muchos creen que es. Howard va en serio.

Sterm no pareció sorprendido.

—Simplemente tienen que cumplir la ley para evitar tales consecuencias.

—Todo el mundo sabe que no lo harán. Todo el asunto es obviamente un montaje para expulsarlos bajo la apariencia de legalidad. Es una orden de deportación apenas velada.

El ademán de Sterm fue de indiferencia.

—Y entonces, ¿por qué te preocupa que unos pocos quironeses tengan que encontrar otro lugar para vivir? Tienen un planeta entero, la mayor parte del cual está despoblado. No parece que se vayan a morir de hambre.

No era exactamente el tipo de respuesta que Celia esperaba. Frunció el ceño durante un instante y luego alargó la mano para recoger su copa.

—Lo que me preocupa es la reacción que puede provocar. Hasta ahora los quironeses nos han seguido el juego, pero nadie ha intentado antes echarlos de sus hogares. Ya hemos visto ejemplos de que no titubean en actuar violentamente.

—¿Y eso te asusta?

—¿Es que no debería asustarme?

—Poco. Si los quironeses están fuera, y Phoenix tiene un ejército completamente equipado para mantenerlos fuera, cubierto desde órbita por la nave, ¿qué pueden hacer? Dejarlos donde están constituye un riesgo mucho mayor, en mi opinión.

—Cierto, una vez que hayan sido expulsados —concedió Celia—. Pero ¿cuántas muertes más tendremos que ver antes de que se logre?

—¿Y eso te preocupa?

—Bueno... por supuesto que sí.

—¿De verdad? —Esa única palabra de Sterm consiguió transmitir toda la incredulidad necesaria; el tono subyacente sugería que Celia reconsiderara si creía o no en su respuesta —. Vamos, Celia, las realidades de la vida no nos son desconocidas a ninguno de los dos. Podemos ser francos el uno con el otro sin miedo a incurrir en la ofensa. El pueblo vive su vida y sirve a su propósito, y unos cuantos más o menos no supondrá diferencia alguna. Ahora dime, ¿qué es lo que te preocupa de verdad?

Celia tomó aire en una inhalación rápida, contuvo la respiración durante un instante, y luego alzó la cara hacia él.

—Muy bien. He visto lo que le ocurrió al cabo y a Padawski. Los quironeses toman represalias contra cualquiera que perciban como la causa de hostilidad dirigida contra ellos. Si se hacen cumplir las deportaciones... bueno, no es difícil ver cuál será el próximo objetivo entonces, ¿no?

—Quieres que ejerza mi influencia para impedir que Howard se destruya a sí mismo.

—Si lo quieres expresar de esa manera.

—¿Qué te hace suponer que podría hacer algo?

—Podrías hablar con él. Sé que escucha lo que le dices. Hemos hablado de ello.

—Ya veo. —Sterm estudió el rostro de Celia durante lo que pareció largo tiempo. Y al final preguntó en un tono de extrañada curiosidad—: Y si lo hago, ¿entonces qué, Celia?

Celia fue incapaz de responder. La respuesta yacía detrás de una trampilla en su mente que se había negado a abrir. Hizo un movimiento brusco de cabeza y en vez de responder, preguntó:

—¿Por qué haces que parezca algo tan extraño por mi parte?

—Querer salvar a tu marido está lejos de ser algo extraño, y es un sentimiento honroso en verdad... si fuera cierto. ¿Y es cierto?

Celia tragó saliva al encontrarse incapaz de convocar la indignación que las palabras de Sterm requerían.

—¿Qué te hace pensar que no lo es? —Esquivó sus ojos—. ¿Por qué si no estaría aquí?

Sterm la miró fijamente y sin pestañear.

—Para salvarte a ti misma.

—Encuentro ese comentario insultante e impropio de ti.

—¿Sí? ¿O es que en realidad no eres capaz, todavía, de aceptarlo?

Celia imbuyó tanta frialdad como pudo en su voz.

—No me gusta que me digan que estoy interesada en salvar mi propio pellejo.

Sterm parecía imperturbable, como si esperara una respuesta así.

—No he hecho mención de que quisieras salvarte en un sentido físico. Ya he señalado anteriormente que ambos somos realistas, así que no tienes que sentarte bajo la obligación de fingir que lo has entendido mal. —Hizo una pausa como reconociendo el derecho de ella a réplica, pero dio la impresión de que en realidad no esperaba ninguna. Celia se llevó la copa a los labios y descubrió que la mano le temblaba ligeramente. Sterm continuó—: El sueño se ha derrumbado, ¿no es así, Celia? Yo lo sé, tú lo sabes y un aparte de la mente de Howard lo sabe, muy dentro de sí, mientras el resto de su mente se vuelve loca. Esperabas compartir un mundo, pero en vez de eso lo único que hay en el futuro es compartir una celda con un loco. El mundo sigue ahí fuera, pero no puedes aceptarlo tal y como es, y Howard ya no podrá cambiarlo. —Sterm extendió una mano expresivamente—. Y el futuro te aguarda. —Volvió a hacer una pausa, observó cómo Celia bajaba los ojos y asintió—. Sí, podría persuadir a Wellesley para que anulara la orden de expulsión, o hacer que Borftein reforzara la guarnición de Phoenix, que pusiera a los del DS alrededor de la casa de forma que jamás tuvieras que temer por tu seguridad. Pero ¿es eso lo que quieres que haga?

Celia contempló la copa que sostenía en la mano y se mordió nerviosamente el labio.

—No lo sé —fue todo lo que pudo susurrar. Sterm la observó, impasible. Al final Celia sacudió la cabeza—: No.

Sterm le permitió unos segundos para que ella aceptara la admisión que había hecho.

—Porque se convertirían en los carceleros de la prisión en la que Howard está convirtiendo ese mundo. Estás aquí porque sabes que yo *tomaría* el mundo que él creía que se le entregaría. Porque represento la fuerza que él no tiene, y conmigo sobrevivirías. —Celia volvió a alzar la vista, pero los ojos de Sterm resplandecían con una luz lejana—. Quirón ha dejado como necios a los débiles, que se engañaban a sí mismos diciéndose que jugarían de acuerdo con sus reglas civilizadas, y ahora que los débiles han caído el camino queda despejado para los que entienden que no hay nada que imponga las reglas de la Tierra aquí. Los fuertes sobreviven, y la supervivencia no entiende de escrúpulos.

Los ojos de Celia se abrieron de par en par cuando en ese momento muchas cosas se volvieron más claras.

—Tú... —La voz se le trabó en algún lugar del fondo de su garganta—. Tú sabías que todo esto ocurriría... Howard, Phoenix... todo. Les has estado manipulando a todos desde el principio, incluso a Wellesley. Sabías lo que ocurriría tras el desembarco, pero lo respaldaste.

Sterm la miró otra vez y le dedicó una sonrisa carente de humor.

—No es lo que yo llamaría manipular, precisamente. Simplemente les permití que continuaran por los caminos que ya habían elegido, como tú también elegiste el tuyo.

—Pero veías adonde conducían esos caminos.

—Jamás me hubieran escuchado si se lo hubiera dicho. Era necesario demostrar que toda alternativa a la fuerza era vana. Ahora lo entenderán, como tú lo has entendido.

—¿Cómo... cómo lo justificarás?

—¿Ante quién tengo que justificar nada? Esas reglas pertenecen a la Tierra. Yo hago las mías.

—Ante el Congreso, el pueblo.

Sterm resopló.

—Tampoco hay necesidad. Las mismas fuerzas que someterán a Quirón también someterán al pueblo. —Sus ojos recorrieron momentáneamente el cuerpo de Celia—. Y se someterán porque, como tú, tienen instinto de supervivencia.

Celia se encontró contemplando unos ojos que reflejaron durante una fracción de segundo la tranquila y calculada inmisericordia que había en su interior, desprovista de disfraz o excusa, o de cualquier indicio de que debiera haber alguna de esas dos cosas. Un escalofrío le recorrió la columna. Pero también sintió la trampilla en su mente presionando cuando la necesidad que mantenía prisionera en su interior, y que no estaba preparada para aceptar, respondía. Los ojos de Sterm la desafiaban a refutar algo de lo que había dicho. Era incapaz siquiera de hacer ese gesto.

Howard había buscado poseer, y ella se había negado a ser una posesión. Sterm no buscaba poseer, sino dominar Quirón. No había compromiso posible; sólo negociaba con la rendición incondicional, y sabía que éstos eran los términos que le ofrecía para su supervivencia. Quizá lo había sabido antes incluso de llegar.

Como si le leyera la mente, Sterm le preguntó:

—¿Sabías antes de venir aquí que te irías a la cama conmigo? —Habló sin expresión particular, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su presunción de que el contrato así simbolizado estaba decidido.

—No... no lo sé —respondió ella, temblándole la voz, intentando no recordar que le había dicho a Howard que cogería una de las lanzaderas de la mañana y que tenía la llave del apartamento de Verónica en el bolso.

—¿Te espera esta noche? —inquirió Sterm con curiosidad, aunque Celia no pudo evitar la sensación de que ya conocía la respuesta. Negó con la cabeza—. ¿Dónde se supone que estarás?

—Con una amiga en Baltimore —le dijo haciendo así su capitulación absoluta. No tenía por qué, lo sabía, pero algo

en su interior lo deseaba. Sabía que también era la forma de Sterm de hacer que lo admitiera ante ella misma. Los términos quedaban claros.

—No hay razón para que un apresuramiento inapropiado reduzca la calidad de esta velada —dijo Sterm adelantando el cuerpo y alcanzando con la mano la botella de licor—. Un poco de tiempo hace madurar otras cosas aparte del buen coñac. ¿Te vuelvo a llenar la copa?

—Por supuesto —susurró Celia, y le entregó la suya.

Capítulo veintinueve

—Nosotros nos ocuparemos de eso. —Colman volvió la cabeza y llamó a gritos—: Stanislau, Young, venid aquí y echadme una mano con esta caja. —Con los fusiles a la espalda. Stanislau y Young se apartaron de la escuadra que estaba en la acera y ayudaron a Colman a trasladar la caja al camión que esperaba para abandonar el puesto de control fronterizo, mientras el quironés que había estado batallando con la caja junto a su hijo adolescente miraba. Mientras empujaban la caja al fondo del camión, la lona se soltó para revelar un rifle de alta potencia que se hallaba en medio de objetos domésticos—. El quironés lo vio y alzó la cabeza para mirar a Colman con curiosidad. Colman volvió a tirar la lona sobre la caja y se apartó.

El robot familiar, que tampoco había sido capaz de arreglárselas con la caja, se subió a la parte trasera del camión y se sentó balanceando las piernas mientras los soldados escoltaban a la familia al vehículo rodante que había detrás, donde esperaban dos niños y su madre. Se oyó un resonante tableteo procedente de la casa cuando Sirocco clavó un aviso que declaraba que quedaba confiscada y pasaba a ser propiedad del gobierno. Un grupo de unos treinta terrestres, la mayoría jóvenes, contemplaban la escena hoscamente desde el otro lado de la calle, vigilados por una hilera impasible de soldados del DS ataviados con equipo antidisturbios. Esta vez el resentimiento terrestre no estaba dirigido a los quironeses.

Cuando el quironés y su hijo mayor entraban en el vehículo por el lado de la acera, los ojos de la mujer se clavaron en los de Colman durante un instante. No había rencor en ellos.

—Lo sé —dijo a través de la ventanilla—. Todavía tiene un trabajo que hacer durante un tiempo. No se preocupe.

Nos vendrán bien unas vacaciones. Volveremos. —Colman logró mostrar la sombra de una sonrisa. Segundos más tarde, el camión se puso en marcha, con el robot sentado en la parte trasera, y el coche lo siguió, con los dos niños que apretaban sus caras tristes contra la ventanilla de atrás.

Se oyeron murmullos airados procedentes de los civiles terrestres. Colman intentó ignorarlos y reagrupó la escuadra mientras Sirocco consultaba los documentos para identificar la siguiente casa de la lista. Los quironeses sabían que desquitarse con los soldados no ayudaría a su causa. Un soldado que podía haber sido un aliado se convertía en un enemigo cuando veía a sus amigos, sangrantes y heridos, arrastrados por una muchedumbre enfurecida. Todo lo que los quironeses hacían estaba destinado a restar cantidades al número de sus enemigos en vez de sumarlas, y reservaban su oposición para el núcleo duro central, con quienes tenían el verdadero conflicto. Él podía verlo; Sirocco también lo veía, y sus hombres lo veían. ¿Por qué no había más terrestres que pudieran verlo?

Los murmullos procedentes del otro lado de la calle se elevaron repentinamente a abucheos y silbidos, acompañados por puños alzados y porras que habían aparecido repentinamente. Colman se volvió y vio aparecer la limusina negra que Howard Kalens había traído del *Mayflower II* en la intersección a una manzana de distancia y detenerse cerca de un grupo de oficiales que estaban cerca. El comandante Thorpe se separó del grupo y se acercó. Colman pudo ver la figura de pelo plateado de Kalens hablando con el comandante desde el asiento trasero. Alguien tiró una piedra, que se quedó corta y repiqueteó inofensivamente a lo largo de la acera pasando entre los pies de los soldados. Siguieron más piedras, y varios terrestres se acercaron amenazadoramente.

Cuando el capitán del DS se movió de vuelta hacia sus hombres para formar un cordón que bloqueaba la intersección, Sirocco ordenó a su escuadra que cogiera

porras y escudos antidisturbios. Mientras los soldados tomaban posiciones defensivas a un lado de la calle, la muchedumbre irrumpió en una carrera hacia la intersección. Sirocco gritó una orden para adelantarlos, y la escuadra corrió atravesando la calle para enfrentarse a la muchedumbre a medio camino.

Colman se encontró enfrentado a un hombre que llevaba un gran bate de béisbol, con la cara retorcida y afeada por la furia, reflejando el salvajismo que había poseído a los manifestantes. El hombre blandió el bate con fuerza pero con torpeza. Colman desvió el golpe fácilmente con su escudo y clavó la punta de su bastón contra el área de los riñones expuesta debajo de las costillas. Su asaltante retrocedió con un aullido de dolor. Gritos, blasfemias y el sonido de cuerpos chocando rodearon a Colman. Algo duro rebotó en su casco. Dos jóvenes corrieron hacia él desde direcciones diferentes, uno blandiendo un palo, el otro una cadena. Colman saltó a un lado para que ambos quedaran en línea durante una fracción de segundo, fintó con el bastón, y luego envió a uno contra el otro con un empujón de su escudo con toda la fuerza de su hombro contra él, y ambos alborotadores cayeron en un revoltijo. Colman vislumbró que algo golpeaba a Young en un lado de la cara, pero dos figuras forcejeando oscurecieron su visión momentáneamente, y luego Young yacía tendido en el suelo. En el momento en que un joven gordo se disponía a darle una patada, Colman lo derribó de un golpe en la cabeza. Los aullidos que helaban la sangre y el sonido de pies corriendo presagiaron la llegada del DS, la muchedumbre huyó desordenadamente por la esquina, y entonces todo había acabado.

Young tenía una herida en la mejilla que era más aparatosa que profunda y un enorme morado en la mandíbula a juego, y cuatro alborotadores se habían quedado atrás con cabezas doloridas y otras heridas menores. Mientras el médico de la compañía empezaba a limpiar a los heridos y Sirocco hablaba con el capitán del DS

a poca distancia de allí, Colman vio cómo la limusina de Kalens se alejaba en dirección opuesta y desaparecía. Así era como siempre había sido, según lo veía ahora. Durante cuatro mil años los hombres habían vertido su sangre y muerto para que otros pudieran volver a sus mansiones en coche con chófer. Se habían sacrificado porque no habían sido capaces de penetrar el telón cuidadosamente entretejido que ocultaba la verdad... el telón al que estaban condicionados para no ver o pensar en él siquiera. Pero los quironeses jamás habían tenido ese condicionamiento.

La lógica inversa que tanto le había asombrado no era algo exclusivo del pensamiento militar; se trataba simplemente de que el pensamiento militar era el único que había conocido en realidad. Las inversiones procedían del conjunto del demente sistema del que el ejército era sólo una parte; el sistema que libraba guerras para proteger la paz y esclavizaba naciones liberándolas; que convertía el odio y la venganza en la voluntad de un Dios benevolente y programaba sus letanías en las mentes de los niños; que quemaba y torturaba a sus heréticos mientras predicaba el perdón, y convertía en pecado el amor y en virtud el asesinato; y que llevaba a los lunáticos al poder exigiendo requisitos para el cargo que ninguna mente cuerda podría tener. Un montón de cosas se estaban volviendo más claras ahora que los quironeses tiraban inexorablemente del telón.

Porque el telón que se abría era el fondo del escenario sobre el que habían bailado las marionetas. Y mientras caía el telón y las cuerdas con él, las marionetas seguían bailando. Las marionetas bailaban sin las cuerdas porque no había cuerdas. Nunca las había habido, excepto aquellas que las marionetas habían permitido que el titiritero les atara a la mente. Pero esas cuerdas servían para sostener al titiritero, no a las marionetas, porque los titiriteros caían mientras las marionetas bailaban.

Colman entendía ahora lo que los quironeses habían intentado decirle durante todo el tiempo.

Pero tenía que quedarse, de la misma forma que Sirocco y el ochenta por ciento de la compañía D que todavía permanecía en Phoenix tenía que quedarse. Después de que se fuera Swyley, se fuera Driscoll y muchos otros, Sirocco había llamado al resto y les había advertido sobre las armas del *Mayflower II*.

—Si el tipo de persona que ahora empieza a quitarse la máscara pone sus manos sobre esas armas, podríamos tener una catástrofe que acabaría con la civilización en este planeta. Ya habéis visto lo que está ocurriendo en la Tierra. Pues bien, ese mismo tipo de mentalidad también está aquí, y les está entrando el pánico. *Debemos* mantener una parte del ejército suficiente para evitar algo como eso si ocurre.

Y por eso se habían quedado.

Los quironeses observarían y esperarían hasta que sólo quedara el núcleo demente, despojado de sus protectores inocentes. Al final sólo quedarían dos tipos: quironeses y los Kalens. Y Colman ya no tenía dudas sobre qué sería él.

En las oficinas militares de la compañía D en el bloque de barracones Omar Bradley, Hanlon aseguró su canana, se puso el casco y cogió su M32 del soporte. Pronto serían las 02.00, hora de relevar al destacamento de guardia en la residencia de Kalens situada a cuatrocientos metros de allí.

—Bueno, ya es hora de irnos —le dijo a Sirocco, que estaba repantigado con los pies sobre el escritorio, y Colman, tirado en una esquina, ambos con los ojos enrojecidos tras un día agotador—. Intentaré gritar bajito. No me gustaría molestar a su excelencia mientras duerme.

Sirocco sonrió cansadamente.

—Quedas excusado de quitarte las botas —murmuró.

—¿Seguimos invitados a lo de esta noche en casa de los Fallows, Steve? —preguntó Hanlon deteniéndose en la puerta para mirar a Colman.

Colman asintió.

—Supongo que sí. Probablemente estaré dormido cuando termines. Mejor me das una llamada.

—Eso haré. Nos vemos. —Hanlon se fue, y le oyeron formando al relevo de la guardia en el exterior.

—Oh, hay algo que quería mostrarte —dijo Sirocco quitando los pies del escritorio y volviéndose al panel de comunicaciones—. Llegó antes, esta misma noche. ¿Quieres reírte?

—¿Qué es? —preguntó Colman.

Sirocco introdujo unos cuantos comandos en el panel táctil, y un segundo después apareció un documento en la pantalla. Colman se levantó y se acercó para estudiarlo. Era una comunicación de Leighton Merrick, el subdirector adjunto de Ingeniería en el *Mayflower II*, reenviada a través del cuartel general y la brigada. El documento decía que, debido a un inesperado incremento de las promociones entre los ingenieros de nivel inferior, Ingeniería ahora había «otorgado la reconsideración debida» a la petición del sargento Colman de ser transferido. ¿Podría el ejército comunicar su disposición actual?

—Parece que se están quedando sin marineros y tienen exceso de capitanes —comentó Sirocco—. ¿Qué quieres que les diga?

—¿Tú qué crees? —respondió Colman, y volvió a su silla. Sirocco introdujo NEGATIVA y apagó la pantalla.

—¿Y qué vas a hacer? —inquirió Sirocco volviendo a poner los pies sobre el escritorio—. ¿Ya lo tienes previsto?

—Oh, tengo que estudiar muchísimas cosas que tengo apuntadas... ingeniería general con un montón de MHD, luego quizá mire a ver si puedo meterme en algo en Norday durante un tiempo. Más tarde puede que me pase a ese nuevo sitio del que hablan.

—¿Kath te ayudará con eso?

Colman volvió a asentir con la cabeza.

—Para empezar, de todas formas. Luego, pues supongo que será cuestión de lo bien que lo haga. Ya sabes cómo funcionan las cosas aquí. —Y tras una pausa, preguntó—: ¿Y tú?

Sirocco se retorció el bigote pensativamente.

—El problema es saber por dónde empezar. Ya sabes la clase de cosas que me gustaría... salir y ver todo el planeta. La Cordillera Barrera es tan grande como el Himalaya, está Glace... el Cañón Mayor que hay en Oriena... hay tantas cosas. Si uno tiene que hacer algo útil, supongo que también puede disfrutarlo, ya puestos. Pero creo que hay mucho trabajo de inspección esperando a ser hecho. Lo que haría sería ponerme en contacto con esa sociedad cartográfica en la que Swyley estaba tan interesado antes de que él y Driscoll hicieran su truco de desaparición. —Sirocco se quedó mirándose los pies durante unos segundos, como intentando decidir si mencionaba algo o no—. Y luego, por supuesto, también está Shirley —añadió imperturbable.

—¿Shirley? ¿Quieres decir la madre de Ci?

—Sí.

—¿Qué pasa con ella?

Sirocco enarcó las cejas en lo que obviamente era sorpresa fingida.

—Oh, ¿no te lo había dicho? Quiere que me vaya a vivir con ella. Es sorprendente el interés que tienen las quironesas en que los terrestres... —Frunció el ceño y se rascó la nariz en busca de las palabras apropiadas—:... contribuyan al futuro con su esfuerzo procreador. —Levantó la vista—. Quiere tener hijos míos. ¿Qué te parece, Steve? Vamos, me apuesto lo que quieras a que lo mismo pasa con Kath. —Aunque se notaba que intentaba tomárselo a la ligera, Sirocco no podía ocultar su entusiasmo. Nada así le había ocurrido antes, y tenía que contárselo a alguien, según lo veía Colman; pero Colman le siguió el juego.

—¡Cabrón taimado! —exclamó—. ¿Cuánto tiempo llevas así? —Sirocco se encogió de hombros y extendió las manos en un gesto que podía haber significado cualquier cosa. Entonces Colman sonrió—. Bueno, fíjate tú que cosas. En cualquier caso... buena suerte.

Sirocco retomó su retorcimiento de bigote.

—Además, no podía dejar que tuvieras el monopolio, ¿no? Sobre todas las mujeres que merecen la pena, quiero decir. —Le dedicó a Colman una mirada extraña, como si quisiera averiguar algo que no quería expresar en palabras.

—¿Qué insinúas? —le preguntó Colman.

Sirocco no respondió inmediatamente, y al poco pareció perder algún tipo de batalla interna contra su sentido común.

—Swyley creía que te tirabas a la mujer de Kalens allá en la nave.

Colman puso cara de póquer.

—¿Y qué le hacía pensar eso?

Sirocco levantó una mano, señalando que no se hacía responsable.

—Oh, vio cómo hablaba contigo cuando estabas de gala en aquella exhibición de ese Cuatro de Julio el año pasado. Eso fue una cosa. ¿Te acuerdas de eso?

Colman hizo todos los gestos de tener que recordar algo.

—Sí... creo que sí. Pero no recuerdo que Swyley estuviera allí.

—Bueno, en algún lado tenía que estar, ¿no?

—Supongo. ¿Y qué más?

Sirocco se encogió de hombros.

—Bueno, la mujer de Kalens siempre iba por ahí con Verónica, así que obviamente eran buenas amigas. Swyley vio que pasaba algo raro entre tú y Verónica en aquella fiesta a la que fuimos en casa de Shirley, y ésa fue la conexión que hizo. —Sirocco volvió a encogerse—. Quiero decir, no es asunto mío para nada, por supuesto, y no quiero saber si es cierto o no... —Se paró y miró a Colman esperanzado durante un segundo—. ¿Lo es?

—¿Estás esperando que te diga que sí es cierto? —preguntó Colman.

—Supongo que no —concedió Sirocco desinflándose con un suspiro de decepción. Tras un instante volvió a mirar a Colman con expresión intensa—. Hagamos un trato. Cuando todo esto acabe me lo cuentas, ¿vale?

Colman sonrió.

—Vale, jefe. Lo haré. —Hubo un breve silencio entre los dos mientras ambos pensaban en lo mismo—. ¿Cuándo crees que será? —preguntó Colman al fin.

—¿Quién sabe? —respondió Sirocco adoptando un tono más serio—. Después de lo que hemos visto hoy, no me sorprendería que todos los bandos acaben yendo a por él.

—Hay un montón de gente que empieza a pensar que él podría ser el que hubiera plantado esas bombas. ¿Tú que opinas?

Sirocco frunció el ceño y se frotó la nariz.

—No me convence. No puedo evitar sentir que otro lo ha escogido como chivo expiatorio. Y ese otro todavía no ha salido a la luz. Creo que los quironeses también opinan lo mismo.

Colman asintió pensativamente para sí y aceptó el argumento.

—¿Alguna idea?

Sirocco hizo un gesto de desconocimiento.

—Estoy bastante seguro de que no puede ser Wellesley. Ha intentado jugar limpio, y todo esto le sobrepasa con mucho. Y en cualquier caso, ¿qué ganaría? Todo lo que quiere es que le dejen retirarse. Ramisson obviamente no se involucraría en algo así, y lo mismo ocurre con Lechat. Pero en cuanto al resto, si preguntas, creo que están todos locos. Pudiera ser cualquiera de ellos o todos ellos. Ésos son contra los que realmente van los quironeses.

—Así que puede tardar un rato —dijo Colman.

—Quizá. ¿Quién sabe? Esperemos que no haya demasiados de ellos en el ejército.

En ese momento el tono de emergencia sonó estridentemente en el panel de comunicaciones. Sirocco apartó bruscamente las piernas del escritorio. Era Hanlon, que parecía tenso.

—Ha ocurrido —le dijo Hanlon—. Kalens ha muerto. Lo encontramos dentro de la casa con seis disparos. Fuera quien

fuese el que lo hizo, sabía lo que hacía.

—¿Qué hay de los centinelas? —preguntó Sirocco secamente.

—Emmerson y Crealey estaban en la parte de atrás. Los encontramos inconscientes en la cuneta. Debieron de cogerlos por detrás. Parece que se pondrán bien. Los demás no se dieron cuenta de nada.

Colman escuchaba con expresión sombría.

—¿Y su mujer? —le murmuró a Sirocco.

—¿Cómo está la mujer de Kalens? —le preguntó Sirocco a Hanlon.

—No está aquí. Hemos comprobado con la gente de transporte, y tenía plaza en una lanzadera hacia la nave que salió por la tarde. Debió de irse antes de que ocurriera. —Al lado de Sirocco, Colman soltó un audible suspiro de alivio.

—Bueno, eso es algo, de todas formas —dijo Sirocco—. Quédate ahí, Bret, y no dejes que nadie toque nada. Llamaré a la brigada ahora mismo. Tendremos a más gente ahí en un par de minutos. —Se volvió hacia Colman—. Saca a dos pelotones de la cama, y que uno vaya a buscar el equipo y el otro que permanezca a la espera. Y consigue que manden una ambulancia y personal médico para Emmerson y Crealey cuanto antes. —Hanlon desapareció de la pantalla y Sirocco tecleó una llamada a la brigada—. Parece que el chivo expiatorio ha sido sacrificado, Steve —murmuró mientras Colman pedía una ambulancia en otro panel—. Veamos quién aparece ahora.

Capítulo treinta

La tensión que llevaba intensificándose desde la llegada al planeta y la conmoción de las últimas noticias eran evidentes en el rostro de Wellesley cuando se levantó para dirigirse a una aturdida sesión del Congreso del *Mayflower II* aquella misma mañana. Y si él parecía la carcasa del hombre que había sido antes, la asamblea que se hallaba frente a él era el esqueleto del cuerpo que había sido el día en que la orgullosa nave había entrado en órbita al final de su viaje épico. Algunos, como Marcia Quarrey, habían desaparecido sin avisar durante las semanas anteriores mientras la invasora influencia de Quirón continuaba cobrándose su precio; unos pocos, allá en la superficie, habían sido incapaces de volver a tiempo para la sesión de emergencia. Sin embargo, con tan poco tiempo, Wellesley había conseguido reunir quórum. Les dijo cuáles eran sus intenciones; se oyeron unas pocas voces de protesta y en contra; y ahora los legisladores esperaban para oír una decisión que para la mayoría de ellos era una conclusión conocida de antemano.

—He escuchado y considerado las objeciones, pero creo que el punto de vista predominante entre nosotros está claro —dijo Wellesley—. La política que hemos intentado no sólo ha fracasado en sus objetivos y se ha demostrado incapaz de lograrlos, sino que ha culminado en un acto que debemos aceptar como la primera manifestación de una amenaza que nos afecta a todos nosotros como futuros objetivos potenciales, y en la alienación de nuestra propia población hasta el punto de que muchos simpatizan con aquellos responsables de esta amenaza. Cualquier gobierno que busque continuar con tal política construiría un gobierno sólo de nombre.

»Nos enfrentamos a una crisis que pone en peligro la

integridad continuada de la Misión al completo, y se ha hecho evidente que nuestras dificultades sólo pueden ser exacerbadas por la continuada división de autoridades. Ya que no se puede delegar la responsabilidad, sólo yo soy responsable de todas las consecuencias de mi decisión. — Hizo una pausa para mirar alrededor de la sala, y luego tomó aliento profundamente—. Por los poderes que me han sido otorgados como director de la Misión, declaro el estado de emergencia. Se suspenderán las actividades del Congreso durante tanto tiempo como perdure la situación de emergencia, y mediante esta declaración asumo todos los poderes hasta este instante investidos en el Congreso, aparte de las excepciones que considere adecuadas durante el resto del período de emergencia. —Tras una breve pausa, añadió en tono menos formal—: Y os pido vuestra colaboración a todos vosotros para hacer que ese período sea lo más corto posible.

Aunque todo el mundo esperaba ese anuncio, la tensión había ido aumentando en la sala mientras aguardaban las palabras que confirmarían lo esperado. Ahora que las palabras habían sido dichas, la tensión se liberó en una oleada de murmullos acompañados del crepitar de papeles, y el crujido de las sillas mientras los cuerpos se acomodaban en posturas menos tensas.

Entonces creció el estruendo de pasos acompasados que se acercaban procedente de las puertas principales. Un segundo después, las puertas se abrieron de golpe e irrumpió el general Stormbel, al frente de un destacamento de soldados del DS. Con presteza, los soldados se desplegaron, cerrando todas las salidas, y se apostaron alrededor de las paredes para cubrir a toda la asamblea, mientras Stormbel y los oficiales marchaban por el pasillo principal del centro de la sala y se volvieron hacia el Congreso frente a donde seguía Wellesley de pie. Borftein se levantó de un salto, pero se contuvo cuando un coronel del DS le apuntó con una automática. Se derrumbó en su asiento con una expresión

perpleja en el rostro.

Stormbel era un hombre bajo, robusto y completamente calvo, de ojos pálidos y acuosos que jamás expresaban emoción alguna. Un delgado bigote perfilaba su labio superior. Se llevó las manos a las caderas y contempló durante unos instantes los rostros boquiabiertos que le miraban.

—El Congreso queda disuelto —anunció con su voz aguda pero penetrante—. La Misión queda bajo el mando directo del ejército. —Volvió la cabeza hacia Borftein—. Queda relevado del mando tanto de las fuerzas regulares como del destacamento de seguridad. Esas funciones han sido transferidas a mi persona.

—Con qué... —empezó a decir Wellesley con voz temblorosa, pero otra voz firme y alta lo acalló.

—Con *mi* autoridad. —Matthew Sterm se levantó de su asiento y bajó al piso para enfrentarse desafiantemente a la asamblea—. Toda esta cháchara ya ha durado demasiado. No tengo discursos elocuentes que dar. Ya se ha malgastado demasiado tiempo en futilidades. Todos serán escoltados a los alojamientos que se les han asignado y allí permanecerán hasta nueva orden. Tenemos asuntos que tratar —asintió en dirección a Stormbel, que hizo un gesto a los guardias—. Me gustaría que el almirante Slessor se quedara para discutir asuntos relacionados con la seguridad de la nave.

Mientras los guardias empezaban a avanzar y los congresistas se quedaban en paralizado silencio, Ramisson se levantó y caminó hasta el centro del pasillo principal para encararse con Sterm.

—No me someteré a tal intimidación —dijo en un siseo duro—. Retire a sus hombres de la puerta. —Con eso, se dio la vuelta y empezó a caminar rígidamente por el pasillo hacia las puertas principales.

Stormbel sacó su automática y la apuntó a la espalda de Ramisson.

—Dispone de una única advertencia —le gritó. Ramisson

siguió caminando. Stormbel disparó. Ramisson se tambaleó en medio de un estallido de jadeos horrorizados y se derrumbó en el suelo gimiendo. Stormbel devolvió tranquilamente su arma a la pistolera—. Llévense a ese hombre y que reciba atención médica. —Dos soldados del DS se adelantaron, levantaron a Ramisson por las axilas, con firmeza pero sin rudeza innecesaria, y lo sacaron mientras otros dos abrían las puertas y luego las cerraban de nuevo para volver a sus posiciones.

—¿Alguna otra objeción? —preguntó Sterm. Detrás de él, Wellesley, pálido y cadavérico, se derrumbó sobre su sillón.

—Detengan esto inmediatamente —advirtió Borftein en tono sombrío—. ¿Cuántos del ejército creen que les seguirán? Stormbel le dedicó una mirada llena de desprecio.

—¿Cuánto de *su* ejército queda? —preguntó—. Casi todo está en la superficie, y los oficiales al mando de las unidades claves están con nosotros. Además, *nosotros* controlamos la nave, que es lo más importante.

—Lo más importante por ahora —añadió Sterm—. El resto vendrá después.

Borftein se lamió los labios y pensó frenéticamente. Mientras Stormbel se disponía a repetir la orden para hacer salir a todos de la sala, Borftein miró a Sterm, cerró los ojos durante un momento y luego alzó una mano y meneó la cabeza. Sterm lo miró, examinándolo con curiosidad.

—No... no estoy seguro siquiera de lo que ha ocurrido —dijo Borftein—. Todo esto es tan repentino. ¿Qué es exactamente lo que se propone? —Desde el interior de la pechera de su uniforme, deslizó inadvertidamente su compad bajo el borde de la mesa.

Sterm suspiró con una paciencia que llegaba a su límite.

—Intentaré explicarlo en términos simples que pueda entender —replicó—. Este circo ha sido...

Mientras miraba a Sterm, Borftein introdujo el código de llamada personal del juez Fulmire y movió silenciosamente el compad debajo de unos papeles que estaban sobre un

archivador frente a él encima de la mesa.

Paul Lechat, agitado, caminaba en círculos por el salón de la casa de los Fallows en Cordova Village.

—No creía que los quironeses llegaran tan lejos —dijo—. Creía que sólo reaccionarían ante la violencia directa. ¿Por qué no podían haber dejado que las cosas murieran de muerte natural?

—¿No te parece suficiente violencia robarles los hogares a la gente y expulsarlos? —preguntó Jean desde una de las sillas del comedor mientras Jay escuchaba en silencio al otro lado de la mesa—. ¿Qué se suponía que tenían que hacer? Ignoraron a los soldados y le ajustaron las cuentas al que era responsable. Debería habérselo esperado.

Lechat sacudió la cabeza.

—No era necesario. Unos cuantos días más y Ramisson hubiera resultado elegido. Entonces todo hubiera ido con normalidad. Esta acción lo vuelve a complicar todo. Wellesley probablemente esté declarando el estado de emergencia en este mismo instante, en cuyo caso las elecciones se suspenderán automáticamente. Hace que todo vuelva a estar como hace semanas, si no meses.

Se detuvo durante un momento para mirar por la ventana mientras ordenaba sus pensamientos. Entonces se volvió para mirar primero a Jean y luego a Bernard, que estaba escuchando en el sofá ubicado bajo la pantalla mural.

—De todas formas, conozco a multitud de personas que piensan como Jean, pero aun así podemos tener reacciones antiquironesas procedentes de muchos elementos. Eso es lo que me preocupa. Pero si montamos una administración civil liberal ahora, mientras tenemos la oportunidad, creo que sería una buena ocasión de que Wellesley la acepte como un hecho consumado, aunque declare el estado de emergencia, y nos deje seguir adelante cuando reconozca lo inevitable... lo que sospecho que puede estar ocurriendo ya. Eso le daría a todo el mundo un nuevo mañana por el que apostar, y pronto se olvidarían de todo este asunto. Pero no hay mucho

tiempo. Por eso me salté la sesión del Congreso. Vosotros dos podéis ayudar, de la forma en que habíamos hablado. Lo primero que me gustaría que hicierais es... —El tono de llamada del compad de Lechat le interrumpió—. Perdonadme un momento.

Los demás miraron mientras sacaba el aparato, aceptando la llamada con una presión del pulgar. El juez Fulmire apareció en la pequeña pantalla.

—¿Estás solo, Paul? —preguntó Fulmire sin preámbulos. Su voz era entrecortada y tensa.

—Estoy con unos amigos. Son de confianza. ¿Qué...?

—Mantente lejos de las calles y de la vista —dijo Fulmire—. Sterm y Stormbel han dado un golpe de Estado. Tienen al DS de su parte y al menos a algunas de las unidades regulares... no sé cuántas. Están arrestando a los miembros del Congreso que estaban aquí arriba, y probablemente ahí abajo hayan sacado escuadras a la calle para detener al resto. Probablemente yo también estoy en la lista, así que tendré que ser rápido. Se están apoderando del centro de comunicaciones, y han hecho un trato con Slessor para dejarlo tranquilo si se ciñe solamente a ocuparse de la seguridad de la nave. Sal de Phoenix si puedes. No sé si...

La imagen y el sonido se cortaron bruscamente.

—¿Quién era? —jadeó Jean, con los ojos abiertos de incredulidad.

—El juez Fulmire. —Lechat puso cara de preocupación e introdujo un código de reconexión. La unidad le devolvió un código de «número no disponible». Tamborileó otro código para alertar a un operador de comunicaciones. Lo mismo—. Parece que ha caído la red normal —dijo—. Incluso los canales suplentes.

—Oh, Dios... —susurró Jean—. Van a sacar las bombas.

Bernard contempló con ceño sombrío en su mente otra vez el agujero que había en la superficie de Remo.

—Tenemos que detenerlo —dijo con preocupación—. Tenemos que enviar un mensaje allá arriba... a Sterm... para

decirle a lo que se enfrenta. Todavía hay miles de personas allá arriba.

—No nos creerá —dijo Lechat lúgubrementemente—. Parecería el primer farol que alguien intentaría usar.

Jean sacudió la cabeza.

—Debe haber algo... ¡Los quironeses! A ellos tendrá que creerles. Si envían una señal mostrando lo que sus armas pueden hacer, lo que son, y las pruebas que las respaldan, Sterm tendrá que hacerles caso.

—Pero ni siquiera sabemos con qué quironeses hablar —señaló Lechat.

Bernard se quedó callado durante unos segundos.

—Kath tiene que saber algo sobre ello, o al menos conocer a la gente que están al tanto —dijo—. Después de todo, no hay miles de millones de personas en Quirón. Y Jerry dijo que ella estaba muy implicada con la gente que trabajaba en el proyecto de antimateria de la universidad. Empecemos por ella.

Jean miró a la pantalla y luego a Bernard.

—¿No deberíamos intentar llamarla a través de Jeeves... mediante la red quironesa? No debería estar afectada, ¿verdad?

—No estoy muy seguro de que nada electrónico sea de fiar —advirtió Lechat.

—Puede ser arriesgado —admitió Bernard tras un segundo de reflexión—. Si Sterm y quienquiera que esté involucrado se han estado preparando para esto, no creo que tuvieran escrúpulos en poner escuchas y programas espías en todas partes. Alguien tendrá que ir en persona.

—¿Quién? —preguntó Jean.

—Bueno, Paul no puede mostrar la cara ahí fuera. Ya has oído lo que dijo Fulmire —replicó Bernard—. Así que supongo que tendré que hacerlo yo.

—Pero ¿y los guardias de la frontera? —Jean parecía alarmada—. No sabemos en quién se puede confiar. Fulmire no sabía de qué parte estaba el ejército. Puede que haya

combates ahí fuera en cualquier momento. No sabes en lo que te puedes meter.

Bernard se encogió de hombros como mostrando que no tenía elección.

—Lo sé. Es arriesgado, pero ¿qué más podemos hacer?

Cayó un tenso silencio en el salón.

—Sé de al menos una persona en el ejército en la que se puede confiar. —Los demás lo miraron con sorpresa.

Bernard chasqueó los dedos.

—¡Por supuesto! ¡Colman! ¿Por qué demonios no se me ocurrió?

—¿Quién es Colman? —preguntó Lechat.

—Un amigo de la familia que está en el ejército —dijo Jean.

—Ss-sí —dijo Bernard con lentitud, asintiendo para sí—. Él sabrá cómo está la situación, y probablemente conozca una forma segura para atravesar la frontera aunque haya problemas. —Empezó a asentir más vigorosamente—. Y sabemos que podemos confiar en él.

—Saldré a ver si puedo dar con él —se ofreció Jay—. No creo que atraiga mucho la atención. Incluso si los DS están en las calles, no me estarán buscando a mí.

Bernard miró a Lechat. Lechat frunció el ceño y parecía a punto de objetar algo. Entones se lo pensó algo más y al final suspiró, mostró las palmas en señal de rendición y asintió. Bernard se volvió hacia Jay:

—Vale, ve a ver qué puedes hacer. Si lo encuentras, pídele que venga aquí lo más rápido que pueda.

Jay saltó y corrió hacia un armario en busca de una chaqueta. Miró a Jean mientras se la ponía:

—Sí, madre, tendré cuidado.

Jean forzó una sonrisa.

—Recuérdalo, sólo eso.

Una mano intentaba sacudir a Colman fuera de la tumba en la que había yacido durante mil años.

—Sargento, despierte. —La voz de la retribución resonó

desde lo alto, increíblemente parecida a la de Stanislau—. Hanlon quiere que esté ahora mismo en la verja principal.

—¿Qu-éh... quién...? —Colman rodó e hizo una mueca de dolor ante la claridad cuando le quitaron la sábana de la cara.

El ángel Stanislau descendió de la luz apoteósica y asumió forma terrenal al lado de su camastro.

—Hanlon tiene a alguien en la verja principal que quiere hablar contigo. Dice que es urgente.

Colman se sentó en el camastro y se frotó los ojos.

—¿Por qué no me hizo una llamada?

—Los canales normales de comunicaciones han caído, en la nave... en todos lados. Llevan caídos más de una hora —dijo Stanislau—. Los canales de emergencia están restringidos a tráfico militar prioritario. —Colman apartó las sábanas, sacó las piernas y empezó a ponerse los pantalones—. Están pasando cosas raras en todos lados —le contó Stanislau, entregándole las botas—. Están llegando montones de DS a la base de lanzaderas, hay escuadras en las calles de Phoenix arrestando a gente, la mayor parte de la compañía B ha desaparecido... no sé qué está pasando.

—¿Está Sirocco por ahí? —Colman se fue al lavabo para remojarse la cara.

—En las oficinas. Hanlon lo levantó hace un rato. Hay algún tipo de problema en la brigada... algo acerca de que echan a Portney y que Wesserman ha encerrado a algunos DS a punta de pistola.

Colman se secó la cara con una toalla, se la tiró a Stanislau, y cogió sin pensar una camisa del armario.

—Hazme un favor y averigua de qué va todo esto —dijo. Se puso la gorra mientras salía por la puerta y, abotonándose la camisa, se dirigió a las Oficinas.

Las oficinas militares eran un caos. Sirocco, Maddock y el sargento Armley de la primera sección intentaban apagar lo que parecía un incendio de luces en el panel de comunicaciones de emergencia en el preciso instante en que Colman sacaba la cabeza por la puerta.

—¿Qué demonios está pasando? —les preguntó.

—Confusión —dijo Sirocco mientras apretaba botones y hablaba con varias pantallas—. La gente que sale de las lanzaderas está contando historias acerca de que algo gordo está ocurriendo en la nave. —Se volvió hacia una de las pantallas—. Entonces intenta encontrar a su segundo y que se ponga. —Y luego de vuelta a Colman—: Estoy intentando encontrar a alguien que confirme los rumores.

—Hanlon me quiere en la verja para algo —dijo Colman—. Ya os contaré.

—Vale. Vuelve aquí cuando hayas acabado.

Colman salió del bloque Omar Bradley y empezó a caminar rápidamente hacia la verja principal. Había aeronaves aterrizando y despegando continuamente en el área de vehículos mientras se descargaban apresuradamente cajas de munición del interior de camiones; el área de los barracones parecía hervir de escuadras que iban de aquí para allá, y oficiales gritando órdenes. Fosos para el emplazamiento de armas rodeados de sacos de arena que hacía unas horas no existían habían aparecido en lugares estratégicos y se estaban excavando otros nuevos en ese mismo instante.

Habían doblado la guardia en la verja principal. Hanlon había tomado posiciones a un lado de la entrada, observando a los centinelas que comprobaban el tráfico de entrada y salida. Jay Fallows estaba justo a la entrada, cerca de la pared del puesto de guardia. Hanlon vio a Colman que se acercaba y vino corriendo para reunirse con él.

—Lamento haberte interrumpido el sueño reparador de belleza que tanto necesitabas, pero este joven caballero pide hablar contigo. —Colman se acercó a donde estaba esperando Jay, y Hanlon volvió a su puesto de vigilancia.

Jay empezó a hablar apresuradamente y en voz baja.

—Mi padre me pidió que te encontrara. Es urgente. Una de las personas que el DS está buscando está en mi casa. Sterm ha arrestado al Congreso entero, y estamos seguros

de que va a emitir un ultimátum con los militares. Si lo hacen, los quironeses se cargarán la nave entera. Papá quiere ir con el otro tipo y hablar con Kath para ver si puede hacer algo, pero necesitan salir de Phoenix.

El rostro de Colman se arrugó en una expresión sombría.

—¿Cargarse la nave con qué?

—No lo sé —dijo Jay—. Es largo de explicar, pero estamos seguros de que tienen esa capacidad. De verdad que es urgente, Steve. ¿Cuándo puedes venir?

—Oh, Cristo... —Cansadamente, Colman se llevó una mano a la frente—. Vale. Mira, tan pronto como pueda... —Le interrumpieron pasos apresurados acercándose que le hicieron levantar la cabeza para mirar. Era el sargento Armley, de las oficinas militares.

Armley se detuvo frente a Colman y le hizo un gesto a Hanlon para que se acercara.

—Sirocco os quiere ver a los dos ahora mismo —dijo sin aliento—. Yo me quedaré en la verja. Hay problemas en la base de lanzaderas. Han llegado órdenes de la nave de que saquemos a los quironeses y precintemos todo el lugar. El comandante Thorpe está allí con parte de la compañía A, y se niega a aceptar las órdenes del DS. Nos han ordenado que enviemos dos secciones. Sirocco quiere que Hanlon vaya con ellas, y que tú asegures el bloque en caso de que haya un tiroteo y se extienda hasta aquí.

Colman gimió para sus adentros. Justo cuando estaba a punto de replicar, se percató de la mujer que estaba al otro lado de la entrada, frente a la caseta. Llevaba una boina y una gabardina de color claro con el cuello vuelto hacia arriba, y parecía arreglárselas para atraer su atención sin parecer demasiado evidente.

—Oh, Dios... —Colman miró a ambos—. Mirad, necesito unos minutos. Jay, quédate aquí mismo. —Caminó hacia la mujer y estuvo casi cara a cara con ella antes de reconocer a Verónica, que por una vez no parecía ni traviesa ni alegremente maliciosa.

—Acabo de llegar de la nave, Steve —Lo llevó más cerca de la verja.

—¿No están cerradas las puertas de embarque? —murmuró Colman, sorprendido.

—Por supuesto que sí. Lo de allá arriba es un caos.

—Entonces, cómo...

—Conozco a Crayford y a su esposa. Uno de los tripulantes me hizo pasar. Eso puede esperar. Es acerca de Celia.

No era momento de continuar con los fingimientos.

—¿Qué le ocurre? ¿Está bien?

Verónica asintió con la cabeza un par de veces.

—No está herida, ni nada por el estilo, pero está metida en un problema gordo. Se ha involucrado con Sterm, y no puede dar un paso sin que la vigilen. Puede que esté en peligro de verdad, Steve. Tiene que salir de ahí.

Colman asintió pero alzó las manos.

—Vale, pero ¿cómo?

—Bajará más tarde esta noche para recoger documentos y cosas de la casa después de que oscurezca. Pero estará escoltada. Tenemos un plan, pero hace falta que alguien me lleve a la casa antes de que lleguen, y que se la lleve de allí luego. También necesitare una forma de salir de la base de lanzaderas más tarde... la van a cerrar. Eres la única persona en la que ella confiaría. ¿Puedes ausentarte durante la próxima hora?

Colman apartó la vista, mareado. Hanlon y Armley le esperaban impacientes, y Jay le miraba implorante. Pensó furiosamente. No sabía por qué Celia estaba en peligro y desesperada por escapar, pero ya lo averiguaría después. Si le decía que tenía que ausentarse durante unas pocas horas, Sirocco le cubriría, así que por ahí no había problema. La amenaza de que los quironeses fueran capaces de destruir la nave era obviamente el problema más serio, pero la probabilidad de que eso alcanzara un punto crítico en las próximas horas era poca; por otro lado, Celia ya estaba

comprometida con lo que fuera que Verónica y ella hubieran ideado, y eso no se podía cambiar ni retrasar. Así que Celia tendría que ir primero, Jay podría volver a casa y decirle a su padre que Colman tardaría un rato; al mismo tiempo, Jay podría decirle a los Fallows que se prepararan para tener más compañía, ya que Colman tendría que llevar a Celia con él hasta su casa. De hecho, probablemente funcionaría bastante bien, ya que podía sacarla de Phoenix en la misma operación que al otro fugitivo que había mencionado Jay. Los vehículos que volaban fuera de Phoenix estaban programados para operar sólo dentro de un estrecho pasillo aéreo a menos que fueran autorizados específicamente para ir a otro destino, así que tendría que sacarlos cruzando la frontera por tierra. Podía apañar algo con Sirocco en las oficinas, sin duda, pero era un problema relativamente menor ya que Colman era experto en salir y entrar de Phoenix. En cuanto al escape de Verónica de la base, eso tendría que dejárselo a Hanlon.

—Probablemente pueda conseguir llevarte a la casa, Verónica. No sé cómo están las cosas en la base ahora mismo, pero tenemos una unidad que tiene que estar allí dentro de un minuto. Eso significa que tendrás que confiar en otros. ¿Vale?

—Si tú lo dices. ¿Tengo elección?

—No. —Colman giró la cabeza y le hizo una seña a Hanlon para que se acercara—. Bret, ésta es Verónica. No importa por qué, pero va a necesitar ayuda para salir de la base de lanzaderas esta noche. ¿Tú que crees?

—Ya idearemos algo. ¿Dónde y cuándo? —dijo Hanlon. Colman miró a Verónica.

—Hay una lanzadera que sale de la rampa cinco a las 21.30 —dijo ella—. Saldré de ella veinte minutos antes de la partida. Todo lo que necesito es llegar a territorio quironés. Desde allí podré arreglármelas yo sola.

—¿Adónde? —le preguntó Colman.

—A la casa de Casey, supongo —replicó Verónica.

—¿Y Casey lo sabe? —preguntó Colman. Verónica negó

con la cabeza. Colman pensó unos instantes—. No me gusta cómo huele lo que está pasando ahí fuera —dijo—. ¿Conoces el puente que hay por fuera de la base al sur... donde el túnel del maglev cruza por encima de un pequeño barranco cerca de la subestación de distribución?

—Creo que sí. Puedo encontrarlo, de todas formas.

—Llega al puente y espera allí —le dijo Colman—. Enviaré a alguien a Franklin con un mensaje para Kath y haré que haga que Casey u otro te espere allí. Puede haber patrullas del DS rondando, o cualquier otra cosa. Mejor no arriesgarse.

Verónica asintió.

—Tengo que volver adentro a arreglar unas cuantas cosas —continuó Colman llevándolos de vuelta hacia la caseta del guarda, donde Armley le miraba con curiosidad junto a Jay—. Mike —le dijo Colman cuando se detuvieron en la puerta—, llévate a estos dos adentro y dales un café o algo, por favor. Jay, espera dentro con Verónica. Tengo que volver con Bret, pero lo haré en unos minutos. No os preocupéis, todo saldrá bien.

Diez minutos después, en la intimidad de la pequeña armería ubicada al fondo de las oficinas, Colman ya le había contado a Sirocco lo que Jay le había dicho y lo que necesitaba saber sobre Celia y Verónica. Sirocco había informado a Colman y Hanlon que Stormbel se había hecho con el mando del ejército y que respaldaba a Sterm, y que Sterm parecía mantener unido lo que quedaba del ejército apelando a los miedos entre los oficiales más veteranos a que el asesinato de Kalens representara una nueva amenaza general por parte de los quironeses.

—Pero si lo que has dicho es cierto, Steve, la verdadera amenaza es contra la nave —dijo Sirocco, tironeándose del bigote—. ¿Qué son esas armas, y qué haría falta para que los quironeses las usaran? Necesito tener más información.

Colman sólo pudo negar con la cabeza.

—No lo sé. Ni Jay tampoco. Eso es lo que Fallows y ese otro tipo quieren averiguar.

—Debemos mantener la unidad intacta en caso de que haya un enfrentamiento —murmuró Sirocco—. Y supongo que tendremos que seguirle el juego a Stormbel por el momento si queremos libertad de movimientos. —Se dio la vuelta y se acercó a la pared más alejada para pensar unos momentos más, luego giró sobre sus talones y asintió—: Muy bien. Bret, tienes que dirigirte a la base ahora mismo. Simplemente espera a que esa Verónica salga de la lanzadera, y usa tu propia iniciativa para sacarla de allí. —Hanlon asintió y desapareció hacia las oficinas—. Steve —dijo Sirocco—. Elige a quién quieres enviar a Franklin y dejaremos esa parte del asunto en manos de Kath. Tú desapareces cuando lo hayas hecho, y haces lo que puedas para sacar a Celia y llevarla a casa de los Fallows. Cuando hayas recogido a las otras dos personas de aquí, llévalas al puesto entre el punto de control norte y la trasera del solar en construcción que está al lado de la terminal de mercancías. El pelotón de Maddock estará a cargo del sector a partir de la medianoche hasta las 04.00. Saben cómo distraer al DS, y me aseguraré de que te estén esperando. —Colman asintió y se volvió en la dirección por la que había salido Hanlon—. Eh, Steve —le llamó Sirocco cuando se le ocurrió algo. Colman se detuvo ante la puerta y miró atrás—. ¿Dices que conoces bastante bien a Fallows?

—Desde hace tiempo —dijo Colman.

—No los dejes en el puesto —dijo Sirocco—. Ve con ellos a casa de Kath, averigua todo lo que puedas acerca de esta mierda de situación que tenemos, y vuelve tan pronto como puedas. De esa forma, puede que consigamos saber qué tenemos que hacer.

Capítulo treinta y uno

La situación se resolvió lo suficientemente rápido para dejar a Stormbel con un control firme sobre el ejército, y a la base de lanzaderas de Cañaveral completamente en manos terrestres. Las comunicaciones fueron restauradas al final de la tarde, y algunos de los asuntos menos urgentes que habían sido dejados de lado mientras el ejército estaba en alerta empezaron a recibir atención. Entre ellos estaba la limpieza de la residencia de Kalens y la retirada de algunos de los objetos más valiosos para su traslado a lugar más seguro. Hacia el anochecer, la carretera de entrada y el área de aparcamiento habían acumulado un surtido de vehículos de tierra y aéreos involucrados en los detalles de ese trabajo. Nadie prestó mucha atención al transporte de personal militar que no debería haber estado allí cuando aterrizó tranquilamente sobre la hierba entre los árboles de la parte trasera del área de aparcamiento.

En su interior, Stanislau apagó los sistemas de control de vuelo y pasó luego al compartimento de pasajeros sin encender las luces de la cabina para reunirse con Colman, Maddock, Fuller y Carson, que estaban sentados con una gran caja de embalaje para cuadros sostenida entre todos ellos y una pila de cartones, herramientas y material de embalaje a sus pies. Verónica estaba con ellos, llevando atuendo militar bajo un chaleco de combate; su cabello rojo, que una vez fuera largo y ondulado, había sido cortado a la longitud que ocultaba la gorra, y en la nuca se lo habían rapado al estilo reglamentario. Maddock se abrió camino entre los trastos para abrir la puerta, y luego salió con Carson y Fuller; Stanislau se quedó dentro para ayudar a descargar. Colman miró a Verónica a la cara, sombría a la luz difusa que venía del exterior.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella asintió, y tras unos instantes, dijo:

—A Casey le dará un ataque.

Su intento de humor era buena señal. Colman sonrió y se izó de su asiento con las manos.

—Entonces, vamos.

Cuando todos estuvieron fuera, Carson y Maddock tomaron la caja para cuadros, Stanislau una caja de herramientas, Fuller varias cuerdas y cierres, y Colman algunos papeles y tablillas de inventario. Verónica llevaba un gran rollo de espuma de embalaje al hombro, manteniéndola contra un lado de la cara. Dentro del rollo estaban el uniforme y los zapatos de personal de vuelo de lanzadera que el tripulante que la había introducido a bordo a través de una entrada de tripulación le había dado sin hacer preguntas. Se mezclaron con el jaleo que había alrededor de la casa y por todo el primer piso, y al final se volvieron a reunir en el piso de arriba, por fuera de la puerta que llevaba a las habitaciones que habían compuesto la suite privada de Kalens. Colman desdobló algunos de los papeles y bocetos que sostenía en la mano y se detuvo para mirar alrededor. Tras unos segundos, hizo un gesto para atraer la atención del guarda del DS que estaba de pie con desinterés en lo alto de las escaleras principales, y señaló con la cabeza en dirección a la puerta.

—¿Por ahí se va al dormitorio y las habitaciones privadas? —preguntó.

—Sí, pero ahí no hay nada que tocar hasta que no vuelva la señora Kalens a recoger unas cosas —respondió el guarda—. Debería llegar más o menos ahora.

—Muy bien —dijo Colman—. Sólo tenemos que tomar unas cuantas medidas. —Sin esperar una respuesta, se acercó a la puerta, la abrió, introdujo la cabeza por el umbral y llamó a Stanislau—: Aquí es. ¿Dónde está Johnson? —Y se metió. Stanislau dejó la caja de herramientas en el suelo y lo siguió, luego Colman volvió a salir y se agachó para rebuscar algo en el interior de la caja. Verónica apareció y entró con el

rollo de embalaje, Stanislaw salió, Colman volvió a entrar con una cinta métrica, y a unos pocos metros por el pasillo, Carson y Maddock consiguieron atravesar la caja para cuadros en una esquina y quedarse atascados. Mientras el DS los observaba a medias, Fuller subió por las escaleras para preguntar dónde estaba Johnson, Stanislaw señaló a la puerta, y Fuller entró mientras Colman salía. Carson dejó caer su lado de la caja, Stanislaw salió con un compad en la mano, Maddock empezó a gritarle a Carson y Fuller salió por la puerta.

En el cuarto de baño situado al otro lado del dormitorio que había tras el salón, Verónica ya se estaba quitando el uniforme militar y las botas, que ocultó bajo las toallas en el armario. Para cuando la puerta exterior de la suite finalmente se cerró para ahogar los ruidos de la casa y envolver a las habitaciones en silencio, ella se estaba poniendo el uniforme de personal de vuelo excepto los zapatos. Tras eso, usó las cosas de Celia para maquillarse.

En el piso de abajo, Maddock deambuló por la casa y se posicionó en la parte delantera para vigilar la llegada del vehículo volador que traería a Celia desde la base de lanzaderas; los demás se dirigieron por separado a la parte de atrás y se reunieron con Colman en el interior del transporte de personal minutos después. Se acomodaron para esperar, y Fuller y Carson se encendieron sendos cigarrillos.

—¿Sigue pensando que saldrá todo bien, sargento? —preguntó Stanislaw—. Puedo darle un corte de pelo rápido. —Se había traído sus cosas, por si acaso.

Colman negó con la cabeza.

—No hay necesidad. Celia tiene el pelo mucho más corto. Habrá menos gente después. Saldrá bien... siempre y cuando haya un guardia diferente para entonces, y que consigamos que se meta en el pasillo durante unos momentos. Y de todas formas, esperarán a que haya gente que entre.

—Si usted lo dice —dijo Stanislaw.

—¿Cuánto falta para que aparezca el vehículo? — preguntó Carson.

Colman miró su reloj.

—Cerca de media hora si va según lo previsto.

Para cuando el volador se posó frente a la casa, el anterior nerviosismo de Celia había dado paso a una estoica resignación ante el hecho que se avecinaba. Había apostado a que Stern aceptaría su deseo de volver a la casa como un comportamiento femenino normal, y ya que creería que estaba indefensa y sin nadie a quien recurrir de todas formas, la idea de que pudiera escapar no le pasaría por la cabeza en serio. Y así había sido; sus tres guardias del DS y una matrona tenían órdenes de mantenerla vigilada y evitar que hablara con nadie, pero no se la consideraba una prisionera. Su única preocupación en ese momento era que Verónica no hubiera podido contactar con Colman o que por alguna razón éste no hubiera podido hacer nada.

Se sentó sin hablar, como había hecho durante todo el vuelo, y se llevó un pañuelo a la cara mientras esperaba que la escolta desembarcara; una reacción no demasiado inusual en una viuda reciente que volvía a su hogar. Cuando salió, la escolta formó a su alrededor y empezaron a moverse con ella hacia la entrada; el guardia que iba detrás llevaba una maleta en cada mano. Además de un abrigo largo, Celia llevaba gafas oscuras y un pañuelo en la cabeza, y bajo el pañuelo, una peluca del mismo color que su pelo.

El grupo subió por la escalera principal y, al llegar a lo alto, los dos guardias que iban delante tomaron posiciones fuera de la puerta mientras el que llevaba las maletas acompañaba a Celia y a la matrona al interior. El guardia llegó hasta el dormitorio y dejó las maletas abiertas sobre la cama, y luego se retiró para tomar posición en el salón. Mientras Celia empezaba a seleccionar y empaquetar objetos de los cajones y armarios, la matrona fue hasta la puerta del fondo para examinar el cuarto de baño, examinó la estancia rápidamente en busca de ventanas u otras salidas, y luego

volvió para asumir su posición con rostro inexpresivo y rígida como un poste en la puerta del salón, moviéndose sólo cuando Celia atravesó esa puerta para recoger algunos papeles y otros objetos del despacho que había más allá. Celia volvió al dormitorio y puso los documentos y los artículos en un bolso que llevaba ella misma, y tras ello terminó de llenar las maletas. Entonces, con el corazón martilleándole, cogió el bolso y fue al cuarto de baño, desapareciendo de la vista, pero dejando la puerta abierta tras ella.

Celia tuvo que controlarse para no gritar cuando Verónica salió silenciosamente de la ducha, y empezó a abrir armarios y a sacar botellas mientras Celia se quitaba los zapatos, el abrigo largo, y se soltaba la peluca. No había tiempo para sonrisas o gestos tranquilizadores. Verónica se puso los zapatos de Celia y metió los de personal de vuelo en el bolso de Celia; la peluca encajó fácilmente sobre su nuevo corte de pelo, y se anudó el pañuelo sobre la peluca mientras Celia se ocupaba del trabajo de poner botellas, frascos, cepillos y tubos en el bolso para mantener el ruido de fondo. Verónica señaló el armario en el que había escondido el uniforme y asintió una vez, dedicándole un guiño confiado a Celia mientras se ponía sus gafas. Entonces terminó de llenar el bolso mientras Celia desaparecía en la ducha.

La matrona no miró a Verónica dos veces cuando salió del baño con el bolso de Celia en una mano y sosteniendo el pañuelo de Celia contra la cara con la otra. La afligida viuda se detuvo a mirar la habitación, asintió a la matrona, y se dirigió a la puerta. Atravesaron el salón y esperaron mientras el guardia recogía el equipaje, y luego los tres se reunieron con los dos guardias que esperaban fuera. El grupo se recompuso en formación y empezaron a descender por las escaleras.

Celia esperó unos pocos minutos por si alguien volvía a buscar algo, luego salió de la ducha, encontró las ropas que Verónica le había dejado, y pasó unos cuantos minutos

poniéndoselas y atándose las botas. Ya tenía el pelo recogido en un moño para poder llevar la peluca, pero se estudió durante un rato con la gorra puesta frente al espejo e hizo algunos ajustes antes de considerar que ya estaba pasable. Acababa de empezar a caminar hacia el dormitorio cuando oyó que la puerta exterior del salón se abría, e inmediatamente la suite se llenó del sonido de cuerpos en movimiento y voces que se llamaban. Unos segundos después apareció Colman en el umbral de la puerta que daba al salón. Celia empezó a dirigirse hacia él instintivamente, pero él la contuvo tirándole a la cara el rollo de embalaje acolchado que antes llevara Verónica.

—Ahora estás en el ejército —dijo con un gruñido cuando ella cogió el rollo—. Así que mueve el culo.

Era lo que había que hacer. Recuperó la compostura rápidamente, se puso el rollo al hombro en ángulo con su nuca, y lo siguió al interior del salón. Colman se adelantó para quedarse mirando desde el umbral mientras aparecían y desaparecían soldados en una desconcertante confusión y entonces le hizo repentinamente una seña. De una forma que casi parecía onírica, Celia se encontró siendo guiada escaleras abajo entre dos soldados que mantenían un animado intercambio sobre algo que no era del tamaño suficiente y que alguien la había jodido en alguna parte, y entonces se encontró en el exterior y cruzando el área de vehículos hacia un transporte de personal militar que estaba algo apartado de los demás vehículos. Repentinamente, sin que recordara cómo, se encontró sentada en el compartimento de pasajeros. Se materializaron figuras raudas y silenciosas que saltaron al interior tras ella. La última cerró la puerta, los motores arrancaron, y sintió cómo se elevaba. Sólo entonces empezó a temblar.

—Luego, no digas que no te dan nada a cambio de tus impuestos. —Colman estaba sentado a su lado, sonriendo levemente en el breve resplandor producido por alguien que se encendía un cigarrillo. Pero había pasado tanto tiempo sin

hablar ese día que fue incapaz de responder inmediatamente. La mano de Colman encontró su brazo en la oscuridad y se lo apretó breve pero confortadoramente—. Todo irá bien — murmuró Colman—. Te hemos buscado un sitio seguro y esta noche saldrás de Phoenix. Iré contigo a Franklin.

—¿Y Verónica? —susurró ella.

—Una de nuestras unidades en la base la está esperando. La sacarán de allí, y los quironeses tendrán a alguien esperando para recogerla.

Celia se reclinó hacia atrás en su asiento y cerró los ojos con un asentimiento de cabeza y un suspiro de alivio. En la oscuridad, una de las figuras quería saber cómo era posible que alguien llamado Stanislau supiera pilotar una de estas cosas. Otra voz respondió que su padre solía robárselas al gobierno.

Colman miró fijamente a Celia durante unos segundos más. Seguía sin saber por qué Celia estaba tan ansiosa por escapar de Sterm o por qué debería estar en peligro. La vida no debía ser demasiado divertida con alguien como Howard, según lo veía él, así que pensó que el que ella gravitara hacia una figura fuerte y protectora como la de Sterm tampoco era tan extraño. Y tampoco parecía tan antinatural que hubiese permanecido cerca de Sterm después de que Howard fuera asesinado. En tales circunstancias, lo normal hubiera sido también proporcionarle una escolta en el planeta, para su propia seguridad; pero hacer que estuviera vigilada todo el tiempo y que no tuviera contacto con nadie no tenía sentido. Verónica dijo que Celia no le había dado más información y que ella tampoco la había presionado para sonsacársela, lo que Colman se creía porque era el tipo de relación que tenían entre ellas... muy parecida a la de él y Sirocco. Pero ahora que el pánico inmediato se había acabado por el momento y que todo el mundo tenía un respiro, tenía curiosidad.

Pero por el momento, Celia parecía a punto de derrumbarse por agotamiento nervioso. Suspiró para sí, decidió que las respuestas podían esperar un poco más, y se

acomodó en su asiento.

En la cabina trasera de pasajeros de la lanzadera que estaba preparándose para despegar de la rampa 5 en la base Cañaveral, Verónica estaba sentada con un gran martini en la mano y estudiando tranquilamente los patrones de actividad alrededor de ella y sus escoltas. Estaba en su punto álgido, con pasajeros que subían a bordo a ritmo constante y con la tripulación moviéndose de un extremo a otro del aparato continuamente. Pero no había dado tiempo a que se fijaran en la mayoría de las caras. La matrona evidentemente había considerado que sus deberes no incluían ayudar a empaquetar o llevar nada, sino que había mantenido su distancia como observadora pasiva; no había razón alguna para que cambiara de papel ahora.

Verónica emitió un jadeo semiaudible cuando la copa se le deslizó de los dedos y se derramó por su abrigo. Agarró el bolso y se irguió en su asiento en un único movimiento; sus escoltas simplemente alzaron la cabeza un segundo o dos mientras se apresuraba hacia el fondo del aparato, manteniendo el faldón del abrigo apartado de su cuerpo e intentando eliminar el líquido con la mano. La matrona no se levantó de su asiento situado al otro lado del pasillo; no había nada a popa excepto unos pocos asientos, el cuarto de baño y las taquillas que usaba la tripulación. La azafata de pelo corto y pelirrojo que salió con una manta bajo el brazo y que desapareció en la cabina delantera menos de diez segundos después encajaba de forma tan natural con el entorno que ninguno de los escoltas se fijó en ella en realidad.

Capítulo treinta y dos

Ya más cómoda con la falda y el suéter que le había dado Jean, Celia estaba sentada a la mesa de comedor del salón de los Fallows, agarrando una taza de café negro y fuerte con ambas manos. Parecía pálida y demacrada, y había hablado poco desde que había llegado con Colman hacía cuarenta minutos por la entrada trasera del sótano. El maglev a Franklin no funcionaba y la terminal de Cordova Village estaba cerrada, pero el túnel que había bajo el complejo proporcionaba un medio de desplazamiento invisible; Colman no quería llamar la atención de manera indeseada haciendo aterrizar un aparato del ejército en el patio.

—¿Ya te sientes mejor? —preguntó Jean mientras le volvía a llenar la taza a Celia. Celia asintió—. ¿Estás segura de que no quieres tumbarte y descansar media hora antes de irte? Te vendría muy bien. —Celia negó con la cabeza. Jean asintió resignadamente y colocó la cafetera en el calentador antes de sentarse de nuevo entre Celia y Marie.

Al otro lado de la habitación, en el área de desnivel bajo la pantalla mural, Bernard, Lechat, Colman y Jay reanudaron su conversación.

—No sabemos exactamente lo que tienen, pero es devastador —le dijo Jay a Colman—. Nos suponemos que ya lo han probado. Hay un cráter de más en una de las lunas, de un par de cientos de kilómetros de largo, que no estaba hace un año. Imagina lo que pasaría si lo que lo hizo se usa contra la nave.

—¿Crees que es una posibilidad real? —preguntó Colman, con aspecto preocupado y dubitativo al mismo tiempo.

—Es la forma en que los quironeses han estado trabajando todo el tiempo —dijo Lechat—. Han hecho todo lo que estaba en sus manos para atraer a tanta gente como pudieran lejos de la oposición y ganárselos para su bando.

¿No lo han conseguido con nosotros? Cuando sólo quede el último puñado que jamás será capaz de pensar a la manera quironesa, se librarán de ellos, como hicieron con Padawski. Así es como siempre ha funcionado su sociedad. Cuando el asunto se reduce a los últimos pocos que no entran en razón a pesar de lo que haga todo el mundo, no se andan con chiquitas. Y harán lo mismo con la nave si Sterm hace un solo gesto amenazador con esas armas que tiene allá arriba. Estoy convencido de ello. Los quironeses tomaron sus precauciones hace mucho. Eso sería típico de su forma de pensar.

Colman frunció el ceño y sacudió la cabeza con un suspiro mientras pensaba en ello.

—Pero seguramente no atacarán la nave sin aviso previo... no con toda esa gente que todavía está allá arriba — insistió—. ¿No dirán algo primero... dejar saber a Sterm a qué se enfrenta?

—No lo sé —dijo Bernard con incertidumbre—. Hay mucha más gente en el planeta, y lo que se juegan es toda su forma de vida. Puede que no avisen. ¿Quién sabe exactamente cómo piensan los quironeses cuando todas las cartas están sobre la mesa? Quizá esperan que la gente sea capaz de imaginarse el resto por sí misma.

En la mesa a la que estaban sentadas Celia y Jean, Marie, que había estado escuchando sin entender gran cosa, miró a su madre con curiosidad por lo que pasaba. Jean sonrió y le apretó la mano tranquilizadamente.

—¿Y qué es lo que tienen? —volvió a preguntar Colman—. Los misiles no les serían de ninguna utilidad, y lo saben. El *Mayflower II* puede detener misiles antes de que llegaran a quince mil kilómetros de la nave. Y las armas de haces disparando desde la superficie no serían efectivas al tener que atravesar la atmósfera. —Extendió las manos en actitud suplicante—. Todo lo que tienen en órbita son sistemas de comunicación bastante corrientes y satélites de observación. Las lunas están fuera del alcance para proyectores de haces.

Así ¿qué más queda ahí fuera?

—Por lo que nos contó Jerry Pernak, estará relacionado con antimateria —dijo Jay—. Los quironeses han descubierto todo un nuevo mundo de teoría de partículas. Eso significa que pueden producir antimateria de forma económica. Con ella, pueden crear bombas de reacción materia-antimateria, fuentes de radiación superintensas, haces de antimateria dirigidos, quizá... ¿quién sabe? Pero tiene que ser algo así.

La mención de la antimateria le recordó algo a Colman. Se apoyó contra el respaldo del sofá y llevó su mente al pasado mientras intentaba ubicar lo que era. Le recordaba a algo que había dicho Kath. Los demás dejaron de hablar y se lo quedaron mirando con curiosidad. Y entonces se hizo la luz. Inclínó la cabeza a un lado y miró a Bernard.

—¿Sabías que los quironeses estaban modificando la *Kuan-yin* para convertirla en una nave de propulsión de antimateria? —le preguntó.

Bernard se inclinó hacia delante con expresión repentinamente seria.

—No, no lo sabía —dijo—. ¿Eso es lo que le han estado haciendo? ¿Cómo...? —Las palabras se perdieron en el silencio.

Jay y Colman se miraron mientras ambos llegaban a la misma conclusión obvia al mismo tiempo.

—Eso es —murmuró Jay.

La expresión de Bernard era grave y distante.

—El estallido de radiación de un impulsor de antimateria le abriría un boquete del tamaño de un continente a un planeta que estuviera cerca si la nave estuviera orientada de la forma equivocada cuando encendiera el impulsor —murmuró casi para sí—. Ha estado ahí, en órbita, justo delante de nuestros ojos durante todo este tiempo. Tienen el proyector de radiación más grande que ha soñado nadie jamás y jamás nadie sospechó... ahí mismo, en el espacio junto al *Mayflower II*. Pusieron niños pequeños y robots bocazas, y jamás nos dimos cuenta.

A eso siguió un largo silencio mientras todos reflexionaban sobre las implicaciones. Significaba que desde que había llegado a Quirón, el *Mayflower II* había estado a la sombra de un arma que podía volatilizarlo en átomos en un instante. Y el camuflaje había sido perfecto; los mismos terrestres la habían puesto allí. Era la obra de armamento más letal jamás concebida por los humanos. No era de extrañar que los quironeses hubieran sido capaces de cubrir todas las apuestas que había sobre la mesa y seguir jugando pese a todos los faroles. Podían dejar que las apuestas subieran tanto como quisieran subirlas los demás y esperar a que se les pidiera mostrar las cartas; durante todo el tiempo habían tenido una mano insuperable. ¿O era la Smith and Wesson imaginaria que Chang había mencionado en la fiesta en casa de Shirley, quizá no tan en broma como creían todos los terrestres?

—Puede que no seamos los únicos que se hayan dado cuenta de que hay un agujero enorme en Remo —dijo Jay finalmente—. Quiero decir, nos trajimos unos cuantos científicos, y pueden acceder a los archivos quironeses tan fácilmente como cualquier otro. Los quironeses no son exactamente reservados en lo que se refiere a su física.

—Pudiera ser —admitió Bernard—. Pero ¿de verdad se han percatado de ello? No lo parece por la forma en que se comporta Sterm.

Jay hizo un gesto de ignorancia.

—Quizá se imagina que tiene una buena oportunidad de disparar primero. O quizá simplemente está loco.

Lechat había digerido las implicaciones para entonces y parecía preocupado.

—Quizá los quironeses hayan hecho una advertencia pero nadie se ha dado cuenta. Quizá ya hayan dicho que harán uso de su último recurso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Colman.

Lechat miró nerviosamente en la dirección de Celia durante un momento y luego apartó la mirada.

—Howard Kalens —dijo en un tono más bajo—. ¿No podría haber sido ésa la advertencia final? Mirad el efecto que está teniendo en el ejército, excepto que nadie parece ser capaz de leer bien el mensaje. —Miró a Jay—. No me imagino que lo hayan entendido todo. No puede ser.

Bernard se reclinó y aspiró profundamente. Estaba a punto de decir algo cuando Jeeves le interrumpió para anunciar una llamada que entraba por la red quironesa. Era Kath, que llamaba desde su residencia en Franklin.

—Casey me ha contado algo —dijo cuando Bernard aceptó la llamada—. Ha recogido su paquete junto con Adam, y van de camino a casa. Supuse que os gustaría saberlo.

Las sonrisas y las expresiones de alegría atenuaron la sombría atmósfera que se había adueñado de la estancia. Desde su sitio en la mesa, Jean emitió un audible suspiro de alivio, Bernard sonrió a la pantalla.

—Gracias —dijo Bernard—. Nos alegramos de saberlo. Hablaremos contigo pronto. —Kath le dedicó una breve sonrisa y desapareció de la pantalla.

—¡Verónica lo consiguió! —exclamó Jean con deleite—. Steve, no sé cómo lo consigues.

—Vale la pena tener amigos en todos lados —gruñó Colman.

—Felicidades, Steve —dijo un Bernard todavía sonriente—. Me pregunto qué estarán haciendo esos guardias en estos momentos.

—Estoy muy complacido —murmuró Lechat. Jay sonrió, y Marie también, ante lo que evidentemente eran buenas noticias.

Sólo Celia parecía extrañamente inmovible, continuaba sentada contemplando la taza que sujetaba con ambas manos. Su reacción inesperada hizo que los demás se callaran y se la quedaran mirando con incertidumbre. Entonces habló Jean con voz vacilante:

—No pareces muy contenta, Celia. ¿Algo va mal?

Celia no pareció oírla. Su mente estaba todavía en la

conversación que tenía lugar antes de la llamada de Kath. Tras un breve silencio, dijo sin mover la cabeza:

—No fue una advertencia de los quironeses.

Los demás intercambiaron miradas de sorpresa. Jean sacudió la cabeza y volvió a mirar a Celia.

—Lo siento, no te sigo. ¿Qué...?

—Los quironeses no mataron a Howard —dijo Celia—. Lo hice yo.

Un silencio descendió sobre la habitación como puertas de acero que se cerraban de golpe. Esas simples palabras habían extinguido todo pensamiento sobre armas, la *Kuan-yin*, o la antimateria instantáneamente. Cada cabeza se volvió incrédulamente hacia Celia mientras continuaba mirando al infinito. Lechat se levantó de su silla para acercarse a la mesa; los demás hicieron lo mismo uno a uno. Celia empezó a hablar justo cuando Lechat empezaba a decir algo, en un tono monocorde y lejano, y sin mover los ojos como si le hablara a la taza que tenía delante.

—No pasaría mi vida con un hombre que hubiera cerrado su mente a la realidad. No sabéis cómo era. Había construido su propia fantasía, y se suponía que yo tenía que compartirla y ayudarle a mantenerla. Era imposible. —Hizo una pausa para dar un sorbo al café—. Así que ocurrió... esa cosa con Sterm... Howard lo descubrió... —Celia cerró los ojos como si intentara expulsar un recuerdo que le volvía a la mente con viveza—. Perdió completamente el control... hubo una pelea, y... —dejó el resto sin decir. Tras unos segundos abrió los ojos y siguió contemplando la nada—. Quizá quería que lo descubriera, provocarle. Quizá después de todo ese tiempo no podía simplemente irme y dejarlo así como así. ¿Qué otro camino había? —Sus ojos rebosaron de lágrimas repentinamente, y se llevó el pañuelo a la cara.

Jean se mordió el labio, titubeó un instante, y luego puso su mano tranquilizadamente sobre el hombro de Celia.

—No debes pensar eso —le urgió—. Estás intentando cargar con toda la culpa y...

Celia alzó la cabeza bruscamente para mirar a Lechat.

—Pero sólo le disparé dos veces, no seis como afirmaron más tarde los soldados. Y nadie había entrado en la casa cuando me marché. ¿No veis lo que quiere decir eso?

Lechat se la quedó mirando, pero su mente no había desenmarañado todavía las implicaciones. A su lado, Colman cerró con fuerza la mandíbula.

—Alguien hizo que pareciera obra de los quironeses —resolló Colman.

—¿Sterm? —dijo Bernard, boquiabierto, y luego miró a Celia—. ¿Se lo contaste?

Celia asintió.

—Esa noche, tan pronto como llegué a la nave. Creo que debía de estar histérica, o algo por el estilo. Pero... sí, se lo conté.

Lechat asentía lentamente para sí.

—Y a las pocas horas, ya había enviado a alguien para que pareciera una operación exterior, y a la mañana siguiente ya tenía planeado el golpe, con los quironeses como pretexto. Todo encaja. Pero ¿quién lo haría?

—El DS —dijo Colman al instante—. Era un trabajo profesional.

—¿Aceptarían hacer un trabajo así? —preguntó Jean, sin acabar de creérselo.

Colman asintió.

—Sí. Han sido seleccionados y entrenados para obedecer órdenes y no hacer preguntas. Algunos de ellos les dispararían a sus propias madres si un superior se lo pidiera. Y Stormbel es parte del golpe. Encaja —pensó durante un segundo más y luego miró a Lechat y Bernard—. También había muchas cosas sospechosas en el asunto de la fuga de Padawski. No pudo ocurrir de la forma en que sucedió sin ayuda desde dentro. Muchos de nosotros hemos pensado que se trataba de un montaje para provocar a los quironeses a que respondieran.

Lechat alzó las cejas y luego las arrugó en un ceño aún

más pronunciado.

—Y esos atentados que vinieron luego... —Miró a Celia—. ¿También estaba Sterm detrás de eso?

—No lo sé, pero no me sorprendería —respondió Celia—. Conozco la verdadera historia de lo de Howard porque yo... porque yo...

—¿Alguien más sabe lo de Howard? —preguntó Colman—. ¿Verónica, por ejemplo?

Celia negó con la cabeza.

—Nadie lo sabía hasta ahora.

Colman dejó escapar el aliento en un largo suspiro. Ahora veía por qué Celia tenía miedo, y por qué Sterm la había mantenido constantemente vigilada. Sin duda Sterm había cuidado de los aspectos más acuciantes de la oportunidad que se le había presentado.

—No había nada que Verónica pudiera hacer —prosiguió Celia—. No buscaba a nadie en quien descargar mi relato de culpabilidad suprema. Lo que tenía que decir era mucho más importante. La mente del hombre que está al mando ahí arriba es tan peligrosa como puedas desear... anormalmente inteligente, en plena posesión de sus facultades, y totalmente demente, y no se detendrá ante nada. Mantiene lo que queda del ejército porque les ha vendido una mentira. No habrá ninguna revelación en la autopsia... el cuerpo ya ha sido incinerado. —Celia miró brevemente a cada uno por turno y se encontró con miradas horrorizadas cuando vieron lo que Colman había visto unos segundos antes.

—Sí, sabía que estaba en peligro, pero eso era secundario —les dijo Celia—. Todavía puedo sacar a la luz la mentira. Estoy dispuesta a repetir públicamente todo lo que he dicho y todo lo que sé... a quienquiera que pueda detenerlo. El sistema que le da a gente como Sterm lo que quiere volvió loco a mi marido y luego lo sacrificó. No habrá más sacrificios. Por eso tenía que escapar.

Capítulo treinta y tres

Colman salió de la casa de los Fallows poco después de media noche con Bernard, Lechat y Celia. Había más gente en las calles de Phoenix de lo que hubiera esperado, y el grupo llegó al puesto que había especificado Sirocco sin necesidad de tomar excesivas precauciones.

A su llegada, Maddock les contó que casi no había hecho falta molestarse en arreglar las cosas con Sirocco. La seguridad de la frontera que rodeaba Phoenix se estaba desintegrando; la mayoría de los DS eran llamados a proteger la base de lanzaderas, los barracones y otros puntos clave, y las tropas regulares que quedaban estaban demasiado esparcidas por el perímetro para interferir en el éxodo civil. Una sección entera de la compañía A se había marchado en masa, mientras sus oficiales no podían hacer otra cosa que observar sin hacer nada, y el reducido resto había sido asignado a la compañía B para reforzarla. También desaparecían más DS. Lo único que mantenía a la compañía D entera era la lealtad personal que sentían por Sirocco tras su convocatoria hacía unas semanas. No había nada en realidad que impidiera a los vehículos quironeses aterrizar en Phoenix, pero parecía que los quironeses preferían dejar que los terrestres se autodestruyeran y respetaban el supuesto espacio aéreo. Maddock señaló los árboles situados más allá del solar en construcción justo al otro lado de la frontera, detrás de los cuales se veían luces y voladores quironeses que descendían y despegaban en constante sucesión.

—No hay necesidad de caminar mucho —les dijo—. Puedo llamar a Kath y pedirle que envíe un taxi. ¿Cuál es su número?

Cuando llegaron al apartamento de Kath en Franklin con Adam y su «esposa» Barbara, que los habían recogido en la frontera, Verónica les esperaba con Kath y Casey. Colman ya

conocía a todo el mundo, y mientras él y Kath presentaban a Bernard y Lechat a los que no conocían, Verónica y Celia se recibieron con abrazos y unas cuantas lágrimas más por parte de Celia.

La atmósfera se volvió más seria cuando Bernard y Lechat informaron a los quironeses que ahora sabían qué era la *Kuan-yin* y qué podía hacer.

—Comprendemos que tuvierais que asumir que la nave de la Tierra estaría fuertemente armada y que quizá adoptara una postura hostil desde el principio —dijo Lechat dando vueltas por la habitación—. Pero eso no ha ocurrido, y todavía hay muchísimas personas ahí arriba que no son una amenaza para nadie. Los pocos que se han hecho con el control no son representativos, y los apoyos que les queden se reducirán dentro de poco. Mi preocupación es que el que esté al mando de esa arma vuestra sea consciente de los hechos. Una tragedia que se podía haber evitado es injustificable.

Desde donde estaba sentado con Bernard, Colman miró a Kath que estaba de pie cerca del centro de la habitación.

—Tienes que estar en contacto con ellos, aunque sea indirectamente —dijo—. Debes conocer a esas personas, aunque no seas una de ellas.

—¿Y qué es lo que quieres que hagan? —preguntó Kath, implícitamente demostrando que al menos una de las suposiciones de Colman era correcta sin dar un solo indicio de cuál. Había reaccionado ante la mención con calma y compostura, casi como si lo hubiera estado esperando, pero había una firmeza en su expresión que Colman no había visto antes. Su lenguaje corporal decía que lo que estaba en juego iba más allá de los sentimientos personales y las consideraciones individuales.

—Puede que sean unos pocos —dijo Adam—, pero controlan las armas de la nave. Les hemos dado todas las oportunidades posibles, y hemos animado a salir de eso a tanta gente como nos fue humanamente posible. Nuestro

mundo entero está en juego. Si empiezan a hacer amenazas o a desplegar esas armas, la nave será destruida. No habrá forma de cambiar esa decisión. Se tomó hace mucho tiempo.

Aunque Casey y Barbara permanecían externamente cordiales y educados, no hacían ningún intento por disimular que pensaban lo mismo. Colman se percató de que por primera vez veía a los quironeses sin los guantes. Toda la calidez, la exuberancia y la tolerancia de antes era genuina, pero por debajo yacían otros valores más queridos que tenían preferencia, sin importar quién rogara. En eso, no habría concesiones.

—Cierto —dijo Bernard—. Pero el riesgo de que Sterm intente algo con esas armas tiene que ser mayor si creyera que puede chantajear a un planeta indefenso. Si supiera a qué se enfrenta, y no tenéis que darle todos los detalles, puede que fuera suficiente para convencerlo de desistir. Eso es todo lo que pedimos. Por el bien de la gente que está ahí arriba, nos debéis el enviar una advertencia, de forma clara y sin ambigüedades.

—Jay fue capaz de conectar los hechos sin demasiadas dificultades —señaló Kath—. No intentamos ocultarlos. ¿Los científicos a bordo de la nave no han hecho lo mismo?

—No lo sé —fue todo lo que pudo responder Bernard—. Si lo han hecho, no lo han hecho público. Pero ¿parece probable? ¿Actuaría Sterm de la forma en que lo hace si lo hubieran hecho? Pero no tenéis nada que perder al darle la advertencia. Hay que intentarlo.

Kath miró a los demás quironeses durante unos segundos y pareció considerar la propuesta, pero Colman tenía la sensación de que ya estaba preparada para eso... posiblemente desde que recibió el mensaje de que Bernard y Lechat querían hablar con ella. Entonces Kath se acercó a una mesilla auxiliar sobre la que había un compad, se detuvo y se giró para quedar frente a Bernard de nuevo.

—No es decisión mía —dijo ella—. Pero la gente implicada está deseando hablar contigo. —Bernard y Lechat

intercambiaron miradas perplejas. Kath pareció dudar un momento, y luego miró a Lechat—. Me temo que nos hemos tomado libertades imperdonables con usted. Verá, esto no nos resulta completamente inesperado. La gente con la que desea hablar ha estado siguiendo esta discusión. Espero que no esté demasiado ofendido.

Introdujo un código en el compad y al instante la gran pantalla ubicada a un lado de la habitación cobró vida para revelar una vista de los hombros y cabezas de seis personas. La pantalla estaba dividida en cuadrantes de estilo teleconferencia, con un par de rostros en dos de los recuadros y uno solo en los otros dos, implicando que las imágenes procedían de diferentes sitios. Kath se percató de la expresión de preocupación en la cara de Bernard.

—No te preocupes —le dijo—. Los canales son bastante seguros.

Una de las imágenes era la de un hombre de barba y pelo oscuro al que Colman reconoció como León, sentado al lado de una mujer de piel achocolatada, identificada por las palabras superpuestas al pie de la imagen simplemente como Thelma. Así que al menos algunos de ellos estaban en la instalación de investigación ártica en Selene del norte. El otro par de figuras eran Otto, de apariencia asiática, y Chester, que era negro; los que aparecían en los dos sectores restantes eran Gracie, otra oriental, y Smithy, un rubio caucásico de grandes bigotes y patillas. A juzgar por su edad, todos eran evidentemente fundadores. Kath los presentó a todos por turno sin mencionar títulos, responsabilidades o lugares donde estuvieran, y los terrestres no preguntaron.

Otto parecía ser el portavoz. Parecían ansiosos por tranquilizar a los terrestres.

—Sólo destruiríamos la nave sin advertencia previa si empezara a lanzar y desplegar su armamento estratégico sin avisar —les dijo a los terrestres—. Es difícil de predecir fiándonos sólo de nuestro propio juicio, pero creemos que Sterm probablemente lanzará un ultimátum antes de recurrir

a la acción directa. Después de todo, no obtendría beneficio alguno destruyendo los mismos recursos de los que espera adueñarse. Nuestra intención era reservar nuestra advertencia como réplica a ese ultimátum. Mientras tanto, su apoyo continuará menguando, y esperemos que al final tenga el efecto de que esté más dispuesto a ser razonable llegado ese momento.

—¿Y si emplaza las armas en órbita *antes* de dar un ultimátum? —preguntó Bernard.

León asintió con ademán grave desde su sección de la pantalla.

—Es un riesgo —concedió—. Como ha dicho Otto, es difícil de predecir con exactitud. Sin embargo, creemos que el curso de acción que hemos decidido minimiza los riesgos para la mayoría de la gente. Nada eliminará por completo los riesgos. —Inhaló profunda y largamente antes de responder directamente a la pregunta de Bernard—. Pero nuestra resolución no se verá alterada.

Según hablaba León, Colman miró con curiosidad a Kath para ver si podía detectar alguna reacción, pero permanecía impassible.

Celia habló por primera vez desde que se había sentado con Verónica y Casey. Hasta ese momento no había sido completamente consciente de la razón de la visita de Bernard y Lechat.

—De cualquier modo, una advertencia no servirá para nada —dijo—. Si le lanzáis una advertencia ahora o más tarde es una pregunta retórica. Os desafiará. No lo conocéis. El núcleo más reaccionario del ejército se está agrupando a su alrededor, y eso ha reforzado su confianza. Cree que es invencible.

Bernard les explicó las cosas a los rostros de la pantalla.

—Están nerviosos por lo... —miró nerviosamente a Celia —... por lo que le ocurrió a Howard Kalens. Stern está jugando con eso.

—Fue algo desafortunado, pero estaba fuera de nuestro

control —dijo León—. Espero que no crea que somos responsables de eso. —Bernard negó con la cabeza.

Tras un largo silencio, Otto volvió a hablar:

—Entonces me temo que no podemos ofrecerles nada más.

No parecía que hubiera más que decir. Los terrestres se miraron resignadamente entre sí mientras los quironeses en la pantalla continuaban mirándolos con expresiones solemnes pero determinadas en sus rostros. Podían advertir a Sterm ahora y arriesgarse a tener que usar su arma mientras la nave todavía tenía una población considerable a bordo si Sterm ignoraba la advertencia, o podían esperar hasta que los desafiara, lo que implicaba el riesgo de tener que atacar en represalia sin aviso si Sterm optaba por desplegar las armas primero y luego lanzar su ultimátum. Esas eran las reglas básicas del juego, pero dentro de esas limitaciones, los quironeses estaban evidentemente abiertos a sugerencias.

Lechat, que había estado pensando intensamente mientras escuchaba, se movió hasta un punto desde el que podía dirigirse tanto a la pantalla como a los presentes en la habitación.

—Quizá haya algo más que podamos hacer —dijo. Todo el mundo lo miró con curiosidad. Alzó las manos brevemente—. Lo único que le ha dado poder extra a Sterm sobre la vida de todos es la muerte de Howard Kalens, ¿no es así? Mucha gente en posiciones de poder, especialmente entre los militares de alto rango, creen que fue obra de quironeses y que ellos podrían ser los siguientes. Así que se han agrupado alrededor de Sterm buscando protección mutua. Pero ha sucedido algo inesperado que nos da la oportunidad de dismantelar ese apoyo.

—¿Qué cosa inesperada? —preguntó Thelma, sentada al lado de León.

Lechat titubeó y miró con incertidumbre en dirección a Celia. Ella le devolvió un cabeceo casi imperceptible. Lechat

volvió a mirar a la pantalla.

—Digamos simplemente que podemos demostrar no sólo que los quironeses son inocentes por completo, sino que Sterm hizo falsificar las pruebas para que pareciera lo contrario —contestó.

—E implícitamente, que está relacionado con los atentados y la fuga de Padawski —añadió Bernard.

Los quironeses parecieron intrigados.

—Sospechábamos que debía de ser algo así desde el principio —dijo Casey, inclinándose hacia delante en el sofá al lado de Verónica—. Pero ¿cómo podéis demostrarlo?

Un silencio incómodo se abatió sobre la habitación. Entonces habló Celia:

—Porque fui yo quien lo mató. El resto fue falsificado después de que yo saliera de la casa. Sólo Sterm sabía lo de su muerte.

Murmullos de sorpresa emanaron de la pantalla. En la sala de estar, los quironeses miraban asombrados a Celia. Celia captó la mirada de conmocionada incredulidad de Verónica y se la sostuvo con firmeza. Verónica, con la boca cerrada y los labios tensos, asintió de una manera que decía que la admisión no cambiaba nada y adelantó una mano para apretar la de Celia.

Lechat no quería ver pasar a Celia por una agonía otra vez, así que alzó los brazos para centrar la atención de nuevo en su persona.

—Pero ¿es que no ven lo que significa? —dijo. Las voces de la pantalla y en la habitación se callaron—. Si esa información se hace pública, puede ser suficiente para que los restantes seguidores de Sterm se vuelvan contra él... aparte de los pocos que estuvieran implicados en el engaño. Si eso ocurre, tendría que ver que todo ha acabado. Están pendientes del hilo de una mentira, y tenemos la prueba que puede cortar ese hilo. Eso nos da otra oportunidad antes de recurrir a medidas drásticas. Después de todo, ¿no sería eso propio de la estrategia quironesa?

Kath miró con aprensión a Celia. Celia asintió en respuesta a la pregunta no formulada.

—Sí, eso me gustaría hacer —dijo Celia. Kath asintió y aceptó la situación como estaba.

Lechat bajó las manos y volvió a dar vueltas otra vez.

—Hacer público lo que se ha dicho... transmitir los hechos a Phoenix y al *Mayflower II* usando las comunicaciones quironesas. Al menos una parte de la población lo oiría... la noticia se extendería de boca en boca... no sé... lo que haga falta para que llegue a la mayor cantidad de gente posible en el menos tiempo posible, para que tenga el mayor efecto posible.

Pasaron un par de segundos mientras los quironeses consideraban la sugerencia. Sus expresiones parecían decir que no haría ningún daño intentarlo, pero que probablemente tampoco cambiaría mucho las cosas.

—¿Tiene la fuerza suficiente para que el ejército cambie de opinión de un momento para otro? —preguntó Kath dubitativamente al fin—. No tenemos pruebas sobre lo de Padawski y los atentados. Lo que has dicho sobre Howard Kalens puede dar lugar a algo de discusión, pero ¿tiene el impacto suficiente por sí solo para convencer a la gente de lo loco que está Sterm en realidad? Ahora bien, si pudiéramos *probar* todos los incidentes, todos al mismo tiempo...

—Y tener que confiar en el goteo de noticias procedente del exterior no ayuda mucho —señaló Adam—. Ya hay demasiados rumores. Lo más probable es que se extinguiera enseguida.

—Es una idea —dijo Bernard mirando a Lechat—. Pero se necesita más de lo que ha dicho Kath... *impacto*.

—Estoy de acuerdo, estoy de acuerdo —les dijo Lechat—. Pero sólo sabemos lo que sabemos, y sólo podemos hacer lo que podemos hacer. Intentarlo con lo que tenemos no empeorará las cosas. ¿Lo intentarán?

Antes de que nadie pudiera contestar, Colman habló:

—Puede que haya una manera de hacerlo mejor. —Todo

el mundo lo miró. Barrió la habitación con los ojos—. Hay una forma en la que podríamos hacer que el mensaje llegara a todo el mundo al mismo tiempo... al público, a los militares, a todos. —Volvió a mirar a su alrededor. Los demás esperaron—. Mediante el centro de comunicaciones que hay en la nave —dijo—. Cada canal y frecuencia de la red terrestre está concentrado allí, incluyendo la red militar y las bandas de emergencia. Podríamos transmitir desde allí en todas ellas simultáneamente. Nada tendría más impacto que eso. —Se reclinó hacia atrás y miró en busca de reacciones.

Bernard asentía, pero con evidentes objeciones.

—Cierto —admitió—. Pero está en la nave, no aquí abajo. Y debe de estar fuertemente protegido. Es un círculo vicioso... tienes que llegar hasta allí para convencer al ejército, pero allí estarán para detenerte e impedirlo hasta que consigas hacerlo. ¿Cómo se puede romper ese círculo?

—Y por lo que he oído, su estructura de mando es un desastre, de todas formas —comentó Adam—. ¿Se podría organizar una operación de penetración como ésta en estos momentos?

Colman se esperaba algo así.

—Sé de una unidad del ejército que podría hacerlo —dijo—. Y funcionan mejor cuando nadie intenta organizarlos.

—¿Y cuál es? —preguntó León desde la pantalla, con dudas pero también interesado.

Colman sonrió ligeramente y señaló al otro lado de la habitación.

—La misma que os trajo a Verónica y Celia.

Un brillo de esperanza destelló en los ojos de Lechat.

—¿Realmente cree que podrían llevar a cabo algo así?

—Si alguien puede, son ellos —dijo Verónica—. Esa banda podría limpiar Fort Knox sin que nadie se enterara.

—Tiene razón —añadió Celia.

Todo el mundo volvió a mirar a Colman, esta vez con un nuevo interés. Un ánimo diferente se estaba apoderando de la habitación, y también afectaba a la gente en la pantalla,

que se inclinaba hacia delante y escuchaba atentamente. Hasta ese momento era simplemente una idea, pero empezaba a engancharlos a todos.

Bernard se frotaba lentamente el labio mientras pensaba en ello. Captó la mirada de Lechat y pareció preocupado.

—El mensaje tendría que ser emitido en directo desde allí —dijo lentamente—. Con una oposición activa ahí fuera, no querías arriesgarte a complicaciones con enlaces remotos. — Le decía a Lechat que si la transmisión iba a salir a antena, tendría que salir de allí y que Lechat tendría que ir. Pero lo más importante, como bien sabía Lechat, era que Celia también tendría que subir; lo que tenía que decir no podía decirse de segunda mano a través de nadie.

Lechat frunció los labios durante un segundo, y luego asintió secamente.

—Lo haré —dijo simplemente. Apartó los ojos durante un momento, y luego miró a Celia. Los demás habían llegado a la misma conclusión y siguieron su mirada, sabiendo qué era lo que le pedían que hiciera. Colman podía ver el tormento en sus ojos mientras le devolvía la mirada a Lechat. Después de todo lo que había ocurrido, tendría que dejar la seguridad de Franklin para regresar a Phoenix, de allí a la base de lanzaderas, y luego todo el camino de vuelta al *Mayflower II*. No había otra manera.

Celia ya estaba preparada para eso. Asintió. No quedaba nada por decir. La habitación se había quedado en completo silencio.

Al fin, Kath intentó disipar algo de la tensión en el aire.

—¿Cómo los subirás a la nave? —le preguntó a Colman.

—Eso se lo dejaré a Sirocco —respondió—. Él sabrá mejor cuál es la situación en la base. Teníamos una unidad allí esta tarde, pero probablemente ya habrán vuelto.

—¿Cómo sabes que se prestará a algo así? —preguntó Barbara.

—Ha mantenido a toda la unidad a la espera prácticamente de algo como esto —replicó Colman—. Ahora

mismo está esperando noticias. Por eso estoy aquí.

Celia se había quedado muy pensativa durante los últimos segundos. Esperó a que la charla disminuyera por un momento, y entonces dijo:

—Si tenemos que subir hasta la nave de todos modos, puede que haya una forma de convertir esto en algo más efectivo de lo que habíamos dicho hasta ahora. —Hizo una pausa, pero nadie la interrumpió—. Sé donde retienen a la gente que arrestaron. Están en el distrito de Columbia, no muy lejos del centro de comunicaciones. Si hubiera alguna forma de sacar a Borftein y que se aviniera a nuestro plan, tendría muchas más posibilidades de tener el efecto que esperabas que tuviera en el ejército. —Y entonces, como algo que se le había ocurrido en el último momento, añadió—: Y si se pudiera incluir a Wellesley además de a Borftein, puede que compense algunas de las cosas que no podemos demostrar. —Recorrió la habitación con la mirada y al final la posó en Colman—. Pero no sé si algo así sería posible.

—¿Tú que crees? —le preguntó Bernard a Colman tras un breve silencio—. ¿Puede hacerse?

—No lo sé. Depende de la situación. Quizá. Eso es otra cosa que tendré que dejar que decida Sirocco.

Se miraron los unos a los otros inquisitivamente, pero aparentemente no había nada más que añadir por el momento. Por último, Colman se levantó.

—Entonces, supongo que cuanto antes nos pongamos en movimiento, más oportunidades tendremos de imaginar todos los ángulos del problema. —Los demás presentes en la habitación se levantaron de donde habían estado sentados. Colman, Lechat y Celia se reunieron cerca de la puerta dispuestos para partir, mientras los demás se acercaban para despedirse. Verónica se aferró al brazo de Celia.

—Hay algo que, en justicia, debo repetir —dijo Otto desde la pantalla. Se volvieron a mirarle—. No podemos alterar nuestra decisión básica en ninguna forma. Si Sterm se vuelve amenazador, nos veremos obligados a reaccionar. No

podemos permitir que el hecho de que estén a bordo de la nave suponga diferencia alguna.

Lechat asintió.

—Lo dábamos por sobreentendido —replicó sombrío.

Mientras los demás pasaban al pasillo situado fuera del apartamento, Kath volvió a la pantalla y tocó un control en el compad. Todas las imágenes desaparecieron, excepto la de León, que se expandió para ocupar toda la pantalla justo cuando Thelma salía de la imagen para dejarlo a solas.

—Deberíamos comenzar a evacuar la *Kuan-yin* —dijo Kath—. Parece que las cosas pueden ponerse peligrosas ahí arriba muy pronto.

—Ya había llegado a esa conclusión —replicó León. Su expresión se había suavizado ahora que hablaban a solas y los asuntos serios habían sido atendidos. Contempló a Kath durante unos segundos.

—Tienes tan buen aspecto como siempre... ¿Los niños también están bien?

—Como siempre —le dijo Kath y luego sonrió—. ¿Y los tuyos, Lurch?

León sonrió.

—Traviesos, pero muy divertidos. —Hizo una pausa momentánea—. Parece un buen hombre. Deberías ser muy feliz hasta lo que dure. Espero que no les pase nada. Son gente muy valiente. Los admiro de verdad.

—Eso espero yo también —dijo Kath con sentimiento—. Tengo que ir a despedirme. Cuídate, León.

—Tú también. —La imagen desapareció de la pantalla.

Kath apareció en el pasillo justo cuando los que debían irse desfilaban por la puerta. Mientras se intercambiaban despedidas y los «buenas suertes», se acercó a Colman y lo agarró con fuerza del brazo durante un instante.

—Vuelve —le susurró ella.

Él le devolvió el apretón para confortarla.

—Créeme, lo haré.

—Me gustaría parecer tan confiada como tú. Parece

arriesgado.

—No cuando tienes de tu lado a la mejor unidad que el ejército jamás ha creado.

—Oh, ¿eso es lo que es? No me había dado cuenta. No me dijiste que estabas en una unidad especial.

—Información restringida —murmuró Colman. Entonces le apretó el brazo una vez más y se volvió para ir con los demás.

Capítulo treinta y cuatro

En el exterior el amanecer se arrastraba hacia el cielo mientras Stanislau estaba sentado frente a un panel de comunicaciones portátil situado en un rincón de uno de los comedores del bloque Omar Bradley, frunciendo el ceño ante los mnemónicos que aparecían en pantalla y respondiendo con comandos codificados con movimientos intermitentes de los dedos. Sirocco observaba desde la tarima en la que había dado la sesión informativa a los suyos, mientras el resto de la compañía D, muchos de ellos en traje de combate y chalecos antibalas, estaban sentados hablando en grupos o simplemente esperando entre las filas de asientos esparcidas desordenadamente frente a la tarima. Las puertas y los accesos al edificio estaban cubiertas por guardias, así que no había riesgo de interrupciones por sorpresa.

Sirocco había diseñado un plan para subir a la compañía a la nave y llegar hasta el centro de comunicaciones, pero se basaba en la habilidad de Stanislau para alterar las órdenes del día, que se derivaban de los horarios programados en uno de los ordenadores de logística militar. Lechat, que estaba de pie cerca de Celia y Colman, había pedido un ensayo de prueba para asegurarse de que Stanislau podía hacerlo, ya que si esa parte del plan no funcionaba, el resto tampoco. Sirocco había suspendido la sesión para resolver el asunto sobre la marcha.

Bernard observaba con interés por encima del hombro de Stanislau. Después de que Barbara los dejara y de volver a Phoenix con los demás, había ido a casa para poner a Jean al corriente de lo que estaba ocurriendo y luego se dirigió a los barracones, donde Colman lo había introducido subrepticamente para que asistiera a la sesión informativa de misión. Al final resultó conveniente su presencia; el plan de Sirocco requería algo de familiaridad con los sistemas

eléctricos del *Mayflower II*, y mientras Colman se había preparado para intentar ocuparse de esa parte, Bernard era el candidato más obvio. Así que Bernard también subiría al *Mayflower II*. Más tarde le explicaría todo a Jean, decidió.

La sugerencia de Celia de incluir a Borftein y Wellesley seguía siendo innegablemente atractiva, pero ninguna de las ideas propuestas para liberarlos había resistido un análisis en profundidad porque los prisioneros estaban retenidos en habitaciones constantemente guardadas por dos DS armados y alerta posicionados en medio de un pasillo amplio y brillantemente iluminado sin que hubiera forma de acercarse a ellos sin darles oportunidad de dar la alarma. Por tanto, Sirocco había pospuesto esa parte por ahora.

Hanlon se separó del grupo en el que estaba y se dirigió hacia Colman, Celia y Lechat. Las cosas habían sido tan frenéticas que no había tenido la oportunidad de intercambiar unas palabras con ellos desde que Colman había vuelto.

—Bueno, ya veo que no hay necesidad de preguntar cómo fueron las cosas por tu lado, Steve. Asumo que Verónica está a salvo en estos momentos.

Colman asintió.

—Sus amigos aparecieron, y está en Franklin. Todo salió bien. —Volvió la cabeza hacia Celia—. Éste es Bret. Fue el que sacó a Verónica de la base.

Celia consiguió forzar una sonrisa. Sirocco no había considerado necesario mencionar su parte en el asunto Howard Kalens y simplemente les había dicho que el objetivo de la operación era transmitir algunos hechos nuevos que serían suficientes para acabar con Sterm.

—No estoy segura de lo que se supone que debo decir —le dijo a Hanlon—. No he podido daros las gracias lo suficiente. Creo que empiezo a ver todo un mundo lleno de gente que jamás imaginé que existía.

—Oh, bueno, todavía no se ha acabado —dijo Hanlon. Sus ojos destellaron durante un segundo mientras se acordaba de otra cosa—. Oh, por cierto, hay otra cosa que

quería decirte —le dijo a Colman—. Hemos hecho un arresto en la base de lanzaderas... fue justo antes de la medianoche, cuando estábamos a punto de ser relevados.

—¿Sí? ¿Quién? —preguntó Colman.

—Tres DS y una matrona algo rolliza de mediana edad que intentaban saltar la valla —dijo Hanlon—. La mujer se había quedado atascada en lo alto y armaba bastante escándalo. Ahora bien, ¿tienes alguna idea sobre qué les haría huir de esa manera?

—No tengo ni idea —dijo Colman con una sonrisa. Incluso Celia descubrió que tenía que morderse el labio para evitar soltar una carcajada—. ¿Y qué ocurrió? ¿Los enviaste de vuelta arriba?

Hanlon negó con la cabeza.

—Ni hablar, ¿de qué sirve ser vengativo? Desatascamos a la mujer y los dejamos marchar. Probablemente estarán en Franklin a estas alturas, buscando la forma más rápida de salir de la ciudad.

En ese momento Stanislau emitió un grito triunfante, y Bernard se irguió detrás de él para mirar a Colman.

—¡Lo ha hecho! —exclamó Bernard. Se acercaron para verlo con sus propios ojos, y Sirocco descendió de la tarima. El resto del comedor quedó en silencio. La pantalla situada frente a Stanislau mostraba la lista de asignaciones del día para la brigada de infantería al completo.

—¿Es sólo una copia en un archivo o estás mostrando la lista original? —preguntó Lechat.

—Es la original —dijo Bernard—. Y también consiguió privilegios de modificación. Acabo de ver cómo lo hacía.

—Esto parece lo que queríamos, jefe —le dijo Stanislau a Sirocco, y señaló una de las entradas. Sirocco se inclinó sobre la pantalla para mirar.

Ya sabían que había previstos movimientos de transportes pesados para el día de hoy, la mayoría de ellos para transporte de artillería, blindajes y otros equipos desde el *Mayflower II* para una concentración en la base de

lanzaderas, razón por la que sin duda Sterm había querido adueñarse de ella por completo. Parecía como si pretendiera avanzar sobre Franklin con todas sus fuerzas, probablemente bajo el amparo de las armas orbitales desplegadas desde la nave. Con el golpe de Estado ya completado y la nave asegurada, los DS que estaban concentrados allí estaban siendo trasladados abajo para reforzar lo que se convertiría en una base fortificada para operaciones planetarias, y algunas unidades regulares estaban siendo trasladadas arriba para hacerse cargo de las tareas vacantes. Stanislaw había identificado una orden para que la compañía C embarcara a las 18.00 horas de esa misma tarde para ser transferida al *Mayflower II*, que era exactamente lo que esperaba Sirocco. Sirocco estaba dispuesto a apostar a que, con un día tan ocupado por delante y montones de cosas que hacer, nadie tendría tiempo de cuestionar un cambio de última hora en las órdenes.

—Veamos cómo lo modificas —dijo Lechat.

Stanislaw introdujo unos cuantos comandos de sistema, e inmediatamente todas las referencias a la compañía C fueron reemplazadas por referencias a la compañía D. Porque lo decía el ordenador, ahora estaba previsto que la compañía D fuera trasladada a la nave esa tarde, y la compañía C podía pasar una noche sin ser molestada en la cama. Stanislaw volvió a cambiar las referencias a su forma original. El mejor momento para hacer el cambio de manera permanente sería hacía el final del día, con menos tiempo para que la gente indeseada empezara a hacer preguntas indeseadas.

Lechat asintió y pareció satisfecho.

—Eso nos lleva a la nave —dijo—. ¿Y sobre la parte de introducirnos en el centro de comunicaciones?

Stanislaw introdujo más comandos. Una tabla de información diferente apareció en pantalla.

—Destacamentos de guardia del DS y horario para los puestos en el distrito de Columbia para esta noche —dijo Stanislaw. Se abstendrían de modificar nada ahí hasta el

último momento.

—¿Le parece suficiente? —preguntó Sirocco enarcando una ceja a Lechat.

Lechat asintió.

—Es asombroso —murmuró.

—Bien hecho, Stanislau —dijo Sirocco—. Esperemos que el resto de tu trabajo el día de hoy sea tan bueno como éste.

—Puede contar con ello, señor —dijo Stanislau.

Sirocco volvió a subirse a la tarima para ponerse delante de los bocetos que había usado antes, y miró a su alrededor durante unos segundos mientras esperaba a que todo el mundo le prestara atención.

—Bueno, les agradará saber que nuestro experto residente en robo, falsificación y descifrado de códigos se ha superado a sí mismo una vez más —anunció—. Las fases una y cuatro parecen factibles, como habíamos discutido. —A un lado de la tarima, Stanislau se volvió con una amplia sonrisa mostrando los dientes y unió las manos por encima de su cabeza para recibir el coro de murmullos de aprobación, aplausos dispersos ahogados y silbidos en tono bajo, dedicados con entusiasmo pero sin hacer demasiado ruido para no atraer la atención de nadie indebido sobre el bloque a esa hora de la mañana.

Mientras el ruido amainaba, Sirocco barrió la sala con los ojos y recorrió los sesenta y pico rostros que se habían quedado hasta el final, y que, aparte de los diez guardias emplazados alrededor del bloque, eran todo lo que quedaba de la dotación original de la compañía D de casi un centenar de soldados. Iba a necesitar a todos y cada uno de ellos, e incluso así iba a quedarse corto de personal en muchas cosas. Pero así como los temores que intentaba no mostrar, también se sintió conmovido en su interior y miró a esos hombres que según todas las normas aceptadas y todas las opiniones emitidas a lo largo de sus vidas, deberían haber estado entre los primeros en desertar del ejército. Pero aparte de las unidades DS, el expediente de la compañía D

no le iba a la zaga a nadie. Era un homenaje a él personalmente, expresado en el único lenguaje común que significaba algo para esa mezcolanza de inadaptados y excéntricos que el destino había puesto a su cuidado. Pero Sirocco siempre los había visto como individuos y no como inadaptados; muchos de ellos con mucho talento, a su manera peculiar en unos casos y en otros decididamente anormal; y los había aceptado como lo que eran, cosa que era en realidad todo lo que siempre habían querido. Pero el término inadaptado era relativo, según habían llegado a comprender. El mundo que los había etiquetado como inadaptados era el mundo que había sido incapaz de obligarles a ajustarse a lo que les exigía. Quirón era un mundo lleno de individualistas que jamás podrían ser obligados a ajustarse a las exigencias de otros y que sólo pedían ser aceptados como eran o que los dejaran en paz. Todos los hombres de la compañía D habían sido quironeses mucho antes de la llegada a Alfa Centauri... y muchos incluso antes de partir de la Tierra. La mejor forma de tributo que podía rendir un quironés era respeto, y esos quironeses se lo rendían a él ahora, sólo estando allí. Su respeto significaba más que medallas, menciones honoríficas o promociones, y Sirocco se permitió un breve momento de orgullo. Porque sabía muy bien que, fuera cual fuese el resultado de la operación que tenían por delante, sería la última vez que se reuniría formalmente como la compañía D.

—Muy bien —dijo—. Stanislau ya ha hecho su bis. Ahora volvamos a las cosas serias.

»Primero, repasemos los puntos principales. El objetivo primario consiste en introducirnos en el centro de comunicaciones y asegurarlo mientras se procede a la transmisión y, tras eso, mantenerlo en nuestro poder y esperar que una parte suficiente del ejército reaccione lo suficientemente rápido para aliviar parte de la presión que recibiremos. ¿Vale? —No hubo preguntas, así que Sirocco continuó—: El mayor riesgo es que se traigan refuerzos del

DS de la superficie. Si eso ocurre, tendrán que atracar en Vandenberg, y por eso el pelotón de Armley estará allí para detenerlos. ¿Qué haces si no puedes contenerlos, Mike? —preguntó Sirocco, mirando a la fila delantera.

—Volar las compuertas, dividirnos en dos grupos y retirarnos a las salidas en los puntos de pivote del módulo —respondió Armley.

—Bien. El otro... sí, ¿pregunta?

—Podrían atracar las lanzaderas en el módulo de Batalla y venir a través del Eje —señaló alguien.

—Sí, estaba a punto de llegar a eso —replicó Sirocco. Alzó la cabeza una fracción para dirigirse a toda la sala de nuevo—: Como dice Velarini, podrían venir por el módulo de Batalla y por el morro. El módulo de Batalla es el problema principal. Será la sección más fuertemente defendida de toda la nave, y sólo hay un camino que vaya desde allí al resto de la nave. Por tanto, sólo haremos un asalto directo contra el módulo de Batalla si todo lo demás falla. Hemos puesto a Steve cerca del morro del Eje con el pelotón más fuerte para bloquear el acceso a esa ruta. La tarea de Steve es detener a cualquier DS que intente salir y, lo más importante, impedir que Sterm y su gente entren si las cosas van bien y se dan cuenta de que no pueden mantener el resto de la nave. Lo que tenemos que impedir a cualquier precio es que Sterm y Stormbel se metan dentro y separen el módulo de forma que puedan amenazar al resto del *Mayflower II* así como al planeta. ¿Sí, Simmons?

—Puede que lo separen, aun sin Sterm.

—Ese es un riesgo que tendremos que correr. —Sterm no ordenaría que abrieran fuego contra el resto de la nave si sigue a bordo de ésta.

—Supongamos que Sterm entra en el módulo de Batalla desde el exterior —dijo otro—. Hay montones de lugares desde donde podría coger un transporte por fuera aparte de Vandenberg. Sólo tiene que recorrer un par de kilómetros. Ni siquiera le haría falta una lanzadera planetaria.

Sirocco dudó un instante, y luego asintió, remiso.

—Si eso ocurre, entonces el pelotón de Steve tendrá que intentar cargar desde el morro y tomarlo desde dentro. Pero sólo como último recurso. —Miró a Colman, que le devolvió un cabeceo pesado a modo de asentimiento.

—¿Y si ponemos a gente con trajes fuera para que vuelen la sección de cola del módulo de Batalla? —sugirió Carson desde la segunda fila.

—Estamos estudiando esa posibilidad. Dependerá de cuánta gente pueda prescindir Steve. Ahora bien, si Bret aquí presente puede llegar desde el distrito de Columbia después de que se haya realizado la transmisión, eso podría darnos una... —Las palabras de Sirocco se le atascaron en la garganta y la boca se le quedó abierta en una mueca de incredulidad mientras se quedaba mirando fijamente al fondo de la habitación. Las cabezas se volvieron una a una, y según lo hacían aparecían murmullos y jadeos, puntuados por unos cuantos vivas, que empezaron a extenderse por las filas.

Swyley se adentró más en la sala y se detuvo para examinar a los presentes desde detrás de sus gafas de cristal grueso y montura pesada: su cara regordeta había asumido su expresión normal carente de expresión. Driscoll estaba con él, y había más que entraban por detrás. Sirocco tragó saliva mientras los recién llegados se dispersaban y los asientos vacíos al fondo empezaban a llenarse—. Harding, Baker, Faustzman, Vanderheim... Simpson, Westley, Johnson... todos ellos. Todos habían vuelto.

—Oímos que podía necesitar algo de ayuda, jefe —anunció Driscoll—. No podíamos dejarlo todo en manos de los aficionados. —Expresiones ácidas y alegres gritos de desacuerdo recibieron el comentario de Driscoll.

Sirocco se los quedó mirando durante un segundo más, y luego recuperó la compostura rápidamente.

—¿Ha disfrutado de sus vacaciones, cabo Swyley? —inquirió con una nota de forzado sarcasmo—. No se presenta al servicio, ausencia injustificada sin permiso, desertión

frente al enemigo... ha cometido todas y cada una de las faltas contempladas en el reglamento, de hecho. Bueno, considérense reprendidos y siéntense. Hay mucho que hacer, y vamos a necesitar algo de descanso en el día de hoy. La situación es... —Sirocco dejó de hablar y miró con curiosidad a la figura que no había visto antes; un rostro desconocido, al lado de Swyley, que todavía seguía de pie. Tenía el pelo rapado y una cara bien afeitada e inescrutable, y permanecía de pie impasiblemente con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Y quién es éste? No es de la compañía D.

—Ex sargento Malloy del DS —dijo Swyley—. Decidió que ya había tenido bastante y lo dejó hace un mes. Estuvo involucrado en la fuga de Padawski, y tiene documentos que prueban que Stormbel ordenó que se llevaran a cabo los atentados. —Swyley se encogió de hombros—. No sé cuáles son sus planes exactamente, jefe, pero me dio la impresión de que podía ser útil.

La sala se llenó de murmullos asombrados, pero la mayoría de los presentes no se percataron de la importancia del asunto. Al lado de Colman, Celia y Lechat miraban fijamente, y desde la tarima, Sirocco les dirigía una mirada inquisitiva en su dirección. Celia se giró para mirar a Colman.

—No me lo puedo creer —susurró—. ¿Quién es ese cabo?

—El milagrero adjunto a la compañía D —respondió Colman, pero su voz sonaba distante mientras encajaba nuevas piezas del puzzle en su cabeza. Le hizo una seña a Sirocco para que Swyley fuera al frente de la sala, y ante un coro de gemidos, Sirocco volvió a suspender la reunión una vez más.

Cinco minutos más tarde, Swyley y Malloy conferenciaban con Celia y Lechat en un rincón, y Colman permanecía apartado con Sirocco y Hanlon, discutiendo detalles de estrategia.

—Deberíamos tener suficiente con poner una escuadra de demoliciones en el exterior para eliminar la sección de impulsores del módulo de Batalla como sugirió Carson —dijo

Hanlon—. Aunque Sterm llegue a entrar, el resto de la nave tendrá más protección.

—Tendré que mantener esa opción abierta hasta que veamos qué cariz van tomando las cosas —dijo Colman—. Pero tienes razón, ahora tenemos hombres suficientes para tener una escuadra a la espera y enfundada en sus trajes.

—Los diez más que tenemos ahora en el pelotón de Armley ayudarán en lo de Vandenberg, y yo estaría mejor emplazado en el centro de comunicaciones con Sirocco —dijo Hanlon—. Y eso ¿dónde nos coloca?

—Todo listo excepto la parte de sacar a Borftein y Wellesley —dijo Colman—. Ahora que tenemos a Malloy, esos dos harían que nuestra posición fuera irrefutable. —Volvió la cabeza hacia Sirocco, que aparentemente estaba escuchando la conversación, pero tenía una expresión distante en la cara—. ¿Se te ha ocurrido algo sobre eso? —preguntó Colman.

—¿Mmm...? —respondió Sirocco, ausente.

—Borftein y Wellesley.

—He estado pensando en eso... —Sirocco continuó mirando hacia otro lado de la sala en dirección a Driscoll, que le contaba sus experiencias a Maddock y a un grupito—. Es muy bueno, ¿no? —dijo Sirocco, todavía casi para sí.

Le llevó a Colman un segundo darse cuenta de lo que decía Sirocco.

—Eh... sí, ¿por qué? ¿Qué estás...?

—Venid un momento. Quiero preguntarle una cosa. —Sirocco empezó a andar, Colman fue tras él, y Hanlon los siguió. La conversación se interrumpió cuando se acercaron, y las cabezas se giraron hacia ellos con curiosidad.

—¿Sólo haces trucos con las cartas —le preguntó Sirocco a Driscoll sin preámbulos— o te dedicas también a otras cosas?

Driscoll se lo quedó mirando sorprendido.

—Bueno depende de lo que tenga en mente... —dijo con cautela. Y al segundo añadió—: Pero sí, puedo hacer otras cosas, he diversificado un poco la actuación, por decirlo así.

Sirocco se volvió hacia Hanlon.

—Ve y trae un par de cinturones con pistolera de la armería, Bret —dijo—. Veamos lo bueno que es realmente este tipo. Creo que puede ayudarnos a resolver nuestro problema.

Capítulo treinta y cinco

El general Kazimiera Stormbel no cometía errores, y no estaba acostumbrado a que lo hicieran responsable de los errores de otros; la gente bajo su mando tendía a descubrir pronto que el general no cometía errores. Su aceptación de la disciplina y los estándares que imponía proporcionaban una afirmación simbólica de su presencia permanente hasta donde se extendía su esfera de mando e influencia, y servía de constante recordatorio de que su autoridad no se podía menospreciar. Las demostraciones de lasitud entre sus hombres significaban que su sumisión era menos que total, y por tanto implicaban un olvido de la omnipresencia que debía proyectar su autoridad... como si la gente empezara a olvidar que su palabra era importante. A Stormbel no le gustaba eso. No le gustaba que la gente actuara como si él no tuviera importancia.

Los burócratas que habían administrado con el culo la enorme maquinaria político-militar que había llegado a dominar Norteamérica habían sido incapaces, o no habían querido, reconocer su valía y dedicación mientras apilaban honores y favores sobre los hijos de gusanos lamebotas y los niños bonitos y protegidos de generales mimados y peinados para dar la imagen de película de West Point, y no sentía compasión por ninguno de ellos ahora que el enlace láser desde la Tierra traía las noticias de devastación nuclear a lo largo y ancho de África, de enfrentamientos titánicos entre ejércitos en el Asia Central. Ahora lo pagaban, y los idiotas que los habían puesto en el cargo también pagaban ahora por su estupidez.

Wellesley y el Congreso habían intentado perpetuar las mismas injusticias eclipsándole con Borftein porque no se había graduado en el lugar adecuado o poseía las credenciales familiares adecuadas. Habían intentado

engañarle colocándolo al mando de lo que veían como una unidad eficiente pero pequeña y poco importante y hacerlo pasar por un ascenso. También ellos pagarían. Ahora todo el mundo sabía quién era él y dónde estaba. No tenía remordimientos por la muerte de Ramisson; daba más fuerza a la lección que cualquier palabra que pudiera haber dicho. Sólo lamentaba no haber hecho una limpieza general pegándoles un tiro a todos.

Hacia Sterm no sentía ni afecto ni animosidad, lo que para él estaba bien, porque funcionaba con más eficiencia en relaciones que no tenían las complicaciones de consideraciones emocionales o personales. No se hacía ilusiones de que ninguno de los dos estuviera motivado por algo que no fuera la conveniencia. Stormbel obtenía alguna satisfacción y cierta sensación de grandeza en la idea de que se complementaban y se usaban el uno al otro, sin conflicto en los intereses básicos, como las partes complementarias pero interdependientes de una máquina bien diseñada. Sterm quería el planeta pero necesitaba un brazo fuerte para tomarlo, mientras que Stormbel disfrutaba del papel de brazo fuerte pero no tenía ambiciones de posesión o gusto por las complejidades aparejadas a eso.

Mientras Sterm representaba el papel supuestamente principal, Stormbel no podía permitirse nada que pudiera ser visto como una admisión de inferioridad, lo que requería que su mitad de la máquina funcionara de manera perfecta y precisa, y a salvo de toda crítica. Eso es lo que hacía que los errores fueran doblemente intolerables en ese momento. Pero lo que hacía que todo el asunto fuera más desconcertante y más mortificante era que los escoltas no sólo habían llegado a su hora, sino que habían subido a la lanzadera, habiendo cumplido con éxito la parte más arriesgada de la misión... antes de desaparecer sin dejar rastro. Definitivamente habían subido al aparato y ocupado sus asientos, y sólo quedaban unos minutos para el despegue cuando uno de los tripulantes se había dado cuenta

de repente de que ya no estaban allí... ninguno de ellos. Los guardas del DS de la puerta de embarque sabían perfectamente qué aspecto tenía Celia Kalens, y tenían órdenes especiales de estar pendientes de ella, pero ninguno de ellos la había visto cuando los escoltas salieron de la lanzadera, tras haberla perdido de algún modo; y poco después de eso, los escoltas habían desaparecido en la base y nadie los había vuelto a ver. Nadie recordaba haberlos visto por la base más tarde; nadie los había visto en el perímetro; nadie los había sacado en un vehículo, y una búsqueda intensiva que duró toda la noche no los había encontrado por ningún lado. Era imposible, pero había ocurrido.

Sterm no era una persona que malgastara su tiempo y energías en dramatismos fútiles y acusaciones, pero Stormbel sabía muy bien que no lo olvidaría... y tampoco lo olvidaría Stormbel. Los quironeses estaban detrás de todo, de eso estaba seguro, así como que estaban detrás de la subversión del ejército e incluso de algunos de los mismísimos soldados de Stormbel. Los quironeses pagarían por ello, al igual que todo aquel que se había entrometido en su camino o intentando hacerlo quedar como un idiota. Pagarían en el momento en que alguien ofreciera resistencia cuando sus tropas avanzaran sobre Franklin. Sus órdenes eran bastante explícitas.

—La concentración en Cañaveral se está llevando según lo previsto y estará terminada antes de medianoche —había informado a Sterm durante la reunión de mediodía en el centro de Gobierno del distrito de Columbia—. La mayor parte de Phoenix está siendo abandonada, como supusimos que ocurriría inevitablemente, pero los puntos clave están asegurados y la erosión de las fuerzas regulares ha sido contenida. El traslado de las fuerzas del DS a la superficie estará completado a finales de la tarde, con la excepción de aquellas unidades retenidas para guardar el módulo de Batalla, el distrito de Columbia y Vandenberg. Todas las operaciones de mañana tienen el visto bueno para proceder

según lo planeado, con el ataque contra la *Kuan-yin* programado a las 05.13 horas, lanzamiento del grupo de cubierta orbital posteriormente, y el avance sobre Franklin para el amanecer.

Sterm asintió lentamente mientras tachaba mentalmente los puntos de la lista uno por uno, mirando a Stormbel con frialdad. Luego se volvió hacia Gaulitz, uno de los científicos de mayor rango, que estaba sentado con algunos consejeros a un lado de la habitación.

—Debemos estar completamente seguros sobre la *Kuan-yin* —dijo—. El éxito de la operación está en juego. Así que, ¿está seguro?

Gaulitz asintió enfáticamente.

—No hay duda de que las modificaciones realizadas en la sección de Impulsión constituyen un sistema de recombinación de antimateria. Los niveles de radiación y las lecturas espectrográficas obtenidas del cráter de Remo son consistentes con una explosión causada por una reacción de antimateria. La evidencia de transmutaciones inducidas por partículas gamma, la distribución de isótopos de activación neutrónica, los patrones de...

Sterm alzó una mano.

—Sí, sí, ya hemos visto todo eso.

Gaulitz asintió nerviosamente y tocó un control para mostrar una vista de la *Kuan-yin* en la pantalla principal de la habitación. Mostraba lanzaderas quironesas en todos los puertos de atraque, y unas cuantas más a unos pocos kilómetros aparentemente esperando a tener sitio libre.

—Ésta es una corroboración posterior a partir de las imágenes obtenidas esta mañana —dijo—. Todo parece indicar que los quironeses han evacuado la nave, lo que apoya la idea de que la están dejando libre para poder actuar.

Sterm estudió la imagen en silencio. Tras un rato, uno de los coroneles presentes dijo:

—Hemos estudiado exhaustivamente. No hay proyectores

auxiliares ni nada equivalente a una forma de armamento secundario. La única dirección en la que puede disparar es en la dirección de popa, desde el plato de reacción. Con ocho misiles las probabilidades de que al menos uno penetre son mayores del noventa y seis por ciento. Con dieciséis, las probabilidades de fracaso son casi nulas.

La órbita más baja de la *Kuan-yin* hacía que estuviera desincronizada con el *Mayflower II* y daba como resultado que las naves estaban escudadas entre sí por la masa de Quirón durante un período de treinta y dos minutos cada tres horas y cuarto. Los dieciséis misiles Devastator serían lanzados desde el módulo de Batalla mientras el *Mayflower II* permanecía a salvo de cualquier fuego de represalia. Una salva sería programada para seguir trayectorias que rozarían la atmósfera superior del planeta, lo que harían que alcanzaran a la *Kuan-yin* desde abajo procedentes de varios puntos del planeta mientras que la segunda salva, lanzada unos cuantos minutos antes, se dividiría y recorrería una trayectoria amplia en el espacio para llegar a la *Kuan-yin* desde varias direcciones a la vez por detrás de la nave; las trayectorias estaban sincronizadas para que convergieran simultáneamente sobre el arma quironesa. Una masa del tamaño de la *Kuan-yin* no podría maniobrar rápidamente, y las simulaciones de los ordenadores mostraban que aun en el peor de los casos la ventaja estaba aplastantemente a favor del ataque, sin importar la táctica defensiva empleada.

—¿Han verificado los cálculos y las simulaciones? —dijo Sterm mirando a Gaulitz.

—Exhaustiva y repetidamente. No hay riesgo alguno de que el *Mayflower II* quede expuesto en ningún momento —respondió Gaulitz.

No había ningún otro asunto importante que discutir. La secuencia de acontecimientos ya estaba confirmada, y Stormbel introdujo una palabra código para pasar a «confirmado» el estatus de las órdenes provisionales almacenadas en un ordenador de alta seguridad dentro del

centro de comunicaciones, en un nivel inferior del módulo del distrito de Columbia.

Casi al mismo momento, dentro de la unidad de memoria de un ordenador de logística de menor seguridad ubicado en el mismo piso, las referencias a la compañía C contenidas en el orden del día rutinario se cambiaron solas misteriosamente en referencia a la compañía D. Al mismo tiempo, las órdenes de la compañía D de permanecer a la espera en los barracones hasta nueva orden se transformaron en órdenes para la compañía C. Diez minutos después, un agobiado administrativo llamó la atención del capitán Blakeney, al frente de la compañía C. Blakeney, lejos de sentirse inclinado a hacer preguntas sobre las órdenes, le dijo al administrativo que enviara una confirmación de órdenes recibidas, y luego se volvió a la cama, agradecido. Dentro del ordenador de logística del *Mayflower II*, una instrucción que no debería estar en la memoria se activó por la transmisión entrante, escaneó el mensaje, identificó uno de los códigos de emisión de la compañía C y entonces lo borró en silencio.

Capítulo treinta y seis

Aquella tarde, Sirocco se presentó al oficial de Control de Transportes en la base de lanzaderas de Cañaveral para avisar de que la compañía D había llegado y estaba lista para embarcar según las órdenes recibidas. Las plazas estaban reservadas desde esa mañana, y el controlador no hizo más ademán que alzar las cejas y pedir confirmación al ordenador; para él no suponía diferencia alguna qué compañía se le ocurriera al ejército enviar ahí arriba siempre que su número no fuera superior al esperado. Una hora después, la compañía marchaba en orden para salir de la lanzadera, y tras examinar el área de atraque en Vandenberg, se dispersaron discretamente hacia sus diferentes destinos en el *Mayflower II*. La rapidez era vital en esos momentos, ya que sólo disponían de algo de tiempo hasta que alguien se diera cuenta de que una unidad de reemplazo de la superficie no se había presentado donde se suponía que debía.

El pelotón asignado al distrito de Columbia se dividió en grupos pequeños que emergieron del tubo de transporte del Anillo en diferentes lugares dentro del módulo en las horas acordadas. Colman, Hanlon y Driscoll iban acompañados de Lechat, que estaba vestido para ocultar su apariencia, ya que presumiblemente seguía en los primeros puestos de la lista de más buscados de Sterm. Se reunieron con Carson y otros tres unos minutos después, y luego se dirigieron dando un rodeo al restaurante Françoise, que estaba situado en nivel público justo debajo del complejo del centro de Gobierno.

Todas las entradas al centro estaban vigiladas. Sirocco había propuesto que una escuadra se vistiera con uniformes del DS y hacer desfilar a Lechat y Celia abiertamente por la puerta principal y hacer toda una demostración del hecho de llevar a dos fugitivos buscados tras haberlos detenido. Pero

Malloy había vetado la idea aduciendo que el engaño no pasaría por las medidas de seguridad del DS. Entonces Lechat había sugerido un método menos dramático y menos arriesgado. Como cliente habitual del Françoise durante varios años, era amigo del gerente y había pasado muchas veladas hablando de política con el personal hasta mucho después de la hora de cerrar. Todos conocían a Lechat, y éste estaba seguro de que podía confiar en ellos. Las cocinas que servían al restaurante desde el nivel superior también servían a la cafetería de personal del centro de Gobierno, había señalado Lechat. Tenía que haber ascensores de servicio, montacargas, eyectores de basura, rampas de lavandería... algo que conectara con el centro desde la parte trasera del Françoise.

El grupo llegó al pasadizo poco usado que corría por detrás del Françoise y los establecimientos vecinos, y los soldados esperaron entre las sombras de las entradas y escaleras del callejón mientras Lechat golpeaba ligeramente la puerta trasera del restaurante. Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió y Lechat desapareció en el interior. Varios minutos después, volvió a abrirse la puerta y Lechat asomó la cabeza, miró en una dirección, luego en otra, hacia arriba, y luego le hizo señas a los demás para que lo siguieran al interior.

En un ala apartada en lo alto de una de las torres del centro de Gobierno, un camarero en chaquetilla blanca, que había emigrado a los Estados Unidos desde Londres en su juventud y había sido reclutado para la Misión a resultas de un error informático, silbaba sin melodía entre los dientes mientras empujaba un carrito de servicio repleto de platos hacia la pequeña instalación de abastecimiento que proporcionaba comida y bebida para las conferencias, reuniones y otras funciones que se celebraban en esa parte del complejo. No sabía qué conclusión sacar de los últimos acontecimientos, y tampoco le importaba demasiado, en realidad. Para él todo era igual. Primero estaba Wellesley, y

querían doce porciones de ensalada de pollo y postre; luego Wellesley ya no estaba y ahora era Sterm, y querían doce porciones de ensalada de pollo y postres. No suponía para él ninguna diferencia quién...

Una mano se deslizó sobre su boca desde atrás, y rápidamente lo arrastraron a la habitación ubicada al lado de la despensa, donde se preparaban determinadas conservas. Un brazo lo mantuvo preso férreamente mientras un soldado en uniforme de combate recogía el carrito de servir del pasillo y cerraba la puerta. Había más soldados en la habitación, junto con un civil. Parecían duros y sin ánimo para bromas.

La mano sobre su boca se aflojó una milésima después de que se cerrara la puerta.

—¡Dioh! ¿Qué pasa aquí? ¿Quiénes...? —alguien le dio en las costillas. Se calló.

—La gente que está retenida en las habitaciones a lo largo del pasillo 8-E —susurró con un eco de dejo irlandés el más bajo de los dos sargentos—. ¿Les llevas tú la comida? —El camarero jadeó y asintió vigorosamente—. ¿A qué hora es la comida vespertina?

—Dentroh de unos diez minuhtoh —dijo el camarero—. Se supohne que tengo que recohgerla aquí al ladoh en cualquier momentoh. —Al fondo, uno de los soldados se estaba quitando la camisa y desabrochando el cinturón.

—Empieza a quitarte la chaquetilla y el chaleco —ordenó el sargento irlandés—. Y mientras lo haces, puedes contarnos la rutina.

Fuera de las habitaciones de confinamiento del pasillo 8-E había dos guardias del DS, inmóviles como rocas en sus posiciones, cuando Driscoll apareció al otro extremo vestido con el uniforme completo de camarero y empujando el carrito con los platos para la comida vespertina. A medio camino del pasillo, el carrito viró ligeramente a un lado gracias a una ruedecilla aflojada recientemente, pero Driscoll corrigió el viraje y detuvo el carrito frente a los guardias. Uno de ellos

inspeccionó su identificación y asintió al otro, que se volvió para abrir la puerta. Cuando Driscoll empezó a mover el carrito, volvió a girar y tropezó con el guardia más cercano, haciendo que la sopa saliera de la sopera descuidadamente tapada, se derramara por el borde y unas cuantas gotas salpicaran sobre el uniforme del guarda.

—¡Oh, cielos! —Driscoll empezó a manotear con una servilleta para limpiar las manchas de sopa, consiguiendo en el proceso meter una esquina de la misma en la sopa y restregarla contra el dobladillo de la chaqueta del segundo guardia cuando éste se apartaba de la puerta.

Driscoll gimió miserablemente y empezó a aplicar también la servilleta a éste, pero fue apartado de un empujón.

—Quita de ahí, torpe de mierda —gruñó. Presa del pánico, Driscoll agarró el carrito y huyó por la puerta abierta.

Los soldados ya habían doblado la esquina y cargaban, con dos sargentos al frente, cuando los dos guardias se dieron la vuelta. Los DS instintivamente echaron mano a sus armas del cinto, pero las pistoleras estaban vacías. Durante esos segundos vitales estuvieron demasiado confundidos para ir hacia el botón de alarma del panel de la pared que tenían a sus espaldas. Tres segundos era todo lo que Hanlon y Colman necesitaron para cubrir la distancia restante.

Dentro de la habitación, los cautivos miraron a su alrededor con sorpresa al oír los golpes ahogados procedentes de la puerta. El camarero que acababa de traer la cena abrió la puerta y entraron soldados en traje de combate. Wellesley jadeó al ver a Lechat con ellos.

—¡Paul! —exclamó—. ¿Dónde has estado escondido? Eres el único al que no detuvieron. ¿Qué...?

Lechat lo cortó con un gesto de la mano.

—No hagáis ruido —le dijo al grupo entero, que se apiñaba a su alrededor con asombro—. Todo está bien. —Le hizo un gesto a Borftein para que pasara al frente. En la puerta, los soldados ya habían arrastrado a los dos guardias

inconscientes al interior, y dos de ellos ya se estaban poniendo los uniformes del DS mientras el camarero les entregaba dos automáticas, que hizo aparecer de debajo de la servilleta que llevaba en la mano—. No hay mucho tiempo —advirtió Lechat a Wellesley y Borftein—. Tenemos que bajar al centro de comunicaciones. Ahora escuchad y os haré un resumen de la situación actual...

Se marcharon de allí menos de cinco minutos después, dejando a Carson y uno de los soldados dentro con los prisioneros y dos guardias rígidamente firmes en el pasillo con toda la apariencia de absoluta normalidad. Hanlon llevó a Wellesley, Borftein y Lechat a un almacén cerca del centro de comunicaciones donde podrían permanecer ocultos. Colman siguió a Driscoll a una sala de maquinaria situada en el nivel inferior donde una puerta blindada de emergencia en el casco de la nave, sin guardia, pero sellada desde el exterior y protegida por circuitos de alarma, conducía a la sala de máquinas de los ascensores del edificio de administración pública junto al centro de Gobierno. Colman rastreó, comprobó y neutralizó las alarmas. Entonces recomprobó cuidadosamente lo que había hecho, y asintió a Driscoll, que esperaba junto a la puerta; Driscoll liberó los pestillos y abrió la puerta empujándola hacia fuera mientras Colman contenía el aliento. Las alarmas continuaron inactivas. Sirocco les esperaba al otro lado con Bernard Fallows, que llevaba puesto un mono de ingeniero y tenía una caja de herramientas en la mano.

—Gran trabajo, Steve —murmuró Sirocco, entrando en la cámara mientras otras figuras sigilosas se deslizaban una a una desde las sombras a su espalda—. ¿Qué tal lo hizo el asombroso Driscoll?

—Su mejor actuación hasta la fecha. Todo bien por ahí.

—Eso parece. ¿Qué tal Borftein y Wellesley? —Detrás de Sirocco, Celia apareció en el umbral de la puerta, escoltada por Malloy y Fuller. Stanislau iba detrás, cargando con la unidad de comunicaciones de campaña.

Colman asintió.

—Están en el almacén con Hanlon y Lechat. Todo estaba tranquilo ahí arriba cuando nos marchamos.

Sirocco se volvió hacia Malloy, mientras al fondo la última de las figuras pasaba al interior.

—Vale, ya sabe adonde tiene que ir. Hanlon ya debería estar allí con los demás. —Malloy asintió—. Todavía haremos un soldado de ti —le dijo Sirocco a Celia—. Lo estás haciendo muy bien. Ya casi estamos.

Celia le devolvió una leve sonrisa pero no dijo nada. Se movió con los demás hacia el otro extremo de la sala. Mientras, Stanislau había desplegado la unidad de comunicaciones y ya estaba invocando códigos en la pantalla. Se había pasado el día practicando la rutina y llegó rápidamente a la orden del día para los destacamentos de guardia del DS dentro del centro de Gobierno.

La siguiente parte iba a ser la más difícil. La información obtenida por Stanislau había confirmado que las entradas exteriores del complejo, que ya habían sorteado, eran las más fuertemente guarnecidas, y los tres puntos de acceso interno al centro de comunicaciones mismo; la sala de recepción principal al frente, el vestíbulo trasero, y una entrada lateral usada por el personal, estaban cubiertas por equipos de seguridad menos formidables compuestos por tres personas. El problema con esos equipos no era tanto la resistencia física que pudieran oponer, sino su capacidad para cerrar las puertas blindadas del centro de comunicaciones activadas electrónicamente y dar la alarma al primer indicio de algo sospechoso, lo que dejaría a Sirocco atascado fuera, sin esperanza de conseguir el objetivo y con la lúgubre perspectiva de luchar o rendirse a los refuerzos que aparecerían en cuestión de minutos. Por otro lado, si Sirocco conseguía introducir a su gente dentro del centro, la situación sería la opuesta.

Introducirse requeriría, por lo tanto, que algunos hombres llegaran al menos hasta uno de los puestos de

seguridad sin levantar sospechas, y hombres armados, encima, ya que estarían enfrentándose a guardias armados y no se les podía enviar indefensos. Malloy había vuelto a desaconsejar cualquier idea de hacerse pasar por personal del DS. La única alternativa procedía de Armley, un engaño, respaldado por la información creada por Stanislau, en el que las órdenes advertían de que se emplazarían tropas regulares en servicio de guardia dentro del complejo además de los DS, y relevos procedentes de la compañía D. Obviamente, el plan tenía sus riesgos, pero hacer tres intentos separados en las tres áreas de entrada mejoraría las posibilidades, y era una manera de acercar lo suficiente a la gente adecuada. Al final Sirocco aceptó. Una vez que hubieran llegado tan lejos, tendrían que tocar de oído a partir de ahí. El mayor peligro sería que, antes de que tuvieran la situación bajo control, llegaran refuerzos del DS procedentes de la sala de guardia situada detrás de las puertas principales del complejo del centro de Gobierno, que sólo estaba a unos treinta metros en el mismo nivel. Esa era la parte de la que Fallows iba a ocuparse.

Stanislau se apartó de la unidad y se levantó para anunciar que ya estaban hechos todos los cambios. Sirocco miró a la pantalla, comprobó las entradas en la orden del día revisada que había creado Stanislau y asintió. Alzó la vista hacia Colman y Driscoll, que estaban esperando junto a la puerta de emergencia abierta.

—Bueno, el último dado ha sido lanzado —les dijo—. Poneos en marcha. Buena suerte.

—A ti también —dijo Colman. Él y Driscoll salieron en dirección a la sección delantera del Eje para unirse a Swyley, que si todo iba bien, ya estaría organizando a los hombres que llegaban desde diferentes partes de la nave para bloquear el módulo de Batalla.

Sirocco cerró la puerta tras ellos, asegurándola sólo con un pestillo para poder abrirla rápidamente en caso de problemas, y se volvió para quedar frente al puñado de

hombres que quedaba.

—Vamos —dijo.

Cruzaron la sala de máquinas en la dirección que habían tomado los demás, pasaron al lado de un gran panel de instrumentos de control y subieron dos tramos de escaleras metálicas para entrar en el centro de Gobierno propiamente dicho por detrás de las oficinas que llevaban vacías desde el final del viaje, usando una escotilla que Colman y Driscoll habían abierto en el suelo en su camino hacia abajo. No había rastro de los que habían pasado por allí antes. Aquí el grupo se dividió en tres caminos diferentes.

Stanislau y otros dos, moviéndose con cuidado y ocultándose, ya que ahora estaban en una parte habitable del complejo, se dirigieron al almacén cerca de la recepción principal que se hallaba al frente para unirse al grupo de Hanlon, que para entonces debía de haber aumentado con la llegada de Celia, Malloy y Fuller; Sirocco llevó a otros tres a donde otro grupo se estaba reuniendo cerca de los accesos al vestíbulo trasero; y Bernard, con su caja de herramientas, paseaba despreocupadamente por su cuenta hacia el pasillo que conectaba el centro de comunicaciones con la entrada principal del complejo.

Quince minutos después, dentro de un despacho que daba a un corredor por detrás del vestíbulo trasero del centro de comunicaciones, un indignado director de departamento y dos aterrorizados administrativos estaban sentados en el suelo con las manos en la nuca, bajo la vigilante mirada de uno de los soldados que habían irrumpido repentinamente blandiendo fusiles y armas de asalto.

—¿Qué creen que están haciendo? —dijo el director en un tono mitad exigente y mitad aprensivo—. No queremos tener nada que ver con esto.

—Cállese y estese quieto y no lo tendrá —murmuró Sirocco sin apartar la vista de la puerta que estaba casi cerrada—. Sólo pasábamos por aquí. —Tras un breve silencio, Sirocco se tensó repentinamente—. Aquí vienen...

sólo hay dos de ellos y un sargento —susurró—. Preparaos. Hay dos civiles hablando junto a la máquina de café. También tendremos que cogerlos. —Los demás se prepararon a sus espaldas, dejando a uno para que vigilara a las tres personas del suelo. Fuera, en el corredor, el destacamento de guardia del DS que venía a relevar a los guardias del vestíbulo trasero casi había llegado a la altura de la puerta.

—*iQuietos!* —Sirocco les salió al paso con la automática en la mano y Stewart a su lado con un arma de asalto. Antes de que los DS pudieran reaccionar, dos armas más les apuntaban desde atrás. Fueron desarmados en segundos y Sirocco los hizo pasar por la puerta abierta mientras Faustzman conducía a los dos sobresaltados civiles de la máquina de café. Dos mujeres aparecieron por el recodo del pasillo en ese momento justo cuando la puerta de la oficina se cerraba, y pasaron hablando entre sí sin percatarse de nada. Momentos después, Sirocco salía otra vez de la oficina con dos soldados. Formaron en el centro del corredor y marcharon al paso en dirección al vestíbulo trasero.

El cabo del DS que estaba en el puesto de seguridad del vestíbulo se sorprendió cuando un capitán de una unidad regular apareció con el destacamento de guardia de relevo y pidió el registro de la guardia.

—No sabía que iban a destacar tropas regulares aquí arriba —dijo el cabo, más sorprendido que suspicaz.

—A mí no me pregunte. Creo que se debe a todos esos DS que están enviando a Cañaveral. Yo sólo hago lo que dicen las órdenes.

—¿Cuándo se cambiaron, capitán?

—No lo sé, cabo. Hace poco, supongo.

—Mejor será que las compruebe. —El cabo se volvió hacia su pantalla mientras los otros dos DS mantenían los ojos en el reemplazo. Tras unos segundos, el cabo alzó las cejas—. Pues tiene razón. Bueno, parece que todo es correcto. —Los otros dos DS se relajaron un instante. El cabo recuperó el registro de guardia y firmó la salida de su equipo

—. Deben de andar escasos de personal ahí abajo —dijo mientras observaba a Sirocco firmando la entrada de su equipo.

—Eso parece —admitió Sirocco. Se puso detrás del mostrador mientras los soldados de la compañía D tomaban posiciones a ambos lados de la entrada, y los DS se marchaban hablando entre ellos.

Unos pocos segundos después de que los DS se hubieran marchado, empezaron a aparecer figuras de la salida de incendios ubicada detrás de los ascensores al otro lado del vestíbulo, que se desvanecieron rápida y silenciosamente en el centro de comunicaciones.

Mientras tanto, el sargento de la recepción principal se estaba mostrando demasiado concienzudo.

—No me importa lo que digan los ordenadores, Hanlon. Esto no me huele bien. Tengo que comprobarlo con los superiores. —Miró a los dos DS que estaban a un par de pasos por detrás sosteniendo sus fusiles prestos—. Mantened un ojo sobre ellos mientras llamo al OSM. —Entonces se volvió hacia el panel que tenía enfrente y lo activó mientras no le quitaba ojo a Hanlon.

—Quieto ahí, colega —dijo Hanlon, pero no había nada que hacer. Ya había calculado mentalmente la distancia a los otros DS, pero se mantenían bien alejados de él y alertas.

Repentinamente, desde la entrada principal a la recepción que había detrás de Hanlon una voz autoritaria ordenó:

—¡Alto! —El sargento levantó la vista del panel justo cuando estaba a punto de realizar la llamada, y se quedó boquiabierto de asombro. Borftein se acercaba a grandes zancadas hacia el mostrador con Wellesley a su lado y Lechat al otro, y una escuadra de soldados en formación cerrando el grupo. Celia y Malloy estaban entre ellos. Los otros guardias del DS se miraron mutuamente con incertidumbre.

El sargento medio se levantó de su asiento.

—Señor, creía que...

Borftein se detuvo completamente erguido y recto ante el mostrador.

—Fuera lo que fuese lo que creía, era falso. Sigo siendo el comandante supremo militar de esta misión, y obedecerá mis órdenes por encima de las de cualquier otro. Hágase a un lado.

El sargento vaciló durante un momento, y luego asintió a los dos guardias. Borftein y su grupo atravesaron el puesto, y Hanlon empezó a apostar hombres para asegurar la entrada. Otro pelotón de la compañía D procedente de una escalera se materializó a un lado de la recepción y desapareció en el interior del centro de comunicaciones, llevando con ellos a unas cuantas secretarias desconcertadas y personal de oficina con los que se habían tropezado durante el camino.

Pero no había ningún Borftein presente para salvar la situación en la entrada lateral.

—No sé nada de esa orden —dijo el oficial superior al mando desde la pantalla en respuesta a la llamada que había hecho el guardia—. Esas órdenes son incorrectas. Detengan a esos hombres. —El guardia de servicio del mostrador sacó su pistola y apuntó con ella a Maddock, que estaba donde se había parado, a tres metros de distancia con Harding y Merringer. Al instante, los dos guardias del DS que estaban más atrás dirigieron sus fusiles contra ellos.

—*¡Abajo!* —gritó Maddock, y los tres se lanzaron contra el suelo para salir de la línea de fuego mientras una granada de humo lanzada desde una esquina a poca distancia explotaba contra la entrada. El fuego procedente de la entrada barrió mientras la escuadra de la compañía D irrumpía en la sala saliendo al descubierto y corriendo entre el humo, pero el primero de ellos todavía estaba a seis metros de la puerta cuando ésta, que era de acero, se cerró de golpe y empezaron a sonar las alarmas por todo el centro de Gobierno.

Maddock se levantó cuando el humo empezaba a dispersarse y descubrió que Merringer estaba muerto y que

otros dos habían sido heridos. La única esperanza que tenían ahora era llegar a la recepción antes de que Hanlon se viera obligado a cerrarla, suponiendo que Hanlon hubiera conseguido entrar.

—Ve delante con cuatro hombres —le gritó a Harding—. Disparad contra cualquier DS que veáis. Ya saben que estamos aquí. —Se volvió a los demás—. Coged a éstos y pegaos a mí. Vosotros dos, quedaos con Crosby y cubrid la retaguardia. Vale, salgamos de aquí.

Pero la sala de guardia situada detrás de las puertas principales del complejo del centro de Gobierno ya empezaba a vomitar DS que corrían por el pasillo hacia las instalaciones de comunicación mientras los civiles se aplastaban contra las paredes para no ser arrollados, y otros que se habían quedado trabajando hasta tarde se asomaban desde sus oficinas para ver qué ocurría. Un ingeniero vestido con mono de faena, que había estado trabajando en una caja de interruptores generales a través de un panel de acceso que había levantado del suelo, cerró un circuito y una puerta antiincendios de acero reforzado se cerró por sí sola en el camino de los DS. El comandante del DS que dirigía el destacamento se la quedó mirando atontado durante unos segundos mientras sus hombres se detenían apelonadamente a sus espaldas.

—Hacia las escaleras delanteras —gritó—. Subid al nivel tres, y bajad por el otro lado.

Al otro lado de la puerta antiincendios, Bernard dejó caer sus herramientas y corrió hacia el área de recepción del centro de comunicaciones, rezando para que la alarma no hubiera sido dada desde allí. Hanlon y Stanislaw esperaban fuera de la entrada junto a unos pocos más. Justo cuando llegó Bernard, aparecieron Harding y el primer contingente del grupo de la entrada de personal por un pasillo lateral, seguidos de cerca por Maddock y el grupo principal con los dos soldados heridos. Hanlon se apresuró a hacerlos pasar todos al interior del centro de comunicaciones, y la puerta de

seguridad se cerró de golpe momentos antes de que llegara el sonido de botas pesadas de la escalera cercana.

Dentro, los técnicos y otros trabajadores seguían recuperándose de la conmoción de haber sido invadidos por tropas armadas y de la conmoción aún mayor de ver a Wellesley, Celia Kalens y Paul Lechat con los soldados. Estaban de pie, inmóviles por la indecisión, entre los cubículos y consolas de equipo y maquinaria brillante mientras los soldados tomaban posiciones rápidamente para cubrir el interior. Wellesley se dirigió al centro de la sala de control y miró a su alrededor.

—¿Quién está al mando aquí? —exigió. Su voz era más firme y segura de lo que muchos le habían oído en mucho tiempo.

Un hombre de pelo gris en mangas de camisa se adelantó desde un grupo apiñado en la puerta de una de las oficinas.

—Yo —dijo—. McPherson... director de Comunicaciones y Centro de Datos. —Tras una breve pausa, añadió—. A su servicio.

Wellesley aceptó sus palabras con una inclinación de cabeza e hizo un gesto hacia Lechat.

—La rapidez es vital —dijo Lechat sin preámbulos—. Necesitamos acceso inmediato a todos los canales de los servicios públicos, civiles, militares y de emergencia...

El módulo de Batalla era una concentración de muerte en la escala de millones y de destrucción en masa de kilómetro y medio de longitud que se asentaba en la base formada por el morro chato del Eje, a horcajadas de dos columnas que se prolongaban para sostener el cono del colector y sus generadores de campo, y que contenían los conductos que llevaban a los procesadores situados en el punto medio de la nave el hidrógeno recogido del espacio cuando la nave estaba en velocidad de viaje estelar. Esbelto, severo, amenazador y erizado de misiles proyectores de radiación defensivos, y nichos para desplegar sistemas de armamento

orbitales y por control remoto, contenía todo el armamento estratégico del *Mayflower II*, y podía desprenderse si hacía falta para operar como nave de guerra completamente autosuficiente.

El módulo de Batalla no estaba concebido para ser parte de los sectores públicos del *Mayflower II*, y las restricciones de acceso habían sido uno de los principales criterios de diseño. El personal y los suministros entraban al módulo mediante cuatro enormes extensiones tubulares conocidas como los tubos de alimentación, que se extendían telescópicamente desde el cuerpo principal de la nave para terminar en domos que encajaban en las portillas externas del módulo de Batalla, dos delanteras y otras dos en la sección central. Un par de tubos de alimentación se extendían hacia atrás y hacia dentro a partir de carcasas esféricas a los extremos de las dos columnas de soporte del colector, y el otro par se extendía hacia delante y hacia el interior a partir de la sección delantera del Eje, con aspecto de figura de seis lados y llamada apropiadamente el Hexágono. Como si tener que recorrer los tubos de alimentación no fuera suficiente problema, las líneas de tráfico, los mecanismos de transporte de cargas, los de suministro de municiones y otros conductos que los recorrían desde el Eje convergían todos juntos en una única compuerta fuertemente protegida para atravesar un mamparo acorazado hacia el interior del Hexágono. A popa de ese mamparo la compuerta daba a una plataforma de soporte en forma de cuña de noventa metros de largo sobre la cual los diversos tubos, conductos y cintas convergían atravesando una vasta antecámara en medio de una confusión de vigas y soportes estructurales, carcasas de motores, grúas, conductos, tuberías, cables, escalerillas de mantenimiento y pasarelas. No había otra forma de entrada a través del casco. La única ruta a partir del Hexágono era la compuerta.

Es inexpugnable, pensó Colman mientras yacía tumbado detrás de una estructura de sostén situada en lo alto de la

antecámara y estudiaba los accesos a la compuerta. Las portillas de observación que dominaban el área desde lo alto y a los lados podían inundar todo el lugar con múltiples fuegos cruzados, y sin duda había defensas automáticas y por control remoto que eran invisibles. Ciertamente, había protección de sobra para los primeros tramos, pero el asalto final sería suicida... y probablemente inútil, ya que las hojas de la compuerta parecían lo suficientemente resistentes para detener cualquier cosa menor que un misil táctico. Y empezaba a dudar de que la escuadra de demolición, que se estaba poniendo los trajes para salir al exterior allá en el Hexágono, pudiera servir de algo, ya que con toda seguridad los accesos externos al módulo estarían protegidos de forma igualmente efectiva; sabía cómo funcionaban las mentes de la gente que diseñaba cosas como ésta.

—Lo mejor sería volar esa puerta con una salva de misiles anticarro antes de empezar a movernos y esperar que la dejen atascada y abierta —le murmuró a Swyley, que estaba tendido a su lado, examinando el lejano mamparo mediante un intensificador de imagen—. Luego, quizá, inundar la compuerta con incendiarias y avanzar bajo el humo.

—Ésa es sólo la primera puerta —le recordó Swyley apartando el instrumento de sus ojos—. Hay dos. Lo que le hagamos a ésta no les impedirá cerrar la segunda.

—Ciertamente, pero si conseguimos atravesar ésta, podemos ocupar las portillas y asegurar el lugar para traer algo más potente para cargarnos la segunda.

—¿Y entonces qué? —dijo Swyley—. Aun así, todavía nos quedaría abrirnos paso a bombazos hasta los tubos de alimentación y entrar en el módulo de Batalla. Aunque todavía te quedara algún hombre para cuando llegaras al módulo, seguirían teniendo tiempo de sobra para prepararse y despegar antes de que pudieras volar las compuertas interiores.

—¿Tienes alguna idea mejor? —Por una vez, Swyley no la

tenía.

En ese momento el sonido de emergencia sonó simultáneamente de ambos comunicadores, y pitidos de advertencia y gemidos de sirena resonaron por todo el laberinto que les rodeaba. Se miraron durante un segundo. El ruido murió mientras Colman intentaba pescar su unidad en el bolsillo de su pechera y sostenerlo donde ambos pudieran verla, mientras Swyley desactivaba la suya. Segundos más tarde, los rostros de Wellesley, Borftein y Lechat aparecieron en la diminuta pantalla. Colman cerró los ojos durante un instante y exhaló un largo suspiro de alivio.

—Lo consiguieron —susurró—. Han entrado.

—Éste es un comunicado de máxima gravedad; afecta a todos y cada uno de los miembros de la Misión del *Mayflower II* —dijo Wellesley hablando de forma clara pero ominosa—. Me dirijo a vosotros en mi plena capacidad como director de la Misión. El general Borftein está junto a mí como comandante supremo de *todas* las fuerzas militares. Recientemente, la más vil y criminal de las traiciones ha sido intentada contra nosotros. Ese intento ha fracasado. Pero, además, se ha perpetrado un engaño que ha implicado la difamación del carácter de los quironeses, el fomento de la violencia para servir a las ambiciones políticas de un elemento corrupto en nuestro seno, y el asesinato frío y calculado de personas inocentes por nuestros propios hombres. No tengo que recordaros...

—Eso debería entregarnos la nave y la superficie —dijo Swyley—. Si el ejército se recupera y agarra a Sterm antes de que tenga oportunidad de llegar hasta aquí, entonces puede que no tengamos necesidad de entrar ahí.

Colman alzó la cabeza y volvió a contemplar las rutas de acceso imposible hacia la compuerta del casco, viendo en su mente una vez más la inevitable masacre que entrañaría un asalto frontal. ¿Quién en ambos bandos tendría algo que ganar que les importara personalmente? Colman no tenía querella alguna con la gente que manejaban las defensas, ni

ellos con él o sus hombres. Entonces, ¿por qué estaba tendido allí con un arma, y empleando un montón de tiempo pensando la mejor manera de matarlos? Porque ellos estaban allí con sus armas, y probablemente habían pasado mucho tiempo pensando en la mejor manera de matarlo a él. Ninguno de ellos sabía por qué lo hacían. Simplemente era lo que siempre se había hecho.

En la pantalla de su comunicador, la imagen cambió y se centró en Celia mientras empezaba a hablar con voz ligeramente temblorosa pero determinada. Colman apenas le prestaba atención. Intentaba obligarse a pensar de la forma en que lo haría un quironés.

Capítulo treinta y siete

En el interior del puesto de mando local detrás del mamparo acorazado del Hexágono, el comandante Lesley de las fuerzas del destacamento de seguridad todavía estaba demasiado conmocionado por lo que acababa de oír para ser capaz de reaccionar coherentemente en ese momento. Miraba fijamente al panel de comunicaciones donde una pantalla mostraba una vista del distrito de Columbia, donde el comandante de la guardia del DS había entrado en el centro de comunicaciones bajo bandera de tregua hacía unos minutos para hablar con Borftein, e intentaba separar las emociones en conflicto en su cabeza. El capitán Jarvis, el oficial ayudante de campo de Lesley, y el teniente Chaurez observaban en silencio mientras a su alrededor el personal del puesto apartaba la mirada y se ocupaba de sus propios pensamientos. Su dilema no era tanto tener que elegir entre órdenes contradictorias por primera vez en su vida, ya que el orden de prioridad estaba bastante claro y no tenía ningún deber de obedecer a quien había usurpado rango y usado su mando de manera criminal, sino decidir en qué bando quería estar. Aunque Borftein tenía las credenciales, Stormbel era el que tenía la pistola.

Jarvis examinó la pantalla al otro lado del puesto.

—Parece que el combate en Vandenberg está contenido —anunció—. Dos grupos de los nuestros resisten en los hangares uno y tres, pero el resto coopera con los regulares. Los regulares ya casi han tomado el módulo entero. Stormbel no podrá reunir refuerzos de la superficie desde ahí.

—¿Cuáles son las últimas noticias de la superficie? —preguntó Chaurez.

—Confuso, pero hay tranquilidad en los barracones —le dijo Jarvis—. Muchos tiroteos en la base de Cañaveral. Todo el mundo parece que quiere echarle el guante al equipo

pesado que hay allí. Una de las lanzaderas está en llamas en una de las rampas de lanzamiento.

El comandante Lesley sacudió lentamente la cabeza y continuó mirando fijamente al frente con una expresión ausente en los ojos.

—Esto no debería ocurrir —murmuró—. No son el enemigo. No deberían luchar entre sí.

Jarvis y Chaurez se miraron. Entonces Jarvis apartó la vista para atender a otro informe entrante que aparecía en una de las pantallas.

—Peterson se ha declarado a favor de Borftein en el centro de Gobierno —murmuró por encima del hombro—. Supongo que todo se ha acabado en el distrito de Columbia. Con eso deberían tener todo el Anillo.

—Así que ahora vendrán al Eje —dijo Chaurez. Ambos volvieron a mirar a Lesley, pero antes de que ninguno pudiera decir nada un tono agudo procedente del panel de comunicaciones anunció una llamada del puente del módulo de Batalla.

Lesley aceptó automáticamente y se encontró contemplando los rasgos del coronel Oordsen, uno de los hombres de Stormbel, que parecía sombrío y determinado, pero visiblemente perturbado.

—Active las defensas contra intrusos, cierre las compuertas externa e interna, y ponga a la guardia en alerta, comandante —ordenó—. Cualquier intento de entrada desde el Eje antes de que se cierren las compuertas será rechazado con máxima fuerza. Infórmeme cuando el mamparo esté asegurado, y en cualquier caso no tarde más de cinco minutos. ¿Entendido?

En ese momento sonó la alarma local dentro del puesto de mando. A los pocos segundos, llegó el sonido de los hombres apresurándose hacia sus puestos desde los pasillos y escaleras del fondo. Uno de los soldados del puesto ya estaba activando los interruptores para recibir los informes y Chaurez se levantó para ir a la cámara de observación

exterior justo cuando el oficial de vigilancia apareció al otro lado de la puerta.

—Regulares, una treintena o más.

Dejando al coronel Oordsen en la pantalla, Lesley se levantó y atravesó la puerta de la pared de acero que dividía el puesto de mando de la cámara de observación y miró por una de las portillas que daban a los accesos a la compuerta de abajo. Chaurez observaba desde la puerta, ignorando la voz indignada de Oordsen que llegaba desde el panel.

—Comandante Lesley, no le he ordenado retirarse. Vuelva ahora mismo. ¿Qué demonios está pasando ahí? ¿Qué son esas alarmas? ¿Me oye, Lesley?

Pero Lesley no le escuchaba mientras contemplaba la plataforma de abajo, que se abría en abanico desde el arco de luces situado encima de la compuerta para perderse en la oscuridad de la antecámara. Había figuras moviéndose lentamente en las sombras junto a los tubos de tráfico y vías de trenes de carga, desperdigadas en la retaguardia pero cerrando filas según se acercaban a las líneas de la plataforma. Se movían cuidadosamente, de una forma que parecía indicar más cautela que sigilo, y parecían rehuir deliberadamente ponerse a cubierto. Y llevaban las armas bajo el brazo con los cañones apuntando al suelo de una forma que en absoluto era amenazadora.

—Todos los hombres en sus puestos y a la espera —canturreó uno de los soldados del puesto desde el interior del puesto de mando.

—PCL a la espera y listo para abrir fuego —informó otra voz...

—Defensas antiintrusos listas y preparadas para activarse.

—Compuerta en condición naranja y lista para cierre.

Las figuras eran ahora claramente visibles y se movían aún más lentamente cuando emergían bajo las luces de la compuerta. Eran infantería regular, según podía ver Lesley. Un sargento alto y un cabo con gafas iban a un par de pasos

por delante de los demás. Se detuvieron, como si esperaran, y detrás de ellos los demás también se detuvieron y quedaron inmóviles. La mandíbula de Lesley se tensó mientras contemplaba la escena a través de la portilla de observación. Apostaban sus vidas a la respuesta a la pregunta que les carcomía.

Jarvis apareció repentinamente en la puerta junto a Chaurez.

—Tres compañías en formación de batalla han llegado al Eje y avanzan, y hay más de camino desde el Anillo — anunció—. Además, hay un destacamento del módulo de Batalla que viene hacia aquí por uno de los tubos de alimentación. Deben venir a cerrar la compuerta.

Lesley los miró a los dos, pero no dijeron nada. No había nada más que pudieran decirle. Podía cerrar la compuerta y ponerse bajo la protección de las armas del módulo de Batalla; alternativamente, con la fuerza añadida de los regulares que acababan de llegar abajo, podía mantener la compuerta abierta contra los DS que venían del módulo de Batalla hasta que el resto del ejército llegara. Era hora de decidir cuál sería su respuesta.

Pensó en Celia Kalens, que había desaparecido presumiblemente en busca de un lugar donde estar a salvo, y que luego había hecho todo el camino de vuelta hasta aquí arriba y el centro de Gobierno; lo había arriesgado todo para que se supiera la verdad. Entonces volvió a mirar al sargento y al cabo, y a las figuras que tenían detrás en un ruego silencioso para que triunfara la razón. También lo arriesgaban todo, de forma que lo que Celia y los demás habían hecho no fuera en vano. Fuera lo que fuese lo que Lesley podía perder, no podía ser más que lo que esa gente ya había arriesgado.

—Que los hombres se retiren —le dijo a Jarvis sin alzar la voz—. Desconecta los sistemas antiintrusos y devuelve la compuerta a condición verde. Que todo el mundo avance hacia la compuerta exterior y se despliegue para asegurarla

contra un ataque procedente del módulo de Batalla. Chaurez, haz que entren esos hombres. Vamos a necesitar toda la ayuda que podamos conseguir. —Y con eso se volvió y salió de la cámara de observación para descender al nivel de la compuerta.

Jarvis y Chaurez captaron cada uno la mirada del otro. Tras un momento, Jarvis emitió un suspiro de alivio. Chaurez le dedicó una breve sonrisa y volvió al puesto de mando a inclinarse sobre el panel de comunicaciones.

—Teniente —exigió furiosamente Oordsen desde la pantalla—. ¿Dónde está el comandante Lesley? He ordenado que... —Chaurez lo cortó al pulsar un interruptor y al mismo tiempo activó el circuito de los altavoces del área de la compuerta.

—Vale, tíos, nos retiramos —le dijo al micrófono que se proyectaba desde el panel—. Entrad lo más rápido que podáis. Se acercan problemas por uno de los tubos de alimentación al otro lado.

Mientras Chaurez terminaba de hablar, un indicador anunció una llamada entrante desde el centro de Gobierno. La aceptó y se encontró contemplando a un capitán del ejército dotado de un gran bigote.

—Aquí el puesto de mando delantero —dijo Chaurez.

—Sirocco, comandante de la compañía D, segunda brigada de infantería. ¿Está ahí su oficial al mando?

—Lo siento, señor. Acaba de bajar a la compuerta.

—¿Y su ayuda de campo?

—Ha ido a la compuerta exterior.

Sirocco parecía preocupado.

—Mire, hay una fuerza de camino para ocupar el morro. Queremos evitar el derramamiento de sangre sin sentido. Esas compuertas deben permanecer abiertas. Tengo aquí al general Borftein, que quiere hablar con quien esté al mando.

—Puedo hablar por ellos —dijo Chaurez—. Puede decirle al general que las noticias son buenas.

Abajo, en la compuerta interna, Colman y Swyley

estaban junto al comandante Lesley mientras tras ellos el contingente de la compañía D daba botes en la baja gravedad del Eje para unirse a los DS que se dirigían hacia la compuerta exterior.

—Se ha arriesgado muchísimo al hacer lo que ha hecho, sargento.

—Cincuenta por ciento de posibilidades. Hubieran sido cero si lo hubiera hecho del otro modo.

—Piensa bien.

—Eso es algo que todos tenemos que aprender a hacer.

Lesley lo miró a los ojos durante un segundo y luego asintió.

—La situación es que ahora mismo tenemos un ataque procedente del módulo de Batalla que viene por uno de los tubos de alimentación. Hemos dejado sin energía a los sistemas de tránsito del tubo para retrasarlos, así que entre nosotros deberíamos ser capaces de contenerlos hasta que lleguen los refuerzos. ¿Cuánto tardarán? —Empezaron a caminar rápidamente hacia la puerta exterior de la compuerta, más allá de la cual las líneas divergían en túneles que se extendían a lo lejos hacia los tubos de alimentación y las estructuras de sostén del colector.

—¿Hasta dónde han penetrado? —preguntó Colman.

—Empezaron a llegar al Eje hace unos minutos —dijo Lesley—. ¿Cómo es que no lo sabe?

—Todo eso ha sido una... operación bastante poco ortodoxa.

Por delante de ellos, Jarvis había posicionado soldados para cubrir todas las bocas del túnel, con la fuerza mayor concentrada alrededor de la salida del tubo por el que se acercaban los DS del módulo de Batalla, y se había retirado a una plataforma de observación protegida desde la que podía dirigir las operaciones con una vista clara del túnel. Lesley, Colman y Swyley se pusieron detrás de un montante donde Driscoll y otros de la compañía D estaban agazapados con sus armas. Unos pocos segundos después todos los soldados

se tensaron expectantes.

Y entonces los más cercanos a la boca del túnel alzaron sus manos e intercambiaron miradas de perplejidad. En la plataforma de observación, Jarvis miró por encima del parapeto, titubeó durante un segundo y luego se irguió lentamente. Uno a uno los soldados empezaron a bajar las armas y Jarvis bajó al piso de la compuerta.

Un comandante del DS con la cara ennegrecida por el humo y una de sus mangas manchada de sangre emergió tambaleándose de la boca del túnel; inmediatamente detrás de él había cuatro DS de aspecto desaliñado y uno de ellos también con la cabeza ensangrentada. Lesley y los demás salieron de sus protecciones y Jarvis y un par de sus hombres fueron a escoltar a los cinco DS.

Lesley y el comandante obviamente se conocían.

—Brad —dijo Lesley—. ¿Qué demonios ha ocurrido? Esperábamos un combate.

—Ha habido uno en el módulo de Batalla —le dijo Brad sin aliento—. Un grupo de nosotros intentó hacerse con el mando ahí dentro después de la transmisión, pero había demasiados que se imaginaban que era el lugar más seguro donde quedarse y que no abandonarían. Nosotros fuimos los únicos que conseguimos salir.

—¿Cuántos hay ahí dentro? —preguntó Lesley.

—No estoy seguro... puede que unos cincuenta. Hemos dejado a la mayoría en el tubo cubriendo la compuerta desde el domo.

—¿Quieres decir que tenemos el camino expedito hasta el módulo de Batalla? —preguntó Colman.

Brad asintió.

—Pero la gente de Stormbel está en el domo. El único camino para acceder al interior sería abriéndose paso a la fuerza.

Lesley se volvió hacia Jarvis.

—Vuelve a dar potencia a los tubos y haz que bajen más hombres hasta aquí, y rápido. Ponlos con trajes por si el

domo se despresuriza, y vuelve a meter a la gente de Brad en el tubo.

—Tenemos un pelotón ya con trajes —dijo Colman—. ¿Esos coches funcionan? —Indicó algunos transportes de personal alineados en una vía secundaria que se separaba de una de las vías principales. Jarvis asintió. Colman se volvió hacia Swyley—: Que el pelotón se suba y los use para llegar al tubo.

—El ejército viene de camino por el Eje —le dijo Lesley a Brad—. Deberían llegar en cualquier momento.

—Esperemos que no pierdan el tiempo —replicó Brad—. Sterm está montando un ataque con misiles justo en este momento... uno grande.

Colman sintió una frialdad en el estómago incluso antes de que su mente entendiera por completo lo que Brad había dicho.

—¿Sterm? —repitió turbado. Se lamió los labios, que repentinamente tenía secos, y miró primero a uno y luego al otro comandante del DS—. ¿Quieres decir que ya está ahí dentro?

Lesley asintió.

—Lleva ahí toda la tarde. Llegó alrededor de las 18.00 para una reunión de la plana mayor. Están todos ahí... —Frunció el ceño ante la expresión de la cara de Colman—. ¿Nadie lo sabía?

Colman negó con la cabeza lentamente. Había habido demasiadas cosas en las que pensar y poquísimo tiempo para hacerlo. Siempre ocurría lo mismo; cuando la presión ya era insoportable, invariablemente había algo que todo el mundo había pasado por alto porque era demasiado obvio. Habían estado tan ocupados en pensar en cómo intentar impedir que Sterm llegara al módulo de Batalla que nadie había contemplado la posibilidad obvia de que ya estuviera allí.

—¿Cuál es el blanco del ataque con misiles? —preguntó Colman con voz enronquecida.

—No lo sé —replicó Brad—. No estaba metido en lo que

ocurría a alto nivel. Pero es de medio a largo alcance, y por alguna razón tiene que sincronizarse con el período orbital de la nave.

Colman gimió. El objetivo sólo podía ser la *Kuan-yin*. Si el ataque tenía éxito dejaría a Sterm al mando de la única plataforma de armas estratégicas del planeta y en posición de dictar todos los términos que quisiera; si fallaba, entonces Sterm y sus últimos seguidores se llevarían consigo el *Mayflower II* cuando la *Kuan-yin* se alzara por encima del borde de Quirón para llevar a cabo su represalia. Fuera de la compuerta, el primer transporte cargado con soldados en traje de combate en vacío se movió y desapareció en el túnel por el que habían aparecido Brad y su grupo.

—Parece como si supiera algo al respecto —le dijo Lesley a Colman—. ¿Hay algo en la superficie que no sea de conocimiento público?

—No... —Colman negó con la cabeza con expresión distante—. Es demasiado complicado para explicarlo ahora mismo. Miren...

Un sargento del DS le interrumpió desde detrás de Lesley.

—Han llegado, señor. Transportes en la compuerta. —Se volvieron para mirar y descubrir a los primeros vehículos atestados de tropas, muchos de ellos con trajes de vacío, y armamento que deceleraban cuando atravesaban el espacio entre las hojas de la compuerta y luego volvían a acelerar sin detenerse mientras los que había en el interior los saludaban con la mano. Llegaron más, sus ocupantes parecían formidables y determinados, y Lesley dio orden de que fueran dirigidos a los otros tres tubos de alimentación para acercarse al módulo de Batalla por sus cuatro puntos de acceso.

Entonces el comunicador de Colman empezó a pitar. Bernard Fallows lo llamaba desde el centro de comunicaciones.

—Supongo que lo has conseguido —dijo—. Pero la cosa

no se ha acabado—. Hemos averiguado dónde está Sterm.

—Y yo también —dijo Colman—. Y es peor de lo que imaginas. Está montando un ataque con misiles ahora mismo. El objetivo tiene que ser la *Kuan-yin*.

Bernard asintió lúgubrementemente, pero su expresión no mostraba toda la consternación que debiera. Evidentemente estaba en parte preparado para esas noticias.

—Borftein está comprobándolo —dijo. Pasarán cuarenta minutos antes de que la *Kuan-yin* desaparezca por detrás del planeta. Sterm no lanzará sus misiles antes.

—¿Dejarán los quironeses que espere tanto? —preguntó Colman—. ¿Saben que está allí y lo que pretende?

Bernard negó con la cabeza.

—No. Estamos en contacto con los quironeses, pero Wellesley vetó toda mención del asunto. —Colman asintió. Wellesley no habría querido arriesgarse a que los quironeses dispararan primero. Bernard continuó—: Wellesley ha intentado contactar con el módulo de Batalla, pero Sterm no quiere hablar. Nos suponemos que mantendrá el módulo conectado hasta después de haber efectuado el ataque... en otras palabras, si no le funciona y los quironeses se lo cargan, también se nos llevarán a nosotros por delante. Y lo mismo ocurre si los quironeses deciden apretar el botón primero. Debemos suponer que está en una cuenta atrás de cuarenta minutos. Hanlon y Armley están de camino desde aquí, y Sirocco salió hace unos minutos. Borftein está enviando a todo el que puede encontrar. ¿Qué probabilidades tenemos?

Un transporte lleno de soldados de infantería aferrados a lanzamisiles anticarro y equipo de demolición se deslizó más allá de la compuerta y se arrastró hacia un ramal que conducía a uno de los tubos frontales del módulo de Batalla.

—Bueno, tenemos el camino libre por uno de los tubos, y nos movemos hacia los demás —replicó Colman—. Ha habido algo de combate en el interior del módulo de Batalla, y unos cuantos lo abandonaron. Esperemos que no queden dentro

los suficientes para impedirnos abrirnos paso hasta el interior volando los cuatro accesos a la vez. Dile a Borftein que siga enviando todo el material pesado que encuentre tan rápidamente como consiga echarle mano.

Capítulo treinta y ocho

El capitán del DS al mando de las defensas del acceso de popa número 2 al interior del módulo de Batalla hizo retroceder a su pelotón adelantado cuando las puertas interiores empezaron a brillar al rojo vivo por el centro. Los defensores se habían puesto trajes de vacío, despresurizado los compartimentos junto al área de la compuerta y cerrado las puertas herméticas que conectaban con el interior del módulo. Desde su posición detrás de la mampara de cristal blindado que dominaba el área desde la sala de control de la compuerta, pudo ver el primero de los cañones automáticos que rodaba desde retaguardia.

—Daos prisa con esos RCC —gritó en el micrófono de su casco—. Pelotón amarillo, tomen posiciones a cubierto. Pelotones verde y rojo, prepárense para retirarse a las compuertas del mamparo longitudinal.

—Debe resistir hasta el último hombre —dijo en una pantalla el coronel Oordsen, que seguía los acontecimientos desde el puente—. Casi estamos listos para separar el módulo.

—Lo haremos si es necesario, señor —le aseguró el capitán.

Repentinamente toda la estructura de la compuerta reventó hacia dentro bajo una salva de misiles explosivos de alta potencia y anticarro. Aunque no había aire para conducir la onda de choque, las paredes y el suelo temblaron. Algunos de los defensores fueron golpeados por los escombros, y otros más cayeron bajo la descarga de bombas de fragmentación que llegó un segundo después a través del agujero que había dejado la compuerta. El resto comenzó a disparar a las figuras en traje de combate que avanzaban entre los escombros del domo exterior. Uno de los RCC había volcado y se había atascado en la compuerta, y el otro

intentaba sortearlo.

—Pelotón rojo, retírense a las posiciones del plan de emergencia —aulló el capitán—. Cubran...

Otra salva de misiles atravesó la compuerta exterior para estrellarse contra las estructuras y paredes internas, eliminando a la mitad de las fuerzas que habían empezado a ponerse en marcha en ese momento. Los supervivientes, conmocionados entre los escombros, empezaron a caer bajo una granizada de fuego de alto explosivo y de racimo procedente de M32 y artillería de asalto de infantería. Lo que quedaba de la fuerza defensora se dispersó y todos comenzaron a huir en desorden.

—¡Todo el mundo fuera! ¡Retiraos a...! —La mampara de cristal implosionó bajo un impacto directo, y una milésima de segundo después una bomba guiada con una ojiva de doscientos veinticinco kilos de explosivo incendiario puso fin a toda resistencia en las cercanías del acceso de popa número 2.

En el puente del módulo de Batalla, el coronel Oordsen apartó la vista de la pantalla que acababa de quedarse en negro frente a él. En una pantalla adyacente, otro oficial del DS informaba desde una posición más al interior del mamparo longitudinal.

—Negativo en popa número 2 —dijo Oordsen a Sterm, que observaba con expresión lúgubre—. Llegarán hasta ahí en cuestión de minutos.

—¿Cuánto queda hasta que el planeta eclipse a la *Kuan-yin*? —preguntó Sterm mirando a Stormbel, que supervisaba los preparativos para la separación del módulo. Había que aprovecharse de la protección que ofrecía el *Mayflower II* hasta que lanzara los misiles, pero la inesperada pérdida del resto de la nave, junto con el traicionero cambio de bando de Lesley en el Hexágono y la llegada de tropas de asalto al exterior del módulo de Batalla le habían obligado a revisar sus prioridades. Tenía poco sentido destruir la *Kuan-yin* si por el camino perdía el módulo de Batalla.

—Ocho minutos —replicó Stormbel—. Pero su plato de reacción todavía sigue apuntando lejos de nosotros. Estamos listos para separarnos.

—¿Estás seguro de que podemos ponernos a cubierto tras el planeta?

—La *Kuan-yin* no será capaz de maniobrar instantáneamente —dijo Stormbel—. Acelerando a toda potencia y adelantando al *Mayflower II* inmediatamente después de separarnos, estaremos detrás del planeta antes de que la *Kuan-yin* tenga tiempo de cambiar de rumbo. Tras eso podemos ponernos en una órbita que mantenga una posición en oposición constante.

—El acceso de proa número uno se ha rendido —dijo Oordsen tensamente al recibir otro informe—. El combate se ha detenido allí—. Nickolson está sacando a sus hombres, incluyendo a la reserva. No tenemos elección.

Los ojos de Sterm brillaron de ira.

—Quiero un informe completo sobre todo oficial que haya desertado —le recordó a Stormbel—. Los del centro de Gobierno, el de Vandenberg, Lesley en el Hexágono... de todos ellos. —Su tono era calmado, pero más amenazador en su frialdad—. Responderán por todo esto cuando llegue la hora. General, separe el módulo de Batalla inmediatamente y proceda según lo planeado.

Stormbel retransmitió la orden, y la enorme masa del módulo de Batalla empezó a deslizarse entre los pilares de sostén del colector del *Mayflower II* cuando sus motores de maniobra auxiliares se pusieron en marcha. El sonido de acero retorciéndose y arañando el casco exterior reverberó por toda la sección de popa del módulo cuando uno de los tubos de alimentación, ninguno de los cuales había sido retirado, primero se dobló y luego se arrugó. El tubo se desgarró a lo largo en una sección que había estado presurizada, vertiendo hombres y equipo al espacio. Los afortunados, los que llevaban trajes, podían tener la esperanza de que los localizaran mediante las señales de

emergencia de sus mochilas. El resto no tuvo esperanza alguna antes de que sus cuerpos explotaran.

—Cuando regresemos será una historia diferente —le dijo Sterm a su cohorte en el puente en el momento que los impulsores principales del módulo entraron en funcionamiento y sintieron que se desplazaban del morro del *Mayflower II*—. Pero primero tenemos que tratar con nuestros... amigos quironeses. ¿Qué informes hay sobre la *Kuan-yin*?

—No ha empezado a responder todavía —dijo Stormbel aparentando alivio por primera vez en horas—. Quizá los hemos tomado por sorpresa después de todo. —Echó un vistazo a los números que aparecían en la pantalla de proyecciones orbitales y de rumbo—. En cualquier caso, ahora ya no nos pueden tocar.

Sterm asintió lentamente con satisfacción.

—Excelente. Creo que estarán de acuerdo conmigo, caballeros, en que esto nos coloca en una posición inexpugnable para negociar.

En el centro de comunicaciones del *Mayflower II*, Borftein, Wellesley y los demás, que habían estado coordinando actividades en toda la nave y el planeta, se detuvieron para escuchar tensamente el pandemonio que emanaba de las pantallas a su alrededor. Figuras en trajes espaciales se alejaban dando volteretas de los restos mutilados de un tubo de alimentación, y el interior descubierto de los domos al final de otros; todos mostraban daños de combate y uno de ellos había sido parcialmente destruido. Vomitaban armas, escombros y equipo en todas direcciones mientras los soldados enfundados en trajes colgaban por todos lados apiñados desamparadamente alrededor de cables de seguridad.

—Que lancen inmediatamente todos los transportes de personal técnico, vehículos de reparación, transbordadores, cualquier cosa que pueda salir al exterior —restalló Borftein a uno de los suyos—. Que salgan de Vandenberg o de cualquier

otro lugar en el que estén. Quiero que recojan hasta al último de esos hombres. Peterson, díglele al almirante Slessor que quiero que todas las lanzaderas estén preparadas para salir en caso de que haya que evacuar la nave. Y que averigüe cuántas más hay disponibles en Cañaveral.

—El vicealmirante Crayford le llama desde Vandenberg, señor —gritó una voz.

—Los quironeses en el canal ocho piden un informe, señor.

—El comandante Lesley llama desde el morro, señor.

—El módulo de Batalla mantiene velocidad y rumbo, y está a punto de escudarse tras el planeta, señor.

No muy lejos de Borftein, Wellesley y Lechat hablaban con los quironeses Otto y Chester en una gran pantalla. Tras ellos, en una de las consolas de control del centro, Bernard, Celia y un operador de comunicaciones contemplaban dos pantallas similares, una que mostraba el rostro de Kath y la otra una vista de la confusión en el interior de lo que quedaba de uno de los domos de un tubo de alimentación.

En una segunda pantalla, Hanlon, con el traje espacial ennegrecido por marcas de quemaduras, se aferraba a los restos de una retorcida estructura metálica que salía al espacio abierto, y tiraba de un par de cables con su brazo libre, al tiempo que detrás de él otros soldados tiraban de otras figuras de vuelta al domo resquebrajado y los ayudaban a subir a la entrada del tubo de alimentación.

—Creo que ese de ahí es el hombre en persona —dijo la voz de Hanlon desde la rejilla situada al lado de la pantalla—. Ah, sí... un poco baqueteado, pero se pondrá como nuevo. —Dio un tirón final a los cables y otra figura entró en la imagen. Bernard y Celia exhalaban suspiros de alivio cuando reconocieron los rasgos de Colman bajo la gorra dentro del casco, que chorreaba sudor pero aparentemente indemne. Colman se ancló a otra parte de la misma estructura a la que se aferraba Hanlon, desabrochó su cable de seguridad, y luego ayudó a Hanlon a tirar hasta que apareció una segunda

figura, esta vez boca abajo, de cara regordeta y expresión de completa miseria y que de algún modo conseguía mantener unas gafas torcidas sobre sus ojos.

—Hanlon lo tiene —dijo Bernard a la pantalla que mostraba a Kath—. Parece que está bien. También tienen a Swyley aparentemente entero.

Kath cerró los ojos agradecida por un instante, y luego se volvió a hablar con Verónica, Adam, Casey y Barbara que no aparecían en pantalla.

—Han encontrado a Steve. Está bien.

Detrás de Bernard y Celia, Lechat le decía a Otto:

—Todas las armas estratégicas están en ese módulo. Esta nave ya no representa ningún peligro en absoluto.

—Somos conscientes de ello —dijo Otto.

—Teníamos que intentarlo —insistió Wellesley al lado de Lechat—. No podíamos arriesgarnos a informarles de que esas personas se habían hecho con el control de las armas. La decisión fue mía y de nadie más.

—Creo que yo hubiera hecho lo mismo —le dijo Otto.

En ese momento el supervisor de comunicaciones gritó:

—Tenemos una comunicación entrante del módulo de Batalla. —Al instante todo el centro de comunicaciones quedó en silencio y las figuras de Sterm y Stormbel, flanqueadas por oficiales de su plana mayor, aparecieron en una de las grandes pantallas murales emplazadas en lo alto. Sterm parecía frío y guardaba la compostura, pero había un brillo burlón y triunfal en sus ojos; Stormbel estaba erguido con los pies separados, los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza recta, la cara desprovista de expresión mientras los demás oficiales miraban al frente hieráticamente. Tras unos segundos, Wellesley, Lechat y Borftein se dirigieron al centro de la sala y alzaron la vista hacia la pantalla.

La cara de Celia se había convertido en una tensa máscara exangüe mientras contemplaba la imagen de Sterm.

—Tenemos una comunicación del módulo de Batalla —le susurró Bernard a Kath.

—Lo sé —le dijo Kath—. Otto y Chester también la reciben a través de uno de nuestros satélites de comunicaciones. Es un enlace a tres bandas.

—Buen intento, Wellesley —dijo Sterm desde la enorme pantalla—. De hecho, me veo obligado a felicitarle por su ingenio e iniciativa. Desafortunadamente, desde su punto de vista, sin embargo, todo ha sido en vano. —Movi6 los ojos a otro punto fuera de la imagen, posiblemente a una pantalla que mostraba a Otto y Chester—. Y desafortunadamente, desde su punto de vista también, hace tiempo que descubrimos el secreto de la *Kuan-yin*.

—Bernard —dijo Kath desde la pantalla de la consola.

Volvió la cabeza para mirarla.

—¿Qué?

—Algunos de los módulos de la *Mayflower II* tienen techos con bandas que actúan como pantallas, ¿no? —dijo Kath.

Bernard frunció el ceño sin comprender.

—Sí... Pero ¿qué...?

El tono de Kath era bajo, pero tenía una nota de urgencia.

—Asegúrate de que todas están cerradas. Ahora. —Bernard sacudió la cabeza, desconcertado, y empezó a hacer preguntas de nuevo—. Tú hazlo.

Bernard se quedó mirando la pantalla un instante más; antes de asentir miró al operador de comunicaciones sentado al lado de Celia.

—¿Puedes poner al almirante Slessor en línea por aquí? —El operador asintió e introdujo un código.

Desde el centro de la sala, Wellesley preguntó:

—¿Qué es lo que quiere?

—Bien —asintió Sterm con aprobación—. Percibo una disposición a colaborar. —Volvió el rostro hacia los quironeses—. Parece que empezamos a comprendernos mutuamente.

—Le escuchamos —respondió Otto sin entonación.

—Quizá fuera de utilidad hacer un resumen de la situación existente en estos momentos —sugirió Sterm—. Tenemos a nuestras órdenes un arsenal estratégico cuya potencia no hace falta que describa, y la única arma capaz de oponérsele ha quedado neutralizada. Nuestra habilidad para atacar a la *Kuan-yin*, por otra parte, no ha sufrido merma alguna y estoy seguro de que habrán calculado de antemano que su destrucción está garantizada. Tenemos control sobre la superficie de Quirón, el *Mayflower II* ha quedado reducido a una condición de indefensión, y las implicaciones de esos hechos son obvias.

Sterm permitió unos cuantos segundos para que sus palabras hicieran efecto, y luego hizo un ademán con el que parecía abarcar a todos los que le escuchaban y remarcar su indefensión.

—Pero no deseo destruir sin propósito alguno valiosos recursos que sería ridículo para cualquiera de nosotros malgastar. No tengo por qué negociar, ya que toda la fuerza está de mi parte, pero me siento dispuesto a llegar a un acuerdo. A cambio de reconocimiento y lealtad, ofrezco la protección derivada de esa fuerza. Estoy en posición de reclamar exigencias incondicionales, pero opto por hacer un ofrecimiento. Así que, como pueden ver, mis términos no carecen de generosidad.

—El almirante Slessor —le murmuró a Bernard el operador de comunicaciones.

Bernard asintió y se inclinó hacia delante para hablar en voz baja a la cara que apareció en la pantalla auxiliar.

—Esto es urgente, almirante. Asegúrese de que todas las pantallas de los techos de los módulos queden cerradas inmediatamente.

Slessor reconoció a Bernard como a uno de los antiguos hombres de Merrick.

—¿Por qué? —preguntó, perplejo—. ¿Qué está haciendo ahí... eh, Fallows?

—No estoy seguro del porqué, pero creo que es

importante... para los quironeses.

Slessor frunció el ceño aún más profundamente. Titubeó, reflexionó un momento y luego asintió.

—Muy bien, me ocuparé de que se haga. —Y se apartó de la pantalla.

—Ésa es una extraña oferta —le dijo Otto a Sterm—. Nos ofrece protección, pero la única protección aparentemente necesaria sería contra usted, para empezar. Después de todo, es usted el que tiene todas las armas. Parece que su idea de la lógica es más que curiosa.

Por primera vez un indicio de ira relampagueó en el rostro de Sterm.

—Le aconsejaría que no usara esta oportunidad para demostrar lo listo que es —advirtió Sterm. Se tomó un momento para calmarse. Luego continuó hablando—: La Tierra se resquebraja en pedazos porque no ha producido el líder fuerte que aplastaría —Sterm alzó una mano y la cerró en un puño a la altura de su cara— las rivalidades mezquinas y las envidias que a lo largo de la historia han frustrado cualquier expresión potencial de la grandeza de la unidad y el poder colectivos. La Tierra siempre ha estado sumida en la confusión porque ha heredado un legado de caos de proporciones globales contra el cual los esfuerzos de incluso los organizadores más competentes no han servido de nada. ¿Es ése el futuro que desean para Quirón?

»Este planeta ha escapado a tal destino hasta ahora, pero su población crecerá. Tiene ahora la oportunidad de beneficiarse de las lecciones de la Tierra, y de plantar las semillas de un orden fuerte, unificado e inconmovible, antes de que las enfermedades de la desunión tengan ocasión de germinar y volverse virulentas. Las mismas fuerzas que se han desatado en la Tierra están a solo dos años de distancia de Quirón bajo la forma de la vanguardia de la Federación del Este Asiático. Dentro de dos años, las opciones serán someterse a la dominación de aquellos que esclavizarían este planeta, o hacerles frente con una *fortaleza* unificada que

haría inexpugnable a Quirón. La elección que tienen que hacer es entre debilidad o fuerza; servilismo en oposición a dignidad; entre esclavitud o libertad, entre ignominia u honor; y entre vergüenza u orgullo. Debilidad o fuerza. Yo ofrezco las segundas alternativas.

En los ojos de Sterm había aparecido una luz distante, y su respiración era visiblemente más agitada.

—Convertiré este mundo en el poder que la Tierra jamás podrá ser... una fortaleza inconquistable a la que ni siquiera una flota entera de naves de la FEA se atrevería a acercarse. Construiré para vosotros el primer imperio estelar aquí, en Centauri, un pueblo unido bajo un líder... unidos en una sola voluntad, y unidos en un solo propósito. Los débiles no tendrán que enfrentarse a los débiles para sobrevivir. Los débiles serán protegidos por la fuerza que se deriva de la unidad, y por esa misma unidad los fuertes que los protegen serán invencibles. Eso... es lo que os ofrezco compartir.

—¿Es esa protección tan diferente de la dominación de la FEA que tanto debería preocuparnos? —preguntó Chester.

Sterm pareció disgustado ante esa respuesta.

—Asegurar vuestro planeta contra un agresor no debe confundirse con albergar ambiciones de conquista —respondió.

Otto sacudió la cabeza.

—Si la Tierra se despedaza a sí misma es porque la gente se ha permitido creer en esas profecías autocumplidas que nos pide que aceptemos, señor Sterm. Pero las rechazamos. No necesitamos más protección de usted contra la gente de la nave estelar de la FEA que la que ellos necesitan ante sus Sterms para protegerse de nosotros. No tenemos necesidad de esa clase de fuerza. ¿Es fuerza que los vecinos fortifiquen sus hogares por temor a los demás vecinos o es paranoia? Debe sentirse muy inseguro si quiere fortificar todo un sistema estelar.

La boca de Sterm se cerró en una línea fúnebre, con las comisuras hacia abajo.

—La FEA está comprometida con un dogma de conquista —dijo—. No entienden otro lenguaje aparte de la fuerza. No hay posibilidad de tratar con ellos en otros términos.

—Al contrario, señor Sterm. Entienden el mismo lenguaje que la gente emplea en todos lados —dijo Chester—. Nos ocuparemos de ellos de la misma forma en que ya nos hemos ocupados de ustedes.

—¿Y eso exactamente qué significa? —exigió Sterm.

Otto sonrió sin humor alguno.

—Échele un vistazo a los demás lunáticos que le rodean —sugirió—. ¿Qué le ha ocurrido a toda la gente que debía seguirle? ¿Adónde ha ido a parar su ejército? Ahora son todos quironeses. Y usted no tiene nada que ofrecerles excepto protección ante los miedos que usted mismo quiere crear en sus mentes. Pero ahora tienen mentes quironesas. Ven que ese miedo es el suyo, no el de ellos; y que es usted el que necesita protección, no ellos.

Los músculos del rostro de Sterm se tensaron; tembló visiblemente con el esfuerzo de mantener controlada su ira.

—Estaba dispuesto a negociar —dijo rechinando los dientes—. Evidentemente hemos fracasado en comunicar la seriedad de nuestras intenciones. Muy bien, no me dejan más opción. Quizá una demostración sirva para convencerles. —Se volvió hacia el general Stormbel—. General, informe sobre el estado del misil cuyo blanco es la base científica al norte de Selene.

—Cargado y listo para lanzamiento inmediato —replicó Stormbel en un tono monocorde—. Programado para detonación en el aire a seiscientos metros de altura. Ojiva de veinte megatones, no anulable ni modificable tras lanzamiento. Impacto a trece minutos del lanzamiento.

—Su última oportunidad de reconsiderar —dijo Sterm desde las pantallas.

—No hay nada que reconsiderar —replicó Otto con calma.

El rostro de Sterm se oscureció, y su boca se retorció en una mueca horrenda. Su barniz de maneras elegantes y

afectadas pareció desprenderse mientras sus ojos se abrían de par en par, y por un instante, incluso desde donde estaba sentado, Bernard se encontró mirando a las profundidades de una mente completamente enloquecida. Se estremeció involuntariamente. A su lado, Celia le cogió del brazo.

—General —ordenó Sterm—. Lance el misil en sesenta segundos.

Stormbel hizo un gesto a alguien al fondo y anunció:

—Cuenta atrás de sesenta segundos comenzada.

—La cuenta atrás puede detenerse en cualquier momento —les informó Sterm.

Wellesley, Borftein y Lechat estaban inmóviles, sobrecogidos y petrificados en el centro de la sala.

—Lo hará —susurró Celia, horrorizada, a Bernard.

Bernard hizo un gesto de protesta y apartó los ojos de la pantalla mural para contemplar la pantalla que mostraba a Kath.

—No puedes dejar que ocurra —le imploró—. Es tu gente la que está ahí en Selene. Ese sólo será su primer ejemplo. Luego será peor.

—No tenemos intención de permitir que suceda —dijo Kath.

—Pero va a suceder. ¿Cómo vais a detenerlo?

—Ya has averiguado la mayor parte.

Bernard sacudió la cabeza de nuevo.

—No sé lo que quieres decir. La *Kuan-yin* no puede abrir fuego directamente. Está eclipsada por el planeta.

—De todas formas no podría abrir fuego —dijo Kath—. Sus modificaciones no han sido completadas todavía. Ya te lo dijimos.

Bernard frunció el ceño con desconcierto ante su comentario. Nada tenía sentido.

—Pero... su impulsor de antimateria... ésa es vuestra arma, ¿no?

—Nunca dijimos que lo fuera —replicó Kath—. Vosotros lo supusisteis. Y también Sterm. —Bernard se la quedó mirando

boquiabierta mientras la enormidad de lo que le había dicho se le hacía evidente. La expresión de Kath era grave, pero había una lucecita de júbilo bailando en el fondo de sus ojos —. No podíamos disimular nuestro trabajo científico —dijo ella—. Tenía que ser visto como parte de un propósito legítimo, y un impulsor antimateria parecía apropiado. Pero el proyecto de la *Kuan-yin* estaba bastante atrás en nuestra lista de prioridades.

Los ojos de Bernard se agrandaron por la incredulidad.

—Pero si la *Kuan-yin* no está terminada, entonces ¿qué hizo ese cráter en Remo?

—Exactamente lo que Jeeves le dijo a Jay cuando preguntó eso mismo... un accidente con un sistema de contención magnética de antimateria; así que fue buena cosa que decidiéramos almacenarlo lejos de Quirón. No podíamos disimularlo una vez que sucedió, lo que era otra razón por la que necesitábamos a la *Kuan-yin*.

—Ja-jamás nos creímos esa historia —dijo Bernard débilmente.

—Eso era cosa vuestra. Nosotros os contamos la verdad.

A trescientos mil kilómetros de allí, sobre la superficie arrugada y salpicada de cráteres de la otra luna de Quirón, Rómulo, dos enormes cubiertas cuyas superficies se fundían con el terreno que las rodeaba se deslizaron a un lado para revelar la boca de un pozo de sesenta metros de diámetro que recorría verticalmente tres kilómetros de roca sólida. La batería de anillos aceleradores en las cámaras que rodeaban la base del pozo ya estaban cargadas de densos flujos de antimateria circulando a casi la velocidad de la luz.

Un ordenador de control envió órdenes y los anillos aceleradores descargaron tangencialmente en el pozo en una secuencia pensada para enviar un haz concentrado de aniquilación instantánea que se perdió en el espacio dirigido por gigantescas bobinas deflectoras controladas por la información recibida de los satélites quironeses.

El haz cortó el espacio durante poco más de un segundo

hasta el punto en el que el módulo de Batalla orbitaba por encima de Quirón, y entonces un sol en miniatura estalló en el cielo para iluminar el lado nocturno del planeta. El destello de rayos gamma ionizó la atmósfera superior, y el cielo sobre Quirón resplandeció en franjas que se extendían miles de kilómetros. Los instrumentos de medición sensibles a la radiación se quemaron por todo el casco del *Mayflower II*, y debido a la tormenta electrónica, pasaron doce horas antes de que se restablecieran las comunicaciones con la superficie.

Capítulo treinta y nueve

Wellesley se levantó para dar su discurso final frente al sillón del director de la Misión en el centro del estrado alzado que daba a la Cámara del Congreso del Centro de Gobierno del *Mayflower II*. En su discurso recapituló los acontecimientos que habían tenido lugar desde la llegada de la Misión a Alfa Centauri, se extendió durante largo tiempo sobre las cosas que habían aprendido y los cambios en las mentes que se habían producido desde entonces, presentó sus respetos a aquellos que habían dado su vida para preservar esas lecciones y se esmeró en explicar las promesas que guardaba el futuro para todos los del planeta, refiriéndose a ellos señaladamente como «quironeses» sin hacer distinciones.

El acontecimiento fue retransmitido a todo el planeta en directo desde la nave y a través de la red de comunicaciones planetaria, y la audiencia físicamente presente constituía la mayor reunión que jamás se hubiera visto en la Cámara del Congreso. Todos los miembros ausentes habían regresado para la ocasión, y los únicos asientos vacantes eran los del subdirector de Misión, el director de Relaciones, el general al mando del Destacamento de Seguridad, y otros dos que habían decidido unir su suerte a la de Sterm. Detrás de Sirocco, y ocupando la mayor parte del espacio disponible, la compañía D al completo estaba presente en uniforme de gala para representar al ejército. Bernard Fallows había vuelto a su uniforme como nuevo jefe de Ingeniería con el contingente de la tripulación, habiendo cedido a la petición del almirante Slessor de un período de seis meses para ayudarle a organizar y entrenar una tripulación de mantenimiento de terrestres y quironeses que usarían el *Mayflower II* como universidad avanzada de astroingeniería. Jean Fallows, Jay y Marie estaban presentes junto con Celia,

Verónica, Jerry Pernak y Eve Verrity en la primera fila de invitados incluidos por invitación especial, y con ellos estaban Kath y su familia junto con Otto, Chester, León y otros procedentes de la base de Selene y otros lugares. Como para resaltar y repetir la afirmación de Wellesley sobre la naturaleza del futuro, no había segregación en grupos entre terrestres y quironeses; y había muchos niños de ambos mundos.

Wellesley concluyó su discurso formal y se quedó mirando a la sala durante unos momentos para permitir que se asentara un ánimo más distendido. En los últimos días, había recuperado algo del color en la cara, y su figura parecía haberse desprendido de la carga de unos cuantos años. Las comisuras de sus labios se curvaban hacia arriba, y los que estaban más cerca captaron un vislumbre de un resplandor elusivo, casi travieso, en sus ojos.

—Y ahora tengo una última tarea que llevar a cabo —dijo. Volvió a hacer una pausa mientras la expectación aumentaba en la sala, presintiendo que algo estaba a punto de suceder—. Puedo recordar a la asamblea que la declaración del estado de emergencia no ha sido revocada en ningún momento, y que por tanto, según los procesos a los que seguimos formalmente fieles, esa condición de emergencia continúa vigente, junto con la consiguiente suspensión del Congreso y la transferencia de toda la autoridad del Congreso a mi persona. —Expresiones de perplejidad recibieron sus palabras, y una oleada de murmullos sorprendidos recorrió la sala—. El cargo de subdirector de la Misión está vacante —les recordó Wellesley—. Por tanto, según los plenos poderes del Congreso que me han sido concedidos como director de la Misión, propongo, secundo y nombro a Paul Lechat como subdirector, en vigor desde este momento. —Se volvió y miró a lo largo del estrado al lugar donde estaba sentado Lechat, que parecía no poco sorprendido—. Felicidades, Paul. Y ahora, ¿tendrías la bondad de ocupar tu legítimo lugar? —Hizo un gesto

señalando la silla vacía a su lado. Lechat se levantó, recorrió el espacio que los separaba y se sentó en la silla del subdirector de la Misión, al tiempo que meneaba la cabeza hacia los demás miembros para transmitirles que estaba tan confundido acerca de lo que pretendía Wellesley como ellos mismos. Wellesley recorrió la sala con la mirada una última vez—. Y ahora, en virtud de esos mismos poderes, yo entrego y acepto mi dimisión aduciendo mi retiro de la vida política. Ha sido un honor y un privilegio servirlos a todos. Gracias. —Y con eso, descendió del estrado y fue a sentarse a una silla desocupada.

Lechat miró el sillón del director a su lado y mientras seguía volviendo la cabeza de un lado a otro, los primeros murmullos de aprobación y los aplausos empezaron a hacerse oír entre los miembros de la cámara que se iban percatando de lo que significaba el gesto de Wellesley. El aplauso alcanzó el volumen de una ovación cuando al final Lechat, sintiéndose un poco incómodo y con una gran sonrisa que le atravesaba el rostro, se levantó de nuevo y se mudó al sillón del director, que bajo los artículos de emergencia, pasaba a ser suyo automáticamente. Wellesley lo había querido así, aunque la duración del mandato de Lechat pudiera medirse en apenas unos minutos.

Lechat esperó a que amainara el ruido y consiguió controlar sus sentimientos lo suficiente para conseguir una apariencia de dignidad apropiada para ese momento. Pero la simplicidad y la brevedad también eran apropiadas.

—Me siento honrado y privilegiado por este nombramiento, y me dedicaré por completo durante mi mandato a ponerme al servicio de los intereses de nuestra gente al máximo de mi capacidad —anunció—. Y de acuerdo con mi promesa, mi primer acto oficial es restaurar los poderes del Congreso previamente en suspenso, y mi segundo acto es declarar finalizado el estado de emergencia en este mismo momento. —Otra ronda de aplausos, esta vez más breve que la anterior, recibió su declaración—. Tengo

dos propuestas que quisiera que votara la asamblea —dijo Lechat—. Pero antes de hacerlo, tengo la sensación de que al comandante supremo del Ejército de la Misión le gustaría hablar. —Se sentó, miró a Borftein en el estrado y le hizo una seña para que continuara él.

Borftein parecía sorprendido, vaciló un par de segundos, luego asintió y se dio cuenta de lo que quería Lechat. Se puso en pie lentamente y ordenó sus ideas.

—Me enorgullece el haber sido considerado digno de tomar el mando por unas tropas de cuyo valor, determinación y capacidad de combate todos hemos sido testigos —dijo—. No intentaré expresar en discursos lo que les debemos, ya que las palabras no podrían expresar jamás esa deuda. Todos ellos han cumplido con su deber de una manera fiel a las mejores tradiciones del servicio, y muchos de ellos mostrando una valentía que iba más allá del cumplimiento de ese deber. —Hizo una pausa y su rostro se volvió más solemne—. Sin embargo, aunque no podemos, y de hecho jamás olvidaremos, nuestro compromiso con el nuevo futuro de comprensión que empezamos a vislumbrar no deja lugar para la perpetuación de una organización dedicada a cosas que pertenecer al mundo que hemos dejado atrás. Todo el personal militar, por tanto, queda liberado de cualquier obligación para con la Misión y es licenciado con todos los honores, y el mando de tal organización queda disuelto en este momento. —La sala permaneció en silencio mientras Borftein se sentaba. Era un momento de revelación final y de resignación para muchos terrestres; aunque el futuro era prometedor y esperanzador, habría cambios y cosas nuevas y extrañas a las que adaptarse, sacrificando gran parte de lo que era familiar.

Lechat permitió unos segundos para que ese estado de ánimo pasara, y luego volvió a ponerse en pie.

—Mi primera resolución es que todos los edictos, leyes, proyectos y normativas anunciadas anteriormente y concernientes al territorio de Phoenix quedan revocados por

completo, que la declaración de la existencia de ese territorio sea anulada por el Congreso y que el área referida como Phoenix revierta a su condición previa en todos sus aspectos.

—Secundo la moción —dijo una voz al instante.

—¿A favor? —invitó Lechat. Todas las manos de los miembros se alzaron—. ¿En contra? —No hubo manos—. La resolución queda aprobada —anunció Lechat—. Phoenix vuelve a ser oficialmente parte de Quirón una vez más.

Lechat examinó lentamente los rostros expectante.

—Mi segunda resolución es que este Congreso, con todos sus poderes y autoridades debidamente restaurados, se declare a sí mismo, de manera irrevocable y permanente, disuelto. —La moción fue aprobada unánimemente.

La colonización de Quirón había terminado.

Epílogo

El cono colector del *Mayflower II* había desaparecido, y con él la cubierta del generador de campo y las dos columnas de soporte que se extendían desde el Hexágono. En su lugar había brotado toda una nueva sección del morro, con la forma general de un cilindro rematado en cúpula y que albergaba hangares adicionales de lanzaderas, muelles para un cierta cantidad de vehículos orbitales y otras naves, un enorme complejo recreativo de baja gravedad que incluía un lago cilíndrico para natación y paseos en barca, y un nuevo centro para educación técnica avanzada e investigación científica. La popa de la nave había pasado por cambios aun mayores: el impulsor principal de fusión había sido reemplazado por un sistema de antimateria a mayor escala desarrollado a partir del prototipo testado con éxito en la *Kuan-yin*.

Colman había estado involucrado muy de cerca con el trabajo del nuevo sistema de impulsión como líder de un proyecto de ingeniería bajo la dirección de Bernard Fallows. Había llevado a Kath y a su hijo de cuatro años, Alex, a la nave para que estuvieran presentes en la ceremonia de inauguración que se celebraría en la explanada principal de la nueva sección del morro. Muchas de las caras de hacía cinco años estaban allí también. Pocos de ellos habían perdido el contacto con el tiempo, pero era raro que hubiera tantos en el mismo lugar y al mismo tiempo, exceptuando sus reuniones anuales. La mayoría de la compañía D se había reunido para el acontecimiento: Sirocco, con Shirley y sus mellizas; Hanlon, que ahora era instructor de artes marciales en la academia de Franklin, con Janet y sus dos hijos; Driscoll, que se había tomado un descanso en el *tour* de su espectáculo de magia, una de las mayores atracciones de

entretenimiento de Quirón; Stanislaw, que ahora era un experto en *software*; Swyley, que dirigía y producía películas, normalmente sobre los bajos fondos de las ciudades norteamericanas, junto con un par de las preciosidades que siempre estaban a su alrededor adondequiera que fuera... y había otros. Jean Fallows estaba a la cabeza de un proyecto de investigación bioquímica en la universidad donde Pernak seguía investigando los «minibangs»; Marie era estudiante de biología también allí. Jay, que ahora tenía veinte años y un hijo de poca edad, había construido un ferrocarril de estilo antiguo en Franklin, para ese entonces una ciudad bulliciosa y floreciente, que usaba locomotoras a vapor que eran una atracción y curiosidad histórica para todos los visitantes de forma que todo el mundo se montaba en ellas al menos una vez. Verónica, una arquitecta de profesión, estaba allí con Casey, Adam y Barbara. Celia había declinado volver a la nave, pero observaba la ceremonia desde la casa que compartía con Lechat en la costa; y Wellesley había emprendido un viaje desde su granja de Occidena para ver a su antigua nave de vuelta al servicio y rebautizada.

Algunos de los presentes no estuvieron allí hacía cinco años, sino que habían llegado con la nave estelar de la FEA y otros con la misión europea que había llegado a Alfa Centauri un año después. Antes se denominaban a sí mismos chinos, hindúes, japoneses e indonesios, o rusos, alemanes, franceses, españoles e italianos... pero ahora eran simples quironeses. Ellos también habían visto que sus antiguas sociedades no podían transformarse a sí mismas en una cultura apropiada a la alta tecnología, recursos ilimitados y abundancia universal; habían heredado demasiadas cosas autodestructivas de su pasado. La nueva sociedad sólo podía haberse producido de la forma en que se produjo: aislada por años luz de espacio y por su comienzo al margen de los mecanismos que habían perpetuado los credos de odio, prejuicios, avaricia, intimidación, dominación y sinrazón de generación en generación.

En la semana posterior al breve mandato de Lechat como director, el enlace láser con la Tierra había llevado noticias del holocausto que englobaba al planeta entero. Entonces habían cesado las señales, y cinco años después seguía sin haber nada. Sin duda muchos grupos de humanos habían sobrevivido, pero el primer intento de la humanidad por crear una civilización avanzada había terminado en fracaso... o casi, porque había servido a su propósito; había elevado a la humanidad de sus principios primitivos y animales a un nivel donde pudieran evolucionar valores humanos, no animales, y había lanzado una semilla de sí misma para que arraigara, creciera y floreciera en una estrella distante. Y entonces había muerto, como debía ocurrir.

Pero los descendientes de esa semilla regresarían y poblarían la Tierra una vez más. Dentro de seis meses el reequipamiento de la nave estaría terminado, y una vez más se lanzaría al vacío para hacer el primer viaje de exploración en sentido inverso, un viaje que requeriría menos de un tercio del tiempo del primero. Lechat sería el director de Misión, Fallows el jefe de Ingeniería y Adam encabezaría uno de los equipos científicos. Colman también regresaría, como oficial de Ingeniería; Kath cumpliría su sueño de ver la Tierra; y Alex tendría la edad de Jay para cuando regresaran a Quirón. Muchas de las viejas caras familiares, algunos por nostalgia y otros por añoranza de la nave tras varios años de vida en el planeta, se harían al espacio otra vez en la nave que había sido su hogar durante veinte años.

La expectación brillaba en los ojos de Kath para cuando terminó el último de los discursos. Un silencio cayó sobre la reunión mientras Lechat se adelantaba para cortar la cinta y bautizar la nave que mandaría. Kath le apretó el antebrazo a Colman y a su lado Lurch II sostenía a Alex en lo alto con sus brazos para que viera mejor mientras los cortinajes caían a los lados para descubrir la resplandeciente placa de bronce sobre la cual estaba grabado en letras de medio metro de alto: HENRY B CONGREVE, el nuevo nombre de la nave que

llevaría a los hijos de la Tierra de vuelta a casa.

James P. Hogan

Británico nacido en Londres, estudió ingeniería y se especializó en informática. Trabajó como ingeniero de sistemas y posteriormente ingeniero comercial de conocidas multinacionales de informática. En 1977 se trasladó a Estados Unidos como consultor para pasar a vivir de su profesión de escritor desde 1979.

Su obra ha sido comparada a la de Heinlein, con héroes excepcionales que no respetan el protocolo, muchas aventuras bien narradas y una ideología de derechas. Su obra más conocida es la «trilogía de los gigantes» en la que los científicos intentan resolver el enigma que causa el descubrimiento de un cuerpo alienígena en la Luna. Está formada por *Herederos de las estrellas* (1977), *The Gentle Giants of Ganymede* (1978) y *Giant's Star* (1981), prolongada años más tarde con *Entoverse* (1991).

Ha escrito verdaderos superventas de intriga y aventura en los que recurre a veces a temas extraídos de la ciencia ficción en *thrillers* de alta tecnología con raíces político-militares. En el mejor de todos, *Operación Proteo* (1985), Hitler ha ganado la guerra y los británicos acuden al pasado con una máquina del tiempo para enrolar a Churchill y Einstein en un intento de cambiar la «historia» e impedir la victoria de las potencias del Eje. Otras obras posteriores y de gran éxito popular han sido *Endgame Enigma* (1987) y *The Mirror Maze* (1989).

Ha ganado dos veces el Premio Prometheus por *Viaje desde el ayer* (1982) y *The Multiplex Man* (1993).

Datos de la publicación

Título original: *Voyage from Yesteryear*

Traductor: Xavier Riesco Riquelme

Editorial: Libros del Atril, Barcelona, 2007

Colección: Ómicron

ISBN: 8496938026

ISBN-13: 978-84-96938-02-1

notes

Notas

[1] Acrónimo en inglés de *Vertical Take Off and Landing*, vehículo de despegue y aterrizaje vertical. (*N. del T.*)

[2] «Rastus» es un nombre que representa al arquetipo racista de negro sureño en los años posteriores al final de la esclavitud, considerado muy peyorativo. «Murphy» y «Chang» también representan antiguos arquetipos racistas anglosajones en Estados Unidos (irlandeses y chinos). El juego aquí, y en muchos otros nombres quironeses que aparecen más adelante, es la inversión de estereotipos raciales asociados. (*N. del T.*)

[3] Lurch es el nombre original del mayordomo de la familia Addams, la serie creada por el dibujante Charles Addams, al igual que Jeeves es el mayordomo creado por el escritor P. G. Wodehouse. (*N. del T.*)

[4] Canuto el Grande, rey de Dinamarca, Inglaterra y Noruega, famoso por haber ordenado retroceder a las mareas como reprimenda a sus cortesanos, mostrando los límites del poder real ante los aduladores. En la cultura popular anglosajona representa la imagen del que intenta imponer su voluntad a lo que es imposible que obedezca a ella. (*N. del T.*)

[5] Omar Nelson Bradley (1893-1981), militar estadounidense que destacó durante la segunda guerra mundial en el norte de África. Fue el último oficial de cinco estrellas del ejército estadounidense. (*N. del T.*)